

FRANCISCO ASENSI

EL
DÍABLO
TIENE
NOMBRE



Lectulandia

¿Existe el diablo? Esto es lo que plantean muchos de los personajes de esta espeluznante y macabra novela: Desde una adolescente que sufre una posesión demoníaca en la España de la postguerra hasta el mismísimo exorcista del Papa. Hay quien no cree en el demonio, pero cuando te ves presionado a efectuar un exorcismo y a preguntar al espíritu maligno cuál es su nombre, te das cuenta de que hubiera sido mejor no saberlo nunca: Jaldabaoth, el ángel caído, el mal en estado puro.

Para escribir esta espeluznante historia de intriga, sexo, posesiones y secretos inconfesables, el autor se ha basado en el dossier *Clavis Nigra*, cuyo secreto acaba de levantar el Vaticano. Una historia que puede poblar tus sueños de pesadillas.

Lectulandia

Francisco Asensi

El diablo tiene nombre

ePub r1.0

Maal656 26.07.14

Título original: *El diablo tiene nombre*

Francisco Asensi, 2001

Diseño de portada: Xabier Comas

Editor digital: Maal656

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

El más bello de los ardides del Diablo es persuadirnos de que no existe.

BAUDELAIRE

1

—¿Qué es eso?

De entre el murmullo soso y monótono, clerical, sobresalió una voz cortante e inesperada.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —repitió la voz. Si primero, encrespada por el desconcierto; ahora, asustada por el miedo.

Antes de que el índice del purpurado lo señalase, cardenales, arzobispos y monseñores del séquito papal ya habían corrido a los grandes ventanales.

Súbitamente, la plaza de San Pedro, repleta de peregrinos llegados de todas las partes del mundo con ocasión del Jubileo Santo del año 2000, se sumió en una gran oscuridad. Una nube viscosa, densa, invadió el cielo de Roma, luminoso como nunca aquella mañana, sin que nadie se explicara cómo y de dónde venía. A la vez que el descomunal nubarrón, gigantes de monstruosas fauces, apostados tras la columnata de Bernini, soplaban vientos huracanados de dirección imprecisa, que se arremolinaban en espiral alrededor del obelisco.

La solemne misa pontifical acababa de finalizar. Aunque la basílica vaticana es de dimensiones excepcionales y el templo más grandioso de todo el orbe cristiano, sus quince mil metros cuadrados resultaron insuficientes para acoger a los fieles que habían venido a celebrar la fiesta de Pentecostés. No era la primera ocasión en que, ante tan apremiante necesidad, se levantaba un altar sobre la gran escalinata: y el cielo azul reemplazaba la majestuosa cúpula de Miguel Ángel; y la fachada de Maderno, recobrada ahora su inicial y esplendorosa policromía, hacía las veces de retablo mayor. Las más de trescientas mil personas, desbordando la columnata que ciñe con abrazo elíptico la desmesurada explanada, se desparramaban por la via della Conciliazione hasta perderse de vista. Desde los vanos de la basílica, el gentío, con pañuelos de los colores pontificios al cuello, tenía la apariencia de un vasto campo de girasoles, agitado bruscamente por un torbellino increíble.

Dom Gabriele Amantini, el exorcista del Papa, había seguido la ceremonia de pie, en uno de aquellos balcones, discretamente oculto tras los cortinajes transparentes. Ahora miraba a la espantada multitud que volvía sus ojos a la *loggia* central, donde Su Santidad se disponía a impartir la bendición *urbi et orbi*. A pesar de que los ventanales estaban herméticamente cerrados y sus cristales blindados, le llegaba el fragor de la multitud enloquecida.

Los fieles sobrecogidos, despavoridos, semejaban náufragos abandonados en alta mar, a merced del vendaval que los zarandeaba y amenazaba con llevárselos por delante.

—*Factus est repente de caelo sonus advenientis spiritus vehementis* (De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso) —comentó un

cardenal cerca de monseñor Amantini, repitiendo de memoria uno de los textos escuchados aquella mañana en la misa del Espíritu Santo.

—¿Espera su eminencia ver descender del cielo lenguas de fuego como le sucedió a los apóstoles? —Y como el purpurado nada respondiese, afirmó muy convencido—: Le aseguro que esto no es un nuevo Pentecostés, ni el Espíritu Santo tiene algo que ver con lo que está sucediendo.

El Santo Padre, revestido con ornamentos de fiesta, contemplaba desde su trono de alto respaldo blanco, instalado en la *loggia* de las bendiciones, el espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos; aguardando sin duda a que alguien de su séquito tuviese la feliz idea de dar por terminada la ceremonia y tomara la prudente decisión de retirarlo de allí. Los cardenales y obispos de su entorno, petrificados, observaban el cielo, sin saber explicar aquel fenómeno que trascendía sus conocimientos. Seguro que más de uno esperaba que de repente resurgiera el sol y se pusiera a girar como rueda luminosa en medio de aquel firmamento ennegrecido, repitiéndose así el milagro de Fátima que, según se decía, Pío XII y muchos fieles contemplaron desde aquella misma plaza. Las manos temblorosas del pontífice, impaciente, se agarraban a las bolas doradas del trono. Su rostro estirado, casi sin expresión a causa de su enfermedad, se volvió hacia la izquierda. El maestro de ceremonias, interpretando aquel gesto, le quitó la mitra de oro antes de que el viento se la arrebatara.

Un estruendo seco, ensordecedor, terrible, se propagó por la plaza: como el que produciría una inmensa montaña caída del cielo al precipitarse en la mar. Temblaron desde sus mismas entrañas las sólidas columnas dóricas de Bernini, tambaleándose las 140 estatuas de santos que sustentan. El mismo Salvador, que preside la magna fachada de Carlo Maderno, dejó caer la cruz de bronce que enarbola entre sus manos, al tiempo que las demás cruces de la plaza sufrían notables desperfectos. A continuación, se hizo un silencio casi absoluto, para dar paso seguidamente a bramidos de histeria, donde poco antes todo eran gritos de júbilo. Un diluvio se desplomaba sobre sus cabezas. Trallazos cegadores e inacabables restallaban salvajemente sobre la piel del cielo. ¿Era aquello el fin del mundo? En medio del caos, uno de esos rayos fulgentes zigzagueó por el firmamento y fue a dar sobre el obelisco, derribando la cruz que lo corona.

Desde que el viento huracanado hiciese acto de presencia y la explanada de San Pedro quedase cubierta por la negra nube preñada de malos augurios, monseñor Amantini concentró su atención en el enorme obelisco de su centro. Sabía desde hacía algún tiempo, exactamente desde que el Papa le autorizó a abrir la caja fuerte de los secretos, donde se guardaban los mensajes de Fátima y otras revelaciones privadas, que ese monolito egipcio no había sido colocado allí al azar o por simple ornato. Puede que Sixto V, cuando en el año 1586 ordenó a Domenico Fontana trasladarlo a ese lugar, tampoco supiera muy bien si había sido un capricho suyo o,

sin darse cuenta, obedecía una oscura sugerencia.

—*Videbam Satanam sicut fulgur de caelo cadentem* (Veía a Satanás caer del cielo como un rayo) —dijo en voz alta dom Gabriele, que parecía un visionario ensimismado. Luego, volviéndose al cardenal que tenía a su lado, le comentó—: No es éste un nuevo Pentecostés, eminencia, sino el inicio del largo milenio de Satán. Acaba de comenzar su tiempo. Graves sufrimientos y dolorosas pruebas esperan a la Iglesia. Que Dios se apiade de nosotros.

—Parece que este espectáculo, ciertamente dantesco, le ha afectado mucho, monseñor. Pero no hay por qué meter al demonio por medio.

El cardenal que dom Gabriele tenía a su lado, presenciando desde aquel lugar privilegiado la fastuosa ceremonia jubilar, era el arzobispo de Turín. Un hombre alto, fornido, de frente despejada y mirada altiva, cabellos grises peinados hacia atrás, de sesenta y pocos años; uno de los miembros más jóvenes, cultos e inteligentes del Sacro Colegio, y sin duda de los más preparados para suceder al Papa.

—Ya sé que su eminencia se reiría de mí, o tal vez me tomaría por loco si le revelara el mensaje de la *Clavis nigra*. —Se interrumpió un momento, dudando entre contárselo o no—. Nadie en el Vaticano me escucha. Nadie quiere oír hablar del diablo, como si éste fuera una antigualla ridícula de la que se avergüenza la Iglesia; un personaje mítico o de fábula, históricamente superado, del que lo mejor que podemos hacer es enterrarlo, olvidarnos de él... Sin embargo, existe; y conoce todos los secretos del cosmos y de las estrellas, y es capaz de abrir esos misteriosos agujeros negros que se tragan constelaciones enteras sin dejar rastro. Convertido en príncipe de la oscuridad, quien lo fuera de la luz, arrastra inexorablemente nuestra galaxia hacia su desaparición, y a una velocidad que ha alarmado a los expertos del mundo entero. ¿Es eso ficción? En absoluto; los libros santos ya revelaron hace siglos ese canibalismo cósmico... Es él quien desata los diluvios que siembran la muerte por doquier, quien desboca los ríos que inundan y devastan, quien envía el pedrisco que arrasa las cosechas, o las plagas que aniquilan campos y ganados... ¡Fenómenos naturales!, dirá su eminencia, como dicen todos los sabios de este mundo... No, no se ría de mí, eminencia. Estos ángeles, antes que Dios los castigase por su pecado, habitaban el quinto cielo y eran los rectores del universo, y conocían a la perfección la complicada maquinaria cósmica. Hoy conservan parte de su poder y, desde el segundo cielo donde fueron desterrados, son capaces de utilizar toda su ciencia contra el hombre, a quien odian. Pero no acaba ahí su poderío. Al principio de los tiempos fornicaron con las mujeres y engendraron una raza de hombres diabólicos y perversos, que, extendidos por toda la tierra, la llenan de violencia y ruindad, y promueven las guerras. ¿Qué, si no, fueron en nuestros días Stalin y Hitler...? Y en el pasado y, tal vez en tiempos más recientes, ¿estamos seguros de que en la silla de Pedro no se habrá sentado alguno de esos monstruos infernales? —Calló otra vez, y

miró fijamente hacia el obelisco—. Ahora, ahí fuera acaba de hacer acto de presencia, cumpliendo el signo que él mismo había dado...

El cardenal estaba vivamente impresionado, como todos, del fantasmagórico espectáculo desatado ante sus ojos; pero distaba mucho de interpretarlo de modo tan estrambótico, como acababa de escuchar. No se rió, ciertamente, de dom Gabriele, pero sintió por él una mezcla de lástima y desprecio.

—¿De qué signo me habla? ¿Qué misterioso mensaje es ése de la *Clavis nigra*? ¿Qué milenio satánico comienza, y qué infortunios esperan al mundo y a la Iglesia de Cristo? —El modo despectivo con que el cardenal formuló las preguntas mostraba a las claras que no tenía ningún interés por conocer las respuestas y constituía, más bien, un reproche a la credulidad de carbonero de monseñor.

Su eminencia lo conocía sólo a través de las habladurías que de su persona corrían por el Vaticano, ese gran mentidero de Roma y de toda la Iglesia, y de cuando estuvo en Turín, con ocasión del simposio de los exorcistas. Así que para él, dom Gabriele era un pobre hombre, más corto que ingenuo; un tanto desquiciado, esquizofrénico tal vez, morbosamente obsesionado por el demonio que veía por todas partes. Dio media vuelta y lo dejó abstraído, con la nariz pegada al cristal de la ventana.

—¡Es él, es él! —gritó súbitamente dom Gabriele, como si hubiese enloquecido de pronto y estuviese contemplando una visión horrible.

El cardenal, al oír las desaforadas voces, tan impropias del lugar y el momento, volvió sobre sus pasos para imponer compostura al exorcista papal.

—¿Quién es él? —le preguntó, para sacarle de la aterradora pesadilla en que parecía sumido, mientras ponía su mano tranquilizadora sobre su hombro.

—Es él, es él —repitió, señalando hacia el obelisco desmochado, convencido de que el cardenal también veía la aparición; luego se volvió.

El rostro de dom Gabriele se había transfigurado. Sus ojos estaban desorbitados, inyectados en sangre, como si una fuerza los empujase desde dentro para arrancárselos; y su cara, afeada repentinamente, era una máscara de angustia y espanto. Como el cardenal confesaría horas después, aún visiblemente horrorizado, le pareció ver en el rostro de monseñor la mueca de Satán, por expresar de alguna manera lo que le resultaba imposible de describir.

—¿Quién es él? —levantó la voz el cardenal, que, ante escena tan terriblemente insólita, también estaba asustado, y zarandó a dom Gabriele para hacerle entrar en razón.

Incapaz de impedirselo, y sin explicarse de dónde sacaba tales fuerzas, el anciano monseñor se lanzó inesperadamente sobre los cristales blindados del ventanal, los rompió y los atravesó, precipitándose al vacío. El cardenal se asomó despavorido al balcón y pudo contemplar la caída del cuerpo y oír su grito desesperado: «*Jaaal...*», o

algo parecido. Quizá el nombre del demonio del que monseñor se creyó poseído en el último momento.

Su eminencia deploró la muerte de monseñor Amantini y sintió viva curiosidad por averiguar toda esa historia a cuyo final trágico había asistido y, tal vez, cooperado por omisión, al no prestarle la atención que reclamaba. Pronto se dio cuenta de que la trama era muy intrincada, y había que retroceder muchos años atrás y rastrearla lejos de allí...

2

Ya había anochecido cuando el padre Enrique, embozado hasta las cejas, abandonó la parroquia para dirigirse a la casa de Adela. En aquellos años de posguerra era bien normal que a uno le sorprendiera un apagón de luz cuando menos se lo esperaba, y eso es lo que le ocurrió al vicario al desembocar en la placita de las Tres Moreras. De repente cayó sobre él una oscuridad negra y pegajosa, y se recriminó por no haber sido más previsor y traer consigo su pequeña lámpara. A aquellas horas nadie transitaba por las calles; y aunque no existía el toque de queda, el miedo sufrido durante los años anteriores había calado tan hondo que la gente se retiraba a sus casas apenas oscurecía. ¿Quién había olvidado los terroríficos *paseos* y los aldabonazos intempestivos que rompían la noche? ¿Los nombres de los vecinos arrancados del sueño y asesinados en la cuneta de cualquier carretera no estaban esculpidos a la puerta de la iglesia?

Con precaución, no fuera a tropezar con algún adoquín desajustado por el paso de los carros, subió a la acera y tanteó hasta que su mano tocó la pared. En ningún momento pasó por su cabeza dar media vuelta y volver atrás. Pronto aparecieron, aquí y allá, en las ventanas de la vecindad, puntos de luz, y, orientándose por ellos, como en la noche cerrada hacen los navegantes mirando las estrellas, emprendió de nuevo su camino, palpando en la nada. Bordeó la pequeña plaza. Los cabos de vela que habían encendido en la taberna de la esquina fueron faro orientador que le encauzaron hacia la calle de la Virgen de los Desamparados. Trató de abrir bien los ojos, para dar con la casa. No fue necesario; los aullidos que desde lejos le llegaban, restallando como relámpagos en medio de aquella negra noche, le condujeron hacia el lugar que buscaba. Llamó a la puerta, golpeándola con la mano, y un sonido a vacío le respondió como un eco.

—Ya va, ya va —contestó una voz femenina desde el fondo de la casa, seguramente desde el corral.

Dos mujeres, extraídas de un cuadro de pintor tenebrista, enlutadas de pies a cabeza, faldas largas hasta los tobillos, arrugados rostros apenas iluminados por la pobre luz que daba una mecha untada en aceite, lo recibieron en el umbral con grandes suspiros, enjugándose las lágrimas con la punta del delantal.

—Está muy mal, está muy mal —le dijo Carlota, la madre, abatida por el dolor, cogiéndole las manos con la misma ansiedad y fuerza con que el náufrago, en alta mar, se aferra a la tabla que le arrojan.

—¿Qué daño puede haber hecho esta niña, más inocente que un ángel, para que le echen el mal de ojo? ¿Es posible que haya personas sin sentimientos? Negras entrañas tiene que tener quien lo haya hecho —se quejó, por su parte, la tía, llena de rabia, preguntándose y respondiéndose a sí misma, como persona a punto de

enloquecer.

El padre Enrique, también consternado, guardó silencio: no encontró palabra que valiese de bálsamo para pena tan grande.

¿Existía el maleficio? ¿Podía alguien privar a otra persona de la salud o la vida, trastornarle el juicio o causarle cualquier otro mal en virtud del pacto hecho con el diablo? Entre la gente de la feligresía había mucha superstición, tolerada en tiempos pasados por curas crédulos o poco ilustrados, pensaba el vicario; y, de cuando en cuando, llegaban hasta su confesonario ecos de ese mundo oscurantista, donde se invocaba a los muertos o, con mayor temeridad, a los demonios. Las tardes invernales, de cielo gris y lluvia persistente, cuando anochece temprano y con frecuencia gime el viento, parecían las más adecuadas para sesiones de espiritismo. Entre los eclesiásticos que en días así se reunían a merendar, siempre había quien ponía sobre el tapete este tipo de conversación y, con gran convencimiento, refería sucesos horripilantes. El padre Enrique era de los que hacían burla y, nunca antes de ahora, había prestado atención a estos asuntos ni les había dado crédito. Al oír las quejas de Ramona, la tía de la niña, le vino a la memoria aquel sacerdote anciano que, encolerizado al ver su incredulidad, le echó en cara unos versículos del Deuteronomio que daban fe de esas cosas: *Que nadie entre vosotros practique adivinación, astrología, magia o sortilegio, ni pretenda predecir el futuro, ni se dedique a la hechicería ni a los encantamientos, ni consulte a los adivinos y a los que evocan a los espíritus o a los muertos. Porque al Señor le repugnan quienes hacen tales cosas.*

Aquel invierno estaba siendo desacostumbradamente frío y en aquella casa destartalada, de suelo de tierra batida y paredes desconchadas por la humedad, parecía que era aún más cruel que en la misma calle. Viéndole tiritar de aquel modo, lo acercaron a la chimenea donde ardía un pobre fuego de cañas, incapaz de calentar el pequeño puchero que había sobre las llamas y menos aún el desangelado espacio que lo rodeaba. Sentado en una silla de patas cortas, junto a la fogata, estaba el padre, todo vestido de negro, encogido bajo su gorra de visera, yerto como una estatua, sin advertir lo que sucedía alrededor, desentendiéndose más bien; tal era su cortedad o timidez.

—Ha venido el señor vicario —le comunicó su mujer, removiéndole la silla para que se pusiera de pie. Él transigió tan sólo con desviar por un momento su mirada del fuego y dirigirla hacia arriba, a la vez que soltó un gruñido. No se sabía muy bien si con eso le daba la bienvenida o simplemente certificaba que se daba por enterado. Tampoco el padre Enrique le dijo nada, limitándose a poner ligeramente su mano en el hombro de aquel hombre hosco y amargado, como tantos que había conocido desde que llegó a la parroquia.

Allí mismo se despojó de su teja y manteo, dejándolo todo sobre una silla de anea desmelenada, y se puso los ornamentos que había traído consigo en un maletín negro.

Con devoción besó la cruz de la estola morada antes de colgársela al cuello.

—¿Nadie le ha acompañado? —Más que preguntar se quejó la madre de Adela.

—¡Vamos! —cortó el vicario con voz decidida, sin dar mayor importancia al hecho.

Y echó a caminar detrás de las dos mujeres que con candelas encendidas se dirigieron a la empinada escalera de barrotes de hierro, que de allí mismo partía hacia el sobrado de la casa. Aún no habían puesto el pie en el primer escalón cuando un bramido estremecedor, incapaz de haber sido articulado por garganta humana, paralizó sus pasos.

—¡Dios mío! —exclamó horrorizado el vicario, volviéndose hacia las mujeres.

—No tema —trató de tranquilizarle la madre—. Está atada a la cama con cinchas de mula. Es imposible que pueda romperlas.

El vicario, hombre joven y recio, participaba en las competiciones deportivas que organizaba la parroquia y nunca se arredró en apaciguar peleas entre feligreses, aunque tuviera que recibir y repartir puñetazos, pero era la primera vez que intervenía en un exorcismo. Tenía mucho miedo, tanto como todos los que conocían el caso.

—Usted no se echará atrás, como don Agustín —le habían desafiado días antes en la taberna, cuando el médico arrojó la toalla alegando que aquel asunto no era de su incumbencia.

El vicario, aun pensando que no podía tratarse de posesión diabólica, no quiso que nadie creyese que él era un cobarde, y menos que abandonaba a la muchacha a su suerte; y ahí estaba, en el primer peldaño de la escalera, llevando en una mano el libro de los exorcismos y el acetre con el agua bendita, y en la otra, sudorosa, el crucifijo que su madre le regalase el día de su ordenación.

La alcoba, apenas unos tabiques levantados en el sobrado de guardar el grano, era pequeña, y la cama de la muchacha parecía ocupar todo el espacio. Una bombilla, inútil, colgaba del techo, sostenida del mismo cordón trenzado de la luz, y poca hubiese dado de haber corriente. La tenue iluminación procedía de la palmatoria que, sobre la cómoda, se consumía lentamente delante de una estampa de la Virgen: también ella vestida de negro, con rostro doloroso, y mostrando un corazón apuñalado con siete dagas. Desde los pies de la cama, donde la puerta daba directamente, el padre Enrique contempló la escena. Quedó pasmado al examinar el rostro de la muchacha. Nadie diría, al verlo envejecido de aquel modo y escuchar sus agónicos ronquidos, que no alcanzaba más de quince o dieciséis años. Las dos mujeres, pañuelo negro sobre la cabeza y anudado al cuello, se habían situado en la cabecera de la niña, una en cada lado. Detrás del vicario, como una sombra, asomaba el padre, esperando, asustado e incrédulo, el desenvolvimiento de la ceremonia.

Don Enrique puso sobre la cómoda el acetre del agua bendita y el crucifijo, y abrió el viejo *Rituale Romanum* por el título undécimo, *De exorcizandis obsessis a*

Daemonio, cuyas páginas impolutas denunciaban a las claras que era la primera vez que se utilizaban. Las reglas sobre el exorcismo, integradas en el ritual romano, databan del año 1614 y, a través del tiempo, sólo habían sufrido ligeras modificaciones en 1926, bajo el pontificado de Pío XI, y en 1952, bajo el de Pío XII. El día anterior había leído, reflexionando concienzudamente, las rúbricas o recomendaciones que se hacían al exorcista antes de administrar sacramental tan arriesgado.

En primer lugar —rezaba el libro—, no se crea con facilidad que alguien está poseído por los demonios, sino que se tenga muy en cuenta aquellos signos por los que el obseso se diferencia de otros que sufren locura o cualquier otra enfermedad.

La observación era muy oportuna. Muchos siglos habían tenido que pasar para que la Iglesia se apartase paulatinamente, con discreción, como de puntillas, del parecer de los evangelistas, para quienes el mismo Jesús diferenció muy poco entre enfermedad natural y posesión demoníaca, y vieron en él y en sus actuaciones más que a un taumaturgo a un exorcista.

El vicario miró fijamente a aquella criatura, ojos en blanco y vista totalmente perdida, que parecía haber entrado en la recta irreversible de la agonía. ¿Esos signos delataban suficientemente la presencia del diablo? Le vino a la memoria la carta de santa Teresa a uno de los conventos que había fundado: *Ahí les envió al santo fray Juan de la Cruz, que ahora acaba de sacar aquí en Ávila de una persona tres legiones de demonios; y que luego el mismo santo dictaminaría: No tenía demonio, sino sobra de melancolía.* ¿Qué trastornos puede causar el demonio en los hombres mientras están vivos? El padre Enrique no había encontrado papeles escritos o libro alguno que examinasen con seriedad este asunto. ¿De veras Adela era una endemoniada?

Don Agustín, el médico, la había tratado de una rara dolencia que afectaba la boca de su estómago, inmediatamente debajo del esternón, y que se desplazaba, sin saber por qué, ora a los riñones, ora a los ovarios; mal lacerante e insólito, rebelde a todos los tratamientos, que hacía retorcerse a la muchacha de dolor insoportable. Ni él ni los otros colegas suyos consultados encontraron causa alguna ni se explicaron tales síntomas, y al fin, se dieron por vencidos. Don Agustín mismo, que no parecía pecar de crédulo sino más bien de todo lo contrario, acudió una noche a casa del vicario, para exponerle personalmente el caso.

—Las medicinas son absoluta y totalmente ineficaces, por no decirle contraproducentes. —Así acabó su explicación.

El padre Enrique quedó altamente sorprendido, pues no esperaba que un espíritu racionalista y liberal, como siempre había mostrado ser don Agustín, viniese no sólo a confesarle el fracaso de la ciencia, sino a suplicarle su colaboración.

—Si no he comprendido mal, me está hablando de que le hagamos un exorcismo.

¿No es eso? —Se extrañó de que tal fuese su propósito.

—Sí —le contestó rotundamente el otro, ocultando en la brevedad del monosílabo la vergüenza que sentía y la aversión personal que había tenido que vencer.

—No creo que ésa sea una buena solución, ni que el obispo la autorice. —El padre Enrique pensó que esa excusa sería suficiente.

—¿Se niega a realizar el exorcismo? —Y sin esperar a que el vicario le replicase, continuó—: ¿No será porque en el fondo tiene miedo de que el demonio exista de verdad? Si los sacerdotes han perdido la fe hasta el punto de no creer ya en su poder para exorcizar, y se niegan a hacer uso de él, eso supone una atroz prevaricación y una horrible desventura para quienes abandonan a su peor enemigo.

El padre Enrique recibió aquellas palabras como un humillante bofetón, dado, además, por la persona que él creía la menos idónea. Se puso en pie, la cara congestionada, haciendo esfuerzos sobrehumanos para no romper en un acceso de ira y pagarle con el mismo modal grosero y soez, echándole en cara lo que, a su vez, él opinaba de su persona.

—Lo pensaré —contestó escueto y con toda sequedad, mordiéndose la lengua.

Don Agustín, por otra parte, sugirió a la familia de Adela la conveniencia de pedir ayuda a los sacerdotes de la parroquia, aunque nunca les hablase de posesión diabólica. En un primer momento, Vicente, el padre de la niña, se opuso obcecadamente a que los curas entrasen en su casa: demasiadas cosas habían pasado durante la guerra civil y demasiado rencor les guardaba aún dentro de su cuerpo; pero al fin cedió a la presión de su mujer y su cuñada.

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti* —se santiguó, solemne, el señor vicario, imitándole las mujeres y quitándose la gorra Vicente.

Antes de continuar, levantó la vista del ritual y miró a Adela que, al escucharle, detuvo su ronquera y abrió desmesuradamente los párpados, mostrando a todos los presentes sus ojos en blanco. El vicario quedó despavorido. En los casos de presencia diabólica, según acababa de leer en un libro, los ojos del enfermo se quedaban completamente en blanco. Pero no sólo eso. Según la disposición de las pupilas, podía deducirse qué clase de demonios lo poseían. Si las pupilas estaban abajo, se trataba de demonios *serpientes*; si estaban arriba, de demonios *escorpiones*. Éstos tenían por jefe a Lucifer; aquéllos, a Satanás. De ser cierta esta experiencia, dada por veraz por el exorcista que había escrito el libro, los demonios que tenía Adela en su cuerpo eran serpientes y, por lo tanto, de las huestes del mismísimo Satanás.

—*Sit Nominis Tui signo famula tua munita* (Que tu sierva sea protegida con el signo de Tu Nombre). —Se apresuró a hacer la señal de la cruz sobre la frente de Adela y, aprovechando el momento, cerró aquellos ojos que le asustaban.

¿Pensó alguna vez que iba a ejercer el oficio de exorcista? Un día, hacía de eso muchos años, el señor obispo le había conferido a él y a otros seminaristas ese

ministerio: *ab abjicendos daemones de corporibus obsessis* (arrojar los demonios de los cuerpos de los posesos). Ninguno de ellos, bien seguro, se tomó en serio el oficio y las amonestaciones episcopales. Por eso, cuando el señor obispo le hizo llamar a su palacio y le dijo que se encargase del caso, el vicario le contestó:

—¿Yo? No sabría por dónde empezar.

El señor obispo, que nunca había realizado exorcismo alguno y no deseaba verse involucrado en un evento cuyo incierto desenlace podía perjudicarlo en su prestigio y convertirlo en el hazmerreír del pueblo y de otros obispos que no creían en el diablo, le animó, diciendo:

—Empieza por leer las instrucciones que trae el ritual.

—Eso, señor obispo —le respondió el vicario—, es como poner en manos de un estudiante de medicina un tratado de cirugía, empujarle al quirófano y pretender que practique con éxito una operación complicadísima.

—Reza con fervor las oraciones prescritas —le recomendó sin convicción alguna al despedirle, quitándoselo de encima.

El padre Enrique, puesto de rodillas junto con las dos mujeres, comenzó el rezo de las letanías de los santos, levantando con énfasis su voz cada vez que nombraba a alguno de los ángeles más prestigiosos de la milicia celestial. *Sancte Gabriell!*, exclamó, dirigiéndose al espíritu encargado de ilustrar la inteligencia de los humanos y descifrarles las visiones y los misterios de Dios. *Sancte Raphael!*, invocó a uno de los siete ángeles que tienen entrada en el *sancta sanctorum* del Paraíso, y a quien Dios ha hecho depositario de su medicina. *Sancte Michaël!*, se dirigió con fervor al príncipe de todos los espíritus bienaventurados, quien al grito de «¿Quién como Dios?», aplastó, al inicio de los tiempos, al soberbio Lucifer y sus ángeles, alzados en rebeldía contra su Creador.

—San Miguel arcángel, sé nuestro amparo contra la perversidad y las asechanzas del demonio... y tú, príncipe de la milicia celestial, lanza al infierno con el divino poder a Satanás y a los otros espíritus malignos —recitó con voz vibrante la oración, exorcismo más bien, que el papa León XIII ordenó que todos los sacerdotes del mundo leyeran cada día, de rodillas al pie del altar, al finalizar la santa misa.

¿Qué visión tuvo aquel pontífice, un día en su capilla, para que saliese corriendo, con el rostro demudado de terror, y se encerrase en sus aposentos y no saliese sino con la oración que había escrito de su puño y letra, ordenando a los obispos y sacerdotes del mundo entero que la rezasen en todas las iglesias? Según dijeron algunos cardenales, el Papa había experimentado verdaderamente la visión terrorífica de los espíritus infernales que vagan por el mundo para la perdición de las almas...

Sancte Michaël Archangele, insistió una vez más el padre Enrique, como un disco rayado.

El monótono sonsonete de las letanías, con sus interminables *ora pro nobis*,

libera nos Domine, y la poca luz de la habitación favorecieron sin duda la somnolencia a la que se entregó Adela. También podía ser que fuesen los mismos demonios quienes se la provocaran, como alertaba el ritual.

Todo transcurría con la mayor normalidad hasta que llegaron los exorcismos propiamente dichos, que, como recomendaban las rúbricas, había que hacerlos *cum imperio et auctoritate* (con mando y autoridad). El vicario, pues, se puso de pie, se acercó a la cabecera de la cama y aplicó el extremo de su estola morada sobre la cabeza de la niña.

—*Praecipio tibi, quicumque es, spiritus immunde, dicas mihi nomen tuum* (Te ordeno, espíritu inmundo, cualquiera que seas, me digas tu nombre).

El padre Enrique sabía que el *nombre* en la cultura judeocristiana, dentro de la cual se encuentra inmersa la Iglesia, no era una simple designación convencional, sino la llave que abría paso al ser mismo de la persona; conocerlo, pues, suponía ya un dominio sobre ella, y hacérselo revelar al demonio, tan poco dado a manifestarlo, una derrota, de ahí la importancia de averiguarlo. Como la muchacha no diese señal de haber oído la pregunta, ni diese respuesta alguna, el vicario repitió la orden: ahora con mayor energía, casi vociferando. Al oír tales gritos, Adela se despertó súbitamente, al tiempo que trató con fuerza inusitada de deshacerse de las cinchas que la sujetaban a la cama. Como no lo lograra, hizo que ésta comenzase a bailar sobre sus patas de hierro en medio de tal fragor infernal, que parecía que el suelo se iba a venir abajo. Madre y tía, aterrorizadas, temiendo que, rotas las ataduras, pudiera hacerles daño, de un salto alcanzaron la puerta. ¿Era aquello un ataque de epilepsia? Los médicos nunca hablaron de tal cosa. Por otra parte, según el ritual romano, mostrar fuerzas superiores a la naturaleza de la edad o la condición de la persona era un indicio seguro de posesión diabólica. El vicario, solo, empuñando el crucifijo, que temblaba entre sus manos, hizo frente a aquel fenómeno.

—*Ecce crucem Domini, fugite partes adversae* (He aquí la cruz del Señor, huid partes hostiles). —Subió todo lo que pudo el tono de su voz, para hacerse oír en medio de aquel estruendo de hierros y aullidos.

Repentinamente, al igual que había comenzado, todo volvió de nuevo a la calma, y regresaron las mujeres. Las facciones de Adela tornaron a ser las suyas, aunque por su boca continuaban saliendo hilos de lo que un momento antes habían sido espumarajos.

El ritual aconsejaba al exorcista que hiciese la señal de la cruz y echase agua bendita, cuantas veces creyera oportuno, sobre aquella parte del cuerpo donde le pareciera que el demonio se agitaba o atormentaba más o aparecía alguna hinchazón, cosa que el padre Enrique hizo una y otra vez sobre el vientre de Adela, que, por momentos, aumentaba como si fuese a parir.

—*Adjuro te, serpens antique, draco nequissime, ut exeas ab hac famula Dei* (Te

conjuro, serpiente antigua, dragón maldito, que salgas de esta sierva de Dios).

Adela, sin que nadie pudiera explicárselo, abrió impudicamente las piernas dejando al descubierto su pubis, y lo empujaba y sacudía lascivamente hacia arriba como si tratase de lograr la penetración de un ser invisible. Al instante, como si estuviese copulando, comenzó a exhalar gemidos de placer que avergonzaron a todos los presentes. Las dos mujeres pensaron que un demonio libidinoso la estaba poseyendo de aquel modo. ¿Cuántas veces habría advertido el párroco sobre las asechanzas lujuriosas del diablo, de las que no se libraban ni las místicas más santas? *La obra de Lucifer*, vociferaba desde el púlpito, y su voz todavía retañía en sus oídos, *debe sospecharse aun en los éxtasis más excelsos, si éstos van acompañados de movimientos indecentes, grandes contorsiones y, sobre todo, si con ello se incita a otros a cometer actos impuros.* Y el cura predicador remachaba la doctrina con múltiples ejemplos de santas mujeres a quienes Satanás se les aparecía con aspecto de chivo o de serpiente, y las tentaba a blasfemar y cometer acciones indecentes. A veces ellas mismas gritaban obscenidades, como si estuviesen poseídas o el demonio hubiese convertido sus cuerpos en instrumentos de lujuria. Adela estaba reducida a una de esas situaciones lastimosas, y a su madre y a su tía no les cabía la menor duda de que sufría continuos hostigamientos del diablo.

—Alguien nos ha dicho que si se quema el corazón o el hígado de un pez ante una mujer atormentada por el demonio, el humo lo ahuyenta y lo hace desaparecer para siempre —insinuó Ramona, la tía de la niña, hablando a media voz al ver que los rezos del vicario poco conseguían.

—No diga tonterías —le respondió con sequedad el padre Enrique.

Sin embargo, quien sugiriese a Ramona tal remedio no lo había dicho por decir. A buen seguro que lo había leído en la Biblia, donde el ángel San Rafael propuso semejante medicina al joven Tobías para librarse del demonio Asmodeo, que había matado, uno tras otro, a los siete maridos de Sara, tan pronto como accedieron al tálamo nupcial.

Los espasmos y jadeos entrecortados de Adela fueron en aumento. Las mujeres se taparon los oídos para no escucharlos, sin atreverse a cubrirle las partes; el vicario no sabía adónde dirigir su mirada, pues el rostro de la muchacha no era menos provocador y lascivo.

El padre Enrique nunca había visto un cuerpo tan repleto de deseos insaciables, mejor dicho, nunca había visto una mujer desnuda, y menos poseída de ese violento furor uterino. Su experiencia en mujeres era muy limitada: de la pasión carnal femenina sólo conocía lo oído en confesión. Al observar las convulsiones de Adela, que jamás hubiese podido sospechar, comprendió por qué los eremitas de la antigüedad huían al desierto, por qué los maestros de espiritualidad temían a la mujer, por qué el demonio aseguraba sus triunfos tentando por ese lado...

Viendo en el rostro desencajado de la muchacha el resplandor de un placer misterioso, le vino a la mente el relato del Génesis que cuenta que los ángeles del cielo, al principio, bajaron a la tierra y poseyeron a las hijas de los hombres; y aquellos otros de la literatura clásica, que narran que los dioses del Olimpo, tomando forma de humanos o de animales, descendían a la tierra para yacer con los mortales en memorables orgías. ¿Era la lujuria, antes que nada, una moción del espíritu que, al desencadenarse, resultaba irrefrenable? ¿Tendría todo acto carnal, allá en el fondo, un algo demoníaco? Algunos Santos Padres quisieron ver en la caída de los ángeles rebeldes un pecado de lujuria. ¿Acaso intentaron copular con Dios, cuya misma imagen son las criaturas humanas? Otros, más sensatos, desestimaron esa hipótesis: pues, careciendo de cuerpo, se dijeron, difícilmente podían los ángeles sucumbir a una tentación de esa índole. El vicario, sin embargo, no supo a quién darle la razón.

Absorto, miraba cómo la muchacha seguía copulando con un espíritu real o imaginario.

—¿Por qué no me llevas a la iglesia y sacas la hostia consagrada y me la metes por el culo? —dijo Adela con gran descaro, en medio de una respiración anhelante, rompiendo el asombro en que el pobre sacerdote se había sumido.

Don Enrique conocía, por haberlo estudiado en los libros de moral, que algunas personas excitaban su libido hasta llevarla al paroxismo, imaginando o pronunciando blasfemias, y que con ello conseguían un gran deleite sexual; pero no esperaba encontrar también esa especie de fetichismo en boca de la niña. ¿Lo de la hostia consagrada lo decía en sentido recto o figurado? ¿Expresaba un deseo sacrílego o confesaba un acto anteriormente cometido? ¿Quién la había iniciado en tal perversión? ¿Habría sido, en verdad, el demonio? Se decía que, en los aquelarres, las brujas besaban el culo del macho cabrío y con él cometían pecado de bestialidad y otras monstruosidades. ¿Estaría Adela, tan joven como era, involucrada en alguna secta satánica? No lo creía verosímil ni probable; entre otras cosas, porque nunca había oído que en el pueblo existiese tal camarilla, únicamente algunas personas que hacían espiritismo. Echó más y más agua bendita sobre la niña y en las cuatro esquinas de la cama, y no menos sobre sí mismo para ahuyentar sus propios pensamientos, no fuera a acabar poseído por la energía negativa que parecía infestar todo el cuarto.

Aún no se había repuesto de aquel exabrupto soez, cuando le llegó otro, vomitado con odio y en medio de lúbricos espasmos.

—¿También tú, cura cabrón, me quieres montar?

Las mujeres, no pudiendo resistir más, abandonaron la habitación, sollozando. La puerta se cerró de golpe detrás del vicario con gran estrépito, y él no supo si lo habían hecho ellas o se había cerrado sola.

Don Enrique, sobrepasado por los acontecimientos, quedó con el libro de los

exorcismos abierto, sin saber cuál aplicarle. A estas alturas, aún no había logrado descifrar un enigma que todo buen exorcista debía resolver desde el principio para que la terapia sacramental fuese la más correcta y eficaz. ¿Se trataba de obsesión maléfica o de posesión diabólica, propiamente dicha? ¿Actuaba el demonio desde fuera o desde dentro de Adela? Viendo sus movimientos lascivos, impropios de una criatura inocente como ella, el vicario llegó a la conclusión, tal vez apresurada, de que se trataba de posesión: era el demonio quien, residiendo en el cuerpo de la muchacha, se servía de sus miembros y de su organismo para obrar de aquel modo.

Solo y abandonado en la agobiante habitación, sintió que un miedo atroz recorría su cuerpo —como debió de sentir el joven Daniel cuando fue arrojado al foso de los leones, según cuentan las Escrituras—, y esperaba que el diablo, o lo que fuese, que estaba en el cuerpo de la muchacha, o merodeando por el cuarto cada vez más tenebroso, saltase de un momento a otro también sobre él, destruyéndole física o psíquicamente. Le vino a la memoria la advertencia de San Pedro, con la que comienza la oración de Completas: *Hermanos: sed sobrios y velad, porque vuestro adversario, el diablo, ronda como león rugiente buscando a quién devorar: resistidle firmes en la fe.* ¡La fe! Eso es lo que recomendaba San Pedro, y el ritual romano encarecía insistentemente: *Haga y lea los exorcismos con gran fe.* ¡Contra el demonio, una gran fe, una gran fe en Dios! No era tarea sencilla. Se hacía muy difícil creer en Dios en aquellos años de negra posguerra, llenos de hambre y rencor aquí y en toda Europa, cuando la bondad en este mundo no se veía por parte alguna. Harto más fácil resultaba para muchos creer en el demonio porque la maldad y el odio habían reemplazado los buenos sentimientos de los corazones, y la injusticia y el desenfrenado egoísmo reinaban por doquier. Si para ganar la batalla al diablo hay que tener una gran fe en Dios, con mal pie hemos comenzado estos exorcismos, se dijo el vicario.

Después de lo que pareció ser un orgasmo demoníaco, la niña se sumió de nuevo en un profundo sueño, tiempo que aprovechó el exhausto sacerdote para replantear su propia estrategia. Según el ritual, había unas cuestiones imprescindibles que había que plantear acerca del número de espíritus presentes en el cuerpo y del tiempo en que ingresaron en él, así como la razón. El padre Enrique ya había hecho la interpelación sobre el nombre, sin obtener respuesta alguna, provocando más bien aquella escena terroríficamente lujuriosa. ¿O era ésta la manera de manifestar el demonio su identidad? ¿Acaso la Biblia no hablaba de Lilit, el demonio de la noche y la lujuria? ¿Sería ése el nombre que él buscaba? Aunque personalmente consideraba que inquirir sobre el nombre era una curiosidad inútil más que un dato esclarecedor, repitió la pregunta.

—*Praecipio tibi, immundissime spiritus, omne phantasma, omnis legio, quicumque es, dicas mihi nomen tuum* (Te ordeno, espíritu inmundísimo, todo

fantasma, toda legión, cualquiera que seas, me digas tu nombre). —Esta vez lo dijo en voz baja, sin aquel imperio y autoridad que preceptuaban las rúbricas.

Estando como estaba la muchacha tan profundamente dormida, no esperaba que hubiese oído su pregunta; de ahí el salto que dio al verla incorporarse y, sin abrir los ojos, responder:

—Calla, cabrón, y exorciza al párroco. Es él, y no yo, quien tiene al demonio dentro.

Lo dijo con tal odio y aplomo que el vicario se quedó atónito. ¿A qué venía esa alusión al cura de la parroquia? El ritual ya advertía que había que andar con mucho cuidado con los demonios, que éstos eran sumamente astutos y solían responder falazmente y enredar mucho las cosas, pudiendo muy bien acusar a una persona u otra para provocar sospechas y crear enemistades.

—Calla, bestia maldita, espíritu embustero y mentiroso desde el principio, y responde sólo a lo que te pregunto —atajó el vicario aquella manera frívola de manifestarse—. En nombre de Dios te pido que me digas cuál es tu nombre y cuándo entraste en el cuerpo de Adela.

—Yo soy Jaldabaoth. —Dio un tremendo grito, como si en vez de decir su nombre lo hubiese escupido entre espumarajos de rabia—. Y fue el cura quien me ayudó a meterme dentro, hace de esto cosa de tres meses. Si crees que miento, pregúntaselo a él.

¿Le estaba confesando Adela que todas sus desdichas radicaban en el hechizo confeccionado por un sacerdote indigno?

La estola, símbolo de la autoridad e insignia del poder sacerdotal, con tanto zarandeo se había caído de la cabeza de Adela. El vicario se la colocó de nuevo, pero ahora sobre su cerviz, significando con ello hasta qué punto estaba dispuesto a humillar la del demonio o legión de ellos que estuvieran dentro del cuerpo de la niña. Fue ponérsela y escuchar un recio bramido, a la vez que un torbellino de viento, sin haber entrado por el ventanuco (que permanecía cerrado) o por parte alguna, apagó la luz languidecente de la palmatoria. ¿O sucedió que el pabulo se había apagado, consumida ya la cera, y fue la oscuridad, súbita e inesperada, la que había producido en su cabeza aquello que no sería sino una alucinación? Como quien cogido en un mal sueño da vueltas en la cama, haciendo ímprobos esfuerzos por despertar y acabar con la pesadilla, el vicario buscó desesperadamente la puerta.

—¿Hay alguien ahí? —gritó a la oscuridad, y tropezó al abrir la puerta.

Nadie respondió a su llamada; ni siquiera sus ojos, abiertos con desmesura, alcanzaron a ver una pizca de claridad. Tanteando como ciego, las manos por delante, dio unos pasos en busca de la escalera por donde horas antes, tal vez hubiese transcurrido ya un siglo, había subido al desván. Vislumbró en medio de la noche un parpadeo de luz y como un removerse de sombras, y pensó en la cueva de Platón,

pero no estaba ahora con humor para meterse en filosofías.

—¿Es que no me oyen? —Levantó la voz, más para espantar su propio miedo que para hacerse oír, temeroso de que los de la casa hubiesen desertado o desaparecido.

Ya iba a dar voces de nuevo cuando por la escalera vio una luz temblorosa que ascendía y bultos negros detrás.

—Perdone, don Enrique. Nos habíamos dormido.

Y antes de que Ramona pudiese dar explicación alguna, le replicó el vicario:

—Me han abandonado, como los discípulos al Maestro en el huerto de Getsemaní.

Esta queja paralizó a las dos mujeres a mitad de camino; pero el vicario no estaba muy seguro de que le hubiesen entendido, tan adormiladas las veía.

—No se queden ahí clavadas, y denme una luz, que la palmatoria se ha apagado.

Carlota corrió y, a poco, subió con una lámpara de petróleo, de las que los hombres del campo solían utilizar en las noches de verano cuando se dedicaban a fumigar los naranjos. Desde mitad de la escalera se la ofreció, manifestando de aquel modo que no tenía interés alguno de entrar en la habitación de su hija.

—¿Qué le parece mi Adelita, don Enrique? —le suplicó, llorosa como la Virgen Dolorosa de la estampa.

—Hay que rezar mucho, que yo solo poco puedo hacer.

La puerta se cerró bruscamente, con un golpe seco, tan pronto como el vicario cruzó el umbral; esta vez estaba plenamente seguro de que no lo había hecho nadie. Puso la lámpara junto a la palmatoria, iluminando de nuevo la estampa de la virgen y muy poco el resto de la habitación. Aunque se encontraba muerto de miedo y descorazonado porque hasta ese momento poco había conseguido, por no decir nada, se dio ánimo interiormente para continuar hasta donde aguantasen sus fuerzas. Se arrodilló de nuevo junto a la cabecera de la cama y comenzó el rezo del salmo *Deus in nomine tuo salvum me fac* (¡Oh Dios, sálvame por tu nombre!). Al finalizar, se puso de pie y alargó su diestra sobre la cabeza de Adela. La sombra de la mano extendida ocultaba, como una nube, el rostro de la niña, y en la pared de la cabecera su propia figura agigantada y grotesca temblaba de miedo.

—*Nihil proficiat inimicus in ea et filius iniquitatis non apponat nocere ei* (Que el enemigo no se aproveche de ella y el hijo de la iniquidad no le haga daño alguno) —exclamó solemne, como las otras veces, confiando más que en la fuerza de su propia voz en la magia sagrada de la lengua latina.

—No es el demonio quien se ha aprovechado de mí, sino ese cura cabrón. ¿Por qué no me pones ahí la hostia consagrada? —le respondió con un bramido, y con la barbilla señaló su pubis.

Adela, volviendo a los gestos obscenos como la primera vez, remarcó sus palabras con una desvergüenza impropia de su edad y su inocencia, pues todo el

pueblo sabía lo muy piadosa y de comunión diaria que había sido hasta que le llegaron esos trastornos que ningún médico supo diagnosticar. Desprevenido, al padre Enrique le sorprendieron muchísimo, pues parecía que en esta ocasión eran la respuesta a las palabras que él había pronunciado en latín. Su brazo extendido quedó paralizado de miedo, y no sabía muy bien qué pensar. ¿No señalaba el ritual romano como uno de los signos claros de la posesión demoníaca pronunciar palabras en habla extraña o entender al que las decía? ¿Era casualidad que Adela hubiese comprendido lo que él le había dicho en una lengua totalmente desconocida para ella? Pero había una cosa más inconcebible y asombrosa aún. ¿Cómo sabía ella que había traído consigo, oculto en sus hábitos, el pequeño píxide con una hostia consagrada? El padre Enrique pensó si habría llegado el momento de hacer frente a aquel fenómeno ultramundano, exorcizando a la muchacha con la eucaristía; y estuvo sopesando si, dadas las circunstancias, sería imprudente temeridad por su parte exponer el santo sacramento a las posibles vejaciones y blasfemias del diablo. Se decidió, por fin, a utilizar este último recurso y, yendo hacia la cómoda, puso sobre la blanca piedra de mármol la cajita de plata en la que traía la pequeña hostia consagrada. Durante unos minutos, como si estuviese ante el altar, permaneció de rodillas, concentrado en oración. Después tomó con su mano derecha la blanca forma y la mantuvo levantada en alto frente a la niña, que la contemplaba atónita.

—*Exorcizo te, omne phantasma: in nomine Domini Nostri Jesu Christi eradicare et effugare ab hoc plasmate Dei* (Te exorcizo, todo fantasma: en nombre de Nuestro Señor Jesucristo que salgas y huyas de esta criatura de Dios).

El padre Enrique no creía en el demonio, mejor dicho, siempre se había resistido a creer en él, pensando que formaba parte de cosmovisiones religiosas obsoletas, pertenecientes a antiguas culturas ya superadas, pero esa incredulidad suya no era ahora suficiente para tranquilizarle. La nueva fórmula, que empleaba en estos momentos, la fue pronunciando lentamente, sin quitar ojo de la niña, observando qué palabras podían conturbar más al diablo, para insistir sobre ellas y repetirlas una y otra vez. Adela permanecía quieta, la mirada pegada a las manos del sacerdote, como si la blanca hostia que sostenían la hubiese hechizado. El silencio sosegado, después de la larga noche atormentada de aullidos y rechinamientos, parecía anunciar el fin de aquella terrible pesadilla. El vicario, siguiendo a pie juntillas el ordenamiento ceremonial, se disponía a interrogar a la posesa sobre cuál era su estado de ánimo y qué es lo que sentía en su cuerpo y su alma, cuando, como si hubiese leído sus pensamientos, comenzó a lanzar grandes escupitajos contra el santo sacramento, que él tenía en sus manos, a la vez que gritaba horribles blasfemias.

—*Audi, ergo, et time; imperat tibi Deus et majestas Christi* (Escucha, pues, y teme; te lo manda Dios y la majestad de Cristo).

Y mientras gritaba, para eclipsar las voces que daba Adela, se le acercó para

bendecirla con el santo sacramento.

—Aparta, aparta de mí esa hostia, maldito cura.

De nuevo volvieron los temblores primeros, que hacían bailar todos los hierros y muelles de la cama. El vicario, traspasado ya el umbral del miedo, como el enfermo el del dolor, se sintió crecer y, casi volcado sobre la cama, fue bendiciendo con la sagrada hostia la cabeza, el pecho y las otras partes del cuerpo, que al principio rociara con el agua bendita. Adela, frenética, en medio de horrorosas arcadas y convulsiones, expulsó un vómito amarillo, como si arrojase de una bocanada toda la bilis de su cuerpo. El padre Enrique, situado otra vez a los pies de la cama, levantó la hostia con las dos manos y, manteniéndola en aquella posición majestuosa, recitó con vehemencia el último de los exorcismos:

—*Ille te ejicit, cujus oculis nihil occultum est* (Te arroja Aquél para quien nada oculto hay a sus ojos).

La niña rompió en un llanto tan estremecedor como escalofriantes habían sido antes sus blasfemias.

—*Ille te expellit, cujus virtuti universa subjecta sunt* (Te expulsa Aquél a cuyo poder todas las cosas le están sujetas).

El llanto se hizo más sereno y las facciones de su cara, aunque la luz que había en la habitación era escasa, parecían haberse dulcificado.

—*Ille te excludit, qui tibi et angelis tuis praeparavit aeternam gehennam et venturus est judicare vivos et mortuos, et saeculum per ignem* (Te excluye Aquél que preparó el infierno eterno para ti y tus ángeles, y ha de venir a juzgar a vivos y muertos, y a este mundo por el fuego).

Al conjuro de estas palabras, que el sacerdote había ido pronunciando cada vez con mayor solemnidad, el llanto se fue apaciguando; y ahora, por fin, era el sollozo de una niña. El padre Enrique no acababa de creer lo que sus ojos estaban contemplando. ¿Era aquello un signo de que el demonio, o lo que fuera, había huido y dejaba en paz a la muchacha? Guardó la hostia en su cajita de plata y fue a la cabecera de la cama. Unos ojos tímidos, como de corderillo desvalido, pedían a gritos un poco de cariño; al menos eso es lo que el vicario leyó en ellos. Sin detenerse a considerar que podía tratarse de una treta demoníaca, desató a la muchacha. Tan pronto como tuvo los brazos libres, se los echó al cuello y, refugiada en el regazo del sacerdote, comenzó a hablar atropelladamente.

—Tranquila, muchacha, tranquila —le dijo el vicario, atrayéndola hacia sí, mientras la serenaba acariciándole los cabellos y, como un amigo, escuchaba su historia.

Las mujeres de la casa llevaban demasiadas noches sin dormir, o durmiendo mal, y el sueño les había caído encima como una pesada losa, sorprendiéndolas sentadas en sus sillas junto a la lumbre. Se despertaron con terrible tortícolis cuando el gallo

del corral vecino anunció el alba.

—Este maldito gallo canta antes de hora —comentó Ramona, desentumeciéndose el cuello, a la vez que removía las cenizas buscando un rescoldo que paliase el frío glacial de la cocina.

—Ha cantado a su hora, lo que pasa es que ha amanecido nublado —contestó Carlota, abriendo el ventanillo.

Contempló por un momento, como hacía todas las mañanas, el geranio que tenía sobre el alféizar, en la panza de un botijo roto. Ninguno había prendido y se había aclimatado tan bien como él. Crecía hermoso, con unas flores color lila que eran la envidia de sus vecinas.

De repente, como si las dos hermanas se hubiesen puesto de acuerdo, callaron y aguzaron sus oídos hacía la escalera.

—No se oye nada —concluyó la tía, que, para mejor escuchar, había subido tres o cuatro peldaños—. ¿Qué habrá pasado?

Fueron decididamente a averiguarlo. Sin llamar, abrieron la puerta del cuarto de Adela, imaginándose lo peor. La habitación estaba completamente a oscuras, salvo por la tenue luz que se filtraba por las ranuras del ventanuco. Ramona encendió el interruptor, y la bombilla que colgaba del techo dio una luz mortecina como la del día que había amanecido. Tan agotados habían quedado con los exorcismos de la noche que ni el padre Enrique ni Adela se dieron cuenta de nada.

Las dos mujeres, a la vista de lo que contemplaban, fueron mudando la expresión de sus rostros: primero, fue de sorpresa, luego de incredulidad, finalmente de indignación.

El padre Enrique, con sus ornamentos revueltos, estaba recostado sobre la cama y profundamente dormido. En su regazo, libre de toda atadura, descansaba Adela, acurrucada como un bebé desvalido que encuentra cobijo reconfortante. La niña, semidesnuda, mostraba un rostro de placidez angelical y unos pechos virginales, redondos y blancos, como los que la imagen de santa Águeda, venerada en la parroquia, llevaba en bandeja de plata.

—¡Márchese de aquí! ¡Largo! —bramó la madre—. ¡Y tú, tápate!

Cogiéndoles tan de sorpresa, el vicario y la muchacha despertaron asustados, sin comprender los gritos ni las caras de cólera que veían. La tía, reforzando a su hermana, apostrofaba al vicario con insultos que debían de ser terribles por lo atropellados e incomprensibles como los vomitaba.

El padre Enrique, a toda prisa, recogió sus cosas y salió corriendo, sin que le dieran oportunidad de explicarse.

3

¡Jaldabaoth! Solo en su cuarto, ante la mesa repleta de libros de teología, el vicario repetía mentalmente una y otra vez el nombre del demonio que había poseído a la pequeña Adela, ansioso por desentrañar la entidad maligna que había detrás. Nunca antes había oído ese nombre, ni aparecía en los libros que estudió en el seminario, y que ahora examinaba con mayor tiento por si le había pasado inadvertido. Tampoco recordaba haberlo leído en el Nuevo Testamento ni en el Viejo.

Valiéndose de los índices onomásticos y de materias que traía su Biblia, y después de muchas horas de trabajo, robadas la mayoría al sueño, el padre Enrique había confeccionado una demonología muy elemental. Si sus cálculos no le fallaban, el espíritu infernal era mencionado 138 veces en el Nuevo Testamento. En 62 ocasiones, con el nombre genérico de demonio; en 33, se le llamaba Diablo; en 36, Satán; y 7 veces se le denominaba Belcebú. Satán significaba en hebreo *el adversario*, y Diablo, en griego, *el calumniador*. Los dos nombres, que aparecían poco más o menos con idéntica frecuencia, designaban al mismo ser personal, invisible, cuya influencia se manifestaba a través de otros espíritus impuros. Sin embargo, a pesar de tal profusión de referencias, el Nuevo Testamento no definía a los demonios en sí mismos, sólo presentaba los efectos, ordinarios y extraordinarios, de su acción diabólica.

El Viejo Testamento tampoco le proporcionó mayores explicitaciones ni el nombre concreto que buscaba. En el Levítico halló a Azazel, demonio que los antiguos hebreos y cananeos creían que habitaba en el desierto, tierra estéril donde Dios no ejerce su acción fecundante, y a quien, según el ritual de la Expiación, había que enviarle, una vez al año, un macho cabrío cargado con los pecados de Israel. En el libro de Isaías encontró a Lilit, demonio de las noches, que también vivía en lugares desérticos, entre bestias salvajes y fuerzas oscuras. El origen de Azazel y de Lilit, como el de otras entidades maléficas mencionadas en la Biblia, había que rastrearlo en la religión babilónica, que desde antiguo contaba con una demonología compleja y muy desarrollada.

El padre Enrique tenía, al fin, una lexicografía con los nombres con que la Biblia denominaba al demonio: Satán, Diablo, Luzbel, Asmodeo, Belcebú, Belial, Azazel, Lilit, Serpiente, Bestia, Dragón, Maligno, Tentador, Mentiroso... pero ni rastro de Jaldabaoth.

A decir verdad, el padre Enrique nunca había tomado en serio al demonio. Tampoco en el seminario los profesores de teología le dedicaron tiempo alguno en sus clases; y a los ángeles, muy de pasada. Este tema parecía más bien exclusivo de pláticas piadosas y materia recurrente del padre espiritual para advertir a los seminaristas —que se confesaban de involuntarias poluciones nocturnas o de consentidas masturbaciones—, sobre las argucias y los tejemanejes que los demonios

se llevaban en la entrepierna de los hombres, y cómo eran ellos los que soplaban la estopa y avivaban el fuego de la concupiscencia. Diremos, pues, que los conocimientos del padre Enrique a ese respecto eran escasos, y poco se diferenciaban de los que poseía el común de los cristianos. Sin embargo, después de la experiencia tenida con el exorcismo de Adela, ¿continuaba pensando que el demonio era un mito o, por el contrario, admitía como cierto que se trataba de una realidad? Las ideas estaban muy confusas en su cabeza y no quiso decir nada a su párroco, cuya endeble formación teológica, pensó, poco podía ayudarle. Así que, aprovechando sus escapadas a la ciudad, dedicó parte de su tiempo a buscar y rebuscar en la biblioteca del seminario.

Desde su ordenación sacerdotal, ésta era la primera vez que volvía al casón decimonónico donde había cursado sus estudios de teología. El inmueble de tres pisos de altura y tres puertas de entrada, grande e irregular, con un severo exterior de ladrillo visto, rematado por un alero de piedra no menos sobrio, parecía, sin serlo, un edificio fabril del siglo pasado. Las ventanas con recercados de piedra y fino guardapolvo, poco sobresalientes, ni daban volumen al paramento de la fachada ni alegría, acentuando, más bien, el aspecto austero y plano de todo el conjunto. A esa hora de la tarde el claustro grande, formado por columnas dórico-toscanas, al que directamente daba el zaguán de entrada, estaba completamente desierto, y un gran silencio envolvía la residencia. Los seminaristas, se figuró, estarían retirados en sus habitaciones o en la sala de estudio, preparando sus clases del día siguiente, al igual que se acostumbraba en su tiempo. Miró cada una de las cuatro esquinas del claustro y continuó pareciéndole que el excesivo número de pilares daba pesadez y agobio al patio. ¡Cuántos recuerdos guardaba para él cada rincón de aquella casa, y no todos, ciertamente, gratos! La formación que entonces daban los operarios diocesanos estaba más cerca de la instrucción cuartelaria que de la intelectual y humanística que impartían los sacerdotes del seminario parisino de Saint Sulpice, cuyo espíritu y reglamento tal vez trataron de copiar para España.

En el primer piso asomaba una galería con balaustrada de madera, cuya techumbre y finas columnas de fundición recordaban un poco el diseño de las estaciones de ferrocarril; era la única arquitectura que alegraba la vista, dentro del austero y duro marco de la planta baja. Mientras subía por la ancha escalera que llevaba a esa galería diáfana, donde, entre otras dependencias, se encontraban la capilla y la biblioteca, el padre Enrique se acordó, sin saber muy bien por qué su memoria seleccionaba ese recuerdo, de la primera plática que, recién ingresado en el seminario, les diera el director espiritual sobre las *amistades particulares* y sus peligros, que él, a sus doce años, no comprendió en absoluto; sólo años después, cuando vio la que alguno de aquellos educadores mantenía en secreto con sus alumnos preferidos, entendió el alcance y sentido de la advertencia.

La biblioteca seguía en el mismo sitio, y tan destartada como la recordaba: con los anaqueles de madera carcomida arrimados a las paredes y los libros ordenados en interminables filas superpuestas que subían hasta el techo. Apoyada en una esquina, aguardaba la misma vieja escalera descoyuntada, por la que había que trepar si el libro en cuestión estaba más allá de la cabeza de uno.

En los tratados teológicos y *summas*, que fue consultando pacientemente, encontraba, copiándose unos autores a otros, siempre repetida la misma doctrina, y los teólogos más modernos poco aportaban de su propia cosecha. Tampoco los documentos del magisterio de la Iglesia, raros y repetitivos a través de los siglos, alumbraban más. El demonio no constituía el objeto de ningún dogma de fe, sino una enseñanza indirecta, concerniente al destino del hombre: era la cara negativa y el lado oscuro de la salvación. Tanto el magisterio eclesial como el teológico dedicaban todos sus argumentos a negar la idea de que los demonios pudieran ser considerados una divinidad autónoma, pero poco aclaraban sobre las preguntas que el padre Enrique se planteaba: ¿Quiénes y cuántos eran? ¿Cuál era su origen y cuál su modo de acción? Después de muchas tardes sentado en un viejo pupitre de los utilizados en las aulas de sus años de estudiante, había escrito en su cuaderno breves y deshilvanadas notas. El balance resultaba poco alentador: que los demonios eran ángeles creados por Dios, y buenos en su origen; que por el mal uso que hicieron de su libre albedrío, pecaron y se hicieron malos; que el hombre, tentado por el Maligno, también pecó, y cayó bajo el dominio del que tiene el imperio de la muerte; que el demonio, aunque fue vencido definitivamente por Cristo, conservaba, sin embargo, el poder de tentar al hombre y producirle algún mal... Desde luego, por ninguna parte descubrió rastro alguno de Jaldabaoth.

Las frecuentes visitas del padre Enrique a la biblioteca del seminario, muy poco concurrida por otra parte, no pasaron inadvertidas al viejo y enjuto bibliotecario, que tuvo curiosidad de saber qué extraña tesis doctoral preparaba o qué tema de estudio le absorbía, pues tantos eran los libros y enciclopedias que consultaba.

Un día, cuando el padre Enrique le devolvía un grueso tratado, el doctor Mínguez, que así se llamaba el bibliotecario, no pudo contenerse por más tiempo y le hizo la pregunta.

—¿Qué andas buscando con tanta avidéz... y veo que no encuentras? —le tuteó, contraviniendo las buenas formas de la casa—. Si en algo...

—A Jaldabaoth —contestó el padre Enrique, cortándole la frase.

El doctor Mínguez, sorprendido, no pudo disimular el impacto que le hiciera la respuesta, y reacomodó las gafas que se le habían deslizado por la prominente curva de su nariz. Tal vez la caída de sus anteojos se debiera al estremecimiento causado por el nombre prohibido.

—¿Cómo te has atrevido a pronunciar ese nombre? —le reprendió, muy asustado

—. ¿No sabes que, con sólo nombrarle, puedes concitar su presencia y, una vez presente, nadie sabe lo que puede pasar? Desde luego, nada bueno.

El bibliotecario conocía bien ese nombre por haberlo visto impreso muchas veces, pero sus labios jamás lo habían pronunciado, ni lo había escuchado de viva voz a nadie. El imprudente vicario no se percató de la gravedad de que le hablaba el otro.

—¿Acaso sabe usted quién es?

El doctor Mínguez lo fulminó desde detrás de sus gafas de miope, y abrió todo lo que pudo sus pequeños ojos, cansados, quemados más bien, de tanto leer en malas condiciones.

—*In principio erat Verbum...* (En el principio fue la Palabra...) —sentenció con gran solemnidad, dirigiendo su índice diestro como una antena hacia el cielo raso de la biblioteca.

Esperaba que el padre Enrique entendiese el profundo sentido que se encerraba en esa frase y así le ahorrara más explicaciones. Pero el joven sacerdote, como catecúmeno que apenas ha dado el primer paso, no acababa de descifrar lo que parecía clave de iniciados.

—Dios creó el mundo y todas las cosas con sólo nombrarlas. *Dixit et facta sunt* —le catequizó el bibliotecario—. Ésa es la trascendencia de la palabra. También nosotros, al dar nombre al demonio, podemos traerlo a nuestra presencia. ¿Entendido? No creamos al demonio, ciertamente, pero lo llamamos y él se presenta. Es terrible el poder que tiene la palabra...

El doctor Mínguez miró a uno y otro lado, como si temiera que alguien los estuviese espiando y, llevándose a los labios el índice de su mano sarmentosa, que antes apuntó al techo, le impuso silencio, mientras con la otra mano le tiró de la sotana. Condujo al padre Enrique a un cubículo que había al fondo de la biblioteca. Aquel cuchitril, destartado y repleto de volúmenes que se salían de todos los anaqueles, era, según le dijo, su despacho y, a la vez, el depósito de los libros prohibidos.

—Siéntate, siéntate —le tuteó de nuevo.

El padre Enrique miró alrededor y no veía dónde hacerlo, pues la única silla que había a este lado de la mesa estaba a rebosar de códices y manuscritos.

—Precisamente ahí, en ese montón, está lo que buscas. —Le señaló el asiento.

El doctor Mínguez ayudó al padre Enrique a desalojarlo, y le faltó tiempo para acribillarle a preguntas sobre cómo, cuándo y quién le había dado a conocer nombre tan secreto. El vicario le explicó pormenorizadamente, pues así se lo pedía el otro, el asunto del exorcismo de Adela.

—¿Entonces fue el mismísimo demonio quien te dio su nombre? —recalcó el doctor Mínguez, evitando con todo cuidado pronunciarlo.

—Si fue él en persona o no, no lo sé; pero eso es lo que me dijo.

A partir de aquí, el doctor Mínguez, a quien le brillaban los ojillos como si fuesen dos chispas escapadas del infierno, comenzó a hablarle del judeocristianismo y de sus doctrinas heterodoxas; de los apócrifos del Nuevo y Viejo Testamento, y de otros Apocalipsis, que no eran el de san Juan; de los descubrimientos de Qumran... Todo aquello resultaba tremendamente desconocido para el padre Enrique. El bibliotecario puso tanto entusiasmo en su exposición, que el joven sacerdote quedó seducido, pendiente de sus labios. El doctor Mínguez, viendo ante sí un discípulo tan aplicado, le propuso iniciarle en los secretos de aquellos libros, que la Gran Iglesia nunca había aceptado entre los canónicos.

—Eso si me prometes ser discreto y no decir nada a nadie, pues, como ves —y señaló alrededor—, casi todos los libros de que te hablo están condenados en el Índice.

—Pero ¿qué hay de Jal...? —se precipitó a preguntar el vicario, deteniéndose aún a tiempo.

—Serénate. Te veo demasiado inquieto, y eso no es bueno —le aconsejó el doctor Mínguez; luego, levantándose de su sillón frailuno y ajustándose sobre la nariz aguileña la montura de sus gafas, buscó entre los libros que había puesto sobre su mesa—. Aquí tienes el *III Apocalipsis de Santiago el Mayor*. Como comprenderás, no puedo dejar que lo saques de la biblioteca, ni siquiera de este cuarto, que es como su cárcel, donde está condenado, pero estará a tu disposición. Cuando vengas, búscame y te lo dejaré. Léelo atentamente. Creo que en él encontrarás todo lo que has venido a averiguar.

Cada lunes de las semanas siguientes, día que estaba menos cargado de trabajo parroquial, el vicario acudió puntualmente a la biblioteca del seminario, y pasaba las horas entregado a la lectura de los libros que le proporcionaba el doctor Mínguez, siendo lo más importante de cada visita las conversaciones que, al final de la jornada, mantenía con él.

El padre Enrique no se había convertido, ni mucho menos, en un experto, pero ya sabía muchas cosas: que el *III Apocalipsis de Santiago el Mayor*, como el *Evangelio de los Egipcios* y otros apócrifos que había en los anaqueles del cuarto prohibido, era un texto judeocristiano de la segunda mitad del siglo II; que en los descubrimientos de Nag Hammandi había aparecido el manuscrito copto del Apocalipsis de Santiago, que ahora, traducido, tenía él entre sus manos; que la tradición oral de dicho apócrifo se remontaba a los tiempos de los apóstoles, concretamente a la primitiva comunidad de Jerusalén, presidida por Santiago, el hermano del Señor, y, al parecer, transmitía fielmente las doctrinas cristianas que profesó aquella Iglesia; que, con la caída de Jerusalén el año 70 de nuestra era, la comunidad judeocristiana jerosolimitana se dispersó, y su Iglesia, tan influyente hasta ese momento y floreciente como ninguna, quedó eclipsada por las Iglesias de los otros apóstoles y sus doctrinas cayeron en el

olvido, suplantadas por las de otras comunidades...

El prólogo del libro impresionó muchísimo al padre Enrique. Estaba escrito con tanta minuciosidad y convicción, que él mismo se sintió arrebatado, y, en compañía del apóstol vidente, fue ascendiendo, uno a uno, los siete cielos, viendo a su paso los ángeles que los habitaban. Todas aquellas páginas eran como una larga y escrupulosa ampliación de la primera línea de la Biblia: *En el principio creó Dios los cielos*.

—También Dante en su *Divina Comedia* narra de una manera maravillosa el cielo y sus círculos; pero, ahora, siento mi alma, incluso mi cuerpo, embargada por un algo inexplicable que no había experimentado antes —le confesó al doctor Mínguez.

El bibliotecario conocía aquel libro de cabo a rabo, por haberlo estudiado profundamente, y comprendía muy bien los sentimientos de que le hablaba el vicario.

—Como estás viendo —le dijo, a la vez que le dirigía una sonrisa cómplice—, el *III Apocalipsis de Santiago el Mayor* transmite la revelación que Cristo Resucitado hizo a ese apóstol en el monte Tabor... Te diré que esa tradición apostólica fue muy pronto considerada heterodoxa, por oponerse a las enseñanzas oficiales de la Gran Iglesia.

El padre Enrique no pareció prestar mucha atención a las advertencias del bibliotecario, absorto como estaba en la lectura.

—¡Aquí está, aquí está! —exclamó exultante, a la vez que señalaba la página que tenía delante.

—Por fin lo encontraste —se alegró el doctor Mínguez.

—Desde el séptimo cielo, Dios hizo descender su Sabiduría que, al unirse con las aguas superiores, engendró siete hijos: Jaldabaoth, el primogénito, y los otros seis: Iao, Sabaoth, Adonai, Eloim, Astafayos y Horayos. Éstos son los siete cielos y sus ángeles —leyó con solemnidad el padre Enrique.

Según el *III Apocalipsis de Santiago el Mayor*, Jaldabaoth había sido el ángel primogénito de Dios. Él y los otros seis arcontes gobernaban por designio del Altísimo los siete cielos. Es más, según ese libro sagrado, fue Jaldabaoth quien, ayudado de los otros ángeles, creó al hombre a imagen y semejanza de Dios. Pero hizo un hombre incapaz de moverse por sí mismo, por lo que el Altísimo envió su Sabiduría sobre Adán y éste resultó tan inteligente como los mismos ángeles. Esto provocó los celos y la envidia de los arcontes y de Jaldabaoth, su jefe...

—Ya veo por dónde viene la heterodoxia de este libro —dijo, y comentó con el bibliotecario la creación del hombre que acababa de leer, que difería sustancialmente del relato de la Biblia canónica.

—La heterodoxia no está solamente ahí, querido amigo —le contestó el otro, aduciendo a continuación otras enseñanzas que chocaban frontalmente con la dogmática católica—. Al principio del *III Apocalipsis* ya habrás advertido que el apóstol Santiago ve en el séptimo cielo a Adán y Abel, resucitados en cuerpo y alma.

Idéntica revelación aparece expuesta en el libro de la *Ascensión de Isaías*. También en el *II Henoc* leemos que este patriarca y Elías fueron llevados al sexto cielo después de su muerte... Como ves, antes de que Cristo resucitase, ya otros resucitaron gloriosamente en cuerpo y alma, *conditio sine qua non* para entrar en ese lugar de la beatitud definitiva... ¿No choca esta doctrina con la mantenida tradicionalmente por la Iglesia católica?

—Y tanto —le contestó—. Precisamente estaba pensando en las enseñanzas del apóstol san Pablo. Repetidas veces afirma en sus cartas que Cristo es *primus ex resurrectione mortuorum* (el primero de la resurrección de los muertos), *primogenitus ex mortuis ut sit in omnibus primatum tenens* (el primero de entre los muertos, para que en todas las cosas tenga la primacía). ¡El primer muerto que ha resucitado!

—No obstante, ya ves... —le dijo, abriendo sus manos en un gesto amplio y comprensivo, o escéptico, en el que cabían todas las opiniones—. San Ireneo consideraba esas creencias como venerables, ya que provenían de los discípulos inmediatos de los apóstoles. No parece, pues, que viera contradicción fragante entre unas y otras enseñanzas...

—Sin embargo, según la doctrina de la Iglesia católica, usted bien lo sabe, sólo Jesucristo goza de ese privilegio, y seguramente su santísima madre...

El bibliotecario continuaba con las manos abiertas, cada vez más, sugiriendo a su discípulo de modo suave y subrepticio que fuese de mente amplia.

—Hay otras contradicciones, pero no vienen al caso... —le dijo, cerrando simbólicamente el amplio abanico de posibilidades.

El doctor Mínguez se refería a las muchas que había encontrado estudiando los libros del judeocristianismo, por los que sentía una gran pasión. Y, aunque no venían al caso, no pudo resistirse a escandalizar un poco más a su alumno y le enumeró unas cuantas. Le citó el libro de la *Ascensión de Isaías*, donde el Espíritu Santo es identificado con el ángel Gabriel; el *Evangelio según los Hebreos*, escrito antes de la dispersión del año 70, donde al Espíritu Santo se le llama «Madre»; el *Libro de Baruc*, que introduce también un elemento femenino en la Trinidad; el *Evangelio de los Ebionitas*, donde se enseña que Jesús fue engendrado de una semilla de hombre y, posteriormente, en el bautismo del Jordán, Cristo bajó sobre él en forma de paloma; el *Evangelio de Pedro*, donde la cruz fue enterrada con Cristo y resucitó gloriosa con él...

El doctor Mínguez expuso estos puntos controvertidos muy escuetamente, como simples pinceladas de pintor, que no hicieron sino despertar más la curiosidad del padre Enrique. Viendo su avidez, le dijo el bibliotecario:

—Añadiré un último ejemplo, pues ya se ha hecho muy tarde.

Y, tomando el libro de la *Ascensión de Isaías*, leyó textualmente un pasaje sobre el nacimiento de Jesús: *Y sucedió que, estando solos, María volvió sus ojos y vio un*

niño pequeño; y se asustó. Y después de que ella se asustase, encontró que su seno estaba como antes. Entonces su esposo le preguntó: ¿Qué es lo que te ha asustado? Los ojos de José se abrieron, y vio al niño, y alabó al Señor. Muchos dijeron: ella no ha parido, ni se ha provisto de comadrona, y nosotros no hemos escuchado los gritos de dolor.

El doctor Mínguez puso de nuevo en aquella página la estampa que servía de señalador y cerró el libro.

—Este mismo texto, poco más o menos, lo repiten las *Odas de Salomón*. —Hizo una pausa, que subrayaba de antemano la sorpresa que le reservaba—. Lo curioso del caso es que el libro *II de Henoc* utiliza un relato idéntico para describirnos el nacimiento, también milagroso y virginal, de Melquisedec. En esta segunda ocasión se dice que Sofonim, mujer de Nir, concibió, sin haber dormido con su marido, y trajo al mundo a su hijo Melquisedec en circunstancias totalmente maravillosas. Escucha el final: *Noé y Nir entraron y vieron al niño sentado, hablando y alabando al Señor. Noé y Nir examinaron al niño y vieron que estaba completamente terminado, y exclamaron: Este niño es del Señor.*

El bibliotecario cerró también este libro, por cuyos bordes superiores asomaban trozos de papel, que señalaban sin duda otras citas curiosas que él tenía registradas. Miró al padre Enrique.

—¿Qué conclusiones sacas de todas estas cosas? —le preguntó, viéndole tan pensativo.

—No sabría qué decir —le contestó visiblemente turbado.

Y ésa era la verdad. Según todos aquellos libros antiguos, que el doctor Mínguez manejaba con tanta soltura, las primeras Iglesias cristianas profesaron creencias diversas y muchas veces contradictoriamente opuestas, alegando todas, sin embargo, su origen revelado. Para muchos cristianos de los primeros tiempos, inmediatamente posteriores a los de los apóstoles, el hombre no fue creado por Dios sino por un ángel. Jesucristo no era verdadero hijo de Dios, ni había sido el primero en resucitar en cuerpo y alma. La concepción virginal de María tampoco había sido una excepción única, sino que contaba con otros precedentes bíblicos, por lo que había que interpretar tales relatos no como verdaderos hechos milagrosos y sobrenaturales sino simplemente como un género literario. El Espíritu Santo era el mismo arcángel san Gabriel, o un principio femenino dentro de la Trinidad... Todas éstas y otras muchas doctrinas, venerables por su antigüedad, habían sido creídas a pie juntillas por cristianos devotos, que incluso las defendieron con su propia sangre en cruentos martirios. Transcurrido el tiempo, la Gran Iglesia las había condenado como herejías. ¿Cuál era la verdadera fe? ¿De parte de quién estaba la revelación?

—Yo te diré lo que experimentas. —El bibliotecario, sentado en su sillón frailuno, se adelantó todo lo que pudo por encima de los libros desparramados sobre

la mesa, para hablarle confidencialmente—. Estabas plácidamente haciendo la siesta, a la sombra de tu higuera, y de repente un vaso de agua fría, que tomaste con placer, te ha cortado la digestión. Se te ha revuelto el cuerpo, sudas y te sientes mal... No eches la culpa al vaso de agua, sino a tu siesta bajo la higuera.

—No sé lo que me quiere decir con esa parábola, alegoría, símil o lo que sea —se molestó el vicario.

—Muy fácil. Quien se instala apaciblemente en su fe y no quiere que duda alguna le inquiete es como el que cierra los ojos y sestea bajo la higuera. Quien bebe el agua fresca de otras fuentes, ya sabe a qué se expone... Tú, tal vez por curiosidad, has bebido de ese vaso, y todas tus ideas y esquemas se tambalean... Te sientes mal, la duda te ha revuelto el alma, constatas que hay otras creencias, y sudas. Simplemente se te ha cortado la digestión. Si no sabes digerir, puede que se te atragante tu propia fe...

Al despedirse del bibliotecario, el padre Enrique sintió un extraño estremecimiento por su cuerpo, como si un fluido de energía indefinible lo recorriese en todas direcciones a partir de su mano, que el doctor Mínguez estrechaba efusivamente. Nada igual había experimentado anteriormente; tan sólo en algunos momentos del exorcismo de Adela, recordó.

Encerrado en su habitación de la casa abadía, donde vivía solo en el piso superior, se concentró esa noche en analizar paso a paso lo que durante el día le había ocurrido en la biblioteca. ¿Trataba el doctor Mínguez con todas aquellas cosas de meter la duda en su corazón y apartarle de la verdadera fe? ¿Sería el bibliotecario un enviado de Jaldabaoth, encargado por éste de hacer prosélitos? Sin embargo, había que reconocerlo, era él quien cada semana, *motu proprio*, iba al seminario, sin que nadie le empujase a ello. ¿O no había sido así, por mucho que fueran ésas las apariencias? A pesar de todas las perplejidades, su móvil, inquebrantable como el primer día, era averiguar quién era Jaldabaoth.

Al llegar el lunes siguiente, como en las semanas anteriores, cogió su manteo, descolgó la teja y tomó el tren hacia Valencia. Hasta ahora, conozco la ascendencia angélica de Jaldabaoth, pero ¿cómo se transformó en demonio?, se preguntaba, sentado en el duro asiento de madera, mientras la renqueante locomotora, echando vapor y carbonilla por todas partes, le acercaba a la ciudad. Estaba ansioso por llegar a la biblioteca y abrir de nuevo el misterioso libro del *III Apocalipsis de Santiago el Mayor*.

De la estación del Norte al Seminario Conciliar, siempre recorría el mismo itinerario, de veinte minutos de duración. Se detenía, las más de las veces, en la basílica de la Virgen el tiempo suficiente para rezarle el *Sub tuum presidium*, breve oración con la que se había encariñado desde sus tiempos de estudiante. Y no le faltaban motivos. Los seminaristas cantaban esa súplica a la Virgen, como despedida,

en víspera de vacaciones, y estaba ligada, cual reflejo condicionado, a los sentimientos de ilusión y alegría de tales momentos. Sin embargo, en rara ocasión se asomaba a la iglesia del Salvador, contigua al seminario, cuyo Cristo crucificado, impresionante en su dramático sufrimiento, presidió las pláticas terroríficas sobre el pecado y el infierno que amargaron su adolescencia.

En la biblioteca, como las demás veces, el doctor Mínguez ya estaba sentado en su sillón frailuno. Ni los sacerdotes operarios más antiguos habían conocido un bibliotecario que se tomase tan en serio su oficio: si no almorzaba en su cuartucho de los libros prohibidos, es porque nadie le llevaba la comida. Pasaba allí las más de las noches, sin importarle estudiar a la luz de una vela cuando había apagón. Se decía que le acompañaba una lechuza o un búho que habitaba en el alero; por lo que se corrió la voz, medio en broma medio en serio, de que el doctor Mínguez era brujo. Se alegró al ver de nuevo al vicario, una de las pocas personas que le prestaba atención y atendía con entusiasmo sus explicaciones.

—La demonología, querido Enrique, al igual que la angeología, tiene un importante lugar en la teología judeocristiana, y ambas provienen de la apocalíptica judía, que, a su vez, está influenciada por la cultura oriental iranobabilónica —se precipitó el doctor Mínguez a instruirle, obviando las saluciones por innecesarias, advirtiéndole además que no se extrañase de encontrar doctrinas diversas y diferentes tradiciones en los libros que manejaba.

El padre Enrique encajó la larga disertación del bibliotecario, centrándose luego en el *III Apocalipsis*, donde aparecía el demonio que a él le interesaba.

A la vista de los numerosos favores que Adán había recibido de Dios, el arcángel Jaldabaoth se volvió muy celoso y lleno de envidia; y no paró hasta causar la ruina del hombre, volviéndolo pecador. Dios le arrojó de su corte celestial al quinto cielo, lugar reservado a los ángeles de orden inferior que se ocupan de regular los movimientos de los astros; de guardar los depósitos de la lluvia, de la nieve y del granizo; de velar sobre los ríos y los mares; de proteger las cosechas y los frutos...

Cuando la humanidad comenzó a multiplicarse sobre la faz de la tierra, Jaldabaoth y sus ángeles vieron que las hijas de los hombres eran hermosas y, habiéndose prendado de ellas, descendieron al mundo y se unieron a las que prefirieron; y las mujeres les dieron hijos, que pronto llenaron la tierra de maldad y violencia...

Viendo Dios que Jaldabaoth y sus ángeles habían corrompido a la humanidad, se indignó en su corazón y dijo: «Voy a arrojarlos de mi presencia para siempre». Y fueron encerrados en el segundo cielo, a la espera de ser lanzados al Gran Abismo, después del Juicio.

Mucho tiempo dedicó el padre Enrique a profundizar en estos textos que, según la opinión autorizada del doctor Mínguez, procedían de dos tradiciones distintas,

sintetizadas al parecer por el autor del *III Apocalipsis de Santiago el Mayor*. Constituyeran o no un relato único, había otros muchísimos puntos, más importantes, que el bibliotecario se moría por señalar. Así que, quebrantando la norma, que él mismo se había impuesto, de dejar que fuese el otro quien hiciese sus propias averiguaciones, comenzó a inundarle con las suyas.

—Como ves, este Apocalipsis, como otros documentos judeocristianos de los dos primeros siglos, relaciona la existencia de los ángeles malos con una culpa. Dios los arrojó de su presencia por haber pecado —dijo, y bien se veía que su intervención no iba a limitarse a una ligera glosa; sus ojitos chispeantes, detrás de aquella montura anticuada, delataban las ganas que tenía de romper el silencio y continuar con su lección magistral, aunque un solo alumno ocupase el aula—. En el caso concreto del *III Apocalipsis*, el castigo divino tiene dos tiempos. Primero, los degrada del escalafón jerárquico por haber tentado a Adán en el paraíso. La segunda vez, a causa de su pecado de lujuria, los condena al infierno. Aunque, al parecer, esta sentencia firme y definitiva no se cumplirá hasta después del gran Juicio Final. De ahí la capacidad de maniobra que todavía tienen los demonios... Pero lo que yo quería subrayarte es que hay otras concepciones cristianas antiguas, provenientes del esenismo, donde el ángel bueno y el ángel malo fueron creados igualmente por Dios.

Después de haber leído tantas doctrinas aberrantes desde el punto de vista católico, el padre Enrique había perdido ya la capacidad de escandalizarse, y no se extrañó de oír esta nueva herejía.

—¿Quiere decir que el espíritu del mal es un elemento sustancial de la creación misma? —pidió al doctor Mínguez que puntualizara.

Pero éste, sin responderle claramente, retomó su discurso:

—Según las *Homilías Clementinas*, cuya doctrina está emparentada con la de los esenios, Dios no ha creado directamente al Malo, pero sí los elementos que son diversos... y el Malo nace de la mezcla de esos elementos. El Malo, pues, no tiene su origen en una revuelta contra Dios, sino en su propia naturaleza que le inclina... Sería algo así como, en el plano psicológico, la tendencia al mal, innata en el hombre... ¿No dice san Pablo de sí mismo *non enim quod volo bonum hoc facio, sed quod nolo malum hoc ago* (no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero)?

—Parece que haya una contradicción en esa doctrina.

Apenas pudo el padre Enrique enunciar su objeción, cuando el otro le cortó.

—No la hay. Es imposible que surja cualquier cosa en el mundo contra la voluntad de Dios. ¿Tienes algo que objetar a esa premisa?

—No —contestó sin entusiasmo el vicario, sospechando que el otro le estaba haciendo trampa.

El doctor Mínguez captó esa duda y se dispuso a fulminarla con una batería de argumentos de autoridad.

—¿No enseña el IV Concilio de Letrán que Dios es el creador único de los seres visibles e invisibles, del ángel y el mundo material? ¿Y no había dicho anteriormente el Concilio de Braga, allá por el año 561, que si alguien dijere que el diablo salió de las tinieblas sin tener autor alguno fuese anatema?

—Sí —concedió el padre Enrique con indolencia.

Seguro el doctor Mínguez de que su argumento era irrefutable, continuó la exposición de su tesis elaborada durante tantas noches de vigilia.

—En el *Manual del discípulo* de los esenios, el espíritu de la verdad y el espíritu de la perversidad han sido creados por Dios mismo desde el principio: *Él creó los espíritus de las tinieblas y los espíritus de la luz, y sobre ellos fundó toda acción. Y de esta suerte tenemos que Mastema, el Satán de Qumran, llamado también Beliar, no es un ángel bueno que se convierte en malo, sino que es malo desde el principio...*

—Ya sabía yo que su premisa encerraba algún sofisma —le interrumpió el vicario, que desde el primer momento se lo había temido.

El padre Enrique hizo un intento de intervenir para exponer sus dudas sobre la interpretación que había hecho sobre los concilios citados y, viendo que el otro insistía en su monólogo, levantó la mano como el alumno hace en clase pidiendo de ese modo la palabra. El bibliotecario, que se había entusiasmado con su lección magistral, le bajó el brazo, comunicándole con ese gesto que sus perplejidades quedarían disipadas si tenía un minuto más de paciencia.

—He leído en tus ojos cuál es tu duda —añadió, dispuesto a aclarársela—. No te extrañe, querido amigo, que esta misma doctrina la encontremos en el prólogo del libro de Job, donde Satán es contado entre *los hijos de Dios*; o, como traducen los Setenta, entre los ángeles de Dios. Así como lo oyes. Satán, según la etimología hebraica, significa *el adversario* o *el acusador*; el espía, diría yo. Aunque no es un ser deliberadamente hostil a Dios, sí duda del éxito de la creación del hombre. Satán, como el Mastema de los esenios, es un ángel cínico, de ironía frívola y malévola, un ser pesimista respecto al hombre, y tiene razones para ello... Se trata de un personaje ambiguo, malo y bueno a la vez, escéptico, que siempre anda buscando nuestros fallos, capaz de desatar sobre nosotros toda suerte de calamidades, y hasta de empujarnos a cometer el mal...

El padre Enrique no esperó esta vez a que el doctor Mínguez autorizase su intervención, así que le interrumpió, sin necesidad de levantar el brazo.

—Si le digo la verdad, he perdido el hilo. No sé dónde quiere ir a parar, o qué trata de demostrar... —le dijo de sopetón.

—Creía que estaba claro. Resumiendo: que en otros tiempos hubo doctrinas cristianas que defendieron que el demonio, bajo los diferentes nombres que se le dieron, fue creado por Dios, y que si habita en lugares inferiores no es porque Dios lo haya castigado, sino a causa de su gusto innato por las tinieblas. Que este espíritu

malo está mezclado con el espíritu del bien, y sólo al final de los tiempos Dios los separará. Que el Malo, pues, no lo es sustancialmente, por eso podría finalmente ser salvado...

El padre Enrique enarcó sus cejas ostensiblemente, gesto más elocuente que si hubiese manifestado con palabras su estupefacción.

—¿Crees que me invento yo todo esto? ¡Espera!

Se levantó de un salto de su sillón frailuno y se dirigió atropelladamente a la biblioteca, arremangándose la sotana para aligerar el paso. El padre Enrique quedó mirándole el hábito negro que, de tan gastado, ya tenía tintes de azul, sobre todo en la parte correspondiente a sus posaderas. Desde allí mismo, pudo ver cómo el bibliotecario trepaba por la escalera de mano y tomaba gruesos volúmenes de las estanterías.

—Aquí los tienes, si lo quieres comprobar. —Y puso encima de la mesa, ya repleta de libros, algunos volúmenes de la Patrología de Migne. Sin necesidad de abrirlos, tan sólo como mudos y fehacientes testigos de lo que iba a decir, continuó —. La *apocatástasis*, es decir, la reconciliación del demonio con Dios al final de los tiempos, fue sostenida por varios Padres de la Iglesia: Orígenes, Gregorius Nazianzenus, Gregorius Nyssenus, Theodorus Mopsuestenus... En la Edad Media, Scoto Eriúgena; en el siglo XVI, Salmerón y Suárez; y en nuestros días... Todos ellos, arrinconando la lógica y dejándose llevar por el sentimiento, defendieron la posible conversión del demonio. ¿Cómo Dios, *essentialiter bonus* (bueno por naturaleza), puede permitir la desdicha eterna de las criaturas que Él mismo ha creado con su amor?

Los teólogos siempre se han visto embarazados cuando se les plantea el problema del mal o el sufrimiento de los inocentes en este mundo. El doctor Mínguez acababa de formular una pregunta más difícil todavía: ¿Cómo se podía conciliar la bondad suma de Dios con las penas eternas del infierno?

—El misterio del amor infinito de Dios nos desborda, es cierto, así como el misterio de la libertad —comentó el padre Enrique, como quien recita un texto aprendido de memoria, y añadió—: Dios dio a los ángeles y a los hombres la chispa de la libertad, y respeta la elección que hacen sus criaturas... Es cosa de vértigo cuando ese rechazo se refiere al Amor absoluto.

La contestación del vicario no convenció al bibliotecario, que volvió sobre el mismo tema, enfocándolo desde otro ángulo.

—¿Piensas que el pecado de los ángeles es sin posibilidad de retorno? ¿Que un acto libre de los ángeles es tan clarividente y voluntario como para comprometer para siempre toda su existencia? Por otra parte, ¿crees que existe algún pecado de ángel o de hombre, por grave que sea, que merezca las terroríficas penas de un infierno eterno?

—Eso me huele a la doctrina de los origenistas, exhumada por la secta de los Fratricelli en el siglo XIV, que enseñaban que Lucifer con sus demonios habían sido arrojados injustamente del cielo y que finalmente habían de ser restituidos a la bienaventuranza... Sin embargo, la Iglesia enseña que la pena del demonio es eterna. Así consta ya en el canon noveno del *synodus endemousa*, celebrado en el siglo VI y suscrito por el papa Vigilio para que tuviese fuerza declaratoria en la Iglesia universal. Se condena con anatema a quien dijese que el suplicio de los demonios ha de ser *ad tempus eiusque finem aliquando futurum* (temporal y tendrá fin en un futuro).

—Lo que tú me dices, también lo sé yo. Pero ¿es eso lo que piensas, allá en lo más hondo de tu conciencia? ¿O tienes miedo de enfrentarte con la doctrina oficial de la Iglesia? Enrique, alguna vez tendrás que ponerte la mano en el pecho.

En este punto de la discusión, el reloj que presidía la biblioteca experimentó sonoros retortijones mecánicos, como si no hubiese digerido bien el tiempo, y comenzó a regurgitar horas.

—Las ocho. Voy a perder el último tren —se alarmó el vicario, y sin detenerse a colocarse el manteo, salió disparado hacia la escalera—. Continuaremos la semana próxima.

En el vestíbulo de la estación tuvo que hacer larga cola ante la única taquilla abierta y soportar al funcionario malcarado que, con una colilla pegada a sus labios, expedía los billetes. El convoy con destino a Madrid esperaba en el andén: sus vagones repletos hasta los estribos y con la máquina, impaciente, echando vapor por todas partes. Le fue imposible abrirse paso hasta una de las plataformas, y casi pierde la teja y el manteo en el intento. Se hubiera quedado en el andén si un guardia civil, que veía sus inútiles esfuerzos, no grita con voz de mando *dejen paso al padre*. Sin comprender cómo, se vio sentado dentro del vagón. Hubiese preferido quedarse en tierra. En el compartimiento viajaba una pareja de la Guardia Civil custodiando a unos presos que, por lo que le explicaron, iban al penal de Chinchilla, cárcel que el frío cierzo de la Mancha convertía en una de las penitenciarías más duras e inhumanas de la posguerra. Aquellos condenados no tenían cara de maleantes, le parecieron más bien presos políticos; nada extraño en los tiempos que corrían, donde toda persona desafecta al régimen era perseguida.

Durante toda la semana el padre Enrique estuvo muy ocupado en sus quehaceres parroquiales y sólo por las noches, cuando se retiraba a su cuarto, pudo continuar estudiando los apuntes que había tomado sobre Jaldabaoth y sus ángeles caídos.

Sea cual fuere el origen de los demonios, tenía claro que los distintos autores judeocristianos los dividían en dos categorías, siguiendo con ello la apocalíptica hebrea. Para los que se inspiraban en el *I Henoc*, los demonios superiores eran las potencias, las dominaciones y los arcontes; y su jefe, Belial, Satán, Sammael,

príncipe de las tinieblas, príncipe de este mundo, que todos esos nombres recibía. Sin embargo, en el libro del *III Apocalipsis de Santiago el Mayor*, ese ángel supremo, príncipe de las tinieblas y de este mundo, tenía un único nombre: Jaldabaoth, contraponiéndose a Miguel, príncipe de la luz y de los ángeles buenos. Lo que más llamó la atención del vicario fueron las curiosas doctrinas sobre los demonios inferiores. Para Santiago el Mayor, según el *III Apocalipsis*, estos demonios eran las almas de los gigantes nacidos de la unión lujuriosa de los ángeles del quinto cielo con las hijas de los hombres. A diferencia de los demonios superiores que fueron castigados al segundo cielo, moraban en las zonas celestes que están en contacto directo con la tierra. El libro de *La Ascensión de Isaías* les asignaba idéntico lugar; y el mismo san Pablo, al hablar de los *spiritualia nequitiae in celestibus* (espíritus del Mal que están en los aires), parece localizarlos igualmente ahí. Estos seres malos o fuerzas maléficas, relacionados con la agitación perpetua de la atmósfera, promueven en la tierra toda clase de ataques desordenados y pueden dañar al hombre, llegando incluso a instalarse dentro de su propio cuerpo, convirtiéndolo en objeto de una verdadera posesión. El Evangelio presupone también esa misma doctrina.

No hubo noche que, tarde o temprano, no le asaltase una duda, cada vez más obsesiva. ¿Por qué el bibliotecario se esforzaba en presentar la cara buena del diablo, si es que la tenía, y mostraba tanto interés por salvarle, descargándole de toda maldad? ¿Sería el doctor Mínguez un brujo o la encarnación de alguno de esos demonios que él mismo había calificado de espías, y estaría utilizando una estrategia capciosa y sutil para atraerlo a la causa diabólica? ¿Sus discursos no tenían acaso el tufillo de la soflama? Dándole vuelta a estos pensamientos, el vicario se esforzaba en examinar detenidamente las palabras y los gestos del pobre sacerdote de sotana raída, incluso sus silencios; y a tales extremos llegaba su ofuscación que, a veces, hasta le olía a azufre. Como no podía ser de otro modo, sus minuciosos análisis acababan indefectiblemente demostrando que las sospechas carecían de fundamento, y se reía de las cosas extravagantes que pasaban por su cabeza.

El lunes siguiente, el padre Enrique no fue a Valencia por la tarde, como era su costumbre, sino por la mañana; y bien de mañana, ya que uno no disponía de trenes a cualquier hora. En el seminario estaban todos en capilla y, a buen seguro, adormecidos en la meditación, tal era el gran silencio que reinaba en el claustro. Tentado estuvo de entrar y sentarse en el último banco, más que por devoción por calentarse un poco, que el día había salido con lluvia y ventoso y había mucha humedad en el ambiente. Las salas de la biblioteca estaban vacías y oscuras, iluminadas apenas con la luz gris del día; sólo al fondo asomaba una raya de claridad por debajo de la puerta del despacho del doctor Mínguez. Ciertos eran, pues, los rumores que corrían acerca del apego que el bibliotecario sentía por sus libros y las muchas horas del día y de la noche que les dedicaba. Llamó a la puerta y nadie le

contestó, y así varias veces. Supuso que, dada la edad del viejo sacerdote, se habría quedado dormido sobre la mesa. De ese modo, en efecto, lo encontró al abrirla, extrañándole que tuviese la lámpara encendida a la vez que dos gruesos cirios de los que se encienden junto al ataúd en las misas de difuntos.

—¡Doctor Mínguez! —le susurró como si no quisiera despertarle.

Fue subiendo el tono en las siguientes veces, a la par que golpeaba la puerta con los nudillos. Al fin, se decidió a entrar. El doctor Mínguez no dormía, que uno no se desparrama de ese modo cuando duerme; le pareció más bien desvanecido y, en el peor de los casos, muerto. Los velones, que seguramente habría prendido durante la noche a causa de algún apagón, se encontraban casi consumidos, y la luz del flexo le daba de lleno sobre la mejilla izquierda, ya que la otra la tenía aplastada sobre la mesa. Curioseó, indeciso, y sin tocar nada. Los pequeños ojos del bibliotecario, sin gafas, que se quitaba para leer de cerca, tiraban a mínimos, pero tan negros y penetrantes como dos bolitas de azabache. El tintero se hallaba volcado y una gran mancha violeta cubría el hule de la mesa y parte del papel en que escribía. La plumilla del palillero, todavía entre sus dedos, parecía despuntada, como si en vez de poner un punto lo hubiese clavado.

—Está muerto —certificó después del escudriñamiento, y, azarado, se quitó la teja que aún llevaba puesta.

Corrió a dar la noticia y, detrás de sí, se trajo al rector y a otros superiores, que a esa hora temprana todavía no habían despabilado totalmente. Como él hubiese hecho antes, los otros se pusieron a examinar la escena con más curiosidad que pena, según lo delataban sus miradas. Se quitaron, al fin, los bonetes de sus cabezas y rezaron un responso de trámite, hecho lo cual procedieron a emitir hipótesis sobre la causa del deceso y comentarios sobre la vida y milagros del finado.

Todos estuvieron de acuerdo en que de modo repentino le llegó la muerte.

—Y vistas las apariencias —agregó el rector—, más bien parece que fuese el demonio, y no un ángel, quien ha venido por su alma.

—No se escandalice, padre —le dijo uno de los prefectos, al ver su reacción ante tan despiadado comentario—. El doctor Mínguez no era una persona piadosa; lo considerábamos, más bien, un descreído. Día y noche pasaba horas y horas en la biblioteca, perdiendo su tiempo con esa basura de Qumran, que los secuaces del diablo airean contra las Sagradas Escrituras... Poco a poco fue envenenando su vida, y ahí tiene el desastroso final. —Luego, entrelazando las manos y torciendo el cuello en un gesto beato, añadió solemne—: Entre nosotros estaba, pero no era de los nuestros.

—¿Acaso el padre Mínguez era brujo? —Se atrevió a formular la sospecha que también le asaltó a él más de una vez.

—Algunos seminaristas —bajó la voz el prefecto para confiarle el secreto— han

confesado ver demonios por la biblioteca y al doctor Mínguez hablar con ellos en animada conversación.

El rector ya había acabado la meticulosa inspección ocular, tomando nota en su memoria de los libros que veía abiertos sobre la mesa, y estaba examinando detenidamente el papel que había extraído de debajo del muerto.

—Ésta no es la letra del doctor Mínguez —dijo asombrado, mostrando a los demás el pliego.

Todos se lo fueron pasando y, uno tras otro, confirmaron el parecer de su superior. El último, el prefecto más joven, que tenía algún conocimiento de grafología, se permitió hacer algunas sugerencias.

—¿Era zurdo el padre Mínguez?

—No —respondieron los demás al unísono.

—Pues está escrito por una persona zurda, como lo denotan los trazos gruesos de la pluma y los continuos tropezones que da, y además, de derecha a izquierda, como si lo hubiese escrito un oriental...

Si esto ya les dejó estupefactos, mucho más el contenido del escrito, que al prefecto joven no le resultó fácil de leer, dada la imperfección de la escritura y las múltiples manchas de tinta que emborronaban los renglones.

Entonces vi a Jaldabaoth, como estrella rutilante que caía del cielo a la tierra. Se le dio la llave negra (Clavis nigra) que abre el pozo del Abismo. Abrió el pozo y subió una humareda como la de un gran horno, y el sol y el aire se oscurecieron. De la humareda salieron demonios, tan numerosos como plaga de langosta, y llenaron la tierra. Se les dijo que no causarían daño a la hierba, ni a los árboles, ni a animal alguno de los que hay sobre la tierra; sólo a los hombres. Se les dio poder, no para matarlos, sino para atormentarlos en su cuerpo y en su espíritu. El tormento que producen es como el del escorpión cuando pica. En aquellos días los hombres desearán morir y la muerte los esquivará. La apariencia de estos demonios era como jinetes preparados en orden de batalla; sobre sus cabezas tenían como coronas de oro; sus rostros eran como rostros de hombre; tenían cabellos como cabellos de mujer y sus dientes eran fieros como los del león; corazas de hierro cubrían sus pechos, y el ruido de sus alas era ensordecedor como el estrépito de carros de guerra que corren al combate. Tienen sobre sí, como rey, al Ángel del Abismo, llamado por todos Jaldabaoth.

Vi también a otro ángel poderoso, que bajaba del cielo envuelto en una nube. En su mano tenía un libro abierto. Y me gritó: «Ya no habrá más dilación. Cuando los signos que aquí están escritos se cumplan, comenzarán los mil años de Jaldabaoth». Y me dijo: «Ven y lee». Y yo me acerqué al ángel y le dije que me diera el libro. Y el ángel me lo dio. Y en el libro estaba escrito: «Éstos son los signos que precederán a los mil años del reinado de Jaldabaoth: la copa de la cena que contiene la sangre del

Cordero se romperá...».

—Aquí debió de sorprenderle la muerte y dejó incompleto el texto —comentó el prefecto joven, sin saber qué hacer con el pliego que le quemaba entre las manos.

Si la defunción del bibliotecario les cogió por sorpresa, el enigmático papel que les legaba les llenó de aturdimiento. Y alrededor del muerto, como testigo mudo de todo ese misterio que dejaba tras de sí, se formularon preguntas difíciles, tal vez imposibles de aclarar. ¿Quién había escrito el misterioso mensaje? En el supuesto de que hubiese sido el doctor Mínguez, ¿quién movió su mano de aquel modo tan extraño? Más que un ángel, todos, sin habérselo previamente comentado, coincidían en que era cosa del demonio.

—Consta en la vida de santa Gema Galgani —sacó a colación uno de los prefectos, como argumento que avalaba esa tesis— que el demonio enredaba en su diario íntimo y, en varias ocasiones, garabateó en él, valiéndose de la misma mano de la santa, que escribía bajo moción diabólica.

Si ése era o no el caso del bibliotecario, quedó en alto, aunque las extrañas circunstancias que concurrían les inclinaba a pensarlo así. De cualquier modo, lo que resultaba todavía más indescifrable de todo ese embrollo era el contenido y alcance del mensaje. ¿Qué significaba el breve relato apocalíptico que habían escuchado?

—¿Alguno de ustedes ha oído hablar de Jaldabaoth? ¿Sabe alguien quién es? —preguntó el rector a todos los presentes, como si del conocimiento de aquel nombre partiese una pista que les llevase al pleno esclarecimiento del misterio.

El padre Enrique, desde que el rector y los prefectos entraron en el cuartucho de los libros prohibidos, se había semiocultado en un rincón, y se guardó muy mucho de responder a la consulta del rector.

—Bajen al doctor Mínguez a su celda con toda discreción y amortájenlo; luego que la campana toque a muerto... Y quemén ese papel —ordenó el superior, recobrando el ánimo.

—Señor rector —intervino uno de los superiores presentes, quisquilloso y formalista como todos los que saben de leyes, y más si son canonistas—, no podemos destruirlo. Un *monitum* de Pío XII lo prohíbe, y manda que tales mensajes o revelaciones sean enviados a Roma.

El rector se le quedó mirando con un punto de soberbia, resentido porque un subalterno estuviese más al corriente que él de normas eclesiásticas y, más aún, de que le hubiese llamado la atención delante de los demás.

—Envíenlo allá si lo prefieren —contestó escueto y altanero.

A esa hora llovía en el claustro, por donde paseaban algunos seminaristas recién salidos del refectorio, y aunque la lluvia era mansa, hacía mucho ruido al desaguar por los canalones de los ángulos. Todo daba a entender que la nueva aún no había trascendido. El padre Enrique, dado el aciago final del bibliotecario, pensó que no era

descabellado suponer que Jaldabaoth andaba en todo aquello, y que lo más prudente y acertado sería dejar al diablo en paz y olvidarse de sus investigaciones.

El niño que encontró al hombre muerto se llamaba Ezequiel. Su madre le puso ese nombre no porque ella o su marido, o sus lejanos antepasados, fuesen judíos, o por seguir una moda extravagante, o por capricho, sino simplemente porque había nacido en la festividad del santo profeta. Era el único en el pueblo que se llamaba así, por eso todo el mundo supo de qué niño se trataba.

Ezequiel, vivaracho y travieso, era cabecilla de todo juego y revuelta. Su madre hubiese preferido que fuera de otra naturaleza, por eso le alentaba, sin fruto, a que tomara ejemplo y por amigos a otros niños más dóciles y pacíficos. Temiendo que se le torciera, lo llevó al párroco para que lo hiciese monaguillo. También cabía que pensara que, vistiendo sotana tan de chico y andando entre misas y entierros, podía entrarle vocación y acabar cura, que era oficio de los buenos y con muy buen porvenir, dado los tiempos que corrían.

Aquella tarde de verano, Ezequiel y sus camaradas se fueron al puente nuevo del ferrocarril, recién inaugurado para sustituir al bombardeado en guerra. El sitio constituía un lugar estratégico para correr a pedradas a las pandillas rivales que se acercasen por el cauce seco del río. La pedrea pendiente, que tenían que disputar esa tarde con los del pueblo vecino, no la pudieron llevar a cabo porque aquéllos no aparecieron.

—Vamos a nadar —propuso Ezequiel a sus amigos, cansado de esperar.

Fueron caminando río abajo hasta encontrar la gran charca de agua estancada, donde solían bañarse. Otros como ellos ya se habían adelantado y chapoteaban desnudos, sin atreverse a cruzarla por miedo a un remolino traicionero, que ya se había cobrado más de una vida. Ezequiel dejó sus ropas a los pies de un compañero y se lanzó con decisión. Cruzó por el lugar maldito sin que el agua se lo tragase, y llamó maricas y cobardes a quienes no lo siguiesen. Conjurado de aquel modo fanfarrón el peligro, se dedicaron a competir entre ellos, braceando sin ningún estilo. Llegaron luego muchachos mayores que contaban chistes verdes y les propusieron juegos obscenos, de ésos que había que confesarse el sábado por la tarde. Ezequiel y sus amigos se pusieron los pantalones y se marcharon, mientras los que se quedaban despedíanlos entre risotadas y burlas, manoseándose los genitales.

—¿A qué jugamos ahora? —preguntó a Ezequiel uno de sus camaradas, que bien se veía que no quería desperdiciar ni un solo día de sus vacaciones.

A ambos lados del río seco había huertos y más huertos de naranjos; los árboles de algunos de ellos estaban cubiertos de lonas desde la copa a los pies, y semejaban las tiendas de campaña que los soldados plantan en el campo de batalla.

—¿Por qué no al escondite? —Y señaló los árboles entoldados que tenían enfrente.

—Es muy peligroso esconderse entre los toldos, puede que aún no haya desaparecido todo el veneno —avisó, juicioso, Ricardo el larguirucho.

Se sentaron en un ribazo, frente a las tiendas de campaña de su imaginación.

—Cuando se murió mi abuelo —les contó el larguirucho, mientras deshojaba una caña que había arrancado—, mi padre mandó desinfectar su cuarto. Taparon todas las rendijas de las puertas y las ventanas con papeles de periódicos pegados con engrudo, y luego echaron dentro bolitas de cianuro, de las que se utilizan para fumigar los naranjos. Durante dos días el cuarto estuvo cerrado; al tercero, vinieron los hombres y nos hicieron salir a todos de casa. Al cabo de unas horas, cuando ya nos dijeron que podíamos regresar, encontramos muerto al canario. Nos habíamos olvidado de la jaula. El aire del cuarto lo mató.

—Pero estos naranjos ya hace tiempo que se fumigaron y no hay peligro alguno. Lo que pasa es que tú eres un miedica —repuso Ezequiel, quitando dramatismo a la historia de Ricardo.

—Oye, ¿qué es mamarla? —preguntó inesperadamente Ernesto, que por lo visto se había quedado con la mosca detrás de la oreja, después que oyera por primera vez esa expresión.

Se rieron los otros, viendo que en cosas de sexo andaba muy atrasado. Ricardo se prestó a ponerle al corriente.

—Mira, te voy a contar lo que tiempo atrás sucedió en mi colegio. Es un secreto, ¿sabes? A ver si eres listo y tú mismo descifras la palabra. —Se dirigió a Ernesto, pero todos prestaron mucha atención.

Bajando la voz, como si alguien pudiera oírles, les contó con mucho misterio cómo un chico de un curso superior se sacaba el pene en clase y se masturbaba.

—Vamos, anda, ¿delante del padre? —saltó incrédulo Ezequiel.

—Delante del padre, no, que lo hacía con mucho disimulo, levantando la tapa del pupitre. Y os diré más. A veces, si estaba mucho rato, le salían gotas de leche.

—¿Por el pito le salía leche? ¿Lo has visto tú? —preguntó Ernesto desconfiado y aprensivo.

—Toma, claro que no, pero me lo ha contado uno de su clase. ¿Ya sabes, pues, con qué juego querían divertirse aquéllos? —Ricardo señaló hacia el río y su amigo se ruborizó.

Después de este chisme, el ambiente se prestaba para continuar con otros, y así pasar toda la tarde.

—¿Queréis que el padre Enrique nos tire de las orejas el sábado? —dijo Ezequiel para cortar el tema.

—¿Esto es pecado? —preguntó con ingenuidad más fingida que real Ricardo, para agregar a continuación—: Pues dime a qué jugamos.

—¿Por qué no cazamos lagartijas y hacemos con ellas una corrida de toros como

otras veces? —propuso Ernesto, en nombre de los más pequeños, que apenas hablaban y poco contaban a la hora de las decisiones.

A todos les pareció bien, e inmediatamente se pusieron a la persecución y hostigamiento de los pequeños reptiles, que metían en un hoyo hecho ex profeso. Si los pobres tenían la mala suerte de perder la cola al ser atrapados, eran aplastados sin contemplación alguna, porque ese rabo, que se agitaba convulsivamente, se burlaba de Dios. En otras ocasiones la caza se dirigía contra los desventurados murciélagos que, entre la chiquillada, eran considerados encarnaciones del demonio por vivir en la oscuridad. La suerte que esperaba a éstos era mucho más atroz. Se les quemaba la boca por blasfemos y, al final, se les crucificaba por las alas sobre una tabla, y así se les dejaba hasta su muerte.

Fue en esa búsqueda de lagartijas cuando Ezequiel vio unos zapatos negros que salían por debajo del toldo de un naranjo. Y fue corriendo donde los demás.

—Ahí hay un hombre. Y está debajo de la lona —dijo, dirigiéndose sobre todo a Ricardo, corroborando con ese hecho que no había ningún peligro en jugar al escondite, que es lo que él había propuesto desde un principio.

—Vamos a verlo.

—No hagáis ruido, a ver si está haciendo la siesta y se despierta de mala hostia —recomendó Ricardo.

—No digas palabrotas, que me chivaré a tu madre —le amenazó Ezequiel.

Efectivamente, por debajo de la lona que cubría un copudo naranjo, en el extremo de aquel huerto, asomaban unos zapatos negros, como había dicho Ezequiel. Se quedaron todos contemplándolos en silencio.

—El que está haciendo la siesta no es un labrador —sentenció Ricardo en voz baja.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cuándo has visto tú a un labrador ir al campo con zapatos?

La respuesta de Ricardo era correcta y denotaba una mente despierta y un espíritu observador. Después de la guerra, los zapatos eran una de tantas cosas que se racionaban: sólo los ricos podían permitirse el lujo de llevarlos a diario. Los demás, y no todos, se contentaban con ponérselos los domingos. Ricardo les podía haber dicho a sus camaradas, por si no lo sabían, que él había visto muertos amortajados descalzos o con zapatillas de paño... De todos modos, la gente del campo, desde siempre, utilizaba alpargatas de esparto para ir a trabajar.

Se retiraron del lugar y estuvieron tramando si gastarle alguna broma a aquel individuo. A alguien se le ocurrió que podían aplicarle la del carburo, por el mucho ruido que causaba la explosión.

—Sobre todo si, como ocurrió la última vez, el hoyo para meterlo lo hacemos bien cerca de él.

—¡Pobre hombre, qué susto se llevó! —exclamó entre risas Ezequiel, al recordar la hazaña—. De poco más le da un patatús. Creía que había explotado una granada.

Desecharon esa propuesta porque no tenían carburo a mano, ni dinero para comprarlo. Pensaron que podían darle un susto parecido si, todos a la vez, corrían ululando como hacían los indios americanos del cine. Dicho y hecho. Lanzando gritos salvajes, a la grupa de caballos imaginarios, trotaron entre los naranjos entoldados, pasando por delante de la tienda que ocupaba el hombre blanco. Y cuál no sería su extrañeza al ver que no decía ni mu. ¿Tan profundo era su sueño? Imposible. Después de repetir sus carreras sin éxito alguno, pararon todos en seco delante de aquellos zapatos negros. Ezequiel se percataba ahora de que eran idénticos a los de su padre:

—Mi padre tiene unos iguales, que se compró en Valencia, y le costaron cuarenta y dos pesetas —afirmó con toda precisión.

Los removi6 con una caña, temiendo aún que el hombre súbitamente se incorporase de un salto y fuesen ellos los asustados. Luego les dio un ligero puntapié y otros más fuertes, siempre con idéntico resultado.

—A ver si está muerto —dijo Ricardo, que pensaba en lo que le había ocurrido a su canario.

Con temor y curiosidad a la vez, sin que nadie quisiera perderse el espectáculo, fueron retirando la lona con cañas, evitando acercarse demasiado. Tras los zapatos, vinieron unos pantalones negros, y después, para su sorpresa, una sotana. Aunque estaban muertos de miedo, apartaron un poco más la cubierta. Quedaron pasmados.

—¡Es el padre Enrique! —gritó Ezequiel, el primero en reconocerlo.

El muerto estaba en posición sedente, apoyada su espalda contra el tronco del naranjo; el alzacuello desabrochado, sin duda en un intento de respirar mejor, y con la sotana arremangada, como habían visto hacer a los curas cuando de paseo por el campo se la recogían para sentarse en el suelo y no manchársela. La boca, abierta desmesuradamente, les recordaba la del pez fuera del agua; y sus ojos, al Cristo de la Agonía que se veneraba en la ermita del Calvario.

Los muchachos no sabían qué hacer y, soltando la lona, huyeron corriendo hacia el pueblo. Por el camino, sin detenerse, iban gritando a todos los que se cruzaban que habían encontrado al vicario muerto debajo de un naranjo. No pararon hasta llegar a la casa abadía.

—¿Está el señor cura? —preguntó Ezequiel, sin resuello, al ama que les abrió la puerta.

—Está rezando —les contestó muy poco convencida, dándoles una razón que, de tan repetida y manoseada, resultaba excusa poco convincente—. ¿Qué es lo que queréis de él a estas horas?

Ezequiel y sus amigos hubiesen preferido dar la noticia directamente al párroco,

pero sabían por experiencia que el ama era un obstáculo insalvable, y más en hora de siesta.

—Hemos encontrado al vicario muerto en un huerto de naranjos —soltó Ezequiel a bocajarro.

—¡Jesús! ¿Qué decís? —Se santiguó, profundamente conmovida, y dejándoles en la puerta, se fue por el cura.

No podía negar que acababan de interrumpirle su siesta. Con los ojos acuosos, congestionados, a pesar de haberse lavado la cara, apareció don Antolín. Ni aquella ni otra noticia era capaz de conmoverle.

—¿Qué dice Amalia que habéis visto? —preguntó, mientras los hacía pasar a su despacho y cerraba la puerta tras ellos.

Todos hablaron a la vez de modo aturrullado. Don Antolín, con su voz meliflua, que quería transmitir una serenidad de espíritu, que más que virtud era máscara, puso orden.

—Que hable uno solo.

Y fue Ezequiel quien le contó toda la historia, desde que salieron esa tarde a jugar al río hasta que se tropezaron con el padre Enrique.

Antes de que las campanas repicasen con toque especial, reservado exclusivamente para el deceso de miembros del clero, ya sabía todo el pueblo que el vicario había muerto. Y cuando don Augusto, el boticario, que ejercía de juez de paz, llegó al lugar del suceso para proceder al levantamiento del cadáver, una multitud de curiosos se le había adelantado.

El huerto estaba situado junto al río seco, en la orilla izquierda, y sus árboles entoldados parecían montículos de tierra reseca que formasen parte de su ribera. Desde un extremo se divisaba perfectamente la charca de los bañistas; y hasta allí llegaban, arrastrados por ráfagas de viento, sus gritos y risas, y alguna que otra obscenidad, que contrastaba con la gravedad del momento.

—Quitad el toldo —ordenó, autoritario, el boticario.

Encontró entre los presentes más ayuda de la necesaria, y en unos segundos el árbol quedó desencapotado y el cadáver totalmente al descubierto. No hizo falta indagar sobre la identidad del muerto. Todos, unánimemente, exclamaron estupefactos que era el padre Enrique.

Lo contempló largo rato desde lejos, no precisamente con ojos de juez que cumple su deber profesional, sino simplemente con ojos de hombre que admira a un hombre bueno. El padre Enrique era una persona entrañable por naturaleza, de ésas que se hacen querer de todos. ¿Quién había acudido a su puerta, frecuentase la iglesia o no pusiera los pies en ella, y la había encontrado cerrada? ¿A quién había negado un favor? Don Augusto recordó el verso de Machado como la mejor definición del muerto que tenía a sus pies: era, en el buen sentido de la palabra, bueno. Por eso se le

hacía cuesta arriba pensar que alguien lo quisiese mal, o que se hubiese suicidado. Sin embargo, una de esas dos cosas tenía que haber sido, porque hablar de accidente le parecía fuera de lugar.

El padre Enrique estaba tal como habían descrito Ezequiel y sus amigos. Cerca del cuerpo, una cazoleta de hierro esmaltado donde se había depositado el ácido y la bola del cianuro. A todos impresionó muchísimo sus ojos vidriados mirando al cielo, y su boca entreabierta.

—Se parece al Cristo de la ermita —hizo notar alguien muy acertadamente, pues en verdad era tal su similitud, que se diría que el escultor se hubiese inspirado en él.

Los curiosos habían hecho corros y hablaban sobre muchas cosas, preguntándose cómo el vicario había ido a parar allí.

—¿Acaso desconocía los productos letales que se utilizan en el entoldamiento de los naranjos?

—¿A quién se le ocurre meterse debajo de una lona?

Don Augusto prestó mucha atención a lo que se decía alrededor, sobre todo cuando llegó el propietario del huerto, que pudo darle datos concretos acerca de qué brigada fumigó los naranjos, cuándo iniciaron su trabajo y finalizaron su labor. Según todo ello, el entoldado de los últimos árboles había concluido el día anterior. Todavía se podía ver en un rincón del huerto la mesa con las probetas para graduar el agua y el ácido sulfúrico; la báscula de pesar el cianuro; el rodete de la cinta métrica con que se medía el perímetro de los árboles; los envases de loza, piques y otros trebejos del oficio.

—Anteayer se procedió a poner debajo de cada lona la taza de ácido sulfúrico. Por la noche, como es costumbre en una labor tan peligrosa como ésta —precisó—. Y fue Vicente, el de la calle de la Virgen de los Desamparados, el encargado de abocar las bolas de cianuro.

Don Augusto le escuchaba atentamente, sin interrumpirle en ningún momento, como si le estuviera tomando una declaración formal, cosa que inquietó a su interlocutor, que a cada paso lamentaba que hecho tan deplorable hubiese ocurrido en un huerto de su propiedad.

—A cada árbol se le administró la cuantía de cianuro según lo estipulado en las tablas dosimétricas —recalcó malhumorado, como si esa precisión fuese fundamental para la causa, o mejor, para exculparle de cualquier responsabilidad.

—Nadie te está echando la culpa, Nicolás —le dijo el boticario. Y para que viera que nada tenía en contra suya, se volvió a los de los corros—: ¿Vio alguien al vicario por estos alrededores?

Se miraron unos a otros, guardaron silencio, y nadie contestó.

A decir verdad, el caso le venía demasiado grande; se sentía desbordado y no sabía por dónde comenzar. Así que hizo llamar a don Agustín, el médico, para que le

echase una mano, ya que sería él quien posteriormente tendría que actuar como forense.

No era, ciertamente, la primera vez que don Augusto alzaba un cadáver. En sus cinco años de juez de paz, ya lo había hecho en cuatro ocasiones: desagradables, pero simples. Todos varones. Dos se habían ahorcado, echando una cuerda por la jácena de su casa; uno, arrojándose al tren, con tan mala suerte que lo tuvieron que recoger en capazos; y el otro, atando una cuerda en una rama alta de un naranjo. Este último caso le vino ahora a la memoria, porque se trataba de un hombre joven, poco más o menos de la misma edad que el vicario. Tenía muy grabado en su retina el contraste tremendamente desolador del muerto balanceándose en medio de un huerto florido y oliendo a azahar. A ninguno de los suicidas se les dio tierra en sagrado, ni tuvieron responso ni bendición. En estos asuntos el párroco era muy legalista e intransigente. Ni siquiera lo ablandó el chico del huerto florido que, ofuscado por un desengaño pasional, dejó a sus pies un precioso poema de amor. Ahora, cavilaba el boticario, se nos presenta una papeleta gorda. Veremos cómo se las compone el cura, porque enterrar al vicario fuera del cementerio, como una bestia...

Don Augusto se había preguntado con frecuencia por qué aquellos hombres se quitaron la vida. Todos, curiosamente, habían militado en el campo equivocado, y quizá no habían podido superar el vacío que muchos les hicieron. Todos, excepto el joven del naranjo en flor, que parecía más bien un romántico fuera de época... ¿O acaso estos suicidios, como el suceso de la endemoniada o la aparición de fantasmas y extraños ruidos, de los que últimamente tanto se hablaba, no eran sino el fruto del ambiente deprimido, de hambre y de miseria, en que vivían muchas familias del pueblo? ¿Y qué pensar del vicario?

Viéndole de perfil, recostado sobre el tronco del naranjo, se diría que estaba dormido, haciendo la siesta en un día extremadamente caluroso, como lo estaban siendo los de aquel mes de junio. La pechera de su sotana la tenía entreabierta, asomándose la blanca camisa también desabrochada. Sus manos, dejadas caer a lo largo del cuerpo, reposaban sobre la hierba, como si buscasen frescor. Ninguna mosca ni hormiga turbaba su sueño, síntoma de que el lugar, recientemente desinfectado de un modo tan aséptico, continuaba siendo letal para ellas. ¿Cuánto tiempo llevaba así? No mucho, según todos los cálculos.

Llegó don Agustín, y respetuosamente le abrieron paso. Se acercó al árbol, ya bautizado como maldito. Se quedó mirando fijamente al vicario, a quien no veía desde el enfrentamiento a causa de Adela, hacía de eso más de un año. Guardó unos minutos de silencio, incluso se diría que rezaba, aunque era hombre que frecuentaba muy poco la iglesia.

—¿Qué me dices, Agustín? —le preguntó don Augusto, pasado un tiempo prudencial.

—Desde que me he enterado, he estado dándole vueltas. Me parece una cosa muy extraña. Pero, en fin, veamos.

Dejando al boticario, se aproximó al muerto. Observó detenidamente el color azulado de su cara. Le miró los ojos, ahora apagados, y recordó lo furiosos y vivos que estaban la última vez que los vio. Se los cerró, aunque poco a poco volvieron a entreabrirse. Le tocó los brazos y los muslos... Volvió junto al juez de paz.

—Yo diría, por lo que veo, que se trata de un suicidio. Por ninguna parte observo violencia alguna, ¿qué otra cosa puede ser?

—Un accidente —sugirió don Augusto, aunque internamente rechazaba esa hipótesis.

—Si le queremos llamar así...

—¿Le harás la autopsia?

—Esperemos a ver qué dice el señor cura.

A todos extrañó que el párroco, que había sido el primero en recibir la noticia, no acudiera al lugar de los hechos y hubiese enviado al sacristán. Llegó éste, rodeado de Ezequiel y sus camaradas, y se dirigió al boticario, a quien entregó un sobre cerrado.

—Es del señor cura —le dijo, aunque todos los presentes ya lo habían adivinado.

Don Augusto se retiró un poco y leyó en privado la nota manuscrita, pasándosela luego al médico.

Desde su despacho, sin necesidad siquiera de presentarse in situ, abusando de la autoridad que en aquellos tiempos se reconocía a los curas, don Antolín dispuso que el cadáver de su vicario, sin más dilaciones ni trámites, fuese trasladado al salón parroquial, donde había decidido que se instalase la capilla ardiente.

—El señor cura dice que ha sido un terrible accidente. No hay más que hablar. Caso cerrado —sentenció, incómodo, don Agustín.

El funerario, a quien se mandó recado, estaba fuera del pueblo, así que no tenían caja para colocar al muerto, ni disponían de carruaje. Entre cuatro hombres, cogiéndole por las extremidades, lo trasladaron fuera del huerto y tendieron a la vera del camino; en el primer carro que pasó, de vuelta a casa, lo cargaron como si fuese un bulto cualquiera. El boticario y el médico, las manos a la espalda y en silencio, presidieron la comitiva, y detrás todos los demás que se habían acercado a curiosear. Con el traqueteo del carro, el cadáver se movía grotescamente como si fuese un muñeco de trapo. El padre Enrique no tuvo manta que le cubriese el cuerpo, al menos la cara, hasta que al llegar a las primeras casas del pueblo, una mujer se apiadó de él y le echó una sábana encima.

A altas horas de la noche el padre Enrique fue reclamado para administrar los últimos sacramentos a un moribundo que, por las señas facilitadas, debía de ser muy pobre, ya que vivía en las inhabitables casuchas del arrabal. Tomó los óleos y en una cajita de plata puso el santo viático. Un viejo andrajoso, de pelo descuidado y graso, que sin lugar a dudas liaba sus cigarrillos con las colillas recogidas de la calle, tal era el mal olor que despedía su cuerpo, llevaba el farol con un cirio encendido dentro, no sólo por respeto al santísimo que el vicario estrechaba contra su pecho, sino porque aquella noche, como tantas otras, había apagón. Era, según se leía en los periódicos, un año de gran sequía, y los pocos pantanos estaban exhaustos y las centrales eléctricas extenuadas: en resumidas cuentas, no había luz. En noche como aquélla, cerrada, sin luna, oscura como garganta de lobo, el farol apenas alumbraba más allá de los pies, y el vicario tenía que andar despacio, sobre todo cuando, dejadas atrás las últimas calles, se adentraron en el descampado.

Se equivocó al pensar que la vivienda del moribundo sería una chabola destartalada: muchas pocilgas resultaban más limpias que aquel lugar. Sobre un jergón destripado y mugriento yacía el enfermo, demasiado acabado ya para darse cuenta de lo que sucedía en torno a él, por mucho que el vicario se esforzaba en identificarse y sus familiares lo repitiesen a su vez. En el estrecho habitáculo, apenas iluminado por la lánguida luz de una vela, reforzada ahora por la del farol, no se había preparado nada de lo que se aconseja para estos casos, así que el sacerdote extendió sobre una mesa inmunda su pañuelo de bolsillo para que hiciese las veces de corporal y sobre él colocó el píxide que traía. Ahora que la luz de la palmatoria y la del farol daban de pleno sobre el moribundo, se estremeció al ver su rostro: sus ojos perdidos en unas cuencas que ya no le pertenecían; sus mejillas chupadas por la calavera que había debajo; su boca prieta y desdentada, echando baba... Era la misma mueca del demonio que le mostró su abuela en un retablo gótico del Juicio Final, y que le aterrorizó durante su niñez. Sin querer, revivió en toda su crudeza el exorcismo de Adela y la muerte del doctor Mínguez; y un escalofrío recorrió su cuerpo con sólo pensar en el nombre de Jaldabaoth. ¿También estaría aquí?

—*Accipe, frater, Viaticum Corporis Domini nostri Jesu Christi, qui te custodiat ab hoste maligno, et perducatur in vitam aeternam* (Recibe, hermano, el Viático del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que te guarde del Maligno y te conduzca a la vida eterna).

Al decir la fórmula con la que se da la última comunión al cristiano antes de abandonar este mundo, mantenía la hostia en alto, y le pareció que, de nuevo, estaba haciendo un exorcismo.

El moribundo, un hombre de mediana edad, mantenía apretados los pocos dientes

que le quedaban, y el padre Enrique miró a los familiares para que viniesen en su ayuda. El hombre del farol se acercó al catre y cogió al enfermo por las mandíbulas, y sin miramiento alguno le forzó a abrir la boca. Al cabo de varias tentativas frustradas, el vicario pudo depositar, por el hueco que dejaba la encía desarbolada, la sagrada forma sobre la gruesa lengua que le asfixiaba.

—¡Déjame en paz, hijo de puta! —escupió el moribundo el reniego y la comunión, mezclados en un esputo sanguinolento.

Bien sea porque la angustia se le hizo inaguantable, bien porque oyó algún ruido extraño, lo cierto es que el padre Enrique despertó de un sobresalto. No sólo había apagón de luz en su sueño, sino también en la realidad. Encendió la palmatoria de su mesita de noche y poco a poco se fue tranquilizando. Repuesto de la horrible pesadilla, sintió la necesidad de arrodillarse ante el sagrario y confortar su ánimo antes de afrontar el resto de la noche. Sin necesidad de salir de su habitación, abrió una pequeña ventana que daba precisamente sobre la capilla de la comunión y se arrodilló en el reclinatorio. Desde allí sólo veía una profunda oscuridad colgada de las bóvedas como negros crespones, y una llamita vacilante en el altar del tabernáculo. El silencio era tan opaco como la misma noche que tenía delante. De repente el pabulo tembló y una sombra se recortó sobre el altar. Un fantasma, es lo primero que le vino a la cabeza. ¿Qué otra cosa podía ser a aquella hora tan intempestiva? Tuvo miedo, y pensó cerrar la ventana a cal y canto, y la puerta de su cuarto, y meterse en la cama y taparse cabeza y todo. A veces el pavor es tan grande que deja a uno clavado en el suelo, incapaz de llevar a efecto sus propósitos; y eso es lo que le ocurrió al padre Enrique. Con el corazón que amenazaba con salirse por la garganta y el pánico paralizándole todos los músculos, permaneció, aterrorizado, sin poder levantarse. La sombra fantasmagórica fue cobrando contornos más definidos, a medida que sus ojos se acomodaban a la oscuridad. No era ningún fantasma, sino el padre Antolín, el párroco. Cuando abrió el sagrario, la puerta dorada brilló en la noche. Al padre Enrique le extrañó que no hiciera genuflexión alguna ante el Santísimo, él que, en público, era tan puntilloso con el ceremonial, y que sin respeto alguno se metiera en el bolsillo el coponcito del viático. ¿Iría a administrar los santos sacramentos a algún moribundo, tal como él acababa de soñar? ¿Solo, sin que nadie lo acompañase, a esas horas de la noche y con las calles apagadas? Todo le pareció sumamente extraño y, sacando valor de sus tuétanos, decidió seguirle.

En efecto, el párroco caminaba solo, sin farol ni linterna, guiándose por instinto, porque la luna, menguante y entre nubes, poca ayuda ofrecía. Salió por la Puerta del Aire, que así se llama la que da a la casa abadía. El padre Enrique, como perro perdiguero, le fue detrás. Pronto se dio cuenta de que el párroco no llevaba manteo ni teja, sino un rarísimo embozo que nada tenía que ver con el traje talar. Su curiosidad creció y sus cábalas se multiplicaron. ¿A qué le recordaba esa vestimenta? Era una

especie de hábito con capucho, muy parecido a los que se utilizan en las procesiones de Semana Santa. El pueblo dormía a pierna suelta; en ocasiones, los ronquidos de algún vecino o los ladridos de un perro receloso llegaban hasta la calle desierta, salpicando el silencio inconsútil. El padre Antolín, aligerando cada vez más el paso, bien arrimado a la acera, por miedo de que alguien lo tropezase, no tardó en alcanzar el puente que cruza el río y da al descampado. No era éste el descampado del arrabal, soñado por el vicario, sino el opuesto. Por esta parte no había casa alguna. ¿Dónde, pues, iba el cura con el viático? Los cuartos y las horas, marcados con toda claridad por dos badajos que tañían bronce distinto, se oyeron claramente en la noche: eran las tres. En ese preciso momento el párroco torció a la izquierda y tomó la alamedilla de los frailes: camino de tierra, bordeado de cipreses, que conducía a un monasterio abandonado y en ruinas. El vicario paró en seco y se escondió detrás de un árbol al oír otros pasos que no eran los suyos. Con gran sorpresa por su parte, y no menos miedo, vio, adivinó más bien, cómo otras sombras, extrañamente embozadas como el padre Antolín, le salían al encuentro y todos en silencio proseguían hasta perderse entre las ruinas.

Se trataba de un monasterio cisterciense, abandonado cuando la desamortización de Mendizábal. De los monjes, la villa no guardaba buen recuerdo, y de padres a hijos fueron transmitiéndose odiosas historias de sus abades que, todavía hoy, cien años después de haber desaparecido, horrorizaban a los niños cuando al amor de la lumbre los abuelos las evocaban. Durante siglos, aquel monasterio de fundación real ejerció una tutela despótica y cruel sobre la buena gente del pueblo, esquilmándola a impuestos y gabelas y, lo que todavía resultaba más afrentoso, imponiendo con frecuencia el derecho de pernada, cuando ya en todas partes había caído en desuso. El padre Enrique conocía las escabrosas leyendas que, de dar crédito a la historia local, acaecieron tras los muros de aquel cenobio. Todo el mundo hablaba, como si los hubiese presenciado, de los carnavales que tuvieron lugar en el claustro, hoy completamente derruido. Niñas de primera comunión, vestidas de blanco y coronadas de flores, las mismas que meses antes acompañaron al Santísimo en la procesión del Corpus, participaban ahora en el cortejo festivo y libidinoso con que la comunidad se preparaba para la Cuaresma. Ese ambiente de lujo ostentoso y vida sensual y regalada en que se desenvolvían aquellos monjes, tan impropios de su hábito y su regla, y los abusos a que dieron lugar, acarrearón venganzas y muertes. Hasta los niños de la escuela recitaban de memoria los nombres de los tres monjes que, siglos atrás, aparecieron ahorcados en el árbol más frondoso de su propio jardín; obra sin duda de algún padre o esposo ultrajado... Nada de extrañar, pues, que el pueblo celebrase con alegría la marcha de estos religiosos, y con sacrílega venganza profanase sus tumbas, y dejase que el tiempo y la desidia asolasen todas las dependencias de la abadía. Poca cosa quedaba todavía en pie. ¿Adónde, pues, iba el cura y los otros fantasmas que le

acompañaban?

El padre Enrique, olvidándose de su miedo inicial, siguió de lejos las sombras y tanteaba sus propios pasos, no fuera a hacer ruido al abrirse camino entre la maleza, tan crecida que ocultaba los muros demolidos. Aquel lugar, según los comadreo del pueblo, estaba habitado por almas en pena que vagaban inquietas al anochecer, y más de un vecino había escuchado aullidos y gritos desgarradores al pasar cerca de allí. Todas estas cosas, y el hecho de que los árboles de sus alrededores hubiesen sido elegidos por algunos vecinos para ahorcarse, hacían pensar que aquel paraje estaba maldito y contaminado de fuerzas extrañas que enloquecían a la gente. El sitio, pues, se había convertido en tabú: si de día nadie se atrevía a cruzarlo, de noche nadie lo hubiese hecho por todo el oro del mundo.

Sus pies dieron con un estorbo, que resultó ser lo que quedaba del brocal de un pozo, y a punto estuvo de caer dentro. Dio gracias a Dios y se detuvo, a la espera de que su corazón se repusiera del susto. Forzaba párpados y ojos hasta hacerse daño, en un intento de penetrar la oscuridad que le rodeaba, más oscura aún que la dejada en campo abierto, cuando oyó voces debajo mismo de sus pies. Se amedrentó, sumando este susto al mucho miedo que ya traía. Las voces venían del pozo, tan distorsionadas y graves que por un momento pensó si serían las de ultratumba que otros vecinos oyeran. Pero no; de algún modo aquel agujero debía de comunicar con la cripta de la iglesia, donde acaso el párroco y aquella gente se habían reunido. Buscó la entrada y la encontró no lejos de allí. Difícil hubiese sido toparla a la luz del día, por los arbustos y el matorral que la encubrían, y por la noche hubiese resultado imposible; fue tirando de las voces, como un hilo, hasta dar con ella. La trampa estaba abierta, sin duda porque los de dentro todavía esperaban a alguien; los escalones de piedra enmohecida, iluminados por el resplandor de algunas velas. Bajó sigilosamente y vio a lo lejos las sombras de aquella noche, cubiertas de negro de cabeza a los pies. Instintivamente se ocultó detrás de una gruesa columna y utilizó su manteo para embozarse también.

La cripta, que el padre Enrique visitaba por primera vez, era espaciosa, puede que tanto como la desaparecida iglesia gótica que se asentó sobre sus enormes espaldas. Las bóvedas eran altas, al menos para hipogeo, con arcos perpiaños que se apoyaban en toscos capiteles en forma de embudo, incisos más que tallados; las columnas, sólidas y de igual rusticidad. El suelo estaba repleto de sepulturas y, adosados a los muros, sepulcros profanados. Olía a muerte y humedad. Desde su escondite, cuando ya sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra, se asombró al ver pintado en el ábside no al pantocrátor, que ésa fue su percepción primera, sino un horrible demonio que en idéntica posición mayestática presidía la nave. Se fijó bien. La pintura, ingenua pero no por ello menos vivaz y expresiva, representaba al Ángel del mal sedente, mitad hombre, mitad carnero, con manos de garra y pezuñas en los pies; de

la cabeza, enmarcada por un nimbo de luz, como la aureola que corona a los santos, le salían tres cuernos retorcidos que acababan en punta acerada; sus ojos, enormemente grandes, despedían odio y furor. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fue el enorme pene erecto que aquel monstruo blandía como potente cetro real.

Las velas encendidas sobre la piedra del altar y a los pies del ábside y el humo del incienso que salía de los pebeteros creaban unas nubes fantásticas, a través de las cuales parecía asomarse el mismísimo Satán de mirada fulminante.

No se había equivocado el padre Enrique al pensar que se esperaba a alguien, pues llegaron otros dos encapuchados con una joven amordazada que, a todas luces, traían contra su voluntad. La desnudaron, arrancándole con saña los vestidos, y la ataron sobre el ara del altar, al tiempo que los presentes, trece, como muy bien contabilizó, formaban un semicírculo alrededor de ella. Desde su escondite, el padre Enrique veía el cuerpo desnudo de la joven, blanquísimo como si lo hubiesen recubierto de harina; sólo en la conjunción de sus muslos, que dos de aquellos encubiertos mantenían separados, aparecía el incipiente triángulo negro del pubis. Una voz grave, tremebunda, rompió el silencio; él la identificó con la del párroco, pese a que estaba deformada, posiblemente de modo intencionado: *Jaldabaoth habló diciendo: Conságrame todo primogénito, todo lo que abre el seno materno. Ya sean hombres o animales míos son.*

Al oír el nombre de Jaldabaoth, los pelos se le pusieron de punta, y tuvo la certeza de que también Adela, la niña que él exorcizó, estuvo acostada sobre el mismo altar, en una ceremonia semejante a la que estaba presenciando.

Quedó despavorido, con el corazón en un puño y a punto de reventar en un ay, cuando vio que un encapuchado, que hacía las veces de acólito en aquella misa satánica, le tendió un puñal.

¡Señor, tú que deseas la sangre de tus criaturas y produces espanto a los mortales, recibe esta ofrenda!

El sacerdote levantó la daga y la claridad de su hoja resplandeció como luna en noche oscura. El padre Enrique cerró los ojos, temiéndose lo peor. La hoja se abatió y, con un golpe violento, certero, cercenó la cabeza de un gallo, cuya sangre caliente salpicó el cuerpo desnudo de la muchacha. Como en el sacrificio de Abraham, también en éste la víctima había sido reemplazada por un animal. Mientras el oficiante enarbolaba el despojo del ave, que aún palpitaba, todos los asistentes, manos frenéticas en alto, comenzaron a gritar cada vez con mayor fuerza hasta llegar al paroxismo: *¡Jaldabaoth es nuestro dios, siete son sus cielos, sus cielos siete son!*

Los gritos llegaron a ser tan ensordecedores que el padre Enrique no se explicaba cómo era posible que tan pocas gargantas pudieran causar rugido tan tremebundo.

En medio de este ambiente de histeria colectiva, el celebrante levantó las manos

hacia la figura que presidía la asamblea, dirigiéndole una breve oración. *¡Señor de la muerte y la resurrección, Señor dador de vida cuyo nombre es el misterio de los misterios, desciende sobre tu siervo que celebra tu culto! Abandona la infernal morada en la que vives y haz que tu fecunda semilla, a través de este siervo tuyo, penetre en el cuerpo de esta hermana nuestra para tu eterna gloria y espanto de los mortales.*

Amén, dijeron los demás.

El celebrante, despojándose de sus vestiduras, quedando tan sólo con el antifaz puesto, tomó las hostias consagradas y, tras haberlas estrujado con rabia, las puso sobre los senos de la joven, a la que penetró luego con lujuria diabólica. Después de haber copulado sobre las sagradas formas, de un manotazo las arrojó al suelo para que los otros las pisasen o fornicaran también con ellas.

A continuación tomó el cáliz, sobre el que ya había vertido parte de la sangre del animal sacrificado, y se masturbó en él, a la vez que, entre gritos y gemidos entrecortados de pasión, invocaba a Jaldabaoth, príncipe y señor del infierno, lugar del placer absoluto.

—Éste es el cáliz del deleite sexual —dijo, levantando la copa.

Y todos, hombres y mujeres, desnudos como el propio celebrante, se acercaron a comulgar.

—El mayor bien del mundo es el pecado —afirmaba cada uno antes de beber, como profesión de su fe.

Concluida esta ceremonia, se apagaron las velas, dejando tan solo las dos que había sobre el altar y, en la penumbra, los asistentes se entregaron a los más abominables actos de lujuria.

El padre Enrique nunca había visto una mujer desnuda; ni siquiera en sueños, cuando el demonio de la lascivia llena de figuraciones eróticas el alma, había visto tantas y tan excitantes y procaces. Pronto aquellos cuerpos de hombres y mujeres se fueron entrelazando de mil y una maneras, posiciones aberrantes y nefandas que desbordaban por todas partes las descritas en sus libros de moral y resultaban impensables para su mente de célibe.

Al contemplar la orgía de frenéticas convulsiones, blasfemias, gemidos lúbricos y orgasmos que se desarrollaba ante sus propios ojos, el padre Enrique dedujo que algo más que los conjuros, la sangre y las pócimas, contenidas en la maldita copa, causaban toda aquella infernal barahúnda. Aquí se palpa la acción de Jaldabaoth o de Satán, o sea cual fuere el nombre del Malo, se dijo a sí mismo, y no se explicaba cómo la ira divina no arrasaba con fuego y azufre aquel lupanar, como hiciera con Sodoma y Gomorra en tiempos de Lot.

El espectáculo le estaba resultando grimoso, insufrible. ¿Cómo era posible que el padre Antolín, hombre devoto en exceso, celebrara a escondidas misas satánicas?

¿Cómo era posible que hubiese profanado de manera tan inicua el santísimo sacramento, que violase a muchachas inocentes, engañándolas sin duda desde su confesonario? ¿Era un enfermo, o ciertamente estaba poseído por el demonio? ¿Sería verdad que Jaldabaoth existía, y hoy, como al principio de los tiempos, continuaba fornicando con las hijas de los hombres a través de terceros? También comprendía ahora el profundo trauma psicológico y la mella indeleble que una ceremonia semejante hubiese podido causar en la inocente Adela. No estaba seguro de si en ella se había dado verdadera posesión diabólica, como tampoco si, en medio de esta misa satánica, el terrible Jaldabaoth se había hecho presente de uno u otro modo.

—¿Qué haces tú, que todavía vas vestido? —Le palpó una mano suave y atrevida, interrumpiendo súbitamente sus pensamientos.

El padre Enrique se quedó perplejo. Antes de que pudiera reaccionar, una mujer restregaba su cuerpo desnudo contra el suyo, mientras le enroscaba un cuero negro alrededor del cuello.

—Yo soy la cuerda y tu deseo de mí no tiene límites. Penétrame, y los dos rodaremos en un abismo sin fondo —le susurró mientras le estrangulaba, comprimiéndole la carótida, creyendo que de ese modo le potenciaría las drogas ingeridas y afluirían a él las imágenes más extrañas y obscenas.

El vicario se aferraba a la columna, al tiempo que no sabía cómo desembarazarse, sin llamar la atención, de aquella mujer, que a sí misma se llamaba sacerdotisa de Satán.

—¿Quieres que te practique el fuego negro? —le dijo mientras, abandonando el cuero, pasaba a la bragueta.

Muy raro le pareció a la sacerdotisa que un adepto de Jaldabaoth se resistiera a copular con ella, incumpliendo el juramento sagrado de la fornicación.

—¡Aquí hay un intruso! —gritó para advertir a sus correligionarios.

A toda prisa, se encendieron más velas y de todos los rincones, incluso desde dentro de los sepulcros profanados, fueron levantándose cuerpos desnudos, como si hubiese sonado la trompeta del Juicio Final. Sin darse tiempo para recobrar sus ropas, esparcidas quién sabe dónde, corrieron tras el advenedizo embozado.

—¡Es el vicario! —lo identificó el párroco—. ¡Que no escape vivo!

El padre Enrique ya había ganado la escalera y volaba campo a través, tan rápido que no dudó de que era su ángel de la guarda quien tiraba de él. Vislumbró en medio de la oscuridad, que el alba cercana ya convertía en gris, unas luces que se movían, y pensó, con buena lógica, que serían los fumigadores que andarían entoldando los huertos de naranjos. Y hacia allá dirigió sus pasos, esperando encontrar en aquel lugar su salvación.

Desde la noche del exorcismo, Adela fue recobrando paulatinamente la normalidad, y todos pudieron verla de nuevo en la iglesia, a la misa del alba, arrodillada devotamente en la capilla de la comunión. No era habitual que las jóvenes de su edad, ni siquiera las que pertenecían a la Acción Católica, acudiesen a tales horas a la iglesia, a no ser las criadas, que robaban tiempo a su sueño, porque sisárselo a sus amas, por muy beatas que éstas fueran, era poco menos que imposible y, además, pecado contra el séptimo mandamiento, como más de una vez, y con esa misma clase de ejemplos, lo aclarase el cura desde el púlpito.

También es verdad que a esa hora intempestiva solían acudir muchas casadas cuyos maridos, por unas u otras razones, no querían que sus mujeres pisaran la iglesia; y aquéllas que, humilladas más que arrepentidas, habían cambiado el pañuelo rojo por la mantilla.

A esta misa del alba, pues, venían principalmente las pobres y las socialmente marginadas; para las ricas y las buenas de toda la vida ya estaba la misa de doce.

Aquéllos eran años en que la religión, aunque fuese fingida, era necesaria para vivir y medrar, y para muchos, indispensable para sobrevivir. Adela, por azares de la historia, había nacido en una familia equivocada y en una época extraña y, desde bien niña, cargó sobre sus espaldas la responsabilidad de salvar su hogar. ¿Era sincera su religión? ¿Rezaba a Dios que, según le habían enseñado en la catequesis, era justo y todopoderoso, o se dejaba ver del señor cura, cuyo poder tenía más a la mano? Ni ella misma hubiese sabido deslindar campo tan intrincado, y menos después de la confusión de espíritu que le causó todo lo que le había ocurrido.

—Estoy embarazada —dijo, temblándole la voz, tan pronto como don Antolín abrió la portezuela del confesonario.

Revelación tan a bocajarro, sin que hubiese mediado preámbulo alguno ni siquiera el saludo del Avemaría purísima, dejó confuso al cura.

La iglesia parroquial de finales del siglo XVI era espaciosa y, hasta la guerra, había contado con retablos recubiertos de pan de oro y tablas de Ribalta. De su antigua magnificencia poco quedaba. Las capillas laterales estaban vacías, las hornacinas sin santos, y un gran paño de color grana cubría el enorme hueco que había dejado el retablo del altar mayor. Humildes sillas de asientos de anea, cuyos respaldos llevaban grabados las siglas de la CNT o de otras organizaciones desaparecidas, sustituían los bancos que, junto con imágenes y cuadros, fueron quemados en mitad de la plaza. Don Antolín se había comprometido solemnemente ante el pueblo y el señor obispo, el día que tomó posesión del curato, a que el templo recobraría su primer esplendor y todo volvería a ser como antes. Un día del mes de septiembre, coincidiendo con su fiesta onomástica, aparecieron seis confesonarios grandes, iguales que los quemados

en la guerra, y los colocaron en la capilla de la comunión, uno en cada pilastra, donde siempre habían estado.

Al alba, cuando el sacristán tocaba el primer Ángelus y anunciaba con ello que el templo abría sus puertas, don Antolín se sentaba en su confesonario a apacentar desde aquel sitio el rebaño femenino que siempre le rodeaba.

—¿Se lo has dicho a alguien? —preguntó con voz suave y sin la curiosidad que mostraba en otras ocasiones. Como nada respondiesen desde la otra parte de la celosía, sugirió astuto—: ¿Ni siquiera al padre Enrique?

—A nadie —respondió la joven, comiéndose su vergüenza y su rencor—. Pero mis padres sospechan que ha sido el padre Enrique...

Un frío silencio acogió sus palabras, que no recibieron comentario alguno.

—Tú sabes lo mucho que he hecho por tu familia, en especial por tu padre... —insinuó el párroco en aquel diálogo de sobrentendidos, en el que una y otro se comprendían perfectamente.

Vicente, el padre de Adela, aludido por el cura como garantía del silencio que le imponía o, para decirlo de otro modo, como objeto del chantaje que le hacía, había acompañado en su juventud al escritor y político Blasco Ibáñez en su expedición a Argentina. Fue la necesidad más perentoria, y no ideología alguna, la que le empujó a emigrar y participar en aquellas utópicas empresas de las colonias agrícolas Cervantes y Nueva Valencia, que se saldaron finalmente con un rotundo fracaso. A la vuelta, todos los vecinos le apodaron *el republicano*, y en los años de posguerra pesó más este mote y su relación con Blasco Ibáñez, por muy superficial que hubiera sido, que sus ideas políticas o sus acciones públicas, que fueron nulas. Sin más delito que el expuesto, y la clamorosa ausencia de su nombre en los libros del cumplimiento pascual, que el clero de la parroquia anotaba anualmente con escrupulosidad de escriba, fueron pruebas incriminatorias más que suficientes para su detención y encarcelamiento en La Modelo de Valencia. Y bien por vicio innato del tribunal, creado especialmente por el dictador para castigar crímenes de guerra, o por las prisas y la desidia de los jueces, lo cierto es que al pobre Vicente le cayó la pena capital. ¿A quién recurrir? La familia era pobre y no podía pagar a un mal abogado, que, de todos modos, hubiese encontrado con dificultad: pocos eran los que se atrevían a vestir la toga ante aquel tribunal, por no quedar ellos mismos marcados de rojos. En situación tan desesperada, y aconsejada por las vecinas, Carlota, la esposa de Vicente, fue a llamar a la puerta de la casa abadía. El padre Antolín había sido capellán de la quinta columna de Valencia y, según se chismorreaba, tenía muy buenas influencias con los de arriba, término ambiguo que nadie sabía hasta dónde llegaba, pero, vistos otros casos en que él había intervenido, parecía alcanzar el Pardo o sus aledaños. El cura escuchó muy atento toda la historia que le contó la esposa de Vicente, sin quitar la vista de Adela, que la acompañaba.

—Se hará todo lo que se pueda —dijo al despedirlas—. Pero las quiero ver por la iglesia, sobre todo a la niña.

A Adela se le quedaron grabadas las últimas palabras, que el párroco subrayó con la dulzona sagacidad que tiene el clero para convertir en *conditio sine qua non* un deseo, al parecer inocente y trivial. A pesar de su juventud, la muchacha comprendió que la salvación de su padre dependía de ella y, a partir de ese día, no faltó uno a la misa del alba, comulgando con frecuencia y tomando al padre Antolín por su director espiritual.

—Sé lo mucho que ha hecho por mi padre —agradeció fríamente, con lacónico resentimiento, y a continuación, como soldado que ha sido disciplinado para recibir y cumplir órdenes, agregó—: ¿Qué he de hacer?

—Déjame pensar. —Y sin despedirse tampoco, cerró el ventanillo.

Aproximadamente año y medio después de esta enojosa y tensa conversación, volvió Adela a arrodillarse en el confesonario del padre Antolín. Durante su larga ausencia, sus familiares dieron a entender, aunque siempre con verdades a medias, que se había ido monja, cosa que no extrañó a nadie pues la creían piadosa, opinión que el episodio del demonio y el exorcismo no hizo sino reforzar. Sólo el padre Antolín conocía dónde había estado y cuál había sido la verdadera razón de su partida. Al regresar al pueblo, se encontró Adela con la nueva del suicidio del vicario.

—¿Qué ha pasado? —pidió explicaciones al cura, como si ella tuviera algún derecho a exigir las y el otro estuviera obligado.

—No sé más de lo que tú sabes y el pueblo dice —quiso ser cortés ante la intemperancia de la joven.

—¿Se suicidó o alguien lo ha matado? —insistió, y en su porfía, descarada e impertinente, mostraba que alguna sospecha le corroía.

—Mejor será que dejes en paz al muerto y no remuevas piedras que pueden volverse contra tu propio tejado.

Hacía apenas tres días que había vuelto, cuando la muchacha apareció ahorcada en el jardín de los frailes. Allí la descubrió un pastor, quien, extrañado de los insistentes ladridos de su perro, se aventuró a saltar el muro derruido.

—Me santigüé antes de entrar en el monasterio, por el mucho miedo que me daba tropezarme con los malos espíritus que todo el mundo cuenta que allí hay —dijo el cabrero, que ése era el ganado que apacentaba, al referir una vez más el relato del descubrimiento—. Y la encontré balanceándose de un naranjo. Sus pies apenas distaban un palmo del suelo; la cabeza, sumisamente inclinada; y la lengua muy afuera, como si se burlase del perro que le ladraba...

El lugar de la muerte, donde otras veces ya habían ocurrido desgracias semejantes, rara vez esclarecidas, hizo suponer que alguna extraña maldición había caído sobre Adela; no faltó quien relacionase su suicidio con el del padre Enrique y

quisiera ver en ambas muertes una venganza del demonio expulsado por el exorcismo. La autopsia, que a ella sí que se le hizo, nada aclaró, a no ser que había sido madre, cosa que, tratándose de una virgen, embrollaba más aún el asunto. Demostraba este dato que la huida del pueblo fue para ocultar el embarazo y parir, evitando de ese modo que el estigma de la infamia le cayese encima; en eso emparejaban bien los meses. ¿Quién había sido el padre y dónde estaba la criatura?, se preguntaban chismosas y escandalizadas las beatas.

Trascendió el caso los límites de lo civil y hasta el palacio del arzobispo llegaron rumores de que Satán andaba liado en lo del vicario y la niña. Pensaron los de arriba que, siendo los rumores de suyo confusos y divulgados sobre todo para enredar, había que averiguarlos, no fuese a salpicarles, y ese mismo día decidieron enviar con toda urgencia un secretario episcopal.

Llegó el padre Luis a la hora del entierro de Adela, y le pareció bien que el cura hubiese decidido sepultarla en sagrado, suspendiendo la aplicación de las penas con que el derecho canónico castiga el suicidio, ya que no estaba claro que la joven lo hubiese cometido. La cruz la llevaba Ezequiel, el niño que encontró muerto al padre Enrique, y los ciriales y el acetre, sus compañeros; detrás iban el párroco, con negra capa pluvial, y el padre Luis, al que todos miraban con curiosidad. De camino a la casa de Adela, el delegado arzobispal preguntó al cura con tal de sonsacarle.

—¿Qué opina usted de todo esto? —La interpelación a bote pronto y sin ningún contexto no parecía estar exenta de ambigüedad maliciosa e intencionada.

—Se rumorea que fue el vicario, Dios lo haya perdonado, quien dejó preñada a la niña. —El cura, que había advertido el matiz capcioso de la pregunta, destiló la infamia con sutileza y se lavó hipócritamente las manos—: Pero ya sabe usted lo chismosos que son en los pueblos...

Entraron en la casa de la difunta. Bajo la gran campana de la chimenea, ahora apagada, se encontraban sus padres y su tía, y en torno al catafalco, un avispero de vecinos y curiosos.

—*Si iniquitates...* —Con voz compungida, tal vez contagiado por los llantos que se oían alrededor, entonó el cura la antifona exequial que a continuación retomó el capiscal—. *Si iniquitates observaveris, Domine: Domine, quis sustinebit?* (Señor, si tomases en cuenta nuestras maldades, ¿quién quedaría en pie?).

Al cerrar la tapa del ataúd, crecieron los llantos y los gritos desgarrados, y el padre, tan parco en expresar sus sentimientos, se echó sobre la caja en un arranque de histeria, impidiendo que los jóvenes la sacasen de la casa. En los minutos que duró tan terrible porfía, el delegado del arzobispo descubrió, colgada en un rincón, una máscara antigás, de las que los fumigadores suelen utilizar para protegerse de los productos que manipulan. De repente encontró la explicación de la muerte del vicario. No fue un suicidio, como dijeron algunos, ni un desafortunado accidente,

como pensaron otros, ni cosa del diablo, como ahora parecían estar todos de acuerdo. Fue un asesinato. ¿No estuvo Vicente fumigando el campo en que apareció muerto el vicario? ¿No tuvo la sospecha de que el padre Enrique fuera el violador de su hija? Y, como si hubiese relación lógica entre esas dos proposiciones, extrajo la conclusión: Lo envenenó con gas letal para vengarse de tan monstruosa infamia. Sin embargo, le parecieron desmesuradas las premisas y la conclusión del silogismo demasiado evidente para ser verdadera. A partir de ahí, se le fueron ocurriendo otras preguntas, que ya no cuadraban con el desarrollo de los hechos. Había aparecido muerto junto a un naranjo entoldado: eso era cierto, pues así lo vieron Ezequiel y sus amigos, pero ¿dónde estaban los signos de violencia?, ¿o es que el padre Enrique se entregó como manso cordero? Y lo que nadie había sabido explicar todavía: ¿qué le impulsó a ir a aquel huerto?, ¿qué urgencia o necesidad, para hacerlo a hora tan intempestiva?

—*Exultabunt Domino*. —Era de nuevo la voz grave y apenada del párroco que entonaba otra antífona.

La cruz llevada por Ezequiel y los candeleros se pusieron en marcha; detrás, el clero, y todos, alternando con el capiscol, fueron desgranando versículos del *Miserere*, camino de la iglesia: el mismo recorrido que, año y medio atrás, hiciese el padre Enrique cuando fue a exorcizar a Adela.

El padre Luis, delegado del arzobispo, quiso hospedarse en la casa abadía y, a petición propia, en las mismas habitaciones que ocupaba el vicario, en el piso superior de la vivienda.

—¿No teme que el demonio, o alguna energía negativa, haya quedado encerrado entre esas cuatro paredes? —trató de intimidarle el párroco, que hubiese preferido tenerlo lejos de allí.

—En absoluto —le contestó muy seguro el otro.

Cuando cerró la puerta de su apartamento, todo el coraje que había manifestado delante del párroco se le vino a los pies. Ya durante la cena (en un comedor recargado de lúgubres cortinones y pobre de luz), servida por un ama toda vestida de negro, no menos fúnebre, se arrepintió de no haber optado por la fonda del pueblo. Con la espalda aún sobre la puerta, recordaba con grima la cabeza del ama, que el cuello de su blusa excesivamente blanco y almidonado parecía separársela del tronco, y daba la impresión de que de un momento a otro entraría en la estancia trayéndola en bandeja de plata, como la del Bautista; y el gato, seboso y fondón, de mirada traicionera, con el rabo erizado que le pasaba por la cara al padre Luis, mientras le mostraba con todo descaro el agujero de su culo... A punto estuvo el huésped de vomitar la sopa grasienta que acababa de tomar.

Si el demonio habitaba o no en aquella casa, ya no estaba tan seguro, y por si acaso, limpió con rezos su cuarto.

—*Procul recedant noctium phantasmta, in nomine Patris et Filii et Spiritus*

Sancti (Apártense lejos de aquí los fantasmas de la noche en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo) —dijo, mientras echaba agua bendita por todos los rincones, incluso debajo de la cama.

Más tranquilo ya, y no atreviéndose a apagar la luz y meterse en el lecho, se entretuvo mirando los libros que el padre Enrique tenía en sus estanterías. No eran muchos, y casi todos de teología y en latín. Escudriñando, encontró, astutamente camuflada, la *Vie de Jésus*. Su autor, Ernest Renan, ofrece en esta obra, primer volumen de su *Histoire des Origines du Christianisme*, una lectura del Nuevo Testamento expurgada de toda referencia a lo sobrenatural y una visión de Jesús tan sólo como *un hombre incomparable*, que suscitó gran polémica en el siglo pasado, y fue condenada por la Iglesia e incluida en su índice de libros prohibidos. Se sentó en el sillón del vicario, dispuesto a hojear el volumen de pequeño formato. Aparecían muchas frases subrayadas con lápiz rojo, y le aguijoneó la curiosidad. ¿Alguien ha podido resistir alguna vez la tentación de adivinar a través de esas huellas lo que pensaba o sentía quien, al resaltarlas de modo tan evidente, las suscribió? No sabía yo que el padre Enrique supiera francés, dijo, ocultándose con esa frase banal su intención morbosa de violar la intimidad personal, que, tratándose de un muerto, rayaba en verdadera profanación. Al fin y al cabo, esto puede contribuir al esclarecimiento de su misteriosa muerte, se justificó por segunda vez, excusándose en la misión recibida del arzobispo y en la obediencia que le debía. Para mayor acicate de su deseo malsano, todos los subrayados eran recientes, aunque las páginas ya amarilleasen.

Nous ne croyons pas au miracle comme nous ne croyons pas aux revenants, au diable, à la sorcellerie; à l'astrologie. (Nosotros no creemos en el milagro como tampoco en los fantasmas, en el diablo, en la brujería, en la astrología).

El padre Luis sabía que para Renan, teólogo racionalista, el milagro y la divina inspiración de los libros sagrados, como toda la cuestión de lo sobrenatural, eran creencias sin realidad. Pero le molestó que el vicario hubiese hecho suyas tales ideas, alineándose, a su entender, de manera frívola e irreflexiva entre los heterodoxos que la Iglesia hacía tiempo que había anatematizado. Ya tenía bastante con aquella prueba y a punto estuvo de cerrar el libro, pero tuvo una corazonada y fue directamente al capítulo XVI, donde Renan habla de los exorcismos de Jesús. Según el autor, las dolencias en la antigüedad, especialmente las mentales y nerviosas, eran explicadas como causadas por los demonios o como consecuencia de que éstos se apoderaban de los cuerpos. A pesar de que, cuatro siglos antes de Jesús, Hipócrates, en su admirable tratado *De la Enfermedad sagrada*, ya había expuesto los verdaderos principios de la medicina a este respecto, todavía no había conseguido desterrar del mundo semejantes errores. Jesús, pues, siempre según Renan, habría sido un taumaturgo y un exorcista a pesar suyo y a disgusto, que se vio obligado a seguir la corriente de su

época y a realizar las curaciones que le exigía el pueblo; pero los milagros, como fenómenos sobrenaturales, jamás existieron, ni Jesús los obró ni siquiera creyó en ellos.

El padre Luis cerró el libro y se puso a recapacitar, y sacó en limpio que el vicario habría sido un discípulo de Renan y seguidor de sus doctrinas: un incrédulo respecto del diablo, y que, con ese escepticismo y falta de fe, fue a casa de Adela... Pero ¿continuó pensando del mismo modo después del exorcismo?

No profundizó en esa pregunta, porque otro libro había reclamado de nuevo su atención. No lejos de donde había tropezado con el de Renan, el padre Luis encontró una biografía de José M.^a Blanco White. Torció el morro, pues si Renan había sido un hereje racionalista, no le andaba a la zaga este otro clérigo, casi coetáneo, que fue liberal, descreído y renegado. Blanco White, por lo que él recordaba, había sido canónigo de Sevilla y tuvo un hijo siendo sacerdote; huyendo de la Inquisición, emigró a Inglaterra, donde apostató de la religión católica, y se convirtió al anglicanismo. No contento con eso, continuó escandalizando a su ciudad natal y a sus contemporáneos con sus *Cartas de España*. Don Marcelino Menéndez Pelayo le incluyó en su *Historia de los heterodoxos españoles*.

Con malas compañías se había juntado el padre Enrique, comentó para sí el delegado arzobispal, que, como prueba suficiente, le bastaron los dos libros escrutados; y sentenció luego, sin sombra de duda alguna: Quien mal anda, mal acaba. Y completamente sosegado, se metió en la cama y apagó la luz.

Con esos prejuicios entre ceja y ceja, el padre Luis dedicó los días siguientes a revolver entre los papeles y apuntes del vicario. Y encontró su diario, que llevaba desde sus años de seminario. Los hechos de aquellos lejanos tiempos, anotados y comentados en sus páginas, le resultaron anodinos; pero se repetía un signo en clave que llamó su atención, y no paró hasta descifrarlo. Se trataba de un pequeño círculo con un número dentro, que aparecía con bastante frecuencia en el ángulo superior de algunas páginas. El círculo siempre era idéntico, variando tan sólo el número que contenía: 3, 7, 2, 1, 5... Al fin, por un comentario del mismo seminarista, dedujo el delegado del arzobispo, convertido ahora en detective del muerto, que se trataba del número de poluciones que aquél anotaba en vista a su confesión.

El padre espiritual me ha preguntado si recordaba que en mi infancia me hubiese toqueteado la niñera o alguien para acallar mi llanto: yo le he dicho que no recordaba; y que si tenía conversaciones o tocamientos obscenos con mis amigos: le he dicho que no. Me ha preguntado si tenía insomnio, dolores de cabeza o pérdida de atención y de memoria, que son los síntomas que suelen acompañar al vicio solitario: y yo le he dicho que no.

Pon mucho cuidado, hijo mío, pues además de irte al infierno si murieses con esos pecados sobre tu conciencia, puedes coger una tuberculosis o una demencia

precoz, o se te puede reblandecer el cerebro, o incluso puedes caer en una neurosis de angustia o adquirir tendencias melancólicas y suicidas...

No le hizo mucha gracia al padre Luis que un seminarista con aquellos antecedentes de lujuria, tan poco idóneo para la vida del celibato, hubiese llegado al sacerdocio; y no creía que, después de recibir las órdenes sagradas, hubiese mudado mucho de vida, a no ser a peor.

Encontró también un cuadernillo de reflexiones, que el vicario había escrito durante los ejercicios espirituales que precedieron a su ordenación sacerdotal. Tratándose de un momento principal y trascendente en la vida de un clérigo, el delegado del arzobispo se lanzó con avidez a averiguar cuáles habían sido los pensamientos y la actitud del padre Enrique en aquellos días. Mentalmente fue tomando nota de las cosas más sobresalientes que leía. Ahora era él quien ponía los subrayados y de ese modo subjetivo reconstruía, tal vez sin darse cuenta, una biografía sesgada del muerto.

A estas alturas, la libertad de elección estaba casi prácticamente anulada. Mis dudas no se habían disipado, ni mis contradicciones tampoco. Había que cerrar los ojos y lanzarse a la mar. Y eso es lo que hice...

La tragedia más grande que encadena mi alma hasta el presente ha sido el divorcio entre lo que pienso y lo que quiero, entre mi razón y mi voluntad, entre mis creencias y mi vida...

La religión parece un cúmulo de imperativos categóricos: haz esto, prohibido hacer lo otro. Prohibido, prohibido, prohibido; se diría que la religión es el Evangelio de los noes...

A decir verdad, nada me satisface. Todo, después que lo he vivido, me deja un vacío sin límites. ¿Me llenará Dios? ¿Me hará Él feliz? Si la felicidad no está en las criaturas, tampoco la he encontrado hasta hoy en el Creador. Dios no ha sido mío, no lo he sentido nunca en mi interior. Lo veo lejano, distante, brumoso...

Durante estos días de silencio forzado, no he sentido emoción alguna. Sin embargo, me ha venido constantemente a la cabeza el pobre demonio, de quien nadie se compadece...

Nos han metido hasta la médula el sentimiento de culpa. No sé qué tiene el pecado que a veces me resulta tan atrayente. ¿Será la belleza del diablo?

El padre Luis había pensado en un principio que el vicario no aceptaba la existencia del demonio y que, tan sólo después de la experiencia del exorcismo, creyó en él. Ahora, al leer sus reflexiones, escritas de su puño y letra, se convenció de que el demonio, y no Dios, es lo que tuvo presente durante toda su vida. Hubo una frase sobre todo que le estremeció, y cuyo sentido no llegaba a descifrar: *Falta un solo día para el cataclismo de mi persona...* ¿Qué quiso decir el padre Enrique? ¿De qué cataclismo se trataba? ¿Tal vez el día de su ordenación sacerdotal, como le ocurriera a

Judas en la última cena, el demonio entró en él y no paró hasta llevarlo a la desesperación y al suicidio? Es el precio terrible del que traiciona su vocación, pensó el delegado del arzobispo.

Todavía había de encontrar en los cajones del difunto vicario muchos folios emborrionados de las charlas que había mantenido en la biblioteca del seminario con el doctor Mínguez, de cuya ortodoxia las autoridades eclesiásticas de la diócesis nunca estuvieron seguras. El padre Luis se escandalizó de las lucubraciones aberrantes que ambos clérigos se trajeron entre manos, pero una le dejó pasmado. El vicario la había titulado *La masturbación originaria*.

Por lo que se deducía de aquel escrito, que por su extensión y profundidad más parecía un ensayo, los teólogos egipcios de Heliópolis habían concebido a su dios Atum, *el que ha llegado a existir por sí mismo*, como un dios completo y único, que había logrado crearse a sí mismo, lo que era también un modo de expresar su independencia absoluta y su eternidad. Ahora bien, para salir de la soledad originaria en que existía y reunir alrededor de él a otros dioses menores, y crear el universo con todos los seres, los sacerdotes de Atum atribuyeron a su dios una naturaleza hermafrodita y una masturbación primigenia. Atum, poderoso como un león y de gran fortaleza genética como un toro en erección, tomó su falo entre sus manos y, después de masturbarse, se penetró a sí mismo, dando origen a todo lo que existe en el cielo y en la tierra...

Este concepto antropomórfico y sexual de Dios, que tanto parecía embelesar al doctor Mínguez y al padre Enrique, chocaba frontalmente con el de la Biblia, donde Yahvé, *Yo soy el que soy*, es descrito como un Dios del intelecto, que piensa las cosas en su corazón y las ejecuta con su palabra, con sólo nombrarlas. La cultura judía y luego la cristiana siempre vieron el sexo como un aliado del demonio, y condenaron, como diabólicas y propias de dioses paganos, todas las doctrinas que, como la de los sacerdotes de Heliópolis, relacionaban el sexo con Dios. Al delegado arzobispal le resultó sumamente desagradable aquella lectura, y no comprendía cómo los dos clérigos se hubiesen adherido a tales creencias, a no ser que, seducidos por la gran astucia y sagacidad del diablo, hubiesen pactado con él.

Según esa tesis sexualista, el padre Enrique deducía que la creación del hombre *a imagen y semejanza de Dios* debía entenderse referida no a su capacidad racional, sino a su sexo, siendo esta condición biológica la que asemejaba todas las criaturas con su Creador. Y que todas las prácticas placenteras del sexo, por muy aberrantes que pudieran parecer desde el punto de vista de la moral católica, constituían hitos en el camino de perfección humana y conducían a la unión mística con las fuerzas del cosmos y con Dios. El cristianismo, criticaba duramente el vicario, no tuvo una visión limpia e inocente del sexo, sino que lo enturbió con el sentido de la culpabilidad, condenando de ese modo su placer y goce, llegando en su paroxismo a

identificar lo erótico con el diablo. En esa cristiana guerra sin cuartel contra todo lo sexual, continuaba el vicario su acerbo análisis, la mujer llevó siempre la peor parte. Tertuliano la calificó de *puerta del diablo*; san Juan Damasceno, de *centinela avanzada del infierno*; y con mayor contundencia aún, san Antonio: *Cuando tengáis delante una mujer, no creáis que tenéis a un ser humano, sino una bestia feroz, el diablo en persona. Su voz es el silbido de la serpiente.*

El secretario episcopal pensó que tales meditaciones y virulentos desahogos no eran sino consecuencia de las incontroladas pasiones del padre Enrique, que le hacían desvariar hasta ese extremo. Y se reafirmaba aún más en la idea de que, no sólo la niña, sino también él, estuviera poseído por el demonio de la lujuria.

El padre Luis no había sido enviado a indagar la causa de la muerte del vicario, muy poco clara por otra parte, sino la posible intervención del demonio en todo ello. Aunque a estas alturas de las averiguaciones no podía hablarse de posesión satánica *stricto sensu*, el delegado arzobispal tenía para sí que el padre Enrique había sufrido una obsesión diabólica, consentida por su parte, que llegó a ofuscarle hasta llevarle al suicidio... Y ésta era la conclusión que quería elevar a la consideración del arzobispo.

Tratándose del demonio, el proceso informativo caía por entero dentro del campo de la teología, y no era conveniente que interviniera en él gente laica y profana que poco podía aportar, sino más bien distraer y enredar; por eso el padre Luis no había llamado a ningún testigo de aquella muerte. ¿Qué sabían ellos de Satanás y de sus artes, de sus modos invisibles de operar en la vida y la destrucción de los hombres? Sin embargo, antes de concluir el sumario, se decidió a convocar al médico, más por curiosidad personal que por otra cosa.

Don Agustín se ofreció con mucho gusto a facilitarle los datos de que disponía y razonarle su propio parecer; y para que la conversación cobrase mayor interés, pensó que lo mejor sería tenerla in situ, es decir, en el huerto de naranjos donde Ezequiel encontró al padre Enrique. Allí se encaminaron, una tarde de julio, después de la siesta, cuando el sol comenzaba a ser más benigno.

—¿Qué opina usted de estas dos muertes, en las que el pueblo ve la mano del diablo?

—Para que no haya malentendidos entre nosotros le diré que, respecto de Dios, soy agnóstico, y no creo en el demonio. Sin embargo, en el caso de Adela vi fenómenos que, a mi entender, trascendían la ciencia médica, al menos la mía y la de mis colegas a quienes convoqué a consulta, por eso propuse la conveniencia de someterla a un exorcismo... ¿Estaba la niña endemoniada? Ya le he dicho que no creo en el demonio. Pero el exorcismo, como tantas cosas raras que ocurren en el curanderismo, era una baza que se podía jugar... y, al parecer, funcionó. La niña estuvo bien después, durante el año y medio que vivió, ésa es la pura verdad. Ahora, ¿ha tenido algo que ver el demonio en su muerte? Eso es lo que cree el pueblo.

—¿Y usted?

—Ya le he dicho que yo no creo. Me parece que hay suficientes explicaciones en psicología para que necesitemos recurrir al diablo... Sin embargo, la muerte que no ha quedado suficientemente aclarada es la del vicario.

En el cauce seco del río había charcas del agua de las últimas lluvias, y muchachos desnudos que chapoteaban y alborotaban en ellas, llenando de voces y risas la luminosidad de la tarde; al ver una sotana por el ribazo, se fueron corriendo a esconderse en un cercano cañaveral.

—No se les debería permitir bañarse de esa manera tan impúdica —se quejó el padre Luis, frunciendo las cejas.

—Bueno, aquí nunca se vio de ese modo, ya que desde siempre ésa ha sido la costumbre.

—Pero no deja de ser una costumbre pagana —le replicó, sentenciando dogmáticamente a continuación—: Enseñar el cuerpo desnudo es algo obsceno e indecente.

—Todo es muy relativo... ¿No decía san Pablo que nada hay de suyo impuro, a no ser para el que juzga que lo es?

Al secretario episcopal no le agradó que un descreído, como decía ser el médico, viniese a darle lecciones de moral, y menos citándole las Sagradas Escrituras.

—San Pablo lo decía en otro sentido —protestó secamente el padre Luis, sin que diese esa otra exégesis.

Habían llegado al huerto, y con ello dejaron la digresión, que podía haberse agriado, para volver de nuevo al tema principal de su charla.

—Aquí fue donde se encontró el cadáver del padre Enrique —señaló don Agustín el copudo naranjo de hojas verdes y brillantes.

El delegado arzobispal se entretuvo unos instantes observando el grueso tronco que sirvió de apoyo al muerto. Y luego miró al médico, a la espera de que le explicase todas las cosas. Viendo éste que el padre Luis era de ciudad y entendía poco del campo, pensó que lo mejor sería explicarle el proceso de la fumigación, que fue la causa de la muerte del vicario.

—Los agricultores de estos pueblos —le dijo— matan las plagas de insectos que atacan sus árboles con el ácido cianhídrico, que se produce al agregar cianuro de potasio al ácido sulfúrico diluido en agua. Los vapores de esa mezcla son extremadamente tóxicos, muy venenosos. Como puede observar en esos huertos de ahí, los árboles se cubren con toldos, formando un cubículo, y de ese modo se retiene en su interior la emanación letal el tiempo suficiente para producir la muerte de los bichos. En resumidas cuentas, es el mismo procedimiento que se utiliza en la cámara de gas para ajusticiar...

El padre Luis había leído una novela sobre la muerte de un joven en la cámara de

gas, escrita por un trapense norteamericano que asistió al reo, y esta última observación del médico le hizo recordar los detalles que en su día le estremecieron.

—¿Sufrió el padre Enrique?

—Yo diría que su muerte fue fulminante.

—¿En qué se basa?

—Las circunstancias que me lo hacen suponer son las mismas que, a mi entender, convierten esta muerte en un enigma.

—Me tiene sobre ascuas. Explíquese.

—Verá, el padre Enrique estaba recostado sobre este tronco, con todo el pecho desabrochado. Para mí, que venía corriendo, no sé por qué, como si alguien le persiguiera, y se sentó exhausto. Esa misma fatiga, que le obligaba a aspirar el aire a bocanadas, fue la que le hizo más breve la agonía. Inhaló el gas letal con tal rapidez y en tan gran cantidad que la muerte le sobrevino instantáneamente.

—¿Dice usted que venía corriendo? ¿Que alguien le perseguía? ¿Trató tal vez de esconderse y, sin querer, encontró la muerte?

—Ésa es mi hipótesis, pero no encuentro ningún dato que me la ratifique.

—¿No dijo usted al señor cura que había sido un suicidio?

—Eso es lo que yo pensaba, hasta que apareció ahorcada Adela.

—¿También usted relaciona las dos muertes? —preguntó, intrigadísimo, el padre Luis.

—Sí, pero no en el sentido de que el diablo sea el nexo, como dice por ahí la gente.

Veía ahora el secretario episcopal que la madeja estaba más liada de lo que parecía. Y escuchó atento a don Agustín, que le hablaba mientras inspeccionaba el terreno.

—Todavía se ven ahí las huellas que dejó el vicario —dijo, y apartándose del naranjo del muerto, condujo al sacerdote a la vera del camino y se las señaló en el barro ya seco—. Como puede ver, si se fija bien, son de zapato: los labradores no los usan para andar por el campo. Además, la impronta que han dejado es la del que corre, sin fijarse dónde pisa...

—No veo la relación de todo esto con la muerte de Adela.

—Yo tampoco. Pero me resulta sorprendente que estas mismas huellas aparezcan en el lugar donde, días después, se ahorcó la muchacha...

Y cogiendo del brazo al sacerdote, lo invitó a que le siguiera al jardín de los frailes, no lejos de allí, contándole mientras caminaban las leyendas y las maldiciones que, según la gente, pesaban sobre las ruinas del monasterio. El delegado arzobispal quedó desconcertado al ver por aquellos parajes señales de zapatos, ya menos claras, porque allí el terreno estaba seco.

Aquel paseo no sirvió para despejar viejas dudas, sino para plantear nuevas, sin

que al final de la jornada hubiesen logrado encontrar siquiera una posible concatenación de los hechos.

—¿Sabe qué? —dijo de pronto el padre Luis, rompiendo el silencio que habían guardado durante un gran trecho del camino de vuelta.

—Usted dirá —se paró el médico, quitándose la brizna de hierba que maquinalmente iba masticando.

—He leído en el santoral cómo los siervos de Dios libraron batallas titánicas contra el diablo y cómo éste los zarandeaba, maltratándolos y arrojándolos por las escaleras... Después de lo que he estudiado sobre el caso del padre Enrique, he llegado a la conclusión de que también el demonio entró en su vida. Él es sin duda quien le empujó hacia su propia muerte, quien le persiguió, le acorraló y le metió en esa cámara de gas... De ahí que no encontremos explicación humana a todo lo ocurrido...

—¿En venganza porque sacó al demonio del cuerpo de la niña? —adelantó la explicación el médico, entre escéptico y burlón.

—No. Sin duda porque, consciente o inconscientemente, el vicario se puso a tontear con él. Y es peligroso y mortal, como vemos, jugar con el demonio.

—¿Y qué me dice de la niña? ¿También ella jugó con el diablo?

El padre Luis no tenía respuesta a esa pregunta.

—Los caminos de Satanás, queramos o no, son inescrutables, como los de Dios —fue lo que le dijo.

Pasaron los años y el tiempo archivó en el olvido el exorcismo de Adela y la muerte misteriosa del vicario, y trajo nuevo arzobispo a la diócesis. Así como en siglos pasados era el rey quien nombraba preladados y repartía las mitras para premiar favores o comprar voluntades o simplemente enriquecer con tales prebendas a los segundones de su casa, así ahora era el caudillo dictador quien, por concesión graciosa de la Santa Sede, proponía las ternas para que Roma eligiese el candidato. Llegó, pues, a Valencia el nuevo arzobispo, foráneo, como era costumbre desde tiempo inmemorial, y se alojó en lo que antiguamente había sido convento de Nuestra Señora del Socorro, extramuros de la ciudad: así lo hizo en 1545 fray Tomás de Villanueva, que luego sería santo canonizado. Era de buen gusto, si no se venía cargado de santidad como el agustino, al menos imitarle en lo ocasional del hospedaje. Hasta allí se acercaron los señores canónigos de la santa iglesia catedral a presentarle sus respetos y concertar el día y modo en que haría su entrada oficial. Se acordó que fuese sobre una mula, ya que de ese modo lo hizo el santo; y el día, un domingo, para que la asistencia al acto fuese multitudinaria. Llegó la fecha y la hora, y la procesión se puso en camino. Se adornaron las calles y plazas con cobertores y colgaduras, con arcos de flores e inscripciones de bienvenida, y el pueblo menudo de la ciudad y la huerta se desbordó de alegría. A lomos de una mula ricamente enjaezada, el arzobispo recorrió el trecho del monasterio a la Puerta de Quarte, donde, apeándose de la cabalgadura, besó el *lignum crucis*; desde esas torres, hasta la puerta de la catedral, ya a pie y en procesión. En la iglesia mayor se cantó solemne *Te Deum* y, hechas las ceremonias de la recepción, señaladas en el libro pontifical, tomó pacífica posesión de su cargo y bendijo a la multitud. Los fieles no cesaban de admirar el boato de la ceremonia y la riqueza de las vestiduras en que venía envuelto el nuevo mitrado; para nada recordaban la entrada de su santo predecesor, que llegó con hábito viejo y sombrero raído, según contaban las crónicas.

Al día siguiente quiso don Marcelo celebrar misa en la capilla mayor, siguiendo con la misma pompa y solemnidad de la víspera, y pidió al cabildo que pusiera sobre el altar los candelabros de plata y el santo cáliz de la última cena del Señor. Este recipiente de piedra, también llamado santo grial, fue, según la leyenda, el que utilizó Jesucristo el Jueves Santo para instituir la eucaristía. Trasladado de Jerusalén a Roma por San Pedro, fue enviado por el diácono san Lorenzo a Huesca durante la persecución de Valeriano, y en 713 pasó, según se cree, al monasterio de san Juan de la Peña. En 1399, según consta en una transacción documentada, el rey Martín el Humano lo adquirió a los monjes y se lo trajo a Zaragoza. Alfonso V lo llevó a Valencia, y en 1437 Juan II de Aragón lo entregó a la catedral. El cabildo se extrañó de demanda tan temeraria, y así se lo hizo saber a su señoría.

—Desde antiguo —dijo el deán para ponerle en antecedentes—, esta preciada reliquia sólo se sacaba a veneración en los oficios del Jueves y el Viernes Santos, hasta que el día 3 de abril de 1744 se le cayó de las manos a un canónigo, rompiéndosele, por lo que el cabildo catedralicio tomó la resolución de que no volviera a usarse.

Efectivamente ocurrió que, durante la celebración de los oficios del Viernes Santo de aquel año, fue trasladado al altar mayor el cofre de plata donde entonces se guardaba el cáliz y, al sacarlo el arcediano mayor, se le resbaló de las manos, rompiéndose en dos mitades. En la tarde de aquel mismo día, el maestro platero Luis Vicent, auxiliado por sus hijos recompuso la copa, que fue pegada fuertemente al nudo de oro... No parece que esta historia fuera de suficiente peso para hacer desistir a su ilustrísima.

—¿Me tiemblan a mí las manos? —Y se las mostró a los señores canónigos que, amén de sopesar su robustez y fuerza, vieron hasta qué punto se las cuidaba el arzobispo.

Habiendo fallado en un primer intento, el deán buscó otro motivo, y con el mayor tacto le dijo si aquel deseo suyo no sería pecado de presunción, pues nadie, antes que él, había mostrado tal osadía.

—No es presunción lo que me mueve, sino devoción hacia tan sagrada reliquia —les respondió tajante, y en su mirada leyeron los otros que era hombre que no daba su brazo a torcer.

Los señores canónigos salieron de palacio y se reunieron en urgente capítulo a ver de qué modo se las ingeniaban para disuadir al señor arzobispo de su capricho, conviniendo al fin que lo mejor sería no andarse con rodeos y confesarle la verdad. Volvieron a la residencia del prelado.

—Ilustrísima —le habló el deán, haciéndose intérprete del común sentir de sus colegas—, hace años murió en esta ciudad el doctor Mínguez, Dios lo haya perdonado. —Hizo una pausa, dudando entre extenderse, y explicar a su señoría toda la historia o abreviar, yendo al grano. Optó por este camino—: Este sacerdote legó a su muerte un escrito misterioso, que a todos nos dejó estupefactos...

A su ilustrísima le tenía muy sin cuidado el tal doctor Mínguez y lo que dejase escrito, pero estaba intrigado por saber qué tenía todo eso que ver con una cosa tan simple como era la de celebrar la santa misa con el cáliz del Señor. Y eso es lo que les dijo, interrumpiendo al deán. Con paciencia y perseverancia prosiguió éste su intervención:

—Tememos que manipulando el santo cáliz venga éste a romperse, y demos paso de ese modo a que el primero de los sellos también se quiebre y el reino de Satán esté más cerca de comenzar su milenio...

El señor arzobispo, que estaba sentado en su trono, pues en ese salón había

recibido al cabildo, se quedó perplejo, sin saber si lo que le decían iba de broma o de veras.

—¿Me están tomando el pelo? —les dijo con tono enfadado, a la vez que recomponía su solideo, que se le había deslizado hacia el cogote.

Se miraron los señores capitulares y ya nadie osó porfiar.

—Se hará como vucencia dice, y sea lo que Dios quiera —se resignó el deán.

La catedral estaba llena, por ser aquél lunes festivo, y en los primeros bancos, como era costumbre, se sentaron las autoridades civiles y militares de la ciudad. Comenzó la misa, y el órgano con gran algarada acometió la batalla triunfal de Juan Cabanilles, gran compositor del siglo XVII y también organista de la Seo. Hubo mucho incienso, pues el nuevo prelado gustaba de verse envuelto en aquellas nubes, que, en su enfermiza vanidad, le hacían sentirse un ser superior, casi divino. Luego vino el sermón, a cargo del canónigo magistral, que, sabiendo lo del incienso, utilizó su oratoria florida y vana para incensar aún más a su patrón. Y cuando, a los acordes del himno nacional, interpretado con todos los registros abiertos, el arzobispo alzó el cáliz de la última cena, sucedió lo que todo el cabildo, en vilo, se temía. Bien fuera por la emoción del momento, bien por la luz fulgurante del relámpago que, apareciendo de súbito por el lucernario deslumbró a los que andaban debajo, lo cierto es que a don Marcelo se le fue el cáliz de las manos y cayeron uno y otro sobre el altar: aquél desvanecido; éste, roto en dos pedazos, y el vino consagrado derramado por los suelos... Cuál no sería el impacto de aquel momento que un canónigo, enloquecido, se levantó gritando versículos del Apocalipsis: *Tertius angelus tuba cecinit, et cecidit de caelo stella magna, ardens tamquam facula...* (Tocó el tercer ángel la trompeta y cayó del cielo una estrella grande, ardiendo como una antorcha). Hubo un ¡aaay! de estupor, salido de las entrañas del pueblo, y cuando cesó, retumbó por las naves de la catedral una carcajada estruendosa y blasfema que asustó aún más a todos los presentes. ¿Quién se había atrevido a reír de aquel modo? Ni mil hombres riéndose a la vez hubiesen producido semejante escándalo. Pasados los primeros momentos de pánico, los ministros que ayudaban al prelado se le acercaron.

—Me estoy muriendo —les dijo.

Pero ellos vieron más bien que el señor arzobispo se había indispuerto del susto y que era urgente llevarlo a la sacristía. Organizaron inmediatamente un mínimo cortejo y con la mayor discreción posible lo trasladaron al retrete. Demasiado tiempo llevaba ya encerrado sin que se oyesen sus ayes y otros ruidos cuando, consultado el deán, decidieron abrir la puerta. En medio de un olor nauseabundo, don Marcelo estaba sentado y muerto, cubierto de las inmundicias que por arriba y por abajo había estado evacuando. Pronto corrió la mala nueva por la catedral y por toda la ciudad, aunque nada se dijo de las circunstancias de su muerte, tan indecorosas para la dignidad de un obispo.

En los días que siguieron se celebraron solemnes exequias en honor de don Marcelo, si bien había presidido la diócesis apenas dos días mal contados. A los pies del altar mayor colocaron su féretro en un catafalco bien alto, y a la misa vinieron los obispos sufragáneos que, uno tras otro, le fueron echando responsos y agua bendita con hisopos bien cargados, recelando allá en su fuero interno que el demonio estaba en todo aquello. Al final de la ceremonia, en el momento mismo que el coro cantaba la estrofa *Quando caeli movendi sunt et terra* (Cuando los cielos y la tierra se conmuevan), todos sintieron que el suelo se estremecía y las lámparas de grandes lagrimones tintineaban, como si un terremoto se estuviese produciendo en esos instantes y el epicentro lo tuviesen debajo mismo de sus pies; sin embargo, ningún sismógrafo captó señal alguna. Los canónigos que estaban en el secreto de la profecía del doctor Mínguez se llenaron de temor y la dieron como cierta y confirmada, notificando a Roma todo lo acaecido, y pidiendo, al mismo tiempo nuevo pastor.

Hubo que recomponer la sagrada reliquia que el obcecado arzobispo había roto, y con tal motivo acudieron a los mejores orfebres de la ciudad. El conjunto del cáliz, como muy bien pudieron observar los orífices, estaba formado por tres piezas independientes, absolutamente distintas: la copa superior; un vaso ovalado invertido, que hacía las veces de pie; y el nudo y las asas, todo de oro, que unían la copa y la base. Hasta ese momento, la reliquia sólo había sido estudiada muy superficialmente. Para unos, la copa superior era de ágata coloreada mediante el artificio, ya relatado por Plinio en su *Naturalis Historia*, de sumergir la piedra nativa en aceite y luego hervirla en ácido sulfúrico, que, al atacarla de modo heterogéneo, daba a la ágata original diferentes coloraciones. Para otros, entre los que se contaba Attilio Zuccagni, director del gabinete de Historia Natural de Florencia en tiempos de Carlos IV de España, se trataba de un verdadero ónix. Los lapidarios de ahora tampoco se pusieron de acuerdo. La verdad es que, siendo la composición de la ágata y el ónix tan parecida, no valía la pena entablar discusión a este respecto. Decidieron, al fin, que el ciborio superior era de calcedonia, un conglomerado de cristales de cuarzo, de la variedad conocida con el nombre de cornarina oriental. Dicha copa, fruto de un esmeradísimo trabajo, era lisa, de color brillante y diáfana a la luz: en su interior, semiesférica y capaz de unas diez a doce onzas de vino; y en su exterior, rematada por una pequeña base plana, que le servía para mantenerse derecha sobre la mesa. Originariamente se labró en un nódulo de una sola pieza, sin ningún defecto o irregularidad, aunque ahora añadía a la rotura sufrida en el siglo XVIII ésta tan ostensible que la partía en cuatro partes. El pie no era de concha, como habían dicho todos los estudiosos hasta la fecha, sino de calcedonia como la copa; su forma alargada, elipsoidal y cóncava hacía suponer que se trataba con toda seguridad de un *scyphus* o naveta en posición invertida, con la boca sirviendo de soporte.

Al intentar limpiar las vetas de la base, para mejor apreciar su calidad, los

orfebres hicieron un sensacional descubrimiento: en una de las vertientes mayores, y en su lado izquierdo, estaba esgrafiada una inscripción que les pareció árabe. Comunicado el hallazgo a los canónigos, decidieron éstos pasar el santo cáliz al servicio de arqueología de la universidad, para que los técnicos lo sometiesen a riguroso estudio y diesen sobre él un dictamen científico.

La muerte en extrañas circunstancias del arzobispo y la sagrada reliquia destrozada no fueron las únicas vicisitudes que vivieron los canónigos por aquellos días, pues, cuando ya parecían serenarse, les sobrevino otra que les llenó de mayor consternación. Con gran sigilo les llegó la denuncia de que cinco novicias y tres monjas profesas del monasterio de las bernardas habían quedado misteriosamente embarazadas. Estando la sede episcopal vacante, el cabildo decidió designar vicario capitular para que, investido de la jurisdicción ordinaria del obispo, se pusiera a gobernar de inmediato, resolviendo cuestión tan ardua como aquélla. Recayó el cargo en el deán doctor Guillem Lodaes.

Todavía con la tinta fresca de su nombramiento, sin esperar un minuto más, se marchó, acompañado de otros dos capitulares, al monasterio de Santa Tecla, no muy lejos de la catedral.

El cenobio, situado en una calle muy estrecha, constituía un gran conjunto que se adentraba entre medianeras, teniendo un palacio abandonado a su izquierda. Su origen parecía remontarse al siglo xv; sin embargo, la puerta de entrada, con dovelas que formaban un arco de medio punto, remitía a época más temprana. El convento de clausura estricta era inaccesible más allá del vestíbulo y de la iglesia.

Tiró de la campanilla con inusitada insistencia, de tal modo que la hermana portera vino rezongando.

—¿Qué impaciencia es ésta? —dijo poniendo la cabeza en el torno, lo que hizo que su voz saliese aumentada y hueca como por un tornavoz.

—Soy el deán de la catedral, y ahora vicario capitular. Dígale a la priora que quiero hablar con ella.

La hermana les abrió una puerta lateral, que daba a un pequeño claustro, para que en aquella parte aguardasen a la superiora, que, como les dijo, estaba en el coro cantando vísperas. Hasta allí les llegaban las voces, extremadamente relamidas, empalagosas, de las monjas. Para distraer la espera, el deán y sus acompañantes, que nunca antes habían estado en el convento, se entretuvieron mirando el claustro, extrañándoles muchísimo que fuese de estilo románico.

—No tenía noticia de que en Valencia existiese nada de esa época. —Uno de los canónigos expresó en voz alta lo que estaban pensando los demás.

Pronto la admiración se convirtió en estupor al observar las obscenidades de sus capiteles, que, para mayor sorpresa, aparecían decoradas con colores chillones, haciéndolas de ese modo aún más impúdicas. En el primer capitel que se echaron a la

cara se representaba a una monja con mirada rijosa, puesta en éxtasis, sentada y con las piernas levantadas y los hábitos al vuelo.

—*Mallum Evae* (manzana de Eva). —Leyó otro el epígrafe que había debajo.

—Para que no quepa duda alguna de qué fruto se trata, han representado la manzana rajada por su mitad —comentó el más viejo, con una risilla nerviosa.

En el capitel siguiente, un hombre se masturbaba con la mano izquierda mientras con la otra se acariciaba la barbilla; el miembro de piedra, de suyo ya descomunal, quedaba aún más turbador con el glande rojo que le habían pintado.

—*Baculus consolationis meae* (el báculo de mi consolación) —dijo el que se dedicaba a las inscripciones.

Seguían otras imágenes. Una mostraba el coito entre un hombre y una mujer: cópula contorsionista a que obligaba la propia configuración del elemento arquitectónico. En el capitel de la esquina, próximo a la entrada de la iglesia, estaba esculpido lo que a todas luces era un clérigo exhibicionista, que, levantando con manos reverentes el hábito, dejaba al descubierto su órgano erecto. En verdad que la serenidad de su rostro y sus labios entreabiertos hacía verosímil la sentencia que se le atribuía: *Gustate et videte, quoniam suavis est: beatae quae venient ad me* (Gustad y ved porque es dulce: dichosas las que vengan a mí).

Tan entregados estaban los visitantes a la morbosa contemplación de la arquitectura, que ninguno se había apercebido de la presencia de la portera. Sonrojáronse al ser sorprendidos en aquella actitud.

—La madre priora les espera en el locutorio —les dijo, señalándoles lo que en otro tiempo había sido sala capitular del monasterio.

Detrás de una doble reja, la exterior con púas disuasorias y una cortina negra que apenas dejaba clarear las siluetas de la otra parte, les esperaba la superiora. Al verles, les habló de inmediato, sin duda para orientarles.

—¿A qué se debe el honor de que el señor vicario capitular, recién elegido, venga a nuestra humilde casa?

Y pidiéndoles que se sentaran, lo hizo también ella.

El doctor Guillem Lodaes le expuso con claridad la denuncia recibida y que, tratándose de tal gravedad, quería que ella le informase puntualmente, amén de que ya había pedido autorización a la Santa Sede para que suspendiese la clausura papal y poder girar visita canónica.

La madre superiora, que en porte y elegancia no desmerecía de las prioras de la nobleza que en otro tiempo rigieron los destinos de aquel cenobio, no se inmutó por lo dicho, y con sosiego y pocas palabras les dio su versión.

—¿No habrán dado pie a tales habladurías las risas y los lloros de las niñas expósitas que, dentro de nuestros muros, educamos para la religión?

Sin esperar respuesta, les recordó con toda firmeza que desde tiempo inmemorial

siempre habían recogido a los recién nacidos que sus madres abandonaban a las puertas de su convento, pasando los varones a la casa de la beneficencia de enfrente y guardando para sí las niñas, como regalo de Dios.

La priora medio convenció a los señores canónigos, pero los capiteles del claustro, tan impudicamente coloreados, pesaron más, y el vicario capitular siguió con lo de su canónica inspección. Así que, tan pronto llegó el rescripto de Roma, se personó de nuevo en el monasterio.

Con las manos libres para actuar a su modo, dispuso que, una a una, las monjas fuesen pasando por el despacho que dentro de la misma clausura se le había habilitado. No fue fácil hacerlas hablar, y tuvo que echar mano de las penas canónicas, y hasta de la excomuni3n, para obligarlas. Las que más pronto flaquearon fueron las novicias, por más ingenuas y por desconocer la malicia del mundo y de la carne, que ignoraban por haberse criado allí dentro.

—Por la noche me visitó sor María de los 3ngeles —le contó una de las religiosas más jóvenes—. Venía vestida con sólo el camis3n que utilizamos nosotras para dormir, su rostro resplandecía como un sol, y sus palabras eran suaves y dulces como la miel. Apenas abrió la boca para saludarme, como si yo fuese la Virgen María y ella el arcángel san Gabriel, se me quitó todo el miedo. No temas, me dijo, y sin que yo pudiera resistirme, se metió en mi cama...

La religiosa hizo una larga pausa y el rostro se le transfiguró, evocando sin duda el gran contentamiento que recibía de aquellas visitas.

—¿Se repitieron muchas veces esas citas?

—Menos de las que yo hubiese deseado, pero ella me decía que la gracia de Dios había que repartirla entre todas las hermanas.

—Estas visitas, ¿siempre fueron por la noche?

—Sí, después de maitines, cuando en los primeros domingos de mes hacemos minerva.

El vicario capitular, por mucho que se devanaba los sesos, no se explicaba que aquellas relaciones lésbicas, que eso parecía lo que unas y otras le relataron, hubiesen podido ser la causa de su embarazo. Sin pretenderlo, sus sospechas recayeron en el capellán, a pesar de que todo el mundo lo tenía por muy virtuoso; y no porque tuviese fundamento, sino porque guardaba en su mente el recuerdo de aquel otro santo varón, maestro del espíritu y místico de altos vuelos, que dejó embarazada a su hija espiritual y estupefactos a sus muchos seguidores. Así que trató de profundizar en sus indagaciones, sin dejar camino por rastrillar.

Esperó, pues, que llegase uno de aquellos domingos de minerva para penetrar secretamente en el monasterio, a través del palacio medianero, y acceder a una de las tribunas que recaían en el presbiterio de la iglesia. Al término de los maitines, tal como le había referido alguna de las religiosas, vino el capellán, hombre gallardo que

andaría por sus cuarenta, abrió el sagrario, puso la sagrada forma en la custodia y se fue. Las luces se apagaron y quedaron encendidas pocas velas; mientras unas monjas cantaban salmos, otras comenzaron a golpearse las espaldas desnudas. Desde la galería donde se encontraba, el doctor Lodaes no alcanzaba a ver todo lo que en la iglesia ocurría, guiándose más bien por los ruidos y sonidos que oía: le pareció que de los rincones llegaban susurros y gemidos placenteros...

El monasterio de Santa Tecla se convirtió para el vicario capitular en un nido de enigmas. ¿Quién demonios era el que dejó embarazadas a las monjas y tan bien cerradas sus bocas? ¿El capellán? Sin embargo, ninguna habló de él, por mucho que quiso sonsacarlas. ¿Sor María de los Ángeles Fernández? Nadie pudo aclararle el origen de esa niña, que más tarde profesó como monja. ¿Cómo y por qué razón había desaparecido del convento? Pero no sólo eran éstos los únicos misterios. ¿Qué hacía en Valencia una iglesia románica como aquélla, de la que nadie hasta entonces había tenido noticia? ¿Qué hipótesis interpretativa podía aventurarse sobre las representaciones obscenas que llenaban el templo y su claustro? No era cuestión de echar tres cuartos al pregonero, que en toda esa trama, como la del cáliz y la del arzobispo, bien pudiera andar Satán. Convenía andarse con mucho tiento.

El doctor Guillem Lodaes, obispo en funciones, cargó sobre sus espaldas la responsabilidad pastoral de aclarar todo aquello, y mientras los arqueólogos descifraban la inscripción del santo cáliz, se puso él a estudiar la historia de aquel convento.

Mujer, sexo, misticismo. Si estos tres conceptos, por separado, ya le resultaban teológicamente inquietantes, le llenó de perturbación y angustia vislumbrar que el demonio pudiera ser su nexo. Por eso, tras la visita al cenobio de las bernardas, el doctor Lodaes recurrió al archivero de la Seo. Bajo estricto secreto, que éste juró guardar como sigilo sacramental, le expuso detalladamente lo que había descubierto, y cuáles eran sus impresiones y temores; y si entre los muchos legajos, que en el archivo se almacenaban, se pudiera encontrar alguno que echara luz sobre el monasterio de Santa Tecla.

—Gracias a Dios que los bárbaros no quemaron mi inventario —se felicitó el canónigo Crespí, que ése era el nombre del archivero; y, para que el deán apreciase el valor y eficacia de su paciente trabajo ahora que lo requería, le mostró el registro de todos los códices, bulas, manuscritos y demás libros. Añadió luego, muy convencido —: No será difícil dar con esos documentos.

Mientras subido a la escalera iba desempolvando viejos legajos, el canónigo Crespí no dejó de hablar un solo momento.

—Casos parecidos al de las bernardas de Santa Tecla hubo muchos durante el xvii en la ciudad de Valencia. Siglo prolífico de místicos, alumbrados y beatas... En ningún escritor de la época encontraremos más noticias y más detalladas que las que recoge la Santa Inquisición, que tanto se movió entonces.

—¿Todo eso hemos de leer y repasar? —se asustó el deán, al ver cómo iba aumentando el montón sobre la mesa.

—No se asuste, que yo tengo costumbre y destreza; y en pocos días le sustancio lo que usted necesita.

El doctor Lodaes anduvo muy atareado todos aquellos días en el gobierno de la diócesis, y tuvo que ser el canónigo archivero quien le dijera que ya tenía lo suyo a punto. Un jueves, por ser día más tranquilo de papeles, había decidido pasar por el archivo y así lo hizo a la hora del mediodía, encontrándose con el desastre de que una de las grandes batientes del díptico del altar mayor, sin que nadie supiera cómo y por qué, se había descolgado de sus charnelas, cuando los sacristanes estaban quitándole el polvo, y los cuadros de *los Hernandos* yacían por los suelos. Estos pintores, discípulos de Leonardo da Vinci y colaboradores de su taller, están considerados por los expertos entre los artistas de más alto rango de la pintura española.

—De haber ocurrido a la hora de coro, hubiera resultado una verdadera tragedia —repetía cada dos por tres el canónigo lectoral a los fieles que se arremolinaban curiosos. Y esto mismo dijo al deán cuando se acercó preocupado.

Por su parte, el canónigo conservador del patrimonio artístico se lamentaba como un niño a quien le han roto su juguete favorito.

—¡Fernando Llanos!, ¡Fernando Yáñez!, ¡los *Hernandos*! ¡Una de las páginas más brillantes y sublimes del Renacimiento! —sollozaba, hablando de los pintores como si se tratase de familiares o amigos íntimos, y señalaba con inmenso dolor, una a una, las tablas tiradas por los suelos.

—Desde que el santo cáliz se rompiera, nada bueno nos sucede. Tengo para mí que también en esto va la mano del diablo. —El doctor Guillem Lodares les declaró abiertamente sus sospechas, cosa que aún les apenó más.

Dejó al buen criterio de ambos capitulares el remedio de tamaño desastre, y subió al archivo donde le esperaba el canónigo Crespí. Ya por la escalera le llegó un olorcillo de carne a la brasa, y no podía creer que procediera de la sala de arriba, pero, a medida que ascendía, el humo salía a su encuentro, y se impuso la evidencia.

—Más que en una biblioteca, se diría que entro en un figón —exclamó, y no se sabía muy bien si sus palabras eran o no de censura.

El canónigo Crespí, al extremo de la sala, andaba manipulando en el brasero que tenía para calentarse, y echó a buena parte el reproche del deán.

—Los jueves son días de plato único. —Recordó a su colega las restricciones que estaban en vigor, como justificación del suplemento gastronómico que se estaba preparando.

Puestas a orear, colgaban de un palo, que iba de un estante a otro, ristras de morcillas, longanizas y otros embutidos. El deán, al ver todo aquel escaparate, se quedó muy sorprendido.

—En los tiempos que corren, yo prefiero cobrar el estipendio de las misas en especie —se adelantó el archivero a saciarle la curiosidad, y; viendo que al doctor Lodares la boca se le hacía agua y las tripas le gruñían, por más que disimulase, añadió—: Si acepta, puedo compartir con usted estas chuletas de cabrito, que me han dado por una de *requiem*.

No hizo ascos el deán y, apartando él mismo los libros de la mesa, puso unos periódicos como mantel. El canónigo Crespí, al tiempo que daba vueltas a las chuletas, buscándoles el punto sin que se pasasen, con la misma diligencia y celo que ponía en la confección de los sacramentos, dijo a su huésped.

—Mire si tenemos vino en la bodega —y como el otro quedase indeciso, sin saber adónde dirigirse, le explicó—: Retire la Biblia visigótica que tiene frente a usted, que es ahí donde lo guardo.

Mientras daban cuenta de tan opípara comida, en día de colación y ayuno general, hasta rebañar los platos y los huesecillos del animal, el doctor Crespí, entre sorbo y bocado, le fue ofreciendo al canónigo Guillem Lodares una visión panorámica del siglo XVII, para que mejor pudiera entender la historia concreta del convento de Santa Tecla, que le explicaría luego. Y así le expuso que aquéllos fueron tiempos sobrados de vocaciones, hasta el punto que algunos monasterios impusieron severas

restricciones; y, en los más, ni disponiendo de buena dote, era factible ingresar.

—Había, pues, más demanda que plazas, sobre todo en los conventos de mujeres. —Hizo aquí una pausa, y, con un trozo de anea, que arrancó del asiento de la silla, se estuvo mondando los dientes de las carnes que habían quedado por allí—. El matrimonio, otra vía de escape para la mujer, también tenía sus inconvenientes. Las guerras, frecuentes en esa época, supusieron una sangría continua de hombres... No nos ha de extrañar, pues, que muchas mujeres, ante esos factores adversos, buscasen refugio metiéndose a beatas. Entre no casarse y no poder profesar en un convento, ésta era mejor solución que quedarse solteras. ¿No le parece?

El señor deán tomó buena nota de esta primera aproximación histórica, y no tuvo nada que objetar, a no ser, como dijo al erudito, que echaba de menos su café después del almuerzo; y le convidó a tomarlo con él en el bar de la esquina.

—¡Pero qué dice! —exclamó el canónigo Crespí, como si el otro hubiese proferido una herejía o algo semejante—. ¡Ahí lo sirven de calcetín!

Y, levantándose de un brinco de su silla, rebuscó por detrás de los voluminosos tomos del Concilio de Trento hasta dar con un envoltorio de papel de estraza.

—Aquí está —cantó victorioso, mostrando el trofeo.

Deshizo con cuidado el paquete, y se lo dio a oler para que viera que no era achicoria o malta o cualquier otro sucedáneo de los muchos que se inventaban en aquella larga posguerra.

—Huele bien —asintió con agrado el obispo en funciones, a la vez que aspiraba con deleite.

—Auténtico café de Colombia —certificó su colega—. Aunque no lo tengo tan averiguado como los legajos de la Inquisición de los que hemos de hablar.

—¿De dónde lo ha sacado?

—¿Acaso a los estraperlistas no se les mueren deudos? —le respondió.

El canónigo Crespí puso a calentar un cazo con agua, y preparó, para cuando estuviera en ebullición, las tazas y la manga para colar.

—Está probado que en las épocas económicamente adversas, aumenta la religiosidad y prolifera la mística; que ésta también es, en la mayoría de los casos, una huida hacia adelante. —Dijo, mientras arrojaba generosas cucharadas de polvo de café al agua hirviendo.

No le pareció bien al doctor Lodaes que tratase la contemplación espiritual de manera tan prosaica y desenfadada, reduciéndola a casi una excrecencia coyuntural; y así se lo dijo.

—La Mística quede para San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Ávila, y algunos pocos más —repuso el canónigo Crespí—. Para la mayoría, o, al menos, para la Valencia de esos tiempos que le digo, no fue sino un mal, como usted mismo podrá comprobar.

Interrumpieron las discusiones con objeto de saborear mejor el café, cosa que hicieron a pequeños sorbos y largos suspiros, evocando los viejos tiempos en que nunca faltaba después de comer...

—Ni el chocolate con picatostes, para merendar —añoró el canónigo Lodaes, aspirando fuerte, como si oliese a cacao caliente.

El archivero apuró con la cucharilla hasta las últimas lágrimas que quedaron en el fondo de su taza. Doblaron luego los periódicos, guardándolos para otra vez; y pusieron sobre la mesa los libros que iban a estudiar.

El canónigo Crespí tuvo buen cuidado de que su última afirmación, que tanto había contrariado a su colega, fuese lo primero a tratar, para que no creyera que la había hecho sin fundamento.

—Fray Alonso de Mendoza, incansable descubridor de alumbrados y falsos místicos —comenzó su perorata, poniendo, como argumento de autoridad, el nombre y la opinión de aquel lejano dominico—, no dejaba de sorprenderse por el gran número de beatas que se dedicaban a la espiritualidad. —Luego, vino al libro y citó textualmente—: *y veía con malos ojos que gente tan simple y de tan poco uso de las cosas de virtud, que apenas sabían las oraciones de la Iglesia, hubiesen subido de golpe a la divina contemplación y tuvieran señales tan poderosas de santidad...*

—No parece que le caían muy bien las mujeres —comentó el vicario capitular.

—A pesar de todo —dando por terminada la cita, cerró el libro, y continuó—, con o sin el beneplácito eclesiástico, hubo numerosas mujeres que se dedicaron a la mística, ocupando un papel relevante en la espiritualidad valenciana del siglo XVII, como es el caso de la venerable Margarita Agulló, estrechamente vinculada al Patriarca Ribera...

—Pero la Agullona fue beata muy honorable —se apresuró a aclarar el deán, y como prueba adujo—: el santo arzobispo la hizo enterrar en su iglesia del Corpus Christi, con su efigie pintada en lienzo por Ribalta, o alguno de su escuela.

—Pues vengamos a las otras, que son las que nos interesan.

El doctor Crespí puso a descansar sus manos regordetas sobre su prominente tripa y de vez en vez se la acariciaba, como otro cualquiera hubiese podido hacer con un gato siamés.

—A mediados del diecisiete —comenzó con parsimonia el relato— fue elegida priora de las bernardas de Santa Tecla una mujer singular, Gerónima Aliaga, cuya fama de virtud fue tanta que siempre tenía a su alrededor un acompañamiento de frailes y sacerdotes ansiosos de su doctrina y de sus consejos. No estará de más, antes de continuar la historia, advertirle, como ya hicieron notar los cronistas de la época, que esta monja era una mujer joven y muy hermosa, cuyos encantos no lograba disimular el áspero hábito que llevaba. —Y, como viera que el deán hiciese un visaje extraño, fue derecho a buscar en algún libro confirmación del dato.

—Deje, deje; no se moleste; y vaya directamente al grano, evitando, si puede ser, esas digresiones.

—No son digresiones superfluas, como verá por lo que sigue.

Tal vez para mortificar un poco al deán, misógino según la reputación general de que gozaba entre sus colegas de coro, el doctor Crespí se extendió más de lo necesario sobre este punto, añadiendo a la crónica comentarios de su propia cosecha.

—La madre Gerónima, animada por el éxito que tenía entre sus discípulos y discípulas, fundó un beaterio junto a su monasterio; separábale de éste la tapia del huerto, de modo que podía pasar con facilidad de una a otra parte...

—¿Y la clausura? ¿Tenía algún rescripto papal que la eximiese de su observancia?

El deán, hombre meticoloso y leguleyo, quiso averiguar cómo se las arreglaba aquella priora para salvar ese escollo, ya que siendo las bernardas de Santa Tecla religiosas contemplativas de estricta observancia, bajo ningún pretexto podían abandonar el recinto claustral, salvo dispensa del Papa.

—Como verá, si me deja seguir, lo de la clausura era peccata minuta, en comparación con las otras libertades que se permitió.

—Continúe, continúe.

—El beaterio fue creciendo hasta llegar a ser una comunidad tan numerosa e importante como la de las monjas. Y la madre Gerónima acabó creyéndose maestra y guía espiritual de todo el grupo. No sólo eso. Con la complicidad de uno de sus confesores, urdió la idea de que las especies sacramentales permanecían incorruptas en su pecho. Sus compañeros, para venerar esta santidad, mantenían siempre encendida una lámpara junto a ella, como si se tratase de un sagrario, quemaban incienso en su presencia, se arrodillaban y se postraban a su paso, y le besaban las manos, los ojos, la boca, los pechos y...

El canónigo archivero detuvo aquí su relato para que el deán lo asimilase poco a poco, no fuera a atragantársele si se lo contaba todo de golpe; pues aún le reservaba mayores novedades. Aprovechó la pausa para echar un trago de agua fresca, y apagar la mucha sed que le daban las chuletas; luego pasó el botijo al doctor Lodaes que, a pesar de las precauciones tomadas, empinó el codo más de lo necesario y un regato se le vino sobre la pechera.

—Menos mal que lo que su señoría ha empinado no ha sido la bota, pues se hubiese puesto la sotana perdida de vino.

—No se ría de mi torpeza, y continúe, que tengo mucho interés en saber cuál es el fin de esa historia, o adonde quiere ir usted a parar. —Y dejó el botijo sobre el platillo.

—Según leemos en el proceso de la Inquisición, aquello de las especies sacramentales trajo cola... En ciertos momentos, ella dejaba al desnudo sus pechos,

redondos y turgentes —añadió por su cuenta el archivero—, para que sus fieles se los besasen... Y no pararon ahí las cosas, ni la devoción en sólo besos. La estima que todos sentían por sor Gerónima llegaba a tal grado que se hubiese tenido por pecado no ejecutar la fornicación con ella, que era igual que rechazar la unión con Dios...

—¡Qué monstruosidad! —exclamó el doctor Lodaes.

—*Majora videbis* (Cosas más gordas verás) —sentenció el archivero, y continuó —: Un tal Pablo Ferrer, presbítero de veintiocho años, contó a la Inquisición que la primera vez que fue introducido en el círculo de sor Gerónima le causó gran extrañeza ver la familiaridad y desenvoltura con que todos la besaban en la boca, y la abrazaban muy estrechamente. La madre Gerónima, al reparar en su turbación, le preguntó qué le ocurría, y él no supo qué responder. Entonces ella se lo sentó en sus rodillas y, como niño de pecho, le dio a mamar de los suyos. Luego se interesó si había tenido trato carnal con alguna mujer, y, al responderle que no, le pidió que lo tuviera con ella. Y que no tuviese escrúpulo, porque de ese modo se uniría con Dios, que ella siempre lo llevaba sacramentalmente en su pecho. Un fraile dominico le aclaró, además, que copular con sor Gerónima no sólo no era pecado sino que quitaba los movimientos sensuales; y él hablaba por propia experiencia.

—¿Accedió, por fin, el tal Pablo Ferrer? —exhaló impaciente el obispo en funciones.

—Claro que sí —le respondió. Viendo que aquellas historias tanto interesaban al deán, por más aspavientos que hiciera, le dijo—: Casos como ése trae muchos el sumario.

—Siga, siga —le animó.

Para que no creyera que eran de su invención o que exageraba, abrió otro de los protocolos inquisitoriales, donde se refería el que iba a contarle a continuación.

—Una tal Josefa Folch, deslumbrada por las cosas que oía decir de la madre Gerónima, comenzó a frecuentar su beaterio. Tenía veintiséis años. Un día presencié cómo copulaban la madre y un franciscano muy devoto. Comenzó a sentir una especial atracción por ella y le dijo que si fuera un hombre también tendría trato carnal con ella.

—Por lo visto, sentía una frustración terrible que necesitaba desahogar...

El archivero no hizo caso de este comentario, y continuó el relato.

—Gerónima, tomándola de la mano, la llevó a su lecho; y allí yacieron las dos juntas. Como la misma Josefa confesaría a los de la Inquisición, a partir de aquel día presencié y tomé parte activa en casi todas las prácticas sexuales del grupo, estando siempre en la cama cuando Gerónima copulaba...

—¿Tan ciegos estaban los sacerdotes que rodearon a esa tal Gerónima para no darse cuenta de los errores y extravíos de su doctrina? —se indignó el deán.

—La espiritualidad mística, con frecuencia, deslumbra y ciega a sus adeptos y

puede llevar, como así ha sucedido, a la creencia de la impecabilidad, como tapadera para desahogar los impulsos sexuales más aberrantes... Según contó la propia madre Gerónima a la Inquisición, Dios le había mostrado su favor por medio de una visión espiritual, totalmente inaudita y sorprendente. *Comencé por tener una percepción sensible de Nuestro Señor y gustarle físicamente, de modo que Nuestro Señor Jesucristo se midió y unió conmigo: rostro con rostro, ojos con ojos, boca con boca, y así en las restantes partes del cuerpo, hasta llegar a la unión carnal...*

—¡Dios mío! —exclamó el deán, tremendamente escandalizado, haciendo como si le viniesen arcadas de náusea—. ¡Todas esas aberraciones no podrían darse si el demonio no estuviera por medio! Supongo que los inquisidores de aquellos tiempos acabarían quemándola en la hoguera.

Se sonrió el archivero; y el otro creyó que se le burlaba.

—¿Acaso no cree usted en el diablo?

—Una cosa es creer en el demonio y otra, verle por todas partes. Si me he sonreído es porque, por un momento, usted me ha recordado al doctor Maluenda.

El deán quedó a la espera de que se explicara mejor.

—El doctor Pablo Maluenda —le aclaró el otro— fue el fraile mercedario que denunció ante la Inquisición a las religiosas de Santa Tecla y a su priora sor Gerónima por endemoniadas. Según el tal doctor Maluenda, el beaterío y el monasterio eran el lugar donde el demonio se había enrocado. Así que, cuando descubrió las orgías espirituales que se traían las monjas entre sí y con los frailes y sacerdotes, asiduos visitantes, tuvo el pleno convencimiento de la presencia real del diablo en aquella casa. Como él mismo explicaría al Santo Tribunal, las posesiones diabólicas no tienen por qué manifestarse por medio de actos terroríficos o espeluznantes, ni el demonio toma siempre cuerpo satánico ni figura horrible, sino que, como era el caso de las bernardas, el Ángel del mal se valía de otras argucias... A pesar de todo, él salió peor parado. Precisamente por ver diablos por todas partes.

—No comprendo —volvió a sorprenderse el canónigo Lodares.

—No es lo mismo acusar a unas monjas de putas que de endemoniadas. Además, puede que alguno de los jueces o algún otro personaje relevante del clero estuviera metido en ello. —Iba a poner punto y final, cuando recordó otro detalle—. Por otra parte, los señores inquisidores nunca encontraron pruebas de los crímenes de niños nonatos, que tan a la ligera les achacaba el fraile... Lo cierto es que las acusaciones de éste se volvieron en su contra. Las maniobras diabólicas que él denunciaba fueron consideradas como ilusiones quiméricas suyas. Su odio y obsesión le hizo creer que los demonios se habían apoderado de las bernardas de Santa Tecla, que habían copulado con ellas... Murió pensando que los problemas que él tuvo con la Inquisición fueron consecuencia de su lucha particular contra el Diablo.

—La verdad es que no comprendo cómo los inquisidores de la época no le

hicieron caso. Yo me identifico plenamente con este pobre fraile, y pienso, como él, que el Espíritu del Mal, entonces como ahora, anda suelto en el monasterio de las bernardas.

El canónigo Crespí se rió abiertamente.

—¿Por qué antes de echar las culpas al Diablo, que a ciencia cierta no sabemos si existe, no buscamos más despacio entre los sacerdotes que visitan el convento? —dijo, sin poder contener sus carcajadas—. ¿No será alguno o algunos de ellos los que han dejado tanto embarazo? La carne es débil y pecadora, y no hay necesidad de echar las culpas al otro. ¿No cree?

Esa confesión de incredulidad, tal vez hecha por chanza, inoportuna de cualquier modo, molestó tremendamente al canónigo Lodares que, desde el primer momento, había tomado muy en serio todo lo que estaba sucediendo. Enfurecido, trabándosele la lengua por la indignación, le replicó:

—El rompimiento del santo cáliz, el nombre diabólico de Jaldabaoth grabado en él, la muerte repentina del arzobispo, los embarazos de las monjas bernardas, el retablo de la Virgen hecho añicos, que acabo de ver, y las extrañas circunstancias que han rodeado cada uno de esos acontecimientos, ¿no son obra del Espíritu del Mal? ¿Acaso no ve en todo ello el puntual cumplimiento del mensaje que dejó escrito el operario diocesano doctor Mínguez? Yo creo que el signo ya se ha cumplido; y, desgraciadamente, fue nuestro propio arzobispo, por inconsciencia o soberbia presunción, quien abrió el primer sello... Todo lo que estamos presenciando es prueba manifiesta de la presencia diabólica... Falta otro signo más, que desconocemos cuál es, para que comience el reinado milenarismo del terrible Jaldabaoth, ¿y usted se ríe? Quiera Dios encadenar bien fuerte a esa pavorosa alimaña, y no permita que, ni de lejos, nos llegue su mirada.

Las últimas palabras, más que una devota oración, le sonaron al archivero como una imprecación.

—Amén —le contestó, levantando la voz, para que el otro lo oyera a pesar del tremendo portazo que había dado al marcharse.

Cuando el doctor Lodares, todavía enfurruñado, salió por la puerta de los Apóstoles, camino del palacio arzobispal, apenas unos momentos después de dejar al archivero, pues sólo se detuvo ante la capilla del sagrario el tiempo de rezar un padrenuestro, se encontró con un revuelo de gente que miraba aterrorizada hacia arriba. También él levantó la vista adonde todos miraban. Por el ventanal del archivo salían unas lenguas de fuego descomunales, y cogido a los hierros de la reja estaba el canónigo Crespí. ¿Cómo se había producido el incendio, si, apenas unos minutos antes, él mismo había estado allí y no detectó nada extraño, ni siquiera un olor sospechoso? ¿Cómo se había propagado de aquella manera tan violenta? Sin pérdida de tiempo, los hombres que allí había, y él delante, corrieron, escaleras arriba, para

salvar al canónigo en apuros. Nadie pudo derribar la puerta de la biblioteca, trabada, contra toda lógica, desde el interior. Cuando, minutos después, los bomberos llegaron, ya era demasiado tarde. El canónigo Crespí, ardiendo en todas sus carnes, agarrado desesperadamente a los hierros de la reja que hacían de cárcel, daba gritos desgarradores. A todos les parecieron ayes lastimeros; sólo el doctor Lodaes creyó escuchar lo que verdaderamente decía una y otra vez: *Jaaal, Jaaal*. No es que invocase a Jaldabaoth, sino que pregonaba a los cuatro vientos quién era el autor de su espantosa muerte.

Fue un terrible golpe para el deán. Quince días estuvo en cama, con fiebres altas y delirando fuera de sí; luego, cuando mejoró, no hubo nadie que le arrancase una palabra. Sus familiares temieron que la depresión en la que se había sumido fuera minando poco a poco su salud. El médico no pudo aportar remedio alguno, pues no encontraba causa física del mal; y hablaba de un shock, sin saber precisar de qué clase era.

La copa de la santa cena, reparada cuidadosamente por los orfebres, había pasado al servicio de arqueología de la universidad, donde expertos catedráticos trataron de despejar las muchas incógnitas que planteaba. En primer lugar, los profesores examinaron las fuentes escritas, que ya otros habían estudiado, y, para mayor objetividad, prescindieron de las valoraciones dadas anteriormente. Así reestudiaron con gran atención una carta de Jaime II, fechada en septiembre de 1322. En dicha misiva, el rey encarecía a los caballeros barceloneses Berenguer de Castro y Geraldo de Olivera que pidiesen al sultán de Egipto Abul-Fatah Mohammad trozos del *lignum crucis*, del que, según tenía entendido, guardaba gran cantidad en sus tesoros, e igualmente que le hiciese llegar el cáliz en que Jesucristo consagró el día de la cena. Años después, en carta del 3 de julio de 1327, solicitaba al mismo sultán nuevas reliquias, especialmente el cuerpo de santa Bárbara y el brazo de san Simón. Curiosamente ya no le nombraba la vera cruz ni el cáliz de la cena. Los investigadores vieron en ese silencio indicio suficiente de que el sultán de Egipto ya se las había remitido. Al igual que habían hecho los anteriores historiadores, también los de ahora restaron importancia a las peticiones de Jaime II. Bastaba con leer las innumerables solicitudes hechas a los turcos por parte de los cristianos de aquella época para darse cuenta de la mentalidad ingenua y acrítica que reinaba respecto de las reliquias. A los mercaderes que marchaban a Oriente se les pedía que trajesen la vara de Moisés, o la zarza incombustible del Sinaí, o las planchas de madera con que se había fabricado el arca de Noé, o alguna otra cosa por el estilo... En ese contexto fantasioso y extravagante había que situar aquellas cartas reales, y así lo hicieron los arqueólogos.

De mayor credibilidad les pareció el pergamino 136 del Archivo de la Corona de Aragón. En ese documento, fechado el 26 de septiembre de 1399, se establecía una transacción mediante la cual el rey don Martín el Humano recibía del monasterio de San Juan de la Peña *illum Calicem lapideum cum quo dominus noster Iesus Xps. in sua sancta cena sanguinem suum preciosissimum consecravit* (el cáliz de piedra en que Nuestro Señor Jesucristo consagró su preciosa sangre en su santa cena), dando a cambio un cáliz de oro adornado con esmaltes, con su patena.

Con éstos y otros documentos, que apenas iban más allá del siglo xv, difícilmente, por no decir imposible, se podía afirmar con plena seguridad que ése hubiese sido el cáliz utilizado por Jesucristo. No obstante, fueron esos escritos los que dieron una primera pista a los arqueólogos, orientándolos hacia Egipto. ¿Vinieron de allí la copa y la naveta que, unidas posteriormente, dieron como resultado el supuesto cáliz de la cena? ¿Quién las fabricó, dónde y cuándo?

Los arqueólogos echaron mano, antes que nada, del *Dictionnaire des antiquités*

romaines et grecques de Daremberg-Saglio y de otros estudios generales para tener una primera aproximación de lo que la Antigüedad clásica conocía respecto de cálices y copas para el servicio de mesa. Pasaron luego a estudios específicos y monográficos. Comprobaron, con gran sorpresa por su parte, que numerosos yacimientos arqueológicos ya habían sido muy bien investigados y se disponía de abundante literatura acerca de ellos. Sobre el mapa, en un arco que se extendía de Alejandría a Antioquía, fueron ubicando los talleres dedicados a la fabricación y exportación de vasos de piedra, sobresaliendo por su importancia los de Egipto, cuyos productos invadieron toda la cuenca mediterránea. Pero no sólo eso; fue precisamente en Egipto, y más concretamente en el taller excavado junto a la famosa Heliópolis, donde se localizó una de las fábricas de mayor producción de copas de jaspe, calcedonia, ágata, sienita, y de otras piedras finas, desperdigadas hoy por los museos de medio mundo, entre las que bien podían incluirse la de Valencia, por la identidad de factura y labrado. Algunos de los ejemplares, minuciosamente descritos y datados en los catálogos museísticos, eran de extraordinaria antigüedad, remontándose al segundo milenio antes de Cristo; y todos, anteriores al siglo I de nuestra era, tiempo en que las copas de vidrio, de mayor belleza y menor coste económico, sustituyeron a las de piedra, desterrándolas del mercado...

—Que la copa de Valencia formaba parte de una vajilla de lujo; que procedía de Egipto, con toda probabilidad del taller de Heliópolis; que fue labrada entre los siglos IV antes de Cristo al I de nuestra era, se puede considerar históricamente probado y filiada como pieza de ese tiempo y de aquel lugar. Que esta copa concreta estuviera o no en la mesa de la última cena es una cuestión que la arqueología de ningún modo puede resolver.

Quien había hecho la reseña del estudio con sus distintas fases y resultados, y que con este dictamen finalizaba ahora su exposición, era el profesor Mataix. Él y su colega, el doctor Beltrán, se encontraban en el despacho del deán, todavía convaleciente de su extraña enfermedad. La estancia resultaba lóbrega, con las paredes desnudas, enteladas de damasco morado; las pocas pinturas que colgaban, posiblemente tablas valiosas, eran de santos igualmente sombríos. Nada sonreía en aquella habitación, ni siquiera por la ventana, mal orientada, se extraviaba un rayo de sol. Estaban sentados uno y otro en dos incómodos confidentes delante de la gran mesa de nogal tras la que, empalado en un sillón de alto respaldo, se encontraba el doctor Lodaes, si siempre delgado, ahora esperpéntico. El eclesiástico enjuto, cuya calavera se dibujaba a través de la piel finísima, escuchó el largo discurso del profesor con atención, o al menos, eso aparentaba.

—¿Qué hay de la inscripción? —preguntó apresurado, apenas acabó aquél, sin poner objeción alguna a lo relatado.

La valija en que se guardaba la santa reliquia la habían depositado los profesores

en un ángulo de la mesa, y a ella volvieron todas las miradas.

—La nobleza de la piedra de la naveta y el trabajo de su tallado es muy distinto del de la copa, y de inferior calidad; el nódulo ovoide del que se obtuvo, menos regular. —Tomó el relevo el doctor Beltrán, mientras descubría la reliquia—. En lo que concierne a tiempo y lugar, habría que decir algo muy similar a lo de la copa. La inscripción, sin embargo, nos ha dado grandes quebraderos de cabeza. Nos ha resultado muy difícil determinar la fecha y el modo cómo se ejecutó, y harto laborioso establecer su significado.

El canónigo Lodaes ahora sí estaba pendiente de lo que decía el profesor y seguía el índice de éste, por si señalaba algún detalle que él no debía perderse. Hecha esta introducción, breve exordio para que el deán valorase su trabajo, el doctor Beltrán pasó a exponerle detalladamente todos y cada uno de los pasos dados.

—Fotografiamos la inscripción lo mejor que pudimos, y enviamos copias a amigos nuestros de varias universidades, pues nosotros no estábamos en condiciones de leerla. Desde un primer momento nos pareció escrita en árabe cúfico...

—¿Y han logrado descifrarla?

Se notaba la impaciencia del deán por ir de cabeza a los resultados y ahorrarse así el relato del proceso, pero no era del mismo parecer el profesor, quien pensaba, y así lo aplicaba en sus clases, que los pasos de la búsqueda formaban parte de la verdad descubierta, pues siendo ésta desvelamiento, *aleceia*, como decían los griegos, no se la debía mostrar súbitamente, sino poco a poco, mientras se le iban quitando uno a uno los velos que la ocultaban. Sólo de este modo, en ese contexto y circunstancia, la revelación de lo hallado tenía sentido, y la verdad se manifestaba en toda su plenitud. Esta hermenéutica, esencial en el mundo de la filosofía, había que aplicarla también a cualquier otra ciencia. Así que el doctor Beltrán asintió con la cabeza, pero siguió, paso a paso, con el plan que de antemano traía trazado.

—Difícil ha sido poner concordantes las opiniones de nuestros colegas —continuó su discurso—, pues aunque todos han leído poco más o menos lo mismo, sus interpretaciones del texto, la fecha de la incisión y la función del vaso son diametralmente opuestas...

—¿Qué dice la inscripción? —se impacientó aún más el deán, echando hacia adelante su cuerpo, en un intento de arrancar al doctor Beltrán el secreto y acabar con aquel insufrible *suspense*.

—Los caracteres cúficos no todos los han transcrito de igual modo, y esto condiciona ya una matización diferente en la traducción.

—¡Por todos los santos! ¿Me puede decir de una vez qué es lo que dice esa inscripción?

El doctor Beltrán, al lado de su colega, el señor Mataix, aparentaba ser más bajo y pequeño que en realidad. Un gran bigote, amplio y asilvestrado, separaba su nariz de

la boca, donde sonreían constantemente sus blancos dientes. Nunca había logrado en su larga carrera docente despertar tamaño interés, y se decidió a desvelar el secreto no fuera a darle algo al curioso canónigo.

—Los signos cúficos —y señaló en el pie del cáliz el lugar en que estaban esgrafiados— pueden leerse *Lilzahirati* o *Lilzáhira*. En el primer caso debe traducirse «para el que reluce». En el segundo, diría más bien «para la más floreciente».

El profesor, desvelado parte del enigma, pues aún le quedaban muchos velos por quitar, se quedó mirando al doctor Lodaes que, sumido en silencio y puestos en blanco sus ojos de miope profundo, trataba de sopesar aquellas frases. El doctor Mataix dio un codazo a su colega para que prosiguiera.

—Permítame que comience dándole cuenta de la segunda lectura y traducción, *lilzáhira*, «para la más floreciente», que ha sido defendida por los arabistas y arqueólogos de Córdoba. Según ellos, la inscripción se referiría al alcázar llamado *Al-záhira* (Villa floreciente), que Almanzor mandó edificar para su recreo cerca de aquella ciudad. En ese supuesto, esta copa o naveta habría pertenecido a las ricas vajillas de ese palacio, como lo confirmaría la dedicatoria grabada en el propio vaso. Si damos por buena esta hipótesis, tendríamos que admitir que la copa sería de fabricación cordobesa y no de importación. Nosotros, y otros investigadores, continuamos pensando que el tipo de piedra y el tallado nos remite, sin lugar a dudas, a Egipto, donde está bien demostrado que hubo muchas manufacturas dedicadas a la fabricación y el comercio de vasos lujosos, y que inundaron toda la cuenca mediterránea con sus productos, como antes le contaba mi colega. Claro que, a esta objeción, ellos han respondido diciendo que si hay dificultad de filiar la pieza como producto autóctono de Córdoba, al menos habrá que admitir que fue marcada aquí, entre los siglos X y XII.

—¿Y hay algún inconveniente en ello? —preguntó el deán que, un poco decepcionado por los resultados, se apercibía ahora de que las prisas nunca son buenas, y habría que esperar hasta el fin de la exposición para hacer balance.

—No se trata simplemente de un inconveniente, como verá, si seguimos, paso a paso, todos los que hemos dado en nuestra investigación. —Y dicho esto, prosiguió con toda su mejor didáctica—: Nuestros amigos de Roma transcribieron *Lilzahirati* como «para el que reluce», «para el que da brillo». Es decir, «para Dios», supusieron ellos en un primer momento... Y conjeturaron que esta lectura estaba muy de acuerdo con la forma ovalada de la vasija, que hacía pensar en una naveta para incienso. Según eso, no estaríamos ante un vaso propio de vajilla de mesa, sino ante un utensilio litúrgico de un templo.

Esta última precisión interesó muchísimo al doctor Lodaes, pues sus ojillos, lentejas pardas y acuosas tras los gruesos cristales de sus gafas, se hicieron, más que grandes, brillantes. Si los profesores hubiesen conocido más de cerca al canónigo,

sabrían que esos brillos se daban tan sólo cuando hablaba de las excelencias del latín, comentando textos de Virgilio, de Cicerón o de algún otro autor clásico, o cuando desde el púlpito o en privado hablaba del demonio, de cuya existencia y presencia cotidiana en este mundo nadie le tenía que convencer.

—¿De qué templo y de qué dios estamos hablando? —espoleó con su pregunta al catedrático, ansioso de que éste acelerase su disquisición y fuese directamente al meollo, cosa que, una vez más, resultó en vano.

—Ya dijimos que cerca de Heliópolis se encontró una importante factoría de vasos de piedra. Pues bien, éste del que hablamos pertenece, con certeza, a esa fábrica; y la inscripción «para el que reluce» es sin duda la perífrasis para designar a un dios terrible, cuyo nombre verdadero no podía ni debía pronunciarse...

—Ya —soltó un poco decepcionado el deán.

No le pasó inadvertido al catedrático, que intentó subsanarlo inmediatamente.

—Mi compañero, el doctor Mataix, que es quien directamente trataba con el arqueólogo Francesco Figueroa Rosso, le informará mejor de las investigaciones que se llevaron a cabo.

El profesor Mataix, después del breve preámbulo de su colega, retomó la historia.

—Perdone que este relato le resulte prolijo y un poco lioso. ¡Tenga paciencia! También nosotros estuvimos tentados de arrojar la toalla más de una vez —exhortó al doctor Lodaes, sin darse cuenta del tono paternalista y clerical que había adoptado. Cuando vio que el deán había recobrado ánimo, continuó—: Nos habíamos quedado en que la naveta fue fabricada en los talleres de Heliópolis, y que la inscripción hacía suponer que estaba dedicada a un dios del panteón egipcio. ¿Estamos de acuerdo? Pues ahora viene lo más sorprendente.

El señor canónigo no tenía un especial interés por la arqueología y desconfiaba de los arqueólogos, a su entender personas racionalistas y descreídas, que parecían proponerse como objetivo derribar los fundamentos de la religión y de todas las creencias. No obstante, su desesperación era tal que, contra sus propios convencimientos, les había entregado el cáliz de la cena, a ver si por esa vía le llegaba alguna luz, como también la había pedido al archivero de la catedral, con resultado tan funesto. El doctor Lodaes perseguía por todos los medios averiguar cuáles eran los designios de Satán, que, desde el rompimiento del santo cáliz, parecía tenerlo tan cerca, que sentía su sombra maléfica sobre sus propias espaldas. En ningún momento, sin embargo, confesó a los profesores de la universidad qué opinión le merecían y cuál había sido su móvil al entregarles la reliquia.

El profesor Mataix, hombre corpulento, de manos grandes, cabeza rotunda y calva bronceada, daba más bien la estampa del arqueólogo de campo y, en cierto modo, así era, pues había pasado muchos años de su vida en excavaciones al aire libre. Esto sin duda también había influido en su talante, campechano y abierto. Con

un lenguaje coloquial, y accionando continuamente sus manazas, como si estuviera escribiendo y borrando en un encerado imaginario, le contó de manera amena la etapa romana de la investigación. Así le estuvo informando de que el profesor Francesco Figueroa Rosso, el arqueólogo italiano, era español por parte de padre, de Soria concretamente, y jesuita, por más señas; que había pasado varios años en Egipto, destinado por sus superiores, participando en excavaciones muy importantes... Después de detenerse en estos y otros pormenores, llegó a la parte de la historia que les concernía.

—Pues bien, el padre Figueroa Rosso —dijo, como si para todos fuera ya uno más de la familia— descubrió en la Biblioteca Nazionale de Florencia un cuadernillo de Giorgio Vasari que reproducía los jeroglíficos del obelisco del Vaticano. Descubrimiento sensacional, pues en el *De obeliscis* de Zoega, de finales del XVIII, en que recopila y comenta los jeroglíficos hallados en los monumentos, no aparece aquél.

—¿El obelisco de la plaza de San Pedro? —se sorprendió el deán, y por eso quiso puntualizar.

—Efectivamente —le contestó el otro.

El canónigo Lodares, doctor en lenguas clásicas por la Gregoriana, vivió varios años en Roma, y sabía muy bien que el obelisco aludido por el profesor Mataix carecía de inscripción jeroglífica alguna, de ahí su pregunta. Desconcertado, además, de que Vasari, pintor, arquitecto y escritor del siglo XVI, mundialmente conocido por su libro *Vidas de los mejores arquitectos, pintores y escultores italianos*, pudiera haber copiado algo inexistente. Y así se lo hizo saber al profesor Mataix, sin ahorrarse otros detalles que demostraban su conocimiento y erudición sobre las cosas romanas.

—Sin entrar ahora en largas disquisiciones a este respecto, que nos ocuparían mucho tiempo y nos desviarían de nuestro propósito, simplemente le diré que tales jeroglíficos existieron hasta que Sixto V los mandó borrar, como lo ha demostrado el profesor Figueroa Rosso; y a sus estudios me remito...

El canónigo, desarmado más que convencido, no contrarreplicó, de modo que el doctor Mataix, viendo que el otro daba su brazo a torcer, retomó el hilo.

—... En el texto del obelisco vaticano aparecía un jeroglífico, cuya versión árabe sería precisamente *zahirati*, como si hubiese sido traducido literalmente. Pero lo más sorprendente es que ese jeroglífico iba junto al de un dios, y le servía de calificativo. —E impostando la voz, para darle mayor relieve y solemnidad, añadió—: Jaldabaoth. Ése es el nombre que no aparece en la naveta, sustituido y ocultado a la vez, por la apostilla de «el que reluce», «el más brillante», «el divino».

Al oír el nombre maldito, el deán perdió el poco color que tenía y a punto estuvo de desvanecerse, situación que a los profesores no les pasó inadvertida, pero no

podieron sospechar cuál había sido la verdadera causa del desmayo.

—¿Le ocurre algo? —se apresuró a ofrecerse el doctor Beltrán.

—Nada, nada —quiso restar importancia el doctor Lodaes—. Prosiga, por favor.

Pensando que con sus largas explicaciones habían abusado del estado convaleciente del clérigo, se hicieron señas para abreviar y poner fin, cuanto antes, a su informe. Fue el doctor Beltrán quien lo hizo.

—En resumen —dijo—, el obelisco vaticano procede de Heliópolis, al igual que la naveta. En uno y otro aparece idéntica inscripción, «el que reluce», «el que da más brillo», paráfrasis utilizada en Egipto para ocultar el verdadero nombre del dios. Gracias al jeroglífico del monolito, sabemos de qué dios se trataba. Luego esta copa oval, que hoy forma la base del supuesto cáliz de la Cena —señaló la reliquia que estaba sobre la mesa—, no fue sino una naveta para el incienso, un utensilio litúrgico dedicado a Jaldabaoth... Eso es todo, aunque queda algún enigma que, hasta el momento, todavía no hemos podido descifrar...

—¿Cuál? —pregunto el deán con la poca voz que le quedaba, después del susto que se había llevado.

—Simplemente que la inscripción de la naveta no ha sido posible datarla con fidelidad. Por una parte, el trazo de los signos cúficos nos remite a los siglos X y XII. Sin embargo, no han sido grabados con ningún instrumento conocido de esa época, ni de ninguna otra...

—¿Qué intenta decir? —se sobresaltó de nuevo el doctor Lodaes, y con la mano ensanchó su alzacuello, pues parecía faltarle el aire.

—Que para esa inscripción no se utilizó ni cincel, ni buril, ni escoplo... Después de haberle aplicado microscopios de potente aumento y los medios más sofisticados de que dispone actualmente la ciencia, ninguno de nosotros ha podido determinar qué instrumento se empleó para producir los caracteres. Se diría, si no fuese una barbaridad, tratándose de un vaso de piedra, que la palabra *Lilzahirati* fue estigmatizada, como se marcan los animales con un hierro incandescente, pero aun así eso hubiese dejado rastros...

—¿Tal vez está diciendo que la inscripción tiene un origen sobrenatural? —Quiso el deán, para mejor entenderse, que el otro utilizara el lenguaje teológico.

—Bueno —esquivó el compromiso el profesor—, esa categoría no entra en nuestro vocabulario. Digamos que hoy día, con los recursos científicos a nuestro alcance, no podemos despejar ese misterio. Posiblemente en un futuro próximo, tal como adelanta la ciencia en otros países, resolvamos lo que ahora nos resulta inexplicable.

Aunque la conversación aún se alargó, no hubo novedades, sirviendo más bien para aclarar algo de lo dicho y matizar algunos extremos. Así y todo, al deán le quedó abundante material para ocuparle las noches siguientes. En un primer momento,

turbado por todo lo oído, no supo si retirar la santa reliquia del culto o volverla a su hornacina, decidiéndose por lo último, ya que la copa, aunque no se sabía a ciencia cierta que fuese la de la Cena, al menos nada tenía que ver con la base, clarísimamente consagrada al demoníaco Jaldabaoth. Pero le quedaban otros escrúpulos y muchas incógnitas. ¿Quién unió la copa santa con el vaso de Satán? ¿Sabía ese tal que enlazaba Dios y el demonio, el Bien con el Mal? ¿En esa acción hubo pensamiento blasfemo y ánimo sacrílego? ¿O, tal vez, el santo cáliz, dado el modo como estaba montado y sujeto por aquellas asas de oro, significaba que Dios, representado por la copa, ponía a Satán, representado por la naveta, como escabel de sus pies? Esto es lo que quiso creer el doctor Lodaes y lo que le decidió a devolver la reliquia a su lugar de honor.

En las largas horas de vigilia, que a la madrugada se le abrían como páginas en blanco, el canónigo indagaba en los designios de Dios, preguntándose por qué permitía que una de sus criaturas, perversa y eternamente condenada, anduviera suelta por este mundo, causando tanto horror; y qué maquinación era la de Jaldabaoth, que, a su paso, sembraba la muerte. Y en fin, qué pensar y cómo actuar en el caso de las monjas de Santa Tecla... Aunque rezó y meditó mucho, no obtuvo respuesta alguna.

Ya restablecido de su enfermedad, lo primero que quiso acometer el doctor Lodaes fue el asunto de las bernardas de Santa Tecla. No hay que dar tregua al Maligno, aunque en ese empeño me vaya la vida, se dijo, dándose ánimos. Y pensó que los arqueólogos, que le habían sido de gran ayuda en lo del santo cáliz, también podían serlo en el estudio y la averiguación de aquellos descaros de que estaban llenos el claustro y la iglesia monacal. Llamó, pues, a los profesores Beltrán y Mataix y les expuso su plan, guardándose muy mucho de abrirles por entero su pensamiento.

—Usted lo que necesita no son nuestros servicios —le contestó el doctor Mataix, al entender que les proponía una investigación científica y profesional—, sino los de un arquitecto especializado. Y para el caso concreto que nos ha descrito, tenemos uno que ni pintado.

Así fue como el señor deán oyó hablar por primera vez del doctor Escandell, cuyo saber tanto le ponderaron los otros.

—Es un católico practicante —subrayó el profesor Beltrán, sabiendo que ese dato proporcionaría al canónigo mayor tranquilidad.

Días después, el señor Escandell fue citado a palacio y se entrevistó personalmente con el doctor Lodaes, quien le puso al corriente del monasterio de las bernardas.

—¿Una iglesia románica en Valencia? —se sorprendió en extremo el arquitecto, y a punto estuvo de soltar un categórico *imposible*, pero se reprimió por educación y dijo, en cambio—: No sabe cuánto me gustaría conocerla.

Y sin pérdida de tiempo, se fueron a visitarla aquella misma mañana.

Apenas atravesado el corredor abovedado, dieron de bruces con el claustro, *una joya arquitectónica*, según lo calificó el profesor Escandell, deslumbrado al ver un ejemplar del más puro estilo románico perfectamente conservado.

—Un claustro magnífico, un juguete de ensueño. —Se esforzaba, sin éxito, por encontrar adjetivos con que describir y evaluar la maravilla que contemplaban sus ojos.

El claustro era de dimensiones reducidas, lo cual, si por un lado le restaba majestuosidad, por otro, lo convertía en una cuidada pieza de orfebrería.

El señor Escandell, embebido como estaba contemplando los diversos componentes arquitectónicos, se olvidó por el momento de que lo verdaderamente sorprendente y excepcional era que esa maravilla se encontrase allí. También él, igual que hicieron el señor canónigo y sus colegas cuando lo visitaron, se puso a escudriñar los capiteles con gran atención y, por lo que se reflejaba en su rostro, el figoneo morboso se mezclaba con el interés profesional. El vicario capitular, por decoro, se abstuvo de curiosear, no fuese a malinterpretar el otro; esperó pacientemente sentado

en el podio, apoyada su espalda en una de las pequeñas columnas, mientras leía el breviario, sin que pudiera evitar continuas distracciones. Capitel a capitel, el profesor Escandell los fue recorriendo todos y, aunque no era la primera vez que veía motivos eróticos esculpidos en lugares sagrados, le llamó la atención la viveza y realismo, no exentos de una maliciosa provocación, con que el maestro cantero había sabido captar el momento culminante de cada escena.

—Es difícil representar en escultura, y más en un capitel, el instante humano, sobre todo cuando ese instante está lleno de pasión y vida. Nunca había visto cosa igual. Todos los actos eróticos que aquí se representan...

—Actos obscenos, más bien. ¿Para qué andarnos con equívocos? —corrigió el señor deán, subrayando la frase con autoridad de inquisidor, y cerró su libro.

—Como quiera —respondió el arquitecto, aturdido, a quien le acababa de cortar la palabra y la inspiración de un solo tajo.

El doctor Lodaes, enfurruñado, se preguntaba qué entenderían los arqueólogos Mataix y Beltrán por católico practicante, pues el profesor Escandell, recomendado como tal, más bien le parecía un católico sospechoso, con tufillo protestante.

—¿Qué me dice de todas estas cosas? —pidió su opinión, a la espera de que confirmase su propio parecer.

—Muchas son las hipótesis que se podrían formular sobre el particular. —Escaldado por lo de antes, procuró hablar en términos generales y ampararse en la autoridad de los libros—. Para algunos estudiosos, todas estas escenificaciones sexuales no serían sino la burda crítica que el pueblo, valiéndose de los maestros canteros, hacía a los monjes y sacerdotes...

—Nunca hemos sido comprendidos —suspiró el canónigo.

El arquitecto no le hizo mucho caso y continuó.

—Los curas y los frailes siempre fueron considerados como personajes obscenos que, predicando a los otros la continencia y la castidad, se dedicaban a la lujuria. ¿Ha leído el *Decameron* de Boccaccio? —Y miró de reojo al doctor Lodaes.

Como viera la cara de pocos amigos que había puesto, quiso que le quedase bien claro que no se trataba de una opinión personal.

—¿Nuestra mejor literatura erótica no se debe a curas fornicarios? Como muestra, ahí tenemos al Arcipreste de Hita —enfaticó, convencido de que su pregunta no tenía vuelta de hoja—. Es posible, pues, que todos esos desnudos y representaciones lúbricas que contemplamos sirvieran para ridiculizarlos... Otros investigadores pretenden ver en esos capiteles, canecillos y gárgolas, un cántico sensual a la vida. Aseguran que los mismos monjes esbozaron una especie de catecismo didáctico, recreándose en las mil formas y maneras de gozar del sexo...

El doctor Lodaes, a quien la sola palabra *sexo* inquietaba, hacía rato que mostraba su malestar. El arquitecto, por su parte, tratando de reforzar su objetividad

insistía en el asunto.

—He de decirle que en la Biblioteca Nacional de Madrid hay manuscritos, de claro origen oriental que, a pesar de que los eruditos los datan en el siglo XIV, los consejos sobre el sexo que allí se recopilan suponen un cúmulo de saberes medievales mucho más antiguos. Describen con minuciosidad las distintas posturas de la cópula, dan recetas para ejecutar bien el coito, fórmulas y brebajes para prolongar la erección... ¡Verdaderos catecismos!

El doctor Lodaes hubiese sufrido pacientemente el largo y farragoso parlamento del otro, pero, disgustado por el desparpajo y el lenguaje crudo que empleaba, no pudo contenerse y, de haber tenido una mesa delante, hubiese mostrado su indignación dando un gran puñetazo. Se contentó con cortarle, levantando la voz.

—Ciertamente, un *catecismo*, por emplear la palabrita que a usted le gusta utilizar —recalcó—. Pero un catecismo de la lujuria y la desvergüenza. Eso es pura y simplemente paganismo, y del más degradado.

—Yo no diría tanto, ni lo afirmaré de manera tan categórica. —Se mostró conciliador el arquitecto—. Lo que pasa es que algunos cristianos del Medievo intentaron, de esta manera festiva, contrarrestar las corrientes lóbregas que habían hecho del Evangelio una religión triste, donde todo era pecado e infierno.

—Ahora resultará que hablar de castidad es una manera lóbrega de entender el Evangelio. ¿Es eso lo que usted ha querido decir?

—Yo no he dicho eso —se molestó el doctor Escandell—. Lo que pasa es que algunos cristianos, *posiblemente*, se sentían más cerca del pragmatismo del Eclesiastés que del sentir de los Padres de la Iglesia. —Y le citó de memoria—: *No hay mayor felicidad para el hombre que comer y beber, y disfrutar en medio de sus fatigas. Que también eso viene de la mano de Dios.*

Que el arquitecto Escandell hubiese mostrado tanta manga ancha, citado de memoria un pasaje del Eclesiastés y hablado con esa petulancia de la Biblia, le confirmaba que debía de ser luterano o, por lo menos, filoprotestante, lo que él ya había sospechado. ¿Cómo un auténtico católico, como Dios manda, se hubiese atrevido a discutirle su parecer, amparándose en las Sagradas Escrituras?

—Esa explicación no me convence de ningún modo. ¡Paganismo! ¡Puro paganismo! —dijo, escupiendo con rabia las últimas palabras.

—Ciertamente, ésa es la tesis de otros eruditos —dio la razón al canónigo y, tomando su dicitario como punto de arranque, el doctor Escandell, obstinado, reemprendió la exposición—. Según éstos, las representaciones eróticas serían testimonio de que durante toda la Edad Media el paganismo continuaba vivo debajo de la religión cristiana, asimilada de manera formal y poco profunda.

—Por el tono con que lo ha dicho no parece que pregunte, sino que lo afirme.

—Yo no afirmo ni niego nada. Ahí están los hechos —insistió el arquitecto,

discutidor incansable y tenaz, con la ventaja añadida de que no se enfadaba nunca—. Sea como fuere, lo cierto es que los cristianos de los siglos XI, XII y XIII, a pesar de tanta reglamentación condenatoria del sexto mandamiento, a pesar del Juicio Final y de los tormentos del infierno esculpidos en los tímpanos de las catedrales, no tuvieron una vida sexual aburrida ni enteramente sometida...

—Panorama totalmente desolador. Paganismo y más paganismo.

—Efectivamente —convino el arquitecto, aunque disentía de la interpretación peyorativa que el otro daba a la palabra—. Pecaban todos: hombres y mujeres, nobles y vasallos. Y el clero en pleno: obispos, presbíteros, diáconos y frailes... El alma pagana del pueblo, mi querido señor deán, aflora con fuerza en ciertos momentos de la historia, como éstos del románico.

—Admiro su erudición, doctor Escandell, pero ciertamente no sé adónde quiere usted ir a parar.

El canónigo miró con reproche al arquitecto sabihondo, como si la teoría que acababa de exponer, indudablemente con excesiva verbosidad y apasionamiento, fuese una elaboración suya.

—¡Al paganismo! —respondió escueto. Y no se detuvo a aclararle la duda, seguro de que al final de su exposición todos aquellos *descaros*, como designaba el canónigo las representaciones eróticas que invadían el claustro de Santa Tecla, le quedarían, si no exhaustivamente desentrañados, al menos esclarecidos. Así que continuó su explicación—: La influencia de la Iglesia en pro de las buenas costumbres del clero, que es lo que aquí nos interesa, fue nula o de escasa eficacia —afirmó con determinación—: a pesar de las severas leyes y reiteradas condenas que se dieron en sínodos y concilios, continuará vivo el adulterio, la bigamia, la prostitución, la necrofilia, la sodomía, el amancebamiento, el bestialismo, la barraganería... sin dejar fuera ningún modo humano de expresión sexual que hoy conocemos. La sociedad estaba totalmente paganizada, sin excluir el estamento religioso y el clero. Si tenemos en cuenta, pues, todos estos datos históricos, comprenderemos la riqueza de experiencias sexuales de aquella época e, incluso, la libertad que había en ese campo. La gente sabía gozar, y conocían todos los medios de proporcionarse placer. Las esculturas románicas, aunque toscas, son el producto y el testimonio de esas vivencias.

Por un momento, el doctor Lodares se había desconectado del discurso del arquitecto, demasiado largo y reiterativo, para concentrarse de nuevo en lo que los había llevado allí. Trató, pues, de reconducir la conversación.

—Las acusaciones formuladas en aquellos siglos a los eclesiásticos libertinos, mujeriegos y tabernarios son ciertamente abundantes —reconoció el deán—, lo que permite obtener una idea clara de la diferencia que existía entre el ideal de clérigo y la realidad. Sin embargo, las alusiones a la conducta de las monjas son escasísimas...

Quizá mantuvieron una conducta más recta...

—De ningún modo —contestó sin asomo de duda el profesor Escandell—. Tenemos documentos del siglo XIII que denuncian los estragos causados en los conventos, al pernoctar religiosos con monjas jóvenes en habitaciones privadas. El caso no debía ser esporádico, pues ya en siglos anteriores aparecen cánones conciliares, estableciendo la estricta separación entre frailes y monjas, condenando con duras penas a los infractores. La disciplina interna de los conventos femeninos había decaído poco a poco hasta el extremo de que también se habla de monjas viciosas y preñadas...

Al oír lo de las monjas preñadas, el deán interrumpió a su interlocutor:

—Usted ha demostrado con creces ser un erudito en la materia, aunque no comparto plenamente sus interpretaciones por parecerme excesivamente grotescas, incluso rastreras. Según tengo entendido, usted es una persona católica y practicante y, sin embargo, para nada ha nombrado al demonio, agente de todo pecado, y más cuando se trata del vicio de la lujuria. En todas estas escabrosas escenas —señaló los capiteles del claustro— ¿no adivina su presencia? ¿No será él, en estas piedras y en la vida real de los que aquí moraron, el verdadero protagonista, adoptando la forma de varón para forzar a las religiosas?

El doctor Lodares no dudó en ningún momento de que el arquitecto fuese un hombre inteligente, pero de ideas filosóficas y religiosas confusas, que citaba cánones y concilios, cogidos de aquí y de allá, y mal digeridos. Quizá había leído demasiado, sin ton ni son, y careciendo de una sólida formación escolástica, se había armado un lío. A su entender, estaba abordando el tema del monasterio con una superficialidad alucinante.

—¿A cuento de qué vienen todas esas disquisiciones sobre la bondad de la fornicación? —prosiguió—. ¿Por qué se resiste a admitir, sencillamente, que todas las imágenes obscenas esculpidas en el claustro son obra de Lilit, el espíritu maligno de la lujuria, que tal vez aún anda suelto y a su aire por este monasterio endemoniado?

El arquitecto, al escuchar el razonamiento del canónigo, se quedó de piedra y mudo como las que les rodeaban.

—¿No me ha comprendido? —le interrogó, al verle tan desconcertado.

El doctor Escandell, sin contestarle, inició lo que al deán le parecería una más de las muchas reflexiones que ya había aguantado.

—En los monasterios se materializó el saber medieval —dijo, sin poder desprenderse de su tono didáctico y profesoral—; y desde la piedra más humilde hasta la bóveda más sublime, todo tenía su razón de ser y ocupaba su lugar exacto, según cálculos y principios trascendentes. El claustro y el templo, los muros, las columnas con sus fustes, el suelo y el techo, el altar, los elementos estructurales de la fábrica y los decorativos de los capiteles guardaban un significado estricto. Las

representaciones sexuales no podían escapar a estas leyes. —Detuvo aquí su discurso y miró de soslayo a su interlocutor, a la espera de que asintiera a lo dicho; como no lo hiciera, continuó—: Y yo me pregunto, ¿qué interpretación les hemos de dar, estando, como están, esculpidas en cada uno de los capiteles de este claustro?

Tanto el arquitecto como el doctor Lodaes sabían muy bien que para benedictinos y cistercienses el claustro monástico estaba repleto de simbolismos. Por una parte, representaba la futura Jerusalén celeste, a la que los monjes aspiraban llegar un día; y por otra, el paraíso perdido, a cuya reconquista debían dedicar cada minuto de su vida. El profesor había hecho su pregunta en ese contexto. El deán la había captado perfectamente, pero temía que comenzara a desbarrar, como solía; así que le pareció más oportuno llevar la conversación por otro derrotero.

—Evidentemente que en el monasterio todo está repleto de significado y simbolismo —convino en lo que el doctor Escandell había dicho, y abrió su propio discurso—. Como diría el dominico Durando, *pictura et ornamenta in ecclesia sunt laicorum lectiones et scripturae* (las pinturas y los adornos de las iglesias son las lecciones y las escrituras de los laicos).

—No sé qué tesis pretende demostrar —ahora era el doctor Escandell quien se quejaba.

—Intento decir que las imágenes y las pinturas tenían, en un principio, una finalidad pedagógica: servían para adoctrinar a los humildes y analfabetos, pero no sólo eso; también fue un arte para cultos, como podían ser los monjes. Sin embargo, con el paso del tiempo se deterioraron, tomaron las formas más feas y caprichosas... San Bernardo de Claraval censuró a los cluniacenses por la abundancia de imágenes superfluas que adornaban los capiteles de sus claustros, que sólo servían para que los monjes se deleitasen en ellas en vez de solazarse en la *lectio divina*. Por eso las prohibió tajantemente en su regla, y quiso que las iglesias y los claustros de sus monasterios fueran de piedras desnudas. ¿Qué hubiera dicho de estas representaciones que aquí tenemos, completamente obscenas y pecaminosas?

—Precisamente el hecho de que estas escenas, obscenas y pecaminosas, como usted dice, estén esculpidas en el claustro, *auténtico paraíso*, en propias palabras de san Bernardo, ¿no nos debería hacer pensar en la posibilidad de una lectura distinta?

Y le señaló la fuente, que, bajo un templete, estaba en una de las esquinas del claustro, no lejos del refectorio, y el corpulento árbol del centro, cuyas ramas trepaban hacia el cielo; la fuente y el árbol eran elementos simbólicos que recordaban inequívocamente el Jardín del Edén, descrito en el Génesis.

—Ahora soy yo quien no comprende —se excusó el canónigo, deteniendo el paso.

Durante todo el tiempo habían estado deambulando por el claustro arriba y abajo, parándose para observar algún detalle, según lo demandaba la conversación.

—Por el lugar que ocupan estas imágenes eróticas en el cuadrado mismo del paraíso —el profesor se asomó al cuidado jardín, lleno de color y de luz—, es difícil creer que los monjes representasen algo pecaminoso; sería más lógico pensar que con ellas mostraban el camino para alcanzar la felicidad celestial. La vía de acceso a la realización suprema pasaba por el desarrollo armónico de todas las facultades humanas, incluyendo la práctica de la sexualidad...

El deán se echó las manos a la cabeza, de manera muy teatral, para significar la barbaridad que acababa de oír y expresar su radical desacuerdo.

—Cada uno de esos capiteles —le replicó con indignación mal contenida—, sea de quien fuese la mano que los esculpió, lleva la firma del diablo. No sé por qué usted se resiste a admitirlo. Una a una, todas esas escenas son la expresión polimorfa de la lujuria. Ciertamente el diablo ha trazado ahí una senda, pero no la estrecha que conduce al paraíso, sino la ancha y regalada que encamina al lugar de la eterna perdición... Usted mismo se ha extrañado de que este monasterio estuviera en Valencia, como si le correspondiera otro espacio y tiempo... ¿No podría ser, todo él, obra de Satán? ¿No podría ser que hubiese sido trasplantado aquí, procedente de otra parte? Me parece que este cenobio de Santa Tecla encierra demasiados misterios...

El profesor Escandell se dio cuenta de que había ido demasiado lejos en la defensa de su hipótesis, arriesgada y difícilmente demostrable, pero lo que intentaba probar el canónigo aún le pareció peor: rayaba en la ciencia ficción.

—¿Insinúa que este cenobio fue desmontado, piedra a piedra, de algún lugar y trasladado aquí? —dijo, no atreviéndose a expresar la literalidad de lo que pensaba—. Aunque no lo haya inspeccionado detenidamente, no encuentro indicio alguno que dé pie a esa posibilidad.

—Sospecho, y como suposición se lo digo, que todo este conjunto románico, arte enteramente cristiano, no pudo levantarse aquí, en plena dominación musulmana. Habrá sido transportado de alguna otra parte, digo yo; y de una manera sobrenatural, inconcebible para nosotros...

—¿Qué me está queriendo decir?

—Muy simple: que ha sido el demonio quien lo ha trasplantado aquí. —Como el arquitecto quedase boquiabierto, sin creerse las cosas que oía, prosiguió el deán—: No sé de qué se asombra, ¿nunca oyó hablar de Loreto? Allí se venera la casa de la Virgen que fue llevada desde Nazaret por los ángeles. Ese mismo poder y fuerza continúan teniendo los demonios, ángeles al fin y al cabo, aunque caídos. —El profesor Escandell seguía sin reaccionar—. ¿Juraría usted que esta clase de piedra se encuentra en alguna de las canteras cercanas?

¿Estaba loco el señor deán? Ésa era la pregunta que se hacía el profesor en su fuero interno. Sin embargo, también él tenía sus reservas sobre aquel monumento. Ciertamente la piedra de que estaba hecho el claustro no había sido extraída de

ninguna cantera de la región. Por otra parte, los pocos restos románicos que había en la ciudad eran posteriores a 1238, año de su reconquista, que puso fin a cinco siglos de dominio musulmán. Y aquel claustro había que datarlo, por lo menos, cien o ciento cincuenta años antes.

El día de Santa Tecla caía el 23 de septiembre, precisamente a menos de una semana, y pensó el profesor Escandell que en tal fecha, siglos atrás, habría tenido lugar la dedicación del templo monástico de las bernardas. Buen momento para repetir los cálculos y mediciones que hicieron las monjas antes de echar los cimientos de la iglesia.

Como le habían explicado los cistercienses de Santa María de Huerta, la fase previa y fundamental de esa antiquísima ceremonia consistía en determinar la orientación del futuro edificio hacia la salida del sol. Por los estudios hechos sobre abundantes templos medievales, se sabía que esa ubicación se realizaba en la festividad litúrgica del titular. Por eso, si se conocía la fecha precisa de la dedicación de la iglesia de un monasterio, se podía observar cómo en ese día la trayectoria del sol coincidía con el eje mayor de la iglesia. Efectivamente, sus rayos entraban por los ventanales del ábside, a la hora de laudes, llenando de bello simbolismo el cántico de Zacarías que en esos momentos se entonaba, cuya primera estrofa alude precisamente a Jesucristo, sol naciente: *Benedictus Dominus Deus Israel... quia visitavit nos Oriens ex alto* (Bendito el Señor Dios de Israel... porque nos ha visitado el sol naciente desde lo alto). Al atardecer, a la hora de completas, volvía a iluminarse la iglesia con los rayos mortecinos que penetraban a través del óculo o rosetón de la fachada, cuando los monjes, antes de retirarse a descansar, entonaban el *Te lucis ante terminum, Rerurn Creator, poscimus...* (Antes de que se ponga el sol, te pedimos, Creador del universo...).

Así pues, siempre según lo referido por aquellos monjes, el día del titular se acudía al emplazamiento elegido antes de rayar la aurora y, basándose en los principios de *De Architectura* de Marco Vitrubio, se determinaba sobre el terreno el punto central del futuro crucero. En ese *omphalos* u ombligo del templo, donde posteriormente se elevaría el altar mayor, se plantaba una estaca o *gnomon* y, con el radio previsto, se trazaba una circunferencia alrededor. Al alba y a la puesta del sol, las sombras de la estaca, proyectadas sobre el círculo, marcaban el eje este-oeste o *decumanus*; la sombra proyectada al mediodía constituía el eje norte-sur o *cardo*. Así quedaba trazada la cruz cósmica de los puntos cardinales. Uniendo estos puntos en los que las líneas de las sombras habían cortado el círculo, se obtenía lo que se llamaba el *cuadrado del cielo*, por su referencia exclusiva al sol.

En una segunda operación se trazaban dos círculos desde los puntos cardinales este y oeste, de acuerdo con el canon que establecía la proporción armónica de la planta y el alzado del edificio; de este modo quedaba efectuado el *cuadrado de la tierra*, que, a diferencia del cuadrado solar, se basaba en medidas humanas. En los puntos de intersección de esas circunferencias se marcaban los pilares del crucero,

delimitándose así un espacio cuadrangular. Con estas sencillas operaciones, el cuadrado del cielo y el de la tierra quedaban encerrados dentro de una gran circunferencia, realizándose simbólicamente lo que matemáticamente es imposible: *la cuadratura del círculo*.

El profesor Escandell, que contaba con las licencias y los permisos necesarios para hacer en la iglesia de las bernardas cuantas comprobaciones creyese oportuno, acudió al monasterio el día 23, fiesta de la dedicación de su iglesia, antes de salir el sol. Nadie había madrugado tanto, ni siquiera las beatas, que no se perdían efeméride alguna de parroquias y conventos. Se sentó en el último banco, debajo del coro, y allí esperó a que las religiosas comenzasen sus rezos. Dada la solemnidad que para ellas encerraba ese día, habían elegido los tonos más floreados del canto gregoriano. En medio del silencio y de la penumbra se hizo la voz, delgada y quebradiza, de la abadesa, que, con pronunciación meridiana, invocaba el auxilio divino. Era la primera vez que el doctor Escandell escuchaba a aquellas monjas y, acostumbrado a las voces cascadas e insípidas de los canónigos y a su salmodia rutinaria y gangosa, la de ellas, tan armoniosa y cuidada, le pareció un prodigio. Los versículos de los salmos, que las monjas se arrojaban unas a otras a porfía, caían abajo como lluvia de pétalos, y el arquitecto escuchaba embelesado, esperando el clímax del *Benedictus*. Llegó, por fin, el tan esperado canto de Zacarías, y el versículo del *Oriens ex alto*, momento en que los rayos del balbuciente sol debían penetrar por las vidrieras del ábside; para sorpresa suya, no fue por ahí, sino por el rosetón de la fachada, por donde comenzaron a filtrarse. Desde el punto de vista arquitectónico, el sol naciente entraba por poniente o, lo que era lo mismo, la iglesia había sido construida al revés, orientada hacia el ocaso. Quedó sumamente desconcertado, y ya no atendió al canto que, desde aquel mismo momento, le sonó a seductor y engañoso. La *desorientación* del templo no podía atribuirse a un error de cálculo, había que pensar más bien, y así lo sospechó, que se había hecho con plena advertencia e intencionalidad. Dentro de la rigurosa disciplina cisterciense aquello no era sólo una aberración arquitectónica, sino una blasfemia hecha piedra. Poco a poco, a la luz primeriza de la mañana, fueron cobrando cuerpo todos y cada uno de los elementos constructivos de la iglesia y los decorativos de los capiteles. Allí también había escenas eróticas, similares a las del claustro. Ahora, sin embargo, ya no le parecieron tan inocentes como tiempo atrás. ¿Qué hacían dentro del templo?

Horas más tarde, cuando la iglesia ya se había cerrado al culto y las monjas andaban en otros menesteres, volvió el arquitecto para estudiarla detenidamente, sin que nadie le molestase.

Tras la cancela de la entrada, se encontraban dos grandes valvas de piedra adosadas a las columnas, una a la derecha y otra a la izquierda de la puerta. El doctor Escandell no hubiese visto nada de particular en ello si no fuera porque encima de

esos recipientes del agua bendita estaban esculpidos sendos monos itifálicos masturbándose. Desgastados de tanto sobeo devoto, los muñones que quedaban sugerían unos falos de un tamaño considerable en su origen; hacían pensar, por su ubicación, que el agua que tenían debajo no era sino el símbolo de su esperma derramado. ¿Se transmitía de ese modo un rechazo a la masturbación masculina, considerada como acto pecaminoso por excelencia, o era una de tantas formas de expresión sexual cuyo significado trascendía la moral católica? Difícil pregunta y respuesta difícil de contestar. Sabía muy bien que muchas civilizaciones a lo largo de la historia habían condenado la masturbación con severos castigos, atribuyendo frutos demoníacos al esperma derramado en vano; e incluso el Talmud de Babilonia la penalizaba con la muerte. Sin embargo, para otras culturas, la masturbación estaba aceptada en sus códigos sociales de inicio a la vida adulta, e incluso era practicada como rito religioso para alcanzar un estado místico. En la iglesia de las bernardas no sólo tenía cabida la masturbación masculina, sino que, como vería después, también había algunos capiteles donde aparecían mujeres acariciándose sus genitales con la mano. Quizá quien ideó estas escenas, recapacitó, estaba convencido de que el sexo era la verdad más contundente del ser humano. Que el falo y la vulva, elementos de un mismo binario, son el principio de todas las cosas. De todos modos, ¿con qué interpretación quedarse?

Los capiteles que venían a continuación, a una y otra parte de la nave, representaban a una mujer mordida en sus senos por serpientes. En un primer momento le vino a la mente la doctrina de los Santos Padres que, basándose en la Biblia, condenaron a este animal como principal intermediario del pecado, y, llevados de la misoginia, endémica en la Iglesia, encontraron en él la analogía perfecta de la mujer, la más venenosa de las serpientes. No obstante, se apresuró a matizar, la serpiente del paraíso conserva una desconcertante ambivalencia: es, a la vez, la guardiana vigilante del árbol sagrado y la instigadora del pecado...

El profesor, desdoblándose en dos, discutía consigo mismo, defendiendo razonadamente una posición para pasar, acto seguido, a combatirla con argumentos contrarios; de ese modo, iba matizando y corrigiendo sus propias hipótesis.

El canónigo Guillem Lodaes se presentó en la iglesia de Santa Tecla sin previo aviso, rompiendo el ensimismamiento con que el arquitecto estaba estudiando cada uno de los capiteles.

—Ya veo que molesto —dijo, viendo la cara con que el arquitecto lo recibía.

Si aquella inesperada visita invadía indudablemente el ámbito de silencio y concentración del profesor, tan necesario para su investigación, por otra parte le permitía tener cerca a una persona con quien cambiar impresiones; y siempre resultaba menos engorroso discutir con el canónigo, hombre culto, aunque censor exigente y preguntón, que con uno mismo.

—En usted estaba pensando yo, mientras estudiaba esta iglesia, asombrosa por varios motivos... —Y superada la contrariedad del primer momento, le sonrió.

Después le hizo un resumen muy por encima de todo lo investigado, para llegar al punto en que estaba y poder continuar con su trabajo. Dando por supuesto que el canónigo tendría una visión de la serpiente cercana a la que tuvieron los Santos Padres, prosiguió con su discurso:

—En los *bestiarios*, versiones en lenguas románicas del *Physiologus*, compuesto en Alejandría en el siglo II después de Cristo, y que en la época medieval eran muy apreciados como tratados didácticos, se atribuían a los animales, reales o ficticios, significados religiosos, como usted bien sabe. Respecto de la serpiente, insisten en su frenesí sexual-amoroso, relacionándola con el hombre carnalmente excitado o con la mujer... —Como viera que el deán torcía el hocico, señal inequívoca de que no le gustaba el tema o estaba en desacuerdo, le salió al paso—: No siempre la serpiente representó el mal. En muchas civilizaciones antiguas fue venerada porque encarnaba la sabiduría divina; incluso para los egipcios, era el símbolo del Creador...

El canónigo Lodaes, que no tenía especial interés de que lo considerase un cura carca, abundó en el mismo sentido.

—El mismo Cristo —le interrumpió— la tomó como alegoría de la prudencia, virtud cardinal que ayuda a discernir entre el bien y el mal; y el evangelista san Juan le reconoce un valor salvífico, al establecer una analogía entre Cristo elevado en la cruz y la serpiente levantada por Moisés...

Viéndole tan colaborador, el arquitecto le lanzó la pregunta que, de estar solo, se hubiera hecho a sí mismo.

—¿Cuál de todas esas interpretaciones —le dijo— cabría atribuir a la *femme aux serpents* del románico francés que, a través del Camino de Santiago, ha penetrado en nuestra península, y que los capiteles de Santa Tecla han copiado tan expresivamente?

El profesor tenía sus dudas, pues si por una parte veía obvio que representase la imagen misma de la poderosa energía sexual, que, convenientemente usada, lleva al hombre a la propia perfección, por otra, tal como sugería su ubicación en el conjunto arquitectónico de las bernardas, se inclinaba más bien a pensar que representaba el espíritu que guarda el camino hacia la divinidad.

Para ver mejor los detalles de los capiteles, inalcanzables a simple vista desde abajo, el doctor Escandell se había procurado un pequeño telescopio que, fijo sobre su trípode, le permitía estudiarlos con mayor comodidad. Así fue como descubrió penes y vulvas estilizados, y flores y plantas que eran, a todas luces, representaciones de los órganos sexuales masculinos y femeninos y, junto con estos relieves simplificados, otros de gran realismo. En el capitel del ábside sur se representaba a un hombre desnudo, acompañado por una mujer que le acariciaba el miembro viril,

visiblemente desmesurado. En su homólogo de enfrente aparecía una mujer con toca de monja que, al cogerse las piernas por las corvas, mostraba su pétrea vagina.

—¡Mire! —le invitó, después de hacer los pertinentes ajustes, y mientras el canónigo mantenía el ojo pegado al objetivo, continuó hablando—: ¡Mirad mi sexo!, parece decir. Yo tengo la otra mitad que os proyectará por encima de lo humano...

Oyendo tales reflexiones y el entusiasmo que puso, el doctor Lodaes dejó de ojear y prefirió sentarse en un banco.

—Acá tiene un clérigo, levantándose el hábito y mostrando sus genitales. —Le señaló otro capitel cuyo motivo, a simple vista, era fácil de adivinar—. ¿Qué evoca este clérigo exhibicionista? Placer, lujuria, pecado, misterio... Ama y haz lo que quieras, parece decirnos.

—Puede que diga eso —admitió sin convencimiento el canónigo—, pero, por favor, no traiga a colación la máxima de san Agustín, que el santo, a buen seguro, no se refería a esa clase de amor.

Sin hacer demasiado caso al reproche, continuó el otro:

—Al principio de los tiempos, como también lo atestigua la Biblia, las mujeres se acoplaron con los ángeles; pasado el tiempo, los ángeles fueron sustituidos por los sacerdotes... Tal vez ese capitel haga referencia a la desfloración ritual o a la prostitución sagrada.

—El autor bíblico —puntualizó con acritud el vicario capitular— se remite a una leyenda popular, pero no se pronuncia sobre el valor de esa creencia.

—Allá tiene otro clérigo, practicándose una autofelación. En el de más allá, un tonsurado desnudando a una mujer, que muestra unas nalgas voluminosas.

Y fue señalándole, en otras partes, escenas humanas de expresivos coitos vaginales y anales.

Como le expondría el arquitecto Escandell, en aquella mezcolanza de escenas eróticas no le había sido posible descubrir un hilo conductor que las enlazara unas con otras, y establecer así una historia o *teoría*. Por el contrario, cada uno de los motivos era independiente y constituía en sí mismo una revelación propia e individual...

—¿Qué pensar del ubicuo penis *erectus*? —Le mostró los muchos que aparecían por toda la iglesia—. ¿Qué mensaje trataron de transmitir los autores románicos con ese fallo, plasmado en su estado de máxima tensión, siempre apuntando hacia el firmamento? —Las preguntas no se las dirigía al canónigo que, si bien estaba muy interesado por todo lo relativo a aquel sorprendente monasterio, se sentía azorado de tratar temas tan escabrosos, sino que se las hacía a sí mismo. Continuó dando contestaciones verosímiles—. Ciertamente no fueron ellos los primeros en representarlo. Luciano de Samosata ya refiere que en Siria había dos penes de 54 metros cada uno, en el exterior del templo de Hierópolis. Posiblemente tampoco le

dieron distinta significación de la que ya tuvo desde la más lejana antigüedad...

El profesor Escandell sabía muy bien, y se esforzó en convencer al obispo en funciones, que para algunos historiadores la imagen del miembro viril, como la de los genitales femeninos, lejos de significar lo meramente lujurioso simbolizaba la energía sexual creadora.

—Muchos dioses y personajes de la mitología fueron representados por un falo erguido. —Trató de dar naturalidad al tema. Como quiera que, dichas las cosas así, parecería que estaba haciendo un alegato en favor del paganismo, volvió a la Biblia —. Hasta las mismas Sagradas Escrituras muestran un sagrado respeto hacia ese órgano procreador, pues los juramentos solemnes e inquebrantables se establecían poniendo la mano sobre él, como se lee en la vida de los patriarcas Abraham y Jacob.

El tono de su voz denotaba seguridad y convencimiento.

—Cierto —tuvo que convenir el canónigo.

Contando con su anuencia, aunque seca y displicente, al profesor le fue más fácil extraer una primera conclusión de su largo discurso.

—La fuerza viril, pues, era la expresión del principio creador en las esferas superiores... —Con atrevido aplomo enunció como conclusión lo que no pasaba de ser mera conjetura, y continuó—: En el interior del templo románico la línea horizontal, trazada por los capiteles, determina la frontera entre el mundo terrenal de la nave y el celeste de la bóveda. Según la cosmología y el simbolismo arquitectónico románicos, las escenas alegóricas que se representan en el límite superior del muro, debajo mismo de la bóveda, nos indican el camino para acceder al paraíso celestial. El hombre todo pene, que aparece en aquel capitel del ábside, sugiere, por su ubicación, que *En el principio era el falo...* Los dibujos falomorfos hallados en las grutas prehistóricas, los obeliscos egipcios, los falos griegos en honor de Dionisios, confirman lo mismo. El sexo aparece, pues, como el nexo de unión entre este mundo y el otro, o sea la única vía de vuelta al paraíso perdido. La práctica del sexo constituiría la verdadera sabiduría para alcanzar la perfección humana, inaccesible de otro modo.

La naturalidad y franqueza con que el profesor Escandell abordaba los temas del sexo contrastaba con el malestar y azoramiento del canónigo, acostumbrado a tratar todo lo relativo al sexo con pinzas y en latín.

—Si no he comprendido mal, estos capiteles tuvieron suma importancia, puesto que están plasmados en el claustro y en la iglesia, lugares sagrados por antonomasia. Vamos, que en este monasterio se enseñaría, y se viviría, una especie de Kamasutra a lo cristiano...

—Algo así.

—Eso mismo pienso yo —concluyó el doctor Lodaes, matizando inmediatamente para que no hubiese malentendido alguno—: ¿Y le parece eso

normal? ¿No ve en todo ello una concepción perversa de la vida, un diabólico camino trazado por el mismísimo Satanás para corromper la fe y las costumbres cristianas y llevar las almas a la perdición?

—Puede. —Por primera vez, el doctor Escandell abría una brecha en su monolítico discurso.

—¿Qué le ha hecho dudar? —preguntó el deán.

—En un principio —se sinceró el arquitecto—, había pensado que todas estas escenas de Santa Tecla, como tantas y tantas que he estudiado en los canecillos, capiteles y gárgolas de otras iglesias románicas, eran una exaltación del erotismo como camino de perfección; al menos, como un canto contra toda represión sexual... Pero al observar la *desorientación* de la iglesia, sospeché que algo diabólico había en todo ello. Por eso, después de mi empecinamiento y de llevarle durante tanto tiempo la contraria, creo que alguna razón tiene usted al relacionar este monasterio con el diablo...

—¿De qué desorientación me habla?

—Chisst.

Había llegado la hora de Completas. El sol perezoso y soñoliento que penetraba en la iglesia se veía incapaz de ahuyentar la penumbra creciente. En aquel momento en el coro de arriba se oyeron pasos, y eso es lo que el doctor Escandell quiso advertir al deán, torpe de oído. Las monjas comenzaron sus rezos: *Noctem quietam et finem perfectum concedat nobis Dominus omnipotens* (El Señor todopoderoso nos concede una noche tranquila y un final feliz); luego vino la admonición, que día tras día se repetía al atardecer: *vigilate quia adversarias vester diabolus tamquam leo rugiens circuit quaerens quem devoret* (vigilad, porque el diablo como león rugiente anda alrededor de vosotros buscando a quien devorar); para concluir, después del canto de los salmos, con el himno *Te lucis ante terminum* (Antes de que la luz se apague). Cuando entonaron esta estrofa, el doctor Escandell dio un suave codazo al canónigo, señalándole las vidrieras del ábside. Como no cayese en la cuenta de lo que le quería decir, se le acercó lo más posible.

—¿Esta luz no debiera entrar por el rosetón del coro? —le susurró al oído—. ¿Cae ahora en la cuenta de la total *desorientación* del templo?

El doctor Lodaes, aunque eclesiástico, no estaba tan documentado como el arquitecto acerca de las construcciones religiosas medievales y las normas estrictas que seguían los monjes en la edificación de sus monasterios, por eso no valoró la *perversidad* que podía haber en aquél de Santa Tecla, cuya iglesia, contra toda ley, miraba hacia poniente.

—Y usted sabe, mejor que yo, lo que significa el poniente para las Sagradas Escrituras y la tradición de la Iglesia —concluyó después de haberle repetido, ahora in situ, la explicación que ya le había adelantado antes.

—*Locus Tenebrarum et umbrae mortis* (Lugar de las tinieblas y de la muerte).

Los dos comprendieron, pues, que aquel templo monástico, contraviniendo intencionadamente las leyes de la simbología religioso-medieval, había sido levantado mirando a las tinieblas, cuyo príncipe no era otro que Satán. En este punto, por fin, estaban los dos de acuerdo, después de tantas horas de conversación y discrepancias.

—Desde esa perspectiva, y no como yo antes defendía, habrá que entender estas representaciones pornográficas... —dijo el arquitecto, aún dubitativo.

—Luego, convendrá conmigo, que estas imágenes obscenas no son escenas inocentes de un paraíso perdido, sino una burla sacrílega contra Dios, que almas, engañadas o poseídas por Satán, han esculpido en lugar sagrado...

Mientras los dos cuchicheaban, la luz solar se fue extinguiendo sutilmente, de puntillas, cuando un último rayo vino a dar sobre el fuste de una columna cercana, poniendo de relieve el bulto que hasta ese momento les había pasado inadvertido.

—¡Mire allá! —señaló el arquitecto, sorprendido por el descubrimiento.

Y el obispo en funciones miró el modillón, hacia el que apuntaba el dedo del profesor. La luz del atardecer acariciaba tibiamente la piedra, dando a la parturienta que representaba el color sonrosado de la carne. La mujer, como en otros capiteles, aparecía completamente desnuda y abierta de piernas, pero en esta ocasión no exhibía impúdica su vulva, sino que mostraba la cabeza de un niño naciente. Se levantaron para contemplar mejor el relieve y advirtieron la fealdad monstruosa del rostro del neonato, cuyas desproporcionadas cuencas vacías le daban una expresión terrorífica.

—Se diría que está pariendo al mismo diablo —comentó el deán, sin poder evitar que un escalofrío recorriese su cuerpo.

El clérigo, obsesionado por el demonio, que veía por todas partes en aquel monasterio, quizá había acabado por contagiar al doctor Escandell. Lo cierto es que el profesor comenzó a sentir cierto repeluzno. Así y todo, se atrevió a subir a un banco y palpar con la mano la horrible cabeza que colgaba entre las piernas de la mujer. No esperaba que aquella piedra, en la que estaba esculpida y que tanto contrastaba con el color rosáceo del resto, tuviese un tacto tan desagradable y frío.

—No es de piedra, sino de hierro —se extrañó, a la vez que retiraba la mano como si le hubiese dado la corriente.

Pasada aquella primera impresión, continuó inspeccionando la pieza y confirmó efectivamente que se trataba de una cabeza de metal, hierro tal vez, empotrada entre las piernas graníticas de la mujer. Esta combinación, que en ninguna otra parte del claustro y de la iglesia había aparecido, le sorprendió sobremanera, y así se lo comentó al deán, que desde abajo seguía sus manipulaciones. Luego, al acariciar el rostro del niño, los dedos se le quedaron incrustados en las cuencas vacías de los ojos.

—¡Está muerto! —exclamó asustado, como si hubiera asistido a un parto de

verdad.

—¡No iba a estar vivo! —contestó el deán, también nervioso.

Inficionado del miedo del profesor, bien que lo disfrazara bajo aquella burlona contestación, comprendió perfectamente lo que le había querido expresar, y se quedó mirando hacia arriba, sin apenas distinguir nada, dado el creciente crepúsculo.

—Aquí hay una leyenda —anunció después el arquitecto, un poco más tranquilo.

—Será mejor que volvamos mañana con más luz.

No lo decía por la que se podía necesitar para leer mejor, sino porque el miedo y los temores iban en aumento a medida que la noche se echaba encima. Sin hacerle caso, el otro trató de averiguar, ayudándose por el tacto.

—*Aborto lucis sidere* —leyó por fin la frase entera, que antes había estado deletreando.

—*Ab orto lucis sidere* —corrigió el deán, separando en dos la primera palabra, traduciendo a continuación—: *Desde la salida del sol*. Es un versículo del himno de Prima.

—Es extraño que se aluda a la salida del sol precisamente aquí, en el lugar en que se pone.

El arquitecto bajó del banco, dispuesto a proseguir la investigación al día siguiente.

—¿Qué puede significar esta representación del parto, con esa leyenda que le acompaña? ¿Qué relación puede existir entre la cara horrible del niño y la palabra *ab orto*? —preguntó al canónigo, seguro de que ya había encontrado alguna conexión con el diablo.

—Me parece que hay una correspondencia espeluznante, pues si la palabra *ab orto*, separada, en latín significa *nacimiento*; unida, que es como usted la ha visto escrita, significa *aborto*.

—¿Aborto del sol? ¿Que el sol nace muerto? —interpretó el arquitecto, sin saber muy bien por dónde iba su propio discurso.

—Algo de eso. ¿Acaso no está la iglesia dirigida hacia poniente, lugar de la muerte?

—No sé si será un prejuicio, o querer ver más allá de lo que bien pudiera ser pura casualidad...

—Déjese de casualidades... Este monasterio está endemoniado, lo presentí el primer día que lo visité —le contestó el doctor Lodaes, a la vez que, casi empujándole, lo dirigía hacia la puerta.

—¿Tiene miedo, señor deán?

—Estaré más tranquilo cuando hayamos salido de aquí.

El miedo funciona unas veces como fuerza centrífuga, que te impele a huir de la causa que lo motiva, y, otras, como fuerza centrípeta, que te atrae irresistiblemente,

casi a tu pesar. Eso es lo que le pasaba al doctor Lodaes con el cenobio de Santa Tecla. Así que, al día siguiente, por la tarde, volvió de nuevo con el profesor Escandell, para continuar la investigación interrumpida la noche anterior.

Después del almuerzo era un buen momento, ya que, hasta el canto de vísperas, cuando las monjas volvieran al coro, el templo permanecería completamente vacío y ellos podrían desenvolverse a sus anchas. Ahora, con más luz, y sosegados los ánimos, sobre todo los del canónigo, pudieron contemplar detenidamente a la mujer parturienta.

—¿Se ha fijado en su boca? —dijo el arquitecto, ya subido en el banco y examinándola muy de cerca.

Efectivamente, aunque el canónigo no pudiera apreciarla tan bien como el otro, se dio cuenta de que la tenía exageradamente abierta, con la expresión de estar exhalando un ay dolorosísimo. Y éste fue el comentario que hizo. El arquitecto, mientras le escuchaba, metió sus dedos; desde abajo, el canónigo veía que manipulaba allí dentro.

—Parece usted un dentista o, mejor, un otorrino. ¿Es que quiere extirparle las amígdalas? —bromeó para alejar el miedo, que adivinaba aleteando cerca.

El doctor Escandell no extirpó las amígdalas de la parturienta, que con paciencia infinita aguantaba sus manipulaciones, sino que de repente experimentó con terror cómo aquella garganta se tragaba su mano.

—¡Aaay! —gritó con mayor fuerza que la expresiva boca de piedra, a la vez que sacaba la mano con toda celeridad y de un brinco saltaba al suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó terriblemente asustado el eclesiástico, cuya cara, blanquecina de suyo, se tornó incolora.

—Algo se ha movido ahí dentro —le contestó el otro muy impresionado.

—Explíquese —pidió el deán, sumamente nervioso.

El arquitecto Escandell se sentó en el banco y con un pañuelo estuvo quitándose el sudor, quizá echando algo de teatro a lo acontecido. Luego le contó cómo la boca de la parturienta estaba muy bien cincelada por dentro, tanto que le pareció ver, allá en el fondo, la campanilla; y para cerciorarse, fue a meter el dedo allí.

—Hice presión sobre la úvula y tras ella se fue mi dedo y la mano entera, como si esa mujer tuviese garganta y me la engullera.

—¿Qué puede ser?

Mientras plegaba parsimoniosamente el pañuelo por las mismas dobleces que tenía antes de usarlo y se lo guardaba en el bolsillo, el profesor Escandell se preguntó precisamente eso. Y se dispuso a averiguarlo, aunque ahora examinaría la cara de la parturienta con mayor prevención.

—Ya está —dijo, después de un concienzudo examen visual y a distancia.

Por el tono de voz supo el canónigo que el profesor había resuelto el enigma.

Desde allí arriba, sin que nadie se lo pidiera, fue dando la explicación.

—La campanilla no es sino un dispositivo de seguridad que, al presionarla yo, dejó libre esto. —Señaló la cabeza de hierro.

Efectivamente, aquella pieza, tan bien encajada en la vulva de la mujer, aparecía ahora colgando entre sus piernas. Durante un rato los dos guardaron silencio, contemplando lo que sin duda alguna representaba la cabeza de un niño muerto.

—*Aborto lucis sidere* —dijo con cierto misterio el doctor Lodaes, dándole vueltas—. ¿Qué querrá decir exactamente esa frase latina carente de sentido? ¿O el parto muerto que se representa le sugirió al escultor la idea de *aborto*, sin más?

El profesor no le escuchó. Estaba muy enfrascado, tirando de la testa infantil que, para su sorpresa, cedió, aunque con muchísima dificultad, dada la herrumbre de siglos de la cadena a la que estaba sujeta.

—¡Mire!

No hizo falta que llamase su atención, ya que el doctor Lodaes observaba atónito cómo la cabeza cedía y colgaba más y más baja, como pesa de reloj. Pero el profesor se refería a una lauda sepulcral que, al tiempo que él estiraba de la cadena, se estaba abriendo en el suelo, junto a la columna, a los pies mismos del deán.

—¡Allá! —le señaló.

Al ver cómo el suelo se abría ante sus pies, al canónigo casi le da un soponcio. Se sentaron en un banco; el doctor Lodaes por necesidad, ya que sus piernas le temblaban y era incapaz de tenerse en pie. Pasado el primer susto, se asomaron con todo cuidado, no fueran a rodar allá abajo.

—Necesitamos una vela —sugirió el canónigo.

—¿Seguro que se encuentra bien?

El arquitecto vino al poco con un candelabro, que tomó de un altar. A la luz del cirio, neblinosa y escasa aunque suficiente, la oscuridad de aquel rectángulo cavernoso se fue apartando como si se tratase de una tela de araña. Una escalera de peldaños de piedra les retaba a descender, e intercambiándose una mirada de complicidad, aceptaron tácitamente el invite. Con más miedo que precaución, apoyándose en la pared y pisando firme para no resbalar, bajaron, escalón a escalón, las gradas mohosas de humedad y siglos. Con paso receloso, no fueran a encontrarse con alguna trampa, recorrían la cripta hacia su cabecera, alumbrándose con la titubeante luz que llevaban, cuando repentinamente vieron a alguien o algo monstruoso que se les arrojaba encima. Clavados en el suelo, aterrorizados, sin poder siquiera gritar o echar a correr, temieron que aquel endriago, de ojos belicosos y llenos de sangre, les fulminase con su mirada. Pasado el sobresalto, examinaron lo que no era sino una escultura descomunal de piedra policromada representando a una criatura, mitad hombre mitad carnero, con manos de garra y pezuñas en los pies. Tres cuernos retorcidos salían de su cabeza, y sus ojos, enormemente grandes y

expresivos, despedían odio y furor tan sumamente vivos que fue lo que les espantó. Sin embargo, lo que ahora les sorprendía era el descomunal pene en erección que enarbolaba entre sus manos como poderoso cetro real.

—Esta imagen representa sin duda alguna al diablo... —dijo el deán, castañeteándole los dientes, y al cabo de unos instantes comentó—: Nunca vi algo tan horrendo.

—Por lo que veo, aquí se celebraron misas satánicas —comentó el arquitecto, no menos asustado, que sólo de oídas conocía aquellas ceremonias espantosas, donde, al decir de la gente, más de una vez se llegaba a sacrificar niños.

—No le quepa la menor duda —ratificó el canónigo.

Aunque todavía quedaba mucha cripta por explorar, el doctor Lodaes mostró prisa por salir, pues el frío, la humedad y el aire enrarecido creaban una atmósfera pegajosa y densa, difícilmente respirable. Más resuelto, el arquitecto, portador de la vela, decidió echar un rápido vistazo por su cuenta.

—Mire esto —dijo como si lo tuviese detrás, y entonces se dio cuenta de que, sin advertirlo, lo había dejado a oscuras.

En la parte del Evangelio aparecían nichos diminutos, reunidos en una especie de columbario; por el suelo, minúsculos ataúdes sin enterrar. Sin pensárselo dos veces, el doctor Escandell los removió con el pie y se desintegraron. Los cráneos, que el tiempo aún no había reducido a polvo, eran excesivamente pequeños. El profesor y el canónigo se miraron desconcertados.

—¡Abortos! —sentenció el doctor Lodaes muy seguro de lo que decía, al tiempo que un estremecimiento recorrió su cuerpo—. ¡Vámonos de aquí!

Sin proponérselo, acababa de descubrir lo que los inquisidores del siglo xvii anduvieron buscando sin éxito cuando lo de las beatas de aquel monasterio. Y refirió al sorprendido arquitecto la historia que, a su vez, le había relatado el malogrado archivero Crespí.

—Este monasterio está endemoniado —concluyó—. Hay que destruir los ídolos abominables que se han levantado en la casa de Dios, y luego exorcizarlo todo de arriba abajo.

Sin pararse a averiguar si fue un soplo de viento o el temblor mismo de la mano lo que apagó la vela, los dos corrieron con gran rapidez hacia la escalera, que subieron a trompicones.

—¡Cierre! —ordenó el deán, como si el demonio les persiguiese y tuviera miedo de que se escapase de aquella cueva donde almas pecadoras le habían erigido un templo.

El doctor Escandell, no menos despavorido que el canónigo, de un brinco saltó al banco para tirar con todas sus fuerzas de la cabeza sin ojos, que ahora le pareció terriblemente fea y como si le quemase entre sus manos. Tan fuerte tiró que la cadena

enmohecida se rompió y él vino a dar al suelo, con tan mala fortuna que se desnucó contra la esquina de uno de los bancos. En ese preciso instante retumbó por toda la nave el ruido seco de la lauda al cerrarse.

Impresionado por ésta y las otras muertes, el doctor Lodares, obispo en funciones, reunió al cabildo en pleno para informarle de todo lo acontecido hasta ese momento y recabar su parecer, aunque él ya tenía determinado destruir los ídolos de que estaba lleno el monasterio de las bernardas y purificarlo seguidamente con lustraciones y exorcismos. Respecto de la iconoclastia, los canónigos transigieron hasta cierto punto, autorizando tan sólo las amputaciones de aquellos miembros de hombre o de animal itifálico que, por sus dimensiones exageradas, fuesen ofensa manifiesta al pudor cristiano; respecto de las restantes imágenes obscenas, que para el deán lo eran todas, sólo permitieron que fuesen revocadas con yeso y enjalbegadas, pues no eran ellos quiénes para echar a perder obras de tanto mérito y antigüedad.

—¿A esos ídolos de Satanás llaman sus ilustrísimas obras de arte? —se indignó el deán—. ¿O es que están ciegos y no ven las trazas del diablo en todo lo que les he contado?

Los canónigos, si bien es cierto que habían recibido el bautismo y el orden sacerdotal, sacramentos cristianos que según la Santa Madre Iglesia imprimen carácter indeleble en el alma, no lo era menos que, como hijos del Mediterráneo, llevaban en sus genes el paganismo pragmático y sensual de sus antepasados. Y así, cuando el doctor Lodares, encolerizado, puso sobre el tapete como prueba irrefutable de posesión diabólica los embarazos de las monjas bernardas, algo avanzados, por cierto, no logró convencer a nadie sino más bien suscitar sonrisas escépticas y burlonas.

—¿Por qué buscar la autoría de tales hechos en seres espirituales impúdicos y no dirigir las pesquisas más a *ras* del *suelo*? —dijo alguien.

La sugerencia, juego de palabras más bien, provenía de un joven canónigo, y los demás estuvieron de acuerdo. El deán se sintió solo e incomprendido, pero continuó empeñado en defender su tesis de que el demonio estaba enrocado en el convento de Santa Tecla desde hacía siglos, y ahora despertaba de su infernal sueño.

—Lo único que debemos hacer es echar tierra sobre lo de las bernardas y, cuando paran, pasar las criaturas a la beneficencia que está enfrente —concluyó, pragmático, otro canónigo, y muchos fueron de su parecer.

—¿No creen que es el espíritu maligno quien las ha embarazado de forma diabólica? —insistió el deán, escandalizado por el escepticismo y la conducta tan frívola que mostraban sus colegas.

El modo como le miraron, sin gastar palabra para responderle, fue respuesta más que elocuente, y como ya le habían apuntado antes, las investigaciones debía dirigirlas hacia el capellán Alejandro Ras Suero.

Una noche, cuando todos dormían, el doctor Lodaes, por su cuenta, se dispuso a exorcizar el monasterio, seguro como estaba de que, intramuros, vivían fantasmas y espíritus del mal. Precisamente preferían para actuar esas horas nocturnas, cuando los humanos son espiritualmente más vulnerables. ¿Cómo un hombre débil y cobarde, como era el deán, se atrevía a acometer una hazaña semejante? ¿Cómo se aventuraba a enfrentarse, solo, contra el diablo? Esta misma pregunta se hacía él mientras caminaba con cautela por el claustro monástico, alumbrado por la luna llena que brillaba fría en lo alto, apretando contra su corazón el vaso de la sal que para este menester había bendecido momentos antes. ¿Habría sobrevalorado este sacramental, o quizá habría infravalorado las potencias diabólicas que, cuando se desatan, parece que ni el mismo Dios pudiera apaciguarlas y ponerles dogal? Su falta de experiencia, lo más seguro, fue la que le dio aquella engañosa seguridad...

Con gran devoción había invocado sobre la sal la omnipotente virtud del Dios vivo, verdadero y eterno, para que la convirtiera en criatura capaz de ahuyentar toda potestad enemiga; y la fue derramando por el claustro.

—*Effugiat atque discedat a loco isto omnis phantasia et versutia diabolicae fraudis, omnisque spiritus immundus, adjuratus per Eum, qui venturus est iudicare vivos et mortuos, et saeculum per ignem...* (Huya lejos de este lugar toda visión y astucia del engaño diabólico, y todo espíritu inmundo, conjurado por Aquél que ha de venir a juzgar a vivos y muertos y al mundo por el fuego) —repetía una y otra vez, al depositar un pellizco de sal bendecida al pie de cada columna, convencido de que el diablo, con sólo husmearla, retrocedería despavorido y acabaría huyendo de un lugar completamente envenenado para él.

Al conjuro de la sal, las figuras de los capiteles, que una brigada de operarios había mutilado y encalado cuidadosamente para cubrir sus obscenidades, se revolviéron sobre sí mismas y, quitándose la cal, como quien retira una sábana, mostraron de nuevo sus impudicias. ¿Había sido un espejismo o una realidad? El canónigo no se atrevió a levantar la vista y salir de dudas, sino que, reprimiendo como pudo el miedo que se le apoderaba, acudió a la oración.

—*Deus, insuperabilis Rex, qui adversae dominationis vires reprimis, trementes et supplices deprecamur ac petimus ut hanc creaturam salis dignanter aspicias ut, ubicumque fuerit aspersa, omnis infestatio immundi spiritus abigatur, terrorque venosi serpentis procul pellatur; et praesentia Sancti Spiritus nobis ubique adesse dignetur...* (Oh, Dios, Rey insuperable, que reprimes las fuerzas de la dominación enemiga, suplicantes y temblando de miedo pedimos que te dignes mirar esta sal para que, allí donde fuera esparcida, haga desaparecer toda infección del inmundo espíritu, arroje lejos el terror de la serpiente venenosa; y que el Espíritu Santo se digne estar

presente por todas partes...).

En un momento dado, cuando mayor era su miedo y las palabras sacramentales tiritaban entre sus labios, paralizadas por un pánico que le subía desde la garganta, una nube cubrió por completo la luna y la más espesa oscuridad cayó sobre el claustro; en ese preciso instante sintió un extraño escalofrío que le produjo una corriente de aire al rozarle. Nadie había abierto puerta alguna y, aunque así hubiera sido, ¿qué más daba en un claustro cuyas arcadas no estaban acristaladas y el viento corría por doquier? La ráfaga cortante que le rozó y le congeló los huesos procedía, él estaba completamente seguro, del halo infernal que envuelve a los demonios... ¿Huían o se concentraban?

Finalizada la ceremonia del claustro, y cada vez con mayor temor, procedió a exorcizar la iglesia, depositando en primer lugar un buen puñado de sal bendecida en el umbral. Luego la fue esparciendo por el suelo de la nave, a la vez que recitaba, uno tras otro, los siete salmos penitenciales. El templo estaba lleno de andamios, que los albañiles habían levantado para recubrir y enjalbegar las piedras; la losa de la lauda la habían dejado abierta, como pudo comprobar. No tenía más luz que la pálida que entraba por las vidrieras, y no se atrevía a encender vela alguna, temeroso de que se le apareciesen los demonios lujuriosos que poblaban los capiteles... Se arrodilló al pie del altar mayor y de ese modo permaneció a la espera de que Dios directamente, o bien por mediación de Miguel, su santo arcángel, enviase sus legiones a entablar batalla contra los espíritus malignos que se habían apoderado del monasterio y, a buen seguro, también de sus moradoras. En algunos momentos le pareció escuchar lejanas trompetas que anunciaban la llegada de los ángeles de Dios, incluso se sintió zarandeado por los torbellinos que formaban alrededor. Puede que no fuesen sino imaginaciones suyas, pues, según lo hacen constar los doctores de la Iglesia, es muy difícil distinguir entre éstas y los verdaderos lances demoníacos. El tiempo transcurría sin que ángeles ni diablos hiciesen acto de presencia y el deán comenzó a dudar de haber empleado correctamente los ritos. ¿Podía considerar exorcizada la iglesia sin bajar a la cripta donde se levantaba el ídolo infernal? ¿Lo habrían destruido ya los operarios, como él lo había urgido, o todavía estaría en pie? Fuera como fuese, ese lugar había quedado profundamente profanado por el culto satánico, y sin duda los demonios que le asustaron en el claustro corrieron a refugiarse allí.

—*Adiutorium nostrum in nomine Domini, qui fecit caelum et terram* (Nuestra ayuda está en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra) —exclamó en voz alta, no tanto para hacerse oír de Dios cuanto para darse aliento a sí mismo, y se dispuso a bajar a la cripta.

Ahora le fue necesario encender una vela, pues al subterráneo no llegaba luz alguna. Con el tarro de la sal en una mano y un candelero en la otra, cruzó de nuevo la nave y, sin detenerse a pensárselo, comenzó el descenso. La poca luz del pabulo

apenas llegaba para alumbrar el escalón donde ponía el pie y, más que bajar por una escalera, le pareció que se introducía en la garganta de un monstruo. Recibió en toda su cara una bocanada de aire gélido con un fuerte olor a humedad mohosa. Pensó en Jonás, que fue tragado por una ballena, y en el miedo que debió de pasar; se animó, aferrándose a la idea de que el profeta fue devuelto sano y salvo a la orilla... A pesar de estas devotas consideraciones, no pudo evitar que su memoria le retrajera la muerte del arquitecto y aquellos ojos desorbitados que se le quedaron no por el golpe mortal que se dio, sino sin duda por la horrible visión del fantasma que le empujó; y la muerte del canónigo Crespí, hecho una ascua de fuego, y sus gritos aterradores, y su hedor de carne quemada; y la del arzobispo, agonizando entre vómitos y defecaciones, retorciéndose como un cerdo en el estercolero... En aquel silencio terrible, donde ni siquiera percibía sus propios pasos, la muerte del arquitecto se le representaba como un mal sueño del que no podía desprenderse y se le hacía mucho más horrenda que cuando sucedió; y temió que la bestia satánica que acabó con el profesor saltase de un momento a otro sobre él mismo y le descuartizara. *Adiutorium nostrum in nomine Domini*, repetía como una fórmula esotérica que le pusiera al abrigo de cualquier maligna asechanza, mientras esparcía por el pavimento la sal exorcizada. Al llegar al altar del monstruo itifálico, que los operarios aún no habían destruido, o no se habían atrevido a hacerlo, temerosos de que descargase sobre ellos la furia petrificada de sus ojos, depositó el candelabro sobre el altar y se dispuso a arrojar sobre la obscena imagen la sal que le quedaba. A la luz de la vela la imagen cobró vida y le miró con aquellos horribles ojos que ahora parecían echar fuego. Al verla, se quedó petrificado, con el brazo en alto. La boca, seca, como teja en tarde de verano; la lengua, falta de saliva, pegada al paladar, sin que le fuera posible articular palabra. Aquellos terribles ojos de piedra le habían hipnotizado, fijando con fuerza sus pies al pavimento. Y fue por ellos por donde le subió lentamente el estremecimiento de la tierra que amenazaba abrirse. Al principio, fue sólo una vibración, mas poco a poco creció en intensidad hasta convertirse en espasmódicas sacudidas, que nunca antes había experimentado. Trató de huir y su voluntad impartió la orden apremiante, pero sus pies, plomizos, no le obedecieron. La diabólica imagen de descomunal pene lo contemplaba con arrogancia y desdén desde arriba, y de repente, abriendo unas enormes alas repugnantes, se inclinó hacia él para estrecharlo contra su pecho...

Las monjas, despertadas por los temblores que acunaban sus lechos y por un fragor tan inusual, abandonaron el dormitorio común y corrieron a la iglesia, esperando hallar allí refugio más seguro. Mientras huían despavoridas, sintieron estremecerse el suelo bajo sus pies y, no encontrando en su memoria experiencia alguna con la que relacionar ese fenómeno, pensaron que era el fin del mundo y que la tierra se resquebrajaba para dejar paso al infierno y a los demonios que lo habitan.

¿Acaso no habían leído cosas semejantes en las vidas de los santos? El susto se convirtió en terror al contemplar la enorme polvareda que ascendía de donde, hasta las últimas Completas, se alzaba la iglesia del monasterio.

Pronto se acercaron al lugar gente del vecindario, desvelada por el inmenso ruido, y los bomberos, y algunos canónigos que no vivían lejos de allí. No, no había sido ningún terremoto, puesto que, como se leería en la prensa de la mañana, ningún aparato del instituto de sismografía había registrado sacudida u oscilación alguna. Transcurridos los primeros momentos de pánico, que coincidieron con la salida del sol, se procedió al desescombro, tarea minuciosa y difícil que tardaría más de una semana hasta llegar a la cripta, donde encontrarían al deán aplastado por un descomunal demonio, llamado Jaldabaoth, como podía leerse en la peana, y cuya enorme mole de piedra, contraviniendo toda ley física, aparecía intacta, sin destrozo alguno. Aquel mismo día, mientras se apuntalaban las pocas paredes y arcos que habían quedado en pie, el azar les deparó otro macabro hallazgo: en la sacristía, la parte del templo menos dañada, encontraron al capellán suspendido de una cuerda, con una silla volcada debajo. Viéndole balancearse aún, los canónigos se figuraron, sin que nadie se atreviese a manifestar su pensamiento al otro, que él había sido el autor de los embarazos, cosa que ya habían sospechado y que, como Judas, el mal apóstol, no pudo soportar su pecado y se ahorcó para poner fin a su tormento.

Tal fue el pavor y desorden que se apoderó de los fieles congregados en la plaza de San Pedro la mañana de Pentecostés, que el despeñamiento de monseñor Amantini, reventando contra las losas del suelo, pasó inadvertido. Su cuerpo no fue sino uno más de los muchos que, con la estampida histórica desencadenada, quedaron tendidos y maltrechos sobre el pavimento. Cuando su eminencia Domenico Graziani, cardenal de Turín, y el reverendo Albertino Cugnoni, ayudante del exorcista papal, llegaron a toda prisa junto a dom Gabriele, poco pudieron hacer por él: yacía cadáver. Aunque el vendaval había amainado un poco, todavía dejaba oír sus bramidos, y era lo suficientemente fuerte para remover la lluvia torrencial, barriéndola de aquí para allá en amenazantes remolinos. La plaza, repleta unos momentos antes, estaba desierta y desolada, oscura como la noche, cuando apenas había transcurrido el mediodía. A través de la espesa cortina de agua, los santos de piedra que coronan la columnata de Bernini y la cornisa de la basílica parecían espectros gesticulantes de una ciudad fantasmal.

Al arrodillarse junto al muerto para rezarle un responso, se dieron cuenta de que tenía la frente despellejada y la palma de las manos en carne viva, como si esas partes hubiesen sido cruelmente arañadas por las garras de un animal salvaje o con garfios. Imposible que se hubiese producido tales laceraciones en la caída.

—¿Qué pudo ser? —preguntó el padre Cugnoni, por más que ya tenía la respuesta.

—¿No estará pensando en el demonio? —le contestó su eminencia, que le había leído el pensamiento.

—¿Quién sino le ha podido raspar las manos y la frente con tanta saña?

También al prelado le había pasado por la cabeza esa posibilidad. Como guardase silencio, continuó el otro:

—Manos y frente, partes que a todo sacerdote se le ungen el día de su ordenación, ¿no es así? He asistido a muchos exorcismos y he visto muchas cosas durante todos estos años que he pasado junto a monseñor Amantini... Sé que el demonio odia a las personas consagradas.

El anciano clérigo no quería parecer más sabio que el cardenal pero pensaba que, al menos, en todo lo referente al demonio y su mundo, tenía más experiencia.

—¿Para tan poco aprovecha el santo óleo, que no ha sido capaz de ahuyentar al diablo y evitar esta muerte? —dijo monseñor Graziani con un deje de ironía.

Al padre Cugnoni le pareció aquello una blasfemia.

—¿Ni tan siquiera ahora, en presencia de este muerto, cree su eminencia en el demonio y en sus terribles poderes?

El cardenal, para evitar la mirada de censura e indignación del sacerdote, dirigió

la suya al muerto: los ojos desorbitados y sanguinolentos, el espanto y la angustia dibujada en su cara, la boca entreabierta en mueca horrible, de donde parecía que aún corría un hilo de sangre... Un escalofrío recorrió su cuerpo y no pudo evitar echarse atrás, reacción que no pasó inadvertida al ayudante del exorcista.

—¡La lengua! —exclamó aterrorizado el cardenal, señalándola.

El padre Cugnoli también se horrorizó al ver la boca de dom Gabriele y más aún al contemplar no lejos de allí la parte mutilada.

—La lengua de los exorcismos —puntualizó, silabeando—. Es la venganza de Satán.

Llegaron otros funcionarios de la Santa Sede que, temiéndose lo peor, ya venían provistos de una sábana para cubrir el cuerpo del desgraciado monseñor; pero las rachas eran de tal virulencia que se la llevaron tan pronto lo envolvieron con ella. El cardenal se levantó, completamente empapado y, como sonámbulo perdido en medio de la noche, se dirigió hacia el obelisco, descabezado por el rayo, del que dom Gabriele había estado pendiente momentos antes, mostrando una fijación obsesiva. ¿Qué vio en él o a quién vio? ¿Sufriría una alucinación?, se preguntaba de camino, sin hallar sino confusión y no respuestas.

Su eminencia, como tantísimos otros hombres de Iglesia, sentía gran embarazo al hablar del demonio, en quien no creía, y cuando no podía eludir el tema, se refería a él con ambigüedad sabiamente medida. En público no podía negar su existencia, pues ahí estaban las Sagradas Escrituras y el mismo Jesucristo y sus apóstoles que lo atestiguaban. No pudiendo, pues, impugnarlo abiertamente, sin entrar en contradicción con la enseñanza secular de la Iglesia, trataba al menos de hacerlo compatible con la mentalidad volteriana del hombre moderno, que atribuía los demonios de la Biblia a fábulas tomadas de egipcios, caldeos y persas. Así pues, sin confesarlo, optaba por la interpretación que los racionalistas y muchos protestantes ya habían hecho, viendo en el demonio de las Escrituras no a un ser personal sino a la personificación del mal. Otros prelados, más decididos que el de Turín, se atrevían, ciertamente en privado, a aventurar que ni Cristo ni sus apóstoles creyeron en el demonio, sino que, para hacerse entender, se acomodaron a las convicciones de su tiempo.

Al pie del obelisco egipcio aparecía medio fundida la esfera del mundo y partida la cruz que la coronaba. El cardenal sabía que el papa Sixto V, cuando lo mandó erigir, había colocado dentro de aquel globo, encerrada en un cofre de plata, una partícula del *lignum Crucis* con cinco granos de incienso, testimonio simbólico de la Resurrección de Cristo, y un pergamino cuyo encabezamiento rezaba *Christus heri, et hodie, et per universa, aeternitatis saecula* (Cristo ayer y hoy, y por todos los siglos de la eternidad), seguido de un texto que, como se acostumbra en los solemnes actos protocolarios, daba fe del día, año y quién levantaba el majestuoso monolito. Todo el

piramideón se encontraba desventrado y destruido, y se percibía un recio olor a azufre, que le obligó a ponerse un pañuelo en la nariz. Su eminencia removi6 con el pie los restos calcinados y, ¡oh sorpresa!, apareci6 un papiro intacto. Se agach6 y lo tom6 con gran cuidado, maravillándose de que estuviese seco, a pesar del aguacero que arreciaba. Mayor fue el desconcierto al desenrollarlo y encontrar no un texto latino sino unos jeroglíficos indescifrables, que se diría que estaban escritos a fuego.

Desde el centro de la plaza, donde se encontraba, volvi6 la vista hacia la basílica y, a través de la imponente cortina de agua, vio que la estatua del Salvador tenía la cruz boca abajo; y rotas, las que llevaban los santos. Demasiadas cosas extrañas e inexplicables para negarse a admitir que algo raro había ocurrido o algùn ser maléfico había actuado allí. Pero ¿quién?, ¿el diablo?

Aquella misma tarde el cardenal Graziani pidi6 audiencia al Papa, haciendo saber a su secretario personal que la urgencia de ser recibido estaba relacionada con todo lo acontecido esa mañana en la plaza de San Pedro. A pesar de que el Santo Padre se hallaba indispuerto, muy afectado, según le dijeron, por la muerte de su exorcista y por la alevosa incursi6n del diablo en las puertas mismas de su casa, se decidi6 a recibirle.

El pontífice se encontraba en sus aposentos privados, sentado en una mecedora de lona, regalo de su amigo el cardenal riojano Ángel Somalo, quien también le proporcionaba buenos vinos de su tierra. Allí dormía la siesta y, cosa que sólo conocían los íntimos de su familia, pasaba muchas horas de la noche, pues le resultaba más confortable que la cama. Cuando el cardenal Graziani estuvo ante el Papa, pens6 que dormitaba, pues tenía la cabeza profundamente inclinada sobre el pecho; y mir6 hacia el secretario que le había introducido, preguntándole con un gesto qué es lo que debía hacer.

—Háblele, que Su Santidad está despierto.

Al oírlo, el Santo Padre hizo un esfuerzo por erguir la cabeza pero tan sólo pudo levantar los ojos, a la vez que murmuraba algo del todo ininteligible. ¿Cómo, pues, ha podido pronunciar esta mañana su homilía?, se pregunt6 el arzobispo de Turín; y cay6 en la cuenta de que tan sólo había sido posible por alguna droga suministrada con antelación, y que no eran chismes de palacio lo que corría a este respecto. Ante sus propios ojos tenía a un hombre desvalido, casi un guiñapo de persona, que Dios sabe con qué medios le hacían actuar. El secretario, que entendía bien lo mascullado por el Papa acerc6 una silla al prelado.

—Háblele, háblele, que Su Santidad le escucha.

A pesar de que la circunstancia resultaba embarazosa, el cardenal Graziani le expuso lo más sucintamente posible el motivo de su visita, y después de darle su propia visi6n de lo acontecido aquella mañana en la plaza de San Pedro, le rog6 que le encargase abrir una investigaci6n. El Papa, sin que se le moviese un solo músculo

de la cara, lo observaba fijamente, con mirada penetrante, o bien pudiera ser asustada. Pareció seguir con mucha atención todo el relato.

—Dom Ga-bri-e-le... —dijo en balbuceo lastimero, a la par que dos gruesos lagrimones recorrían su acartonado rostro.

El cardenal Graziani, no sabiendo muy bien si el Papa estaba en plenitud de sus facultades y cómo reaccionar ante situación tan incómoda, miró al secretario, esperando que, por su mayor experiencia, le pudiera orientar.

—El Santo Padre —habló el otro, como si fuese su oráculo— sentía un gran afecto por monseñor Amantini, y su extrañísima muerte le ha afectado profundamente. Ruega a su eminencia que se haga cargo de la investigación y aclare el misterio. Todo con la mayor discreción y sigilo.

A decir verdad, el arzobispo de Turín quedó desconcertado, pues no parecía que del balbuceo del Papa y de sus dos lagrimones se dedujera tal discurso y conclusión. Tampoco puso en duda que, si la Curia romana tenía decidido llevar el pontificado de Su Santidad hasta el final, se gobernase del modo peregrino que acababa de presenciar.

¿Quién era dom Gabriele? Con esa pregunta bajo el brazo salió el señor cardenal de la cámara pontificia, dispuesto a descifrar el misterio demoníaco, comenzando por ahí. Y ¿quién mejor para responderla cumplidamente que el padre Cugnoni, tantos años al lado del exorcista? Para formulársela, esperó a que el cuerpo de monseñor estuviese bajo tierra y se hubiesen celebrado las misas gregorianas por el eterno descanso de su alma. Por cierto, le enterraron sin que mediase autopsia alguna.

El último día del treintenario, después de los oficios, el señor cardenal fue directamente al despacho de monseñor Amantini, situado en el primer piso de los aposentos apostólicos. Estando allí, sentado en el mismo sillón que en vida ocupaba el exorcista del Papa, abordó, sin preámbulo alguno, al coadjutor de monseñor.

—¿Quién era dom Gabriele?

El padre Cugnoni entendió muy bien que su eminencia no le pedía datos biográficos del muerto, sino más bien el historial de su cargo.

—Dom Gabriele accedió a su oficio de una manera muy coyuntural.

—¿Coyuntural, dice? —repitió el cardenal, no acabando de captar muy bien el sentido de la palabra.

—Bueno, quiero decir que su nombramiento fue de lo más peculiar y chocante. —Sin pretenderlo, el padre Albertino había acrecentado la curiosidad del prelado, cosa que no le pasó inadvertida. Tras una pequeña pausa, innecesaria a no ser para subrayar vanidosamente su propio protagonismo, continuó—: Yo no estuve presente, pero dom Gabriele me refirió tantas veces el hecho y tantas otras se lo oí relatar, que casi me considero testigo presencial.

Su eminencia, previendo que la exposición iba a ser larga, ofreció al padre

Cugnoni la silla que estaba delante de la mesa; sin duda alguna la que ocupaban los presuntos posesos que pasaban por aquella consulta.

—Ocurrió a los pocos días de su elección —comenzó el padre Albertino su historia—. El Papa era muy nuevo aún en el Vaticano, y para todas las cosas, andaba asesorándose de los cardenales de su entorno. Posiblemente había aprendido, o escarmentado en cabeza ajena, que no se puede ir por libre en estos palacios, por muy romano pontífice que sea uno.

Al cardenal Graziani le pareció de muy mal gusto, y una licencia imperdonable, el comentario que se había permitido. Por el ceño que puso su eminencia, comprendió el padre Albertino que había hablado a la ligera, y trató de rectificar.

—El Papa, a diferencia de su predecesor, *muerto de modo tan inesperado*, se puso, desde el primer momento, en manos de los cardenales de la Curia. Para quien llega de fuera, es difícil, por no decir imposible, gobernar a sus espaldas. Fue inteligente: confió en ellos... —Miró de reojo al arzobispo por ver si quedaba arreglada la torpeza de antes, y advirtió que el rictus de desagrado no había desaparecido totalmente de su cara; optó por continuar, obviando puntos tan vidriosos —: Como le decía, habrían pasado apenas unos días desde la coronación, cuando el Papa requirió los servicios del exorcista de Roma. Si la petición, en sí misma, ya resultó extraña al personal de palacio, mucho más, por el momento en que la hizo: a las tres de la madrugada. Con toda urgencia levantaron de la cama al cardenal Vicario, que acudió corriendo a los aposentos pontificios, sin saber qué pensar del nuevo inquilino, a quien se le ocurría semejante antojo a tales horas.

—No creo que los comentarios que hace sean de dom Gabriele. Puede ahorrárselos e ir directamente al grano. ¿Para qué requería el Papa al exorcista?

A pesar de la prisa que mostraba su eminencia, el padre Albertino retomó su relato, sin saltarse paso alguno.

—El cardenal Ugo Agliardi —prosiguió su exposición— encontró al Papa envuelto en su bata, inquieto, nervioso, recorriendo sin parar sus aposentos, con las manos detrás de la espalda y el rostro atribulado. *¿Dónde está el exorcista?*, preguntó, apenas vio al cardenal. *En este momento no tenemos. El titular se murió precisamente en los días de Sede Vacante...* se excusó el Vicario. *Al menos, insistió el Papa, contaremos con su ayudante...* Así fue como dom Gabriele, requerido a los aposentos pontificios, fue nombrado in situ exorcista del Papa, y allí mismo ejerció su cargo por primera vez.

—¿Por qué el Papa ordenó llamar al exorcista? ¿Qué cuestión insoslayable tenía que despachar con él?

Las circunstancias de esta historia cobraban tanto interés que desbordaron el estricto tema del nombramiento. La curiosidad había picado a monseñor, y su impaciencia se había hecho más acuciante. El padre Cugnoni, sin embargo, no

cambió su ritmo ni optó por atajos. En su oficio, un dato insignificante, un detalle sin importancia, a veces resultaba de suma trascendencia; de ahí la deformación profesional en su modo de conversar.

—Desde el primer día que tomó posesión de sus aposentos privados —continuó el padre Cugnoni—, el Santo Padre se encontró incómodo en ellos, como si alguien le estuviese espiando. Esa noche concreta, sintió que se balanceaba su cama. Al principio, pensó que eran figuraciones suyas, pues andaba en el primer sueño. Mas, ya despabilado, lo que era apacible balanceo se convirtió en un terrorífico vaivén; tanto que creyó que se trataba de un terremoto. Pero en la habitación nada se movía, sólo su cama. Y le vino a la mente las crueles jugarretas que el diablo infringió al padre Pío, del que tan devoto es.

—¿Fue ésta la razón de solicitar la ayuda de un exorcista?

—Sí. Puede que de manera un poco precipitada... —se atrevió a calificarla el sacerdote.

—¿Y andaba el diablo en todo aquel asunto?

—Yo no soy quién para emitir tal veredicto, que sabios doctores tiene la Iglesia... —dejó caer con socarrona seriedad, de la que los italianos son maestros, y no digamos si han pasado años al servicio del Vaticano—. Por los hechos que se fueron sucediendo después, no cabe la menor duda; al menos, así lo creía monseñor Amantini.

La pieza en la que se encontraban era de dimensiones reducidas, si se la comparaba con los espaciosos despachos que otros dignatarios ocupaban en los palacios apostólicos.

—El exorcista del Papa, por lo que veo, no gozaba de un gran estatus en el organigrama vaticano...

—Monseñor Amantini ya se había quejado en muchas ocasiones de esta desconsideración; y primero se murió que hubiesen cumplido la promesa de promoverle, a él y a su oficio, a un nivel superior. Como el Santo Padre le confesaba de modo confidencial cuando bajaba a este despacho, único que pisaba con cierta asiduidad: tropezaba con demasiados inconvenientes. *No corren buenos tiempos para el diablo*, decía.

En la estancia, además de la mesa de madera noble, con tapete de cuero orlado con incrustaciones de oro, donde ahora el cardenal y el ayudante de monseñor estaban sentados, había un pequeño retablo, en un extremo. La tabla central representaba a san Miguel, con yelmo y espada flamígera, y, a sus pies, un horrible demonio encadenado. Aquella especie de alcoba era el lugar en que monseñor Amantini llevaba a cabo sus exorcismos.

—Fueron numerosísimos, pudiéndose contar por miles, los que aquí se hicieron... —evocó, emocionado, el anciano Cugnoni—. Los posesos o que creían estarlo, las

más de las veces enfermos depresivos, le llegaban de la diócesis de Roma y de Italia y de todas las partes del mundo...

El cardenal Domenico Graziani se levantó un momento a curiosar, por lo que el padre Albertino detuvo su discurso.

—¿Qué es esto? —preguntó el purpurado, apartando un cortinaje que recubría una de las paredes de la habitación.

—En esa caja fuerte están encerrados todos los papeles de monseñor Amantini: casos de endemoniados... secretos que la Virgen o los santos han confiado a algún vidente... Profecías... En fin, ese tipo de materias.

—Profecías relativas al fin del mundo, me imagino —concluyó el cardenal, con un retintín de escepticismo.

—No debería su eminencia tomarse tan a la ligera estas cosas; sobre todo después de que a monseñor Amantini le ha costado la vida —le recriminó con respeto, volviendo a ordenar cuidadosamente los pliegues de la tela que el otro había descompuesto.

—Me decía... —volvió el cardenal a la conversación que él mismo había interrumpido.

—Al parecer, quien movía la cama a Su Santidad fue el alma o el espíritu de su antecesor...

—¿Se refiere a Juan Pablo I?

—Así es. Como su eminencia bien recordará, su muerte no estuvo nada clara. Y, en privado, ¡para que engañarnos!, todo el mundo piensa que hubo un crimen... —Se mordió la lengua demasiado tarde, con la sensación de haberse extralimitado en sus apreciaciones—. Su Santidad, ciertamente, no pensaba que Juan Pablo I anduviera vagando por sus aposentos, como alma en pena... Creía, más bien, que era el demonio quien sacaba provecho de esa circunstancia...

—¿Surtió el exorcismo el efecto deseado? —preguntó el cardenal sin demasiado interés, entre burlón y escéptico.

—Eso pienso yo —contestó ambiguo Cugnoli, levantando los hombros.

A pesar de todo, monseñor Graziani quedó intrigado.

Tres días estuvo meditando el cardenal Graziani por dónde comenzar su investigación, pues, de entrada, se le ofrecían muchas vías. Decidió que lo mejor sería abrir la caja fuerte del exorcista papal y ver qué papeles había dentro.

La llave la encontró en uno de los cajones de la mesa. Pero la combinación no aparecía en parte alguna, por lo que telefoneó al exorcista coadjutor.

—Monseñor nunca me la reveló, ni yo se lo pedí. ¿Cómo iba a imaginar una muerte tan fulminante y repentina? Dom Gabriele era muy cuidadoso en esas cosas y sumamente reservado... Pero déjeme pensar, y le llamo.

Mientras esperaba esa llamada, el cardenal se arrodilló casi por inercia ante la tabla de San Miguel. ¡Cuántas veces se habrá arrodillado aquí monseñor!, pensó, e hizo un esfuerzo por imaginarse lo que en tales momentos pasaría por aquella cabeza, pues la suya la tenía en blanco. A pesar de todo, tuvo que reconocer que sentía miedo, mucho miedo.

—*Sancte Michaël Archangele, esto praesidium contra nequitiam et insidias diaboli...* (San Miguel arcángel, sé nuestro amparo contra la perversidad y las acechanzas del demonio...).

El timbre del teléfono, que estaba puesto al máximo debido a la sordera de monseñor Amantini, le asustó, cortándole el rezo y la respiración.

—¿Su eminencia, monseñor Graziani?

—Soy yo mismo. ¿Ya averiguó algo?

—Poca cosa. Pero recuerdo que dom Gabriele guardaba la llave de la caja fuerte en su mesa, en el cajón de la izquierda...

—La llave ya la tengo.

—Y mientras daba a las tres ruedecitas de la caja, murmuraba *quis sicut Deus!* (Quién como Dios). ¿Si eso le sirve de algo?

—¿*Quis sicut Deus*, dice usted...?

Después de la escueta conversación, su eminencia se repantingó en el sillón del exorcista, echando la cabeza atrás, modo que adoptaba para cavilar. Pronto le surgieron ideas y concomitancias.

La caja fuerte tiene, efectivamente, tres ruedas, se decía, mirándola desde allí mismo. Y su combinación es numérica... *Quis-sicut-Deus*.

Tomó una cuartilla, y con gran secreto como si quisiera hurtarse de alguien que le estuviese espiando, comenzó a contar con sus dedos las letras del alfabeto latino y transcribir números sobre el papel. Al final aparecieron tres grupos de cifras: 15.19.9.17-17.9.3.19.18-4.3.19.17. Con la nota en su mano se plantó delante de la caja y comenzó a aplicar aquella numeración a cada uno de los discos.

—Q-u-i-s s-i-c-u-t D-e-u-s —silabeó mientras manipulaba, una tras otra, las tres

ruedas, traduciendo las letras en números. En sus dedos notaba el tic-tic-tic que daba la lengüeta metálica al lamer las muescas del mecanismo.

Tiró y la gruesa puerta blindada cedió. No había fallado su intuición.

Dentro, como si fuese el armario de una sacristía, aparecía todo muy ordenado. Observó largo rato los legajos y las carpetas. A decir verdad, no tenían el lustre de los libros encuadernados en piel, ni sus lomos estaban escritos con primorosa letra gótica. Ningún códice iluminado, ningún manuscrito valioso, ningún incunable... Mucha pobreza es lo que guardaba aquella caja de seguridad, a no ser que...

—¡*Clavis nigra!* —exclamó, leyendo el lomo de una vulgar carpeta de archivo, y la sacó.

El cardenal de Turín recordaba perfectamente que dom Gabriele, momentos antes de lanzarse al vacío, o de que misteriosas fuerzas lo empujasen, citó ese nombre.

Este cartapacio, se dijo, como si al hablar en voz alta ahuyentase su propio miedo, debe de encerrar el misterioso mensaje de que me hablaba.

Lo tomó y se sentó de nuevo. Durante unos instantes estuvo contemplándolo, concentrado sobre él.

—*Clavis nigra* —repitió el nombre que, en sí mismo, ya constituía un enigma.

Intentaba adivinar qué contenía. Sopesaba los pros y los contras de destaparlo. Incluso barajó la posibilidad de volverse atrás... Por fin, tiró de los cordones elásticos y lo abrió. Sus manos le temblaban.

De una acometida, voraz y atropellada, tal como solía hacer de estudiante cuando preparaba un examen, leyó los documentos, por encima, sin detenerse en las numerosas notas marginales y los papeles añadidos que iba encontrando; sin duda comentarios y reflexiones de monseñor Amantini. Las historias eran tan fantásticas que, de no tratarse de papeles en poder de un exorcista, hubiese pensado que eran apuntes de un escritor para confeccionar una novela de terror. Cerró la carpeta, dejando para luego una lectura más reposada y serena. ¿Asustado? Desde luego tenía motivos sobrados. Los documentos de la *Clavis nigra* estaban ordenados cronológicamente de abajo arriba, de modo que los más recientes fueron los primeros que ojeó.

Después de un prolongado lapso de tiempo, en que permaneció con los ojos cerrados y la cabeza echada sobre el respaldo del sillón, monseñor Graziani se decidió a abrir de nuevo la carpeta. Tomó el fajo de cuartillas escritas de puño y letra de dom Gabriele, probablemente días antes de la fiesta de Pentecostés; es decir, del terrible Pentecostés que le costó la vida. Las releyó, ahora cuidadosamente:

Esta mañana ha venido a visitarme Paolina Rutelli, monja agustiniana recoleta del monasterio de via Panisperna. Desde tiempo atrás me venía solicitando con insistencia una entrevista, que yo sistemáticamente aplazaba con diferentes excusas, confiando que la monja, al fin, se cansara y desistiese. Hoy, cuando he ido a mi despacho en el Vaticano, me la he encontrado en la puerta. No la conocía, pero al verla me dio la corazonada de que era la monja obstinada y testaruda.

—¿Tenías cita conmigo para hoy? —le he dicho con tono poco afectuoso, por cierto.

—Monseñor, soy sor Paolina, agustina recoleta —me ha respondido con una voz muy agradable, de ésas que seducen inmediatamente sin que uno sepa por qué—. Repetidas veces le he pedido, suplicado, que me concediese una entrevista... No puedo aguantar más. Necesito que arroje de mí el diablo que llevo dentro.

Las monjas de clausura me asustan. La búsqueda de Dios por la vía de la contemplación es tremendamente arriesgada. A veces, en el buceo hacia el interior, estas mujeres, poco preparadas en los caminos de la mística, llegan a confundir ensimismamiento con la percepción de lo divino. Tal confusión entre lo real y lo imaginario puede enfermarlas, hasta convertir sus propios desvaríos en visiones celestes, y sus voces interiores, que no son sino sus propias voces, en verdaderas revelaciones. No es raro que personas como éstas profeticen el día y la hora de su muerte y, ciertamente, se cumpla. Hasta tal extremo alcanza su poderosa imaginación. ¿Cómo distinguir en esas voces interiores cuáles son de Dios, cuáles nuestras e, incluso, cuáles del diablo? No sólo hace falta el don de discernimiento, sino también mucho sentido común, que es la cualidad primera y más importante para los de nuestro oficio.

En mis largos años de exorcista de Roma he tenido la oportunidad de ver y tratar a muchas monjas: nunca encontré a alguna verdaderamente endemoniada o posesa, más bien trastornada. Puede que la lectura de tratados místicos les cree metas inalcanzables, y esa misma frustración las angustie y obsesione de tal modo que les haga ver al demonio por todas partes. A muchas, por no decir a todas, les he recomendado la visita al psiquiatra; a psiquiatras católicos, que conozcan bien el mundo de la mística, porque los agnósticos o ateos pueden causarles daños irreversibles.

Si digo todo esto es para justificar las continuas negativas que di a sor Paolina Rutelli.

Necesito que arroje de mí el diablo que llevo dentro, me suplicó con tono atormentado. Rara vez la persona poseída te dice que lleva el diablo dentro, y menos, que se lo quites de encima. Así que, de entrada, sospeché que aquella monja lo que buscaba era protagonismo, notoriedad. Pero, ya que la tenía delante, procuraría curarla de ese mal.

Sor Paolina es alta, para mujer, y de buena planta. Su cara morena, de un bronceado de mar, aún lo parecía más enmarcada por la blanca toca. Pómulos, nariz y mentón bien dibujados. Tiene unos ojos grandes y negros; párpados de largas pestañas con un tic muy gracioso. Al sonreír, que es con frecuencia, muestra unos dientes pequeños y bien ordenados, pero sin esa blancura contundente de algunas bocas, que molesta. Sin embargo, lo que más me ha llamado la atención han sido sus labios, carnosos y sensuales, que, de haberlos llevado pintados, tal vez hubiesen resultado lujuriosos, irresistiblemente seductores.

El cardenal detuvo en este punto la lectura, acosado por una curiosidad: ¿por qué monseñor Amantini se esforzaba en dar descripciones tan detalladas? La respuesta se la daba el mismo monseñor a continuación.

Si describo todo esto es porque la presencia de la religiosa me excitó tanto como no había sentido nada igual desde mi juventud, y estoy camino de los setenta. Apenas podía dominar mis pensamientos que, una y otra vez, mientras hablábamos, se dispersaban, inquietos, curiosos, por saber qué cuerpo había debajo de aquellos hábitos. Aunque eran holgados y toscos, dejaban adivinar unas caderas, obra de manos de artista, una cintura de palmera y unos pechos cual dos crías mellizas de gacela... Por recurrir al libro santo del Cantar de los Cantares y no transcribir los términos que, en esos momentos, me venían a la boca. Ciertamente, sor Paolina Rutelli tiene una belleza perturbadora. En eso sí que me atrevería a afirmar que es *diabólicamente* bella. Me sentí atraído, como cuenta la Biblia de aquellos dos viejos que perdieron la cabeza por Susana, cuando la vieron desnuda, bañándose en su huerto. No sé si mi perturbación interior asomó a mis ojos o ella la advirtió en alguna vacilación de mi voz; lo cierto es que me miraba con esa seguridad desafiante que tiene la mujer cuando sabe que uno la ha colocado en un pedestal, y está interiormente arrodillado a sus pies. ¿Tenía sor Paolina, como aseguraba, el demonio dentro, o era el mismo demonio, en forma de mujer, lo que yo tenía delante? Mirándola, me vinieron *in mente* los escritos de los antiguos padres sobre la mujer y sus artes de seducción. Deduzco, por el tiempo transcurrido, que hablamos de muchas cosas, aunque ahora las recuerde muy confusamente. Eso mismo sirve para medir mi grado de turbación.

—¿Qué mociones sientes para llegar al convencimiento de que estás poseída? —le pregunté, rutinario, apático.

—No sabría explicarme, como tampoco por qué siento ganas de beber. Algunas veces, en sueños, he

visto salir de mi cuerpo al demonio.

Sus palabras me parecieron sinceras.

—¿Y cómo es?

—Como yo —me contestó, segura, rotunda, sin dudar.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para que no me traicionase el subconsciente y la espontaneidad. ¿Tan bella y seductora como tú?, es lo que iba a preguntar, y me dije mentalmente. Sor Paolina adivinó mis pensamientos. Lo supe porque a partir de ese momento me miraba de manera diferente. Durante un largo rato permanecimos en silencio. Yo, muy avergonzado, por una parte; y por otra, sin poder desasirme de esa mujer fascinante. ¿Estaría tendiéndome una trampa de la que, cada momento que pasase, sería más difícil escapar?

—Eso, como mucho, sería desdoblamiento de personalidad. Y nada tiene que ver con la posesión satánica... —respondí, por salir del apuro—. A los sueños no hay que hacerles mucho caso.

—Monseñor —me dijo, cogiéndome la mano con la espontaneidad que lo haría una niña frágil y desprotegida—, écheme el demonio fuera, antes de que sea demasiado tarde.

Este contacto fue para mí una descarga eléctrica que recorrió todo mi cuerpo, produciéndome un escalofrío rarísimo. Sentí que tiritaba, sudaba mi frente y mis dientes castañeteaban. Sensación que algunas veces experimenté en mis años jóvenes, cuando me embargaba la concupiscencia.

—¡Pero hija! —exclamé, retirando bruscamente la mano.

La religiosa captó sin duda mi estado de ánimo. Y mirándome fijamente, yo diría que con descaro, dejó su mano tendida sobre la mesa. ¿Para que la observase? ¿Para que la tomara? Mano cuidada, dedos largos, sensuales... En ese preciso momento tuve la seguridad de que alguna vez, no sabía cuándo ni tenía la cabeza despejada para recordar, yo estuve con esa mujer. ¿Era ésta la joven de dedos largos y yemas sensuales? No podía ser. Aquella muchacha ya se habría marchitado, y la que tenía delante estaba en todo su esplendor.

Me levanté como pude de mi asiento e hice un esfuerzo sobrehumano para no dejarme llevar de mi concupiscencia y abalanzarme sobre ella.

—Sal de aquí ahora mismo —le dije, señalándole la puerta.

—Monseñor, el día de Pentecostés, el Príncipe de este mundo aparecerá sobre la plaza de San Pedro y hará signos inconfundibles de su presencia. Usted podía y no ha querido evitarlo, como tampoco aquel arzobispo a quien se le rompió la copa de la cena...

—Después de que veamos esos signos, ya hablaremos. Ahora, vete y no vuelvas más.

Sor Paolina Rutelli se marchó, dejando en mí una confusión de ideas, sensaciones y sentimientos. Cuando me pude tranquilizar, intenté poner orden en mi cabeza. Puede que para aclararme lo mejor posible decidiese escribir todo lo que pasó en aquella entrevista.

Sor Paolina no me era una muchacha enteramente desconocida. Me recordaba alguna de las mujeres que conocí en mis años de juventud. Sus manos y sus dedos me causaban escalofríos, con sólo recordarlos... Por mucho que rechazase esa posibilidad, que iba contra toda lógica de edad y tiempo, no acababa de estar completamente seguro. Además, ¿cómo supo ella lo de la copa rota? Ni por sus años, que no alcanzaban aquel tiempo, ni tan siquiera había nacido; ni por su circunstancia local, enclaustrada en un convento recoleto de Roma; ni por el sigilo con que se llevó el caso, podía conocerlo. ¿Tenía dotes especiales para leer secretos, descifrar enigmas? ¿O de algún modo esta mujer era una endemoniada, como ella decía, y estaba más allá de la edad y del tiempo? Me pareció todo incomprensible y muy absurdo...

—Es un error confundir lo inusual con lo abstruso —dijo el cardenal, como si quisiera corregir al exorcista muerto o fuese capaz de aclararle sus dudas.

Una vez más echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Y así pasó un largo rato, tratando de poner claridad y orden donde parecía haber tanta confusión. La entrevista con sor Paolina Rutelli y los hechos narrados, por mucho que se pudiera hacer otra lectura, fueron ciertos y no se podían discutir. Y cobraban un interés extraordinario después de lo acaecido el día de Pentecostés.

—Sin duda, monseñor Gabriele, al contemplar toda aquella escena

fantasmagórica de la plaza de San Pedro, se acordó de sor Paolina y de esta entrevista, y puede que se lamentase de no haberle dado crédito —comentó en voz alta, como si él mismo fuese su interlocutor.

Súbitamente le sobrevino una curiosidad. ¿Cuándo tuvo lugar la entrevista? Los papeles que tenía delante no lo decían. Acudió, pues, a la agenda de monseñor, que estaba sobre la mesa, posiblemente donde él la dejó la última vez. La cinta estaba puesta en el sábado 10 de junio, víspera de Pentecostés. A partir de aquí, el cardenal fue recorriendo las páginas hacia atrás, leyendo las notas manuscritas de dom Gabriele. Ninguna le llamó la atención. Por fin encontró lo que buscaba. La última vez que le llamó sor Paolina Rutelli fue el martes 6 de junio. Así estaba claramente escrito: *Ha llamado la pesada de sor Paolina Rutelli. Le he dado largas.* No había otras notas más precisas.

Está claro que la entrevista se produjo algún día de la semana del 6 al 9 de junio, se dijo, sin saber muy bien qué añadía o aclaraba ese dato.

Por inercia continuó repasando la agenda hacia atrás. Se encontró con un papel impreso doblado, que debía de ser una página arrancada a alguna revista. Por lo amarillento de las dobleces se veía que tenía muchos años. Lo desplegó con cuidado para que no se le rompiera.

—*Ô là là* —exclamó sorprendido—. Esto sí que no me lo esperaba.

La página era de un *Playboy* o de alguna otra revista de semejantes características, y contenía la reproducción de una joven desnuda. El fotógrafo, un buen profesional, sin duda había sabido iluminar aquel cuerpo y sacarle todo el erotismo que llevaba dentro. Durante unos momentos, más de los necesarios si no hubiese habido complacencia por su parte, monseñor Graziani estuvo contemplando la imagen. Interiormente, pues ahora no lo dijo en voz alta, reconoció que aquella muchacha era bella y terriblemente seductora. Y le vinieron las palabras con que dom Gabriele retrataba a sor Paolina.

—¿Será la misma mujer?

Volvió a la cuartilla en que estaba la descripción. La releyó detenidamente, yendo del escrito a la página de la revista, y estableciendo las comparaciones. Tuvo que admitir que eran la misma persona. Demasiada similitud para que se tratase de pura coincidencia o casualidad.

La muchacha, casi una adolescente, estaba tendida sobre una roca, el mar rompiendo bravío detrás. La espuma aureolaba sus carnes, dándoles un halo de cielo. Las piernas comenzaban con unos pies tan perfectos, que el cardenal sólo recordaba haberlos visto en los ángeles del *Quinquecento*. Su cuerpo, tensado como un arco, descansaba sobre los brazos echados hacia atrás, de modo que los pechos sobresalían prietos, en todo su esplendor. Apoyada en la roca, la mano abierta con aquellos largos dedos por donde parecía escaparse la sensualidad. Y el ombligo, grande y redondo,

pozo profundo en medio de una llanura ardiente; el pubis negro, asomándose por entre las piernas, como sol al amanecer... Desde la página desplegada, la muchacha miraba con ojos ardientes y desafiantes, y su boca carnosa, entreabierta, dejaba asomar la punta de una lengua insinuante y provocativa. ¿Cuánto tiempo se entretuvo el señor cardenal en estas averiguaciones?

Unos golpecillos en la puerta rompieron su embeleso. El padre Cugnoni lo encontró con la mujer desnuda sobre la mesa.

—¿Conoce usted a esta mujer? —le espetó el cardenal, haciendo gala de buenos reflejos, antes de que el otro pudiera concebir una opinión equivocada.

—No sé —dijo, sin apenas haber mirado.

—Encontré este recorte de revista en la agenda de monseñor —constató secamente.

—¿En la agenda de dom Gabriele? —se sorprendió el padre Albertino, poniendo un gesto de incredulidad.

Tomó la fotografía para verla con detenimiento. Volvió a dejarla luego sobre la mesa y negó repetidas veces con la cabeza. Su eminencia dobló la hoja y la dejó en el libro, en la misma página donde la encontró.

—¿Qué hacía ese grabado, nada respetable, desde luego, en la agenda de monseñor? ¿Tiene usted alguna idea, por remota que sea? —Y como el padre mantuviese la boca cerrada, se atrevió a insinuar—: ¿Era dom Gabriele un viejo verde?

—Eminencia —protestó enérgicamente el padre Cugnoni—, hay cosas que no se deben presuponer y menos preguntar, sobre todo si se trata de dom Gabriele, y de dom Gabriele ya muerto.

—Perdone que disienta de su opinión. No estamos juzgando moralmente a monseñor, que en paz descansa, sino tratando de esclarecer cuál fue la causa de su muerte. O mejor dicho, intentamos averiguar unos hechos totalmente anormales, como son los acaecidos el día de Pentecostés, y qué papel jugó el diablo allí, si es que estuvo.

Luego cogió el cartapacio que él ya había leído y se lo pasó al padre Albertino.

—Lea, a ver cuál es su opinión.

—¡*Clavis nigra!* —exclamó asombrado.

—¿Es que nunca le habló monseñor de esta carpeta?

—A decir verdad, últimamente me habló mucho, pero siempre con reticencia y de una manera vaga, imprecisa. No sé si aquí habrá más de lo que me dijo.

Se sentó el padre Albertino en uno de los confidentes que había delante de la mesa donde estaba apoltronado su eminencia, y se dispuso a leer toda aquella abundante documentación.

La destrucción parcial del obelisco que se levanta en la plaza de San Pedro dio pie a que la prensa, las revistas serias, las seudocientíficas y las sensacionalistas, todas, se ocupasen durante cierto tiempo del suceso de Pentecostés, calificado de *misterioso* aun por los escépticos más recalcitrantes. El cardenal de Turín, al margen de sus personales investigaciones, también estuvo pendiente de lo que decían unos y otros.

Una de las cuestiones planteadas se refería a la naturaleza de los obeliscos: ¿fueron monumentos religiosos, funerarios o simplemente civiles? Las interpretaciones eran diversas y los argumentos para defenderlas muy dispares.

La primera referencia sobre estos monolitos procedía, según se afirmaba, de Herodoto: *Pheros, hijo de Sesostris, habiendo curado de una enfermedad de los ojos, consagró en el templo de Helios dos obeliscos de una sola pieza cada uno, ambos de cien codos de altura y ocho de lado*. Muchos egiptólogos aceptaron como válida esa mención del historiador griego e incansable viajero del siglo V antes de Cristo, quien, a su vez la recogió en el Egipto de su tiempo.

Los obeliscos, según la antigua tradición predinástica, nacieron milagrosamente de una piedra sobre la cual se posaba el sol naciente. Eran, pues, monumentos religiosos, dedicados al culto solar, y simbolizaban a Amón, dios itifálico, creador de todas las cosas.

Otros, escépticos, pensaron más bien que no fueron sino gnomons, por medio de cuya sombra los egipcios medían las horas.

Junto a éstos, había quienes los definían como elementos puramente decorativos; de ahí que se encontraran cerca de los pilones de los templos. Algún autor incluso trató de demostrar que tuvieron simplemente una finalidad mecánica. Según esta hipótesis, sirvieron como elementos sustentantes sobre los que se tendieron gruesos cables para la atracción de funiculares. No eran, pues, monumentos, sino aparatos de los que se valieron los arquitectos para elevar las pesadas piedras y construir las mastabas, los grandes templos y palacios... Toda esta literatura abundante y heterogénea poco aprovechó al cardenal.

—¿Por qué no recurrimos al profesor Figueroa Rosso, cuya ayuda solicitaron los arqueólogos de Valencia, cuando lo del santo cáliz?

—No es mala idea —tuvo que convenir su eminencia.

Según constaba en los documentos de monseñor Amantini, muchos años atrás, los profesores Beltrán y Mataix habían acudido a este prestigioso egiptólogo en busca de asesoramiento. Y fue él quien relacionó la inscripción cúfica *zahirati*, hallada en el pie del santo grial, con un jeroglífico demótico del obelisco vaticano... Ahora la colaboración del jesuita también podía serles de gran utilidad para descifrar la compleja y diabólica historia contenida en la *Clavis nigra*.

Los documentos que el cardenal y el padre Albertino acababan de conocer habían dormido durante casi cuarenta años en la caja fuerte del exorcista papal: ¿viviría todavía el jesuita en cuestión? Con unas simples llamadas telefónicas salieron de dudas. El padre Francisco Figueroa Rosso vivía, y muy cerca del Vaticano, por cierto: en la casa generalicia de la compañía, en Borgo Santo Spirito. Sin pérdida de tiempo, concertaron una entrevista para aquella misma semana.

El padre Figueroa, hombre corpulento, de cara grande, redonda y con pocas arrugas, les recibió en la sala de la enfermería, sentado en una silla de ruedas que él mismo manejaba a la perfección. Vestía sotana negra, sin alzacuello. Les sorprendió que el científico, de renombre internacional, fuera tan sencillo y espontáneo. A pesar de su edad y sus achaques, mostraba un espíritu joven y gran dinamismo. Como si se tratase de viejos amigos, a quienes ya esperaba, les tendió la mano y les saludó muy calurosamente, sin dejar que los otros se presentasen.

—Bueno, aquí me tienen, motorizado. La quimioterapia a la que me están sometiendo me deja para el arrastre. Ya les habrá dicho el hermano enfermero que tengo leucemia, no sé de qué grado... No, no estoy calvo —cortó la conversación, al ver que el padre Albertino miraba su monda cabeza—. Tenía todo mi pelo, pero antes de que se me cayese a rodales, me la afeité. Se me olvidaba, ayer cumplí ochenta años y hace tres que celebré mis bodas de oro.

El cardenal y el padre Albertino se miraron asombrados de una presentación tan original. Se trataba sin lugar a dudas de una persona muy extravertida y de trato franco, así que inmediatamente creó un ambiente amistoso, confortable, donde los recién llegados se sintieron a gusto.

—¿Qué les trae por aquí? —les dijo. Su eminencia ya se lo había adelantado sucintamente por teléfono. Cuando iba a exponérselo de nuevo, pareció recordar—: Ya sé, ya sé. Si les parece, vayamos a mi cuarto. Estaremos más cómodos y podremos hablar sin que nadie nos moleste.

Dándole a las ruedas con gran agilidad, enfiló por el ancho pasillo de la enfermería hacia el vestíbulo de los ascensores.

Su habitación era espaciosa, muy bien iluminada, con todas las paredes repletas de libros y una gran ventana desde donde se divisaba la basílica de San Pedro. El cardenal se acercó y se quedó contemplando largo rato el obelisco desmochado que se veía enfrente.

—Yo presencié desde aquí todo el aparato terrorífico de ese día —le confesó el jesuita—. Y vi cómo el rayo fulminaba el piramideón. De eso es de lo que ustedes querían hablar, ¿no?

—De eso y de otras muchas cosas —le dijo el cardenal, abandonando la ventana —, ya que los documentos, hallados en la caja fuerte del exorcista papal, vuelven todo más confuso y complicado.

Se acercó a la mesa, detrás de la que se había situado el profesor Figueroa sin abandonar su silla de ruedas. A una indicación de éste, aproximó un sillón y tomó asiento. El padre Albertino hizo lo mismo.

—Entonces, ¿por dónde comenzamos? ¿Hablo yo y les doy mi opinión, o me cuentan ustedes?

Por unos instantes el cardenal quedó indeciso.

—Será mejor que usted nos explique todo lo que sepa sobre ese obelisco —dijo señalando hacia la ventana.

—Para ser sincero, comenzaré confesándoles que el espectáculo que presencié desde aquí, con mis propios ojos, me horrorizó. Después, cuando averigüé con mayor detalle todo lo ocurrido en la plaza, la muerte del exorcista papal... quedé estupefacto. Por mucho que he reflexionado, no encuentro explicación lógica alguna...

—¿Es que las intervenciones diabólicas tienen lógica? —preguntó de un modo incisivo, irónico, el anciano Cugnoni.

El jesuita adivinó su intención.

—Veo que está ansioso por saber si este evento lo atribuyo o no al diablo. ¿No es eso? —Durante unos instantes, permaneció con los ojos cerrados, tratando de moderar su respuesta—. Le diré, padre Albertino, que no es nada fácil pronunciarse. Aunque, por otra parte, tampoco yo soy un experto en demonología. De eso usted entiende más que yo, sin duda.

El padre Cugnoni sabía, pues esa conversación la había tenido muchas veces con monseñor Amantini, que un sector muy significativo de la Compañía de Jesús no creía realmente en el demonio. Nada nuevo y nada de extrañar cuando numerosísimos teólogos, sacerdotes y obispos de todo el orbe estaban en las mismas condiciones.

—Me parece, padre Albertino, que nos estamos desviando de nuestro objetivo —intervino el cardenal Graziani—. Aquí no hemos venido a examinar las creencias del padre, sino a escuchar la autorizada opinión del profesor. Si los acontecimientos que tanto nos importan son diabólicos o no, tiempo habrá de dilucidarlo.

Su eminencia no tenía interés alguno de polemizar sobre la existencia del demonio ni sobre su identidad personal, ni menos exigir una confesión de fe al jesuita, de ahí que cortase por lo sano. El padre Figueroa Rosso no se sintió molesto en ningún momento por la insolencia del anciano sacerdote, que imputó más bien a celo intempestivo que a malicia; agradeció, sin embargo, que el cardenal se pusiera de su lado.

—Como les estaba diciendo —retomó su discurso el profesor—, el fenómeno de Pentecostés me dejó desconcertado, alucinado... Sentí una gran curiosidad por averiguar qué es lo que había ocurrido...

—¿Y ya ha sacado alguna conclusión? —se interesó el padre Albertino, tal vez

con la intención de borrar su metedura de pata anterior.

—Hasta el momento he estado desempolvando viejos estudios, recopilando datos que tenía dispersos... —Dio media vuelta con su silla de ruedas y cogió un fichero de la estantería que tenía detrás—. El obelisco de la plaza de San Pedro no es de los más altos, ciertamente. Mide 25,30 metros. El de la reina Hatshepsut en Karnak tiene 34,75. El historiador griego, Diodoro Sículo, habla de algunos que alcanzaban 120 codos, es decir, unos 55 metros...

El padre Figueroa Rosso los atosigaba con demasiados datos «que no venían a cuento», como se excusó en repetidas ocasiones, achacándolo a su deformación profesional; sin embargo, en la práctica, tampoco parecía muy dispuesto a corregirse. Los otros le escuchaban encantados, porque contaba las cosas con apasionamiento y chispa; incluso en las más áridas, sabía despertar interés. No era el típico erudito pedante y plúmbeo que, impúdico, aprovecha la menor oportunidad para exhibirse. Así pues, entre digresiones, siempre interesantes, les fue proporcionando la información: que los obeliscos procedían de las canteras de Assuán; que los artífices, empleando estacas húmedas que introducían en la roca, lograban, al expandirse aquéllas, separar enormes ejemplares de una sola pieza; que en el caso concreto del de Karnak, habían empleado siete meses en cortarlo y diecinueve en pulirlo y acabarlo; que, aprovechando las inundaciones del Nilo, los transportaban al lugar de destino sobre barcos contruidos ex profeso, desconociéndose las máquinas empleadas para erigirlos. Les habló de sus caras, ligeramente convexas, y de su vértice, el piramideón. Intencionadamente se entretuvo en esta parte, por ser la que el rayo satánico había fulminado el día de Pentecostés.

—Por el testimonio de Abd-el-Latif, geógrafo árabe del siglo XIII —les dijo, y dándole a su silla de ruedas, se acercó a la ventana, para que desde allí pudiesen seguir mejor sus explicaciones—, sabemos que el piramideón se forraba con láminas de oro puro o bronce dorado y era la parte más adornada y esculpida de todo el monumento... Sin embargo, no es éste el caso del obelisco vaticano que, al igual que el de la plaza de la Concorde de París, tiene su cúspide sin desbistar y presenta una especie de muñón. Bueno, ahora el de París lo han recubierto.

Cerca de la ventana, el profesor tenía instalado un trípode con un potente telescopio, de ésos que igual sirven para escudriñar el espacio celeste como para curiosear indiscretamente las ventanas de la vecindad. Pidió que le ayudasen a ponerse en pie. Con un ojo cerrado y el otro en un extremo del tubo, fue dando a diversas ruedecillas hasta dejar enfocando el artilugio hacia la coronilla del obelisco. Luego de contemplarlo durante unos momentos, invitó a los otros a hacer lo mismo. Primero fue el cardenal el que puso el ojo; luego el padre Albertino, quien por cierto se entretuvo más.

—¿Qué pensaban de los obeliscos nuestros antepasados, como para traer tantos a

Roma? —dijo sin dejar de mirar.

El Imperio romano, efectivamente, se había apoderado de la mayoría de ellos, levantándolos en varios lugares de la ciudad. A finales del siglo VI se contabilizaban seis de grandes dimensiones y 42 pequeños, que los bárbaros se encargaron de derribar. La pregunta no era tan baladí como parecía, pues si se tenía en cuenta que en 1877 los ingleses construyeron un buque ad hoc para transportar hasta Londres una de las agujas de Cleopatra, había que tomar en consideración los titánicos esfuerzos de todo orden que los romanos tuvieron que despilfarrar para llevar a cabo semejante hazaña.

—Es verdad que una empresa tan descabellada como ésta, que conjugó descomunales esfuerzos físicos, conocimientos técnicos y de ingeniería para sortear toda clase de obstáculos, no se lleva a término si no se tienen muy buenas razones. ¿Cuáles fueron? ¿Para qué ese derroche de energía? No cabe duda de que los romanos quedaron *seducidos* por estos monumentos raros y totalmente nuevos para ellos. ¿Sabían con certeza qué eran, cuál era su utilidad, fin y significado? ¿Los levantaron en su ciudad como simples trofeos arrebatados al pueblo subyugado? ¿Quisieron con ello incorporar los dioses del Egipto a su panteón? La pregunta del padre Albertino me la hice yo muchas veces y, honradamente, he de decir que no he encontrado aún una respuesta que me satisfaga plenamente... —Y volvió a insistir sobre las dificultades de la empresa—. Los antiguos romanos no sólo tuvieron que vencer los obstáculos del transporte terrestre y marítimo, sino los del propio alzamiento. Para que se hagan una idea les diré que en 1836, con mayores medios y técnicas, Apollinaire Lebas necesitó para la erección del obelisco de París 480 hombres, innumerables palancas y cabrestantes, diez potentes mástiles y toneladas de cables y pertrechos...

—¿Y qué hay del obelisco vaticano? —se interesó el cardenal, que prefería centrarse en su objetivo.

—Domenico Fontana, arquitecto del papa Sixto V, para ponerlo en pie necesitó 800 hombres, 48 cabrestantes, 140 caballos y un colosal andamiaje de madera. Y a diferencia del de París, que Lebas levantó en un solo día, para el de aquí, Fontana necesitó un mes...

—No me refería precisamente a la cuestión de su transporte y complicado levantamiento, sino más bien a sus jeroglíficos...

El padre Figueroa no pudo disimular un gesto de desagrado, apenas perceptible, y a punto estuvo de reprocharle si no le interesaba lo que él decía. Como todo sabio, le molestó que un interlocutor, por muy cardenal que fuera, hubiese valorado tan poco sus explicaciones. Después de unos momentos de silencio, dijo:

—Bueno, ya veo que a ustedes lo que les interesa son los jeroglíficos. —Remarcó la palabra con un retintín de displicencia—. Pues vayamos a ello.

Dio media vuelta a su silla de ruedas y, sin dejar que el cardenal le ayudase, se dirigió con gran presteza detrás de su mesa. Los otros se sentaron de nuevo. El padre Figueroa echó mano a su fichero, sacó algunas cartulinas con notas y las ordenó delante de sí.

—No todos los obeliscos llevan inscripciones como el de Montecitorio, levantado en aquella plaza en 1789 por Pío VI. Los obeliscos del Vaticano, del Quirinal y de Santa María la Mayor, por ejemplo, carecen de ellas. Basándose precisamente en ese hecho, algunos autores, como se ha publicado en la prensa de estos días, los reducen a simples aparatos, ingenios mecánicos para la construcción, invalidando el carácter sagrado, religioso o conmemorativo que la mayoría de los egiptólogos les concede.

—Pero el obelisco de la plaza de San Pedro sí tuvo inscripciones jeroglíficas, como usted mismo demostró...

Al profesor Figueroa Rosso le halagó este reconocimiento del cardenal, y llevado de su vanidad, encubriéndola de falsa modestia, le interrumpió para contar él mismo los hechos. No necesitó echar mano de sus fichas. Se veía que ese tema le apasionó en su momento, y lo conocía y recordaba muy bien.

—Ciertamente. Hace años y, por pura casualidad, como suelen ocurrir estas cosas, encontré en la Biblioteca Nazionale de Florencia un cuadernillo de Giorgio Vasari, que reproducía los jeroglíficos del obelisco vaticano. El pintor los copió con minuciosidad y detalle sorprendentes...

—¿Por qué los mandó borrar Sixto V?

—Veo, eminencia, que su curiosidad se adelanta a mi exposición. —Y sin responderle, le preguntó—: ¿Usted qué cree?

El cardenal Graziani quedó corrido durante unos instantes. Trató de situarse en la época y la piel de aquel pontífice. No era la primera vez que jugaba a este juego, al que con agrado suelen dedicarse los *papables*, por si acaso...

—Se me ocurre pensar que Sixto V consideraría que el obelisco era un ídolo —le contestó—; y que, para reutilizarlo como pedestal de la cruz, había que raspar los jeroglíficos, borrar todo signo del falso dios al que había pertenecido...

—Eso mismo creo yo —asintió el padre Figueroa Rosso, cortándole la explicación.

Y en vez de ir directamente al texto de Vasari y su traducción, que es lo que los otros deseaban, consideró indispensable facilitarles antes una breve explicación sobre los jeroglíficos. Les habló de Horus Apolo, el primero que intentó descifrarlos. Este autor de la Antigüedad, les puntualizó, interpretó la escritura jeroglífica en sentido puramente figurado, en la que cada signo tenía un valor independiente; ello dio origen a interpretaciones monstruosas... Citó a Amiano Marcelino, del siglo IV después de Cristo, a quien un sacerdote egipcio facilitó la traducción de los jeroglíficos del obelisco que Constantino mandó transportar a Roma... Dando luego

un salto de miles de años, les situó en el siglo XVII, en que una nube de egiptólogos, Pierio Valerius, Miguel Mercati, entre otros, dejándose llevar de su propia fantasía, intentaron de nuevo comprender la escritura... Con más detenimiento se detuvo con Zoega, quien en su obra *De obeliscis*, publicada en Roma en 1797, comentó y recopiló lo hallado en los antiguos escritores...

—Pero fue el gran Champollion el Joven quien, a raíz de la inscripción de Rosetta, halló el alfabeto y la clave correspondiente a la mayor parte de los signos. Él abrió la puerta a la investigación y encontró el camino del desciframiento...

—Y con este método, y las últimas aportaciones científicas, usted descifró los jeroglíficos del obelisco vaticano que copiara Vasari —adivinó el cardenal la conclusión y la deslizó, no sin una pizca de malicia, para abreviar el parlamento y centrar la conversación.

—Eminencia, acaba de suprimir tres o cuatro folios de mi discurso —se quejó con gracia el jesuita—. A veces, sin darme cuenta, me disperso.

El cardenal y el reverendo improvisaron una sonrisa. El padre Rosso colocó de nuevo las cartulinas en el fichero y fue a buscar algo a unos anaqueles que tenía en la pared de enfrente.

—¿Quiere alcanzarlo usted mismo? —le dijo al padre Albertino, señalándole un volumen.

No se trataba del cuadernillo de Vasari de la Biblioteca Nazionale de Florencia, sino de un corpulento estudio que el jesuita había publicado sobre aquél. Abrió el libro. Los otros se acercaron. Cuando tuvo a los dos, puestos de pie, mirando fijamente las páginas desplegadas, les dijo:

—Éstos son los jeroglíficos del obelisco vaticano. —Se detuvo para que los admirasen; luego, en vez de ir a la traducción que sin duda había en alguna parte, se puso a descifrarlos directamente—: *Cuando la humanidad comenzó a multiplicarse sobre la faz de la tierra, Jaldabaoth, el más reluciente, y sus ángeles vieron que las hijas de los hombres eran hermosas y, habiéndose prendado de ellas, descendieron al mundo y se unieron a las que prefirieron; y las mujeres les dieron hijos, que pronto llenaron la tierra de maldad y violencia...*

El cardenal y el ayudante del exorcista ya sabían, por haberlo leído en la *Clavis nigra*, que el obelisco vaticano y la naveta del santo cáliz procedían del templo de Heliópolis. Y que la inscripción aparecida en ambas piezas, «el más reluciente», que también se podía traducir por *Luzbel*, se refería a Jaldabaoth, como el mismo profesor Figueroa Rosso ya había indicado al arqueólogo Mataix, cuarenta años atrás. Si ahora se miraron el uno al otro, llenos de sorpresa, era por el texto concreto que acababan de oír.

—¿No es éste el mismo texto que aparece en la Biblia...?

El jesuita no dejó que el cardenal acabara de manifestar toda su estupefacción.

—Génesis, capítulo 6 —le cortó. Luego, dando por supuesto que sus interlocutores tendrían en la cabeza el texto bíblico, y las diferencias con el del obelisco, les explicó—: Es difícil de interpretar este episodio de la Biblia. El escritor sagrado, sin pronunciarse sobre el valor de esta creencia, se limita a constatar un hecho: la existencia en este mundo de una raza de superhombres perversos... El judaísmo y los Santos Padres han visto en estos *hijos de Dios*, como los llama la Biblia, a ángeles caídos, a los demonios.

El padre Albertino quedó superado por los cuatro costados con esta explicación.

—¿Quiere decir que los demonios se unieron con las mujeres y tuvieron descendencia?

—Yo no digo nada. El autor bíblico transcribe sin duda una leyenda popular sobre Gigantes, los *nefilim* en hebreo, que habrían nacido de la unión entre mortales y seres celestes... Yo me limito a constatar que esa leyenda o creencia queda reflejada en estos jeroglíficos, escritos miles de años antes de que apareciese el Génesis...

El cardenal y el padre Albertino se quedaron mudos durante unos minutos.

—Es todo esto tan extraño... —habló por fin su eminencia—. Antes de lo acaecido el día de Pentecostés, no hubiese tomado en cuenta ni en serio muchas de estas cosas; ahora, en cambio, no sé qué pensar. Estoy hecho un verdadero lío.

—¿Cree usted en el demonio? —soltó de sopetón el padre Albertino, mirando al jesuita.

Éste le devolvió la mirada, observándolo de arriba abajo, preguntándose a quién se le habría ocurrido nombrar exorcista a un hombrecillo con aquella pinta de enclenque y esmirriado, que el diablo difícilmente aceptaría como contrincante.

—Ya me lo preguntó usted antes; pero, como insiste, veo que mi contestación no fue lo suficientemente explícita. —Se quedó pensativo, como buscando las palabras justas—. Si creer en Dios ya resulta difícil para el hombre, ¿qué no será la fe en el demonio? —Y se removió en su silla de ruedas.

El cardenal, que había continuado cavilando por su cuenta, intervino de nuevo.

—Por si esta historia no era ya suficientemente extraña, tengo que contarles un raro hallazgo, que la complica aún más... —comenzó.

Entrelazó sus manos y las deslizó suavemente sobre su vientre, que, gracias a su ejercicio diario y su cuidada dieta, todavía se mantenía moderadamente plano. Luego, pensándolo mejor, se puso de pie y se acercó a la ventana. Los otros, sin moverse del sitio, siguieron sus pasos. Por unos instantes estuvo contemplando en silencio el obelisco desmochado.

—Nos tiene sobre ascuas —comentó el auxiliar del exorcista, que no aguantaba tanto suspense.

—Cuando me acerqué al obelisco —dijo señalándolo—, después de prestar los inútiles auxilios a dom Gabriele, vi, echado por los suelos, la esfera y la cruz. El

lignum Crucis y los cinco granos de incienso habían desaparecido del cofrecillo de Sixto V. Entre los restos calcinados sólo encontré un papiro intacto con un texto jeroglífico...

—¿Un papiro con un texto jeroglífico dentro del cofrecillo de Sixto V? ¡Qué cosa más chocante! —se sorprendió el jesuita.

—Naturalmente, encontrar un pergamino protocolario no me hubiese extrañado, pero un papiro con jeroglíficos...

El hermano enfermero llamó a la puerta, interrumpió la conversación y asustó a los tres que, cariacontecidos y ensimismados, parecían estar resolviendo algún arduo problema.

—Perdonen, pero es la hora del padre, y me lo tengo que llevar —se excusó.

¿Es la antesala de la cámara papal un ágora donde, mientras se espera audiencia, se cuentan chismes? La respuesta sería diferente y diametralmente opuesta según a qué funcionario vaticano formulásemos la pregunta. Lo bien cierto es que, a pesar del decoro y mitificación con que se quiere rodear al Sumo Pontífice, los comadreo y intrigas no sólo corren sino vuelan por aquellas nobles salas, asustando a veces a las mudas pinturas que los escuchan desde las paredes. Así fue en el pasado, y así sigue siendo en el presente. Para ser más precisos y no exagerar, nos limitaremos a lo que le sucedió a monseñor Domenico Graziani.

Aquella mañana del mes de septiembre, el cardenal tenía concertada una audiencia con Su Santidad, y esperaba sentado en un rincón a que le llegase su turno. Otros purpurados, mucho más viejos, al otro extremo de la sala, cuchicheaban en corro; de vez en vez, se volvían hacia él. No hacía falta ser muy avisado para darse cuenta de quién estaban hablando. A poco, los cardenales del grupo se pusieron a pasear pausadamente, con una mano al pecho, jugando con la cruz pectoral. Los altos prelados, y más si se han formado para la carrera diplomática en el Colegio de Nobles Eclesiásticos o instituciones similares, tienden a enredar con el crucifijo que les cuelga sobre el pecho o con el anillo pastoral. Gestos tan inocentes puede que sean un tic, como el de los políticos ponerse la mano en el bolsillo, pero a monseñor Graziani no le pareció así. Tal vez, por ser él mismo cardenal, vio algo maquiavélico en los colegas de capelo que se le acercaban.

—Creíamos que su eminencia estaría en Turín, muy atareado con la ostensión de la Santa Síndone —habló el de mayor edad, que hizo de portavoz.

Aunque solamente habían transcurrido dos años desde la última exposición pública de la Sábana Santa, tenía lugar una nueva, extraordinaria, debido al Jubileo del año 2000 que se celebraba en Roma. No iban, pues, desencaminados los prelados vaticanos al extrañarse de que monseñor Graziani no estuviera en su diócesis, atendiendo a la multitud de peregrinos que diariamente se acercaban a su catedral a venerar la sagrada reliquia.

—Pues ya ven, aquí estoy, obediente a la llamada de Su Santidad.

—Últimamente parece que le visita con *mucha* frecuencia... —subrayó otro, desconfiado.

Muy pocos conocían la secreta misión que el Papa le había encomendado, de ahí que interpretasen con recelo su continua presencia en los aposentos pontificios. Como monseñor Graziani no soltase prenda, probó suerte otro purpurado.

—Lenguas maliciosas van diciendo por ahí que su eminencia está haciendo méritos... En fin, que está labrándose a pulso la imagen de *papable* y trata de *ganarse* el favor del Santo Padre, a costa de monseñor Sodano...

—¿Quién va diciendo semejantes majaderías?

—«Se dice el pecado, pero no el pecador». Ya sabe, ésa es la regla. Nosotros le informamos por su bien, para que se ande con mucho cuidado, no sea que resbale y sea más dura la caída...

Vetados por su edad a entrar en el próximo e inminente cónclave, estos príncipes de la Iglesia trabajaban, no obstante, o al menos andaban espigando, en favor de algún candidato amigo. No habiendo sacado nada claro del arzobispo de Turín, cambiaron de tema.

—¿Se ha enterado de lo de las recoletas de via Panisperna?

Monseñor Graziani había prestado poca atención a los chismes anteriores, pero éste le interesó.

—¿Qué pasa con las monjas agustinianas?

—Hace un rato monseñor Mazzella, su protector, ha entrado a despachar con el Santo Padre —habló de nuevo, bajando la voz, el cardenal de mayor edad, alto y seco como los bacalaos en salazón que tanto le gustaban—. «Para una vez que encuentro un capellán que le gusta el confesonario, me las embaraza a todas...», gritaba, nervioso, mientras a grandes zancadas cruzaba esta sala...

—¿Eso dijo?

—Eso dijo; y bramaba, echando chispas —corroboró otro de los presentes, intentando agrandar el enredo—. Todos nos hemos quedado de piedra. En Roma esas monjas gozaban de gran fama de ser unas santas... ¿Su eminencia tiene idea de lo que ha pasado? ¿Ha oído algo?

Lo poco que su eminencia sabía de aquellas monjas y su monasterio de via Panisperna lo había leído en la *Clavis nigra*. Así que guardó el secreto y nada les dijo.

Inesperadamente, el Santo Padre sufrió una de sus frecuentes indisposiciones transitorias y tuvieron que suspenderse las audiencias del día. Sin pérdida de tiempo, el cardenal volvió al despacho del exorcista y se recluyó una vez más a revisar sus papeles. De nuevo tenía ante sí las cuartillas manuscritas de dom Gabriele, que hablaban de sor Paolina Rutelli. Al releerlas, ahora con mayor detenimiento, experimentó de una manera extraña las emociones, sentimientos y excitaciones que monseñor Amantini decía haber sufrido. No sólo eso: una fuerza interior, insuperable, que anulaba su propia voluntad, le empujó a buscar el recorte de prensa donde aparecía la mujer desnuda.

—De verdad es *diabólicamente* bella, como decía dom Gabriele —se confesó a sí mismo, mientras, sin poder evitarlo, la deseaba con todo su ser.

Fue providencial, como tuvo que admitir en su fuero interno, que en ese momento viniese a llamar a la puerta el padre Cugnoni.

—¿Le pasa algo, eminencia? —le preguntó, al verle tan congestionado. Sin

esperar a que le respondiese, descubrió desplegada sobre la mesa la fotografía de la mujer—. No sé si sabrá que, incluso a través de una imagen, el demonio puede poseer a una persona. Está jugando con un ser mucho más inteligente que el hombre, y es un juego muy peligroso...

El cardenal se sinceró, confesando al anciano sacerdote todo lo que había sucedido desde que oyó la noticia de las agustinianas en el palacio apostólico hasta su llegada.

—Precisamente venía yo a comunicárselo. —Y volviendo a su comentario anterior, continuó—: Vamos a necesitar la protección de san Miguel más de lo que su eminencia imagina... Presiento que tenemos muy cerca al demonio, acechándonos como león rugiente, según escribe San Pedro. No sé qué me dice que en todo esto de las recoletas de via Panisperna y en lo de sor Paolina Rutelli anda Satán con sus legiones diabólicas... —aseguró convencido y muy preocupado, y sin que fuese ésa su intención, metió miedo en el cuerpo del cardenal.

Después de orar largo rato en silencio, el padre Albertino rezó en voz alta y con gran firmeza la oración *Sancte Michaël Archangele* de León XIII.

—Es, como su eminencia bien sabrá, más que una plegaria de liberación, un verdadero exorcismo —le explicó al finalizar.

—Ya sé, ya sé.

Reconfortados y con mayores ánimos después del rezo, se dispusieron a analizar los pocos datos que tenían sobre lo acontecido en el monasterio de Panisperna. Les pareció que no podían enjuiciar ni juzgar una situación tan delicada como aquélla, valiéndose de informaciones, imprecisas y contradictorias, de segunda mano. ¿Cuántas monjas había embarazadas? ¿Los embarazos eran consecuencia de simple fornicación o había algo más? ¿Podía hablarse de intervención demoníaca? Llegaron a la conclusión de que tenían que averiguarlo personalmente. Sería el padre Cugnoni, más versado en todo lo relacionado con el Maligno y su maléfica actividad, quien se desplazase al monasterio. Entrevistaría a las monjas, estudiaría el caso y diagnosticaría de qué clase de demonopatía se trataba, en el supuesto de que la hubiera.

El anciano ayudante del exorcista papal, sobradamente conocido en los círculos religiosos, no necesitó mostrar las credenciales que le autorizaban a aquella inspección rutinaria. Fue recibido por la madre abadesa en la sala de acogida. Después de largo coloquio, tras la triple reja de clausura, le dio la impresión de que en el monasterio de via Panisperna la vida se desenvolvía con entera normalidad. Las horas canónicas, a su tiempo, y la regla, cumplida santa y escrupulosamente. Recogimiento en las celdas, rigor en la clausura, austeridad en el refectorio, silencio en el claustro, comedimiento en las conversaciones, pudor y recato en las visitas externas... ¿Dónde estaban, pues, las ocasiones de pecado? La madre abadesa o no

estaba al corriente de lo que sucedía en su propia casa, o mentía con gran aplomo y refinamiento. Pensó el padre Albertino que sería bueno escuchar el parecer del capellán, por ser viejo y juicioso: ¿qué cosas se le podían haber escapado a él? Además, llevaba muchos años sirviendo en aquel convento.

Pietro Ostiani, ochenta años más o menos, era de esos sacerdotes faltos de ambición, a quienes desde el seminario se les veía predestinados a capellán de monjas; o mejor, de ésos cuyo obispo, tras el primer nombramiento, olvida para siempre. En el caso del padre Ostiani, bien es verdad que también él hizo lo mismo. Poco echó de menos a sus superiores jerárquicos; ni tan siquiera pisó las lujosas alfombras persas que el moderador de palacio había comprado para ornar las estancias del vicariato de Roma.

El capellán de las recoletas recibió al coadjutor del exorcista en su vivienda: una pequeña construcción aneja al ábside de la iglesia, dentro del recinto mismo del monasterio. No cabía la menor duda de que la casita, por su ubicación y estructura, había tenido en otros tiempos función bien distinta y posteriormente se había habilitado para ese fin. En la pared izquierda del pequeño zaguán sobresalía un arco de piedra, cegado, con una leyenda gótica.

—*Porta, per hanc, invenitur coeli* (A través de ésta, se encuentra la puerta del cielo) —leyó el padre Albertino—. Curiosa inscripción.

—Pero la verdad es que no da a parte alguna —le contestó el otro.

—¿No se trata, pues, de una puerta tapiada?

—De ser así, en el interior de la iglesia, en la parte del ábside, tendríamos el mismo arco, ¿no le parece? —Y sin esperar la afirmación de su colega, añadió—: Pues no hay nada.

Del vestíbulo pasaron a una habitación pequeña con una ventana que daba a un angosto patio, entre dos contrafuertes de la iglesia. Aquella *biblioteca*, como la calificó el capellán con generosa elasticidad del término, era más bien un conato frustrado de librería. Había una mesa de despacho y una vieja estantería adosada a una de las paredes, que hacía tiempo perdieron su color blanco.

—Tengo pocos libros —reconoció con humildad antes que el otro los contara—, pero eso sí, mucha fe.

—De libros andamos sobrados en estos tiempos. —Le siguió la corriente—. No hay sacerdote que no acabe con algún doctorado, y si es en ciencias profanas, mejor que mejor. Todos quieren hacer carrera. En cambio, hay poca piedad y menos fe. ¿Quién cree hoy en el demonio, pongo por caso?

Los dos ancianos sacerdotes congeniaron al punto y se cayeron bien. Después de dedicar algún tiempo a lamentarse de la inmoralidad reinante, de la falta de vocaciones y la permisividad en los seminarios y casas religiosas, que tanto daño estaba haciendo a la religión católica, el padre Albertino condujo la conversación al

objeto de su visita.

—¿Qué hay de verdad acerca de unas monjas de este convento que, según se dice, han quedado embarazadas? —Como el capellán no esperase una pregunta tan directa, y quedase sorprendido y mudo, siguió el otro—: El mismísimo cardenal protector de las agustinianas lo iba pregonando, hace unos días, por los pasillos vaticanos.

El padre Ostiani dio por supuesto que el exorcista lo sabía todo; así que, sin tapujo alguno, se decidió a darle su versión de los hechos.

—Nunca he sido partidario de que se nombre a sacerdotes jóvenes para confesores de monjas, mayormente si hay novicias. Y menos aún, si son modernos, guapos, aseglarados... de ésos que hacen deporte y no se ponen la sotana ni para celebrar... Más que curas parecen actores de cine americano. Y así pasa luego lo que pasa. Claro que hoy día, por otra parte, ¿qué cura quiere sentarse en el confesonario? No sé adónde iremos a parar. El descreimiento es una peste que está arruinando a la Iglesia...

El diagnóstico era enteramente compartido por el padre Albertino, pero éste no quería divagar por esos derroteros, sino centrarse en el caso de las embarazadas del monasterio.

—Por lo que usted insinúa, algo tuvo que ver el joven confesor en todo este asunto...

—Bueno, yo no puedo afirmarlo categóricamente ni poner la mano en el fuego, porque no lo vi. Pero si no fue él, ¿quién pudo hacerlo?

El asunto era vidrioso y muy delicado. Por lo que el padre Cugnioni intuía, el anciano capellán no era imparcial en sus apreciaciones. Estaba claro que no le caía bien el joven director espiritual del monasterio y veía con prejuicio sus actuaciones. No obstante, necesitaba escuchar todo lo que tuviera que decirle; tiempo tendría después para separar trigo y paja, y hacer sus propias evaluaciones.

—¿Qué le mueve a pensar que el autor de los embarazos fue el director espiritual?

El capellán, ante una imputación tan grave, no se puso nervioso, ni echó marcha atrás. El exorcista advirtió inmediatamente que el otro no había hablado de manera atolondrada e irreflexiva, sino que tenía su propia hipótesis basada en hechos; que fueran o no reales, era otra cuestión.

—¿En qué se fundamenta? —le apuró.

El padre Ostiani cerró los ojos, entrelazó sus manos sobre el fajín que circundaba su panza de campesino y balanceó la cabeza suavemente. Era una forma muy eclesiástica de decir «¿por dónde empezar?». Al fin se decidió a tirar del hilo, comenzando por donde él mismo había iniciado a seguir las pistas.

—¿Se acuerda usted de Miguel de Molinos?

Dicho así, el padre Cugnioni creyó que se estaba refiriendo a algún sacerdote

conocido, y se quedó pensativo. Se le adelantó el otro, levantándose y poniendo sobre la mesa uno de los pocos libros que había en su librería.

—*Guía espiritual* de Miguel de Molinos —leyó el exorcista, cayendo ahora en la cuenta y haciendo aspavientos—. ¡Claro, claro! ¡Miguel de Molinos!

Y por cortesía, más que por curiosidad, ojeó el volumen, editado en Italia en 1675.

—Un varón ejemplarísimo, prudente, de vida y costumbres intachables —se puso el capellán a hacer el panegírico—. Gente de todas partes, clase y condición le escribieron miles de cartas, deseosos de aprender el nuevo método de vida espiritual que él proponía, pidiéndole que orientase sus conciencias. Roma e Italia entera se lo disputaron por tenerlo como maestro espiritual... Tiene en sus manos un libro muy celebrado en su tiempo. Los cardenales Casanata, Carpegna, Azzolini y D'Estrées se honraban con su amistad. Los cardenales Coloredi, Petruzzi, Ciceri y el mismo Clemente XI fueron partidarios incondicionales de su *Guía*, que acabó siendo condenada por el Santo Oficio, al igual que él...

El padre Cugnoni, a medida que el capellán hablaba, se estrujaba la mollera por recordar exactamente quién fue Miguel de Molinos y cuáles habían sido sus doctrinas. Y sobre todo, qué relación guardaba aquel místico del siglo XVII con las monjas embarazadas de ahora. Sus esfuerzos, en aquel momento, resultaron inútiles y no consiguieron aclararle nada.

—¿A qué viene, en el asunto que nos ocupa, Miguel de Molinos y su *Guía*? —preguntó, como quien se rinde ante un acertijo embrollado, devolviéndole el libro.

—Este libro se lo encontré a una novicia. Yo no se lo había prestado. ¿Quién podía ser sino su director espiritual, ese padre confesor, guapo y moderno, del que le hablaba...?

—¿Y...?

—Y esa novicia es una de las tres monjas embarazadas.

—¿Fornicación mística? ¿Es eso a lo que usted apunta?

El capellán asintió de manera rotunda. Por la brevedad de la exposición y la seguridad con que lo había dicho, dedujo el exorcista que el padre Ostiani tenía las ideas claras, tan claras, que los hechos, que no estaban probados ni aparecían por parte alguna, los daba por acaecidos. Le hizo ver lo arriesgado de su planteamiento.

—Los efectos están ahí: embarazos de algunos meses, según dicen. La causa, ya se la he dado: las doctrinas místicas con que el joven confesor las ha ido inficionando. A usted le corresponde establecer y probar el nexo de causa a efecto.

El anciano Cugnoni se despidió, rumiando para sí que la hipótesis de trabajo del padre Ostiani no carecía de imaginación; aunque la base en que se sustentaba era endeble, de poca sustancia y totalmente circunstancial. Pero en fin, si el libro de Miguel de Molinos era una pista, comenzaría la investigación por ahí.

Sin decir nada a nadie, y menos al cardenal Graziani, lo primero que hizo el padre Cugnoni en los días siguientes fue averiguar todo lo tocante a Miguel de Molinos, que el capellán, si no otra cosa, le metió bien adentro esa curiosidad. Pensó que donde mejor podía documentarse era en la Biblioteca Gregoriana, y allí se fue.

¿Quién fue Miguel de Molinos? A poco de leer en las grandes enciclopedias eclesiásticas, ya se encontró con una sorpresa, y tuvo una corazonada. Molinos, tras lograr el doctorado en la ciudad de Valencia y ordenarse *in sacris*, obtuvo un beneficio en la parroquia de Santo Tomás y el cargo de confesor de monjas. En su cuaderno tomó nota y subrayó esa doble circunstancia: *sacerdote joven y confesor de monjas*. Como el italiano de via Panisperna, pensó. ¿También sería guapo como éste?, se preguntó curioso. Copió de nuevo: *hombre de mediana estatura, bien formado de cuerpo, de buena presencia, de color vivo, barba negra, aspecto seductor, por lo que pronto conquistó las simpatías de las mujeres, que le abrieron las puertas de sus casas y sus conciencias...* Sin darse cuenta había comenzado, como juego, a despejar el acertijo.

Desde bien joven, pues, Miguel de Molinos se dedicó a dirigir conciencias, y en todos los conventos y monasterios se hablaba de él. Fue un maestro, un guía espiritual indiscutible. En Valencia ejerció su apostolado durante doce años, luego se trasladó a Roma, como procurador de una causa de beatificación, y allí estableció su residencia definitiva. La enciclopedia consagraba casi todas sus páginas al período italiano de Molinos, que al parecer había sido el de mayor esplendor y trascendencia. Y facilitaba datos nimios, como los de sus domicilios. Había residido en via del Corso, junto al arco de Portugal; en via della Vite; y cerca de San Lorenzo in Panisperna, donde vivía con dos clérigos españoles en 1685, cuando, cogiéndole totalmente desprevenido, se lo llevaron a encerrar los del Santo Oficio. El exorcista anotó un dato más en su cuadernillo: *vivió cerca de San Lorenzo in Panisperna*.

¿Quién fue Miguel de Molinos? El protestante Gilberto Burnet lo comparaba con Descartes, diciendo de él que había sido el restaurador del cristianismo como éste lo había sido de la filosofía. Y, amén de los muchos cardenales que siempre tuvo de su parte, gozó del favor del papa Clemente XI, que trató de elevarlo a la dignidad cardenalicia... Sólo los de la Compañía de Jesús, al parecer, desconfiaron desde el primer momento de sus enseñanzas. Y así, mientras toda Roma lo adoraba y leía entusiasmada su *Guía espiritual*, que en seis años tuvo veinte ediciones y fue traducida a diversas lenguas, el padre Segneri se atrevió a criticarlo durísimamente en su libro *Accordo della orazione e del riposo nella orazione*. A pesar de su lucidez no tuvo éxito, y fue desestimado como obra propia de la envidia. No obstante, los del Santo Oficio investigaron las acusaciones que se iban levantando contra Molinos y su libro, cada vez más graves y numerosas. Aunque no se atrevieron a lanzar ninguna condena formal, se quedaron con la mosca detrás de la oreja... y pidieron

secretamente informes a España por saber si era, como afirmaban algunos, descendiente de moros o de judíos, tacha que en Roma solían poner a los españoles sospechosos de malas doctrinas.

El caso Molinos explotaría a raíz de la carta que el cardenal Caracciolo dirigió al Papa en 1682, sobre los excesos de los *quietistas*. Según esta denuncia, los *quietistas* de Nápoles y Roma formaban una especie de secta pitagórica con iniciaciones esotéricas y conventículos secretos donde se enseñaban peligrosísimos errores de moral. La intervención del cardenal Caracciolo y, sobre todo, la del rey Luis XIV, que estaba persuadido de que los *quietistas* eran partidarios de la casa de Austria y, por lo tanto, enemigos de los intereses de Francia, forzaron a que, por fin, el Santo Oficio tomara en serio las denuncias y procediera contra Miguel de Molinos, como hereje.

Durante veinte años, según leía el padre Cugnoni, los conventículos *molinosistas* se fueron extendiendo por toda Italia, como mancha de aceite que avanza de modo imperceptible e imparable. Cuando el Santo Oficio se decidió a intervenir en 1686, se dio cuenta de cuán extendidas y profundas eran ya las raíces del mal. Para extirparlo, inmediatamente apresó a setenta personas en Roma, algunas muy distinguidas; al final del año ya había en las cárceles de la Inquisición más de doscientas de toda Italia. Advirtió igualmente que todas las monjas de la ciudad y de otras partes, excepto las dirigidas por los jesuitas, estaban más o menos inficionadas. Ese mismo año, el cardenal Cybo, en nombre del Santo Oficio, dirigió una carta a los obispos y superiores regulares exponiéndoles los errores y peligros gravísimos que entrañaba el *quietismo molinosista*, encargándoles que persiguiesen con diligencia sus conventículos e impidieran nuevas creaciones, y que ningún sacerdote inficionado se acercara a ningún monasterio o convento de mujeres...

A medida que fue adentrándose en el conocimiento del personaje y sus doctrinas, el exorcista pensó que el capellán Ostiani puede que no anduviese tan desencaminado como él creyó al principio. ¿El confesor del monasterio de via Panisperna había revivido y aplicado hoy las doctrinas que vivió y predicó Miguel de Molinos en el siglo XVII? Tuvo que admitir que conservaba una idea del molinosismo muy superficial y borrosa, después de que hiciese tantos años que dejó el seminario. Así que para refrescar su memoria acudió al *Enchiridion Symbolorum* de Denzinger, donde estaba seguro de hallar un resumen de las proposiciones condenadas. Efectivamente allí encontró no una sino sesenta y ocho afirmaciones doctrinales *damnatae tanquam haereticas*, condenadas como herejías en 1687 por un decreto del Santo Oficio y por la constitución papal *Coelestis Pastor*.

De confirmarse las sospechas del capellán Ostiani, el padre confesor y las monjas serían seguidores de las doctrinas de Molinos. En este supuesto, los embarazos no habrían sido simplemente fruto de la debilidad humana, sino la consecuencia de unas prácticas carnales que presuponían la previa perversidad de la conciencia y la moral

cristianas. Anotó puntualmente en su cuadernillo algunas de las proposiciones más significativas:

El que entregó a Dios su libre albedrío de ninguna cosa ha de tener cuidado. Ni hacer caso alguno de las tentaciones ni oponerles resistencia. Si la naturaleza se conmueve, hay que dejarla, pues es naturaleza.

Dios permite y quiere que el demonio cause violencia en el cuerpo de sus elegidos y les haga cometer actos carnales y pecaminosos, moviendo físicamente sus manos y miembros contra su voluntad.

Puede darse el caso de que estos impulsos carnales se den al mismo tiempo en dos personas de diferente sexo, y que hagan el acto carnal.

Cuando se dan estos impulsos, hay que dejar obrar a Satanás sin que de nuestra parte hagamos resistencia alguna. Si se siguen poluciones, masturbaciones y actos obscenos, y aun cosas peores, no hay que inquietarse, sino echar fuera los escrúpulos, las dudas y los temores, pues por ese medio el alma se hace más alumbrada y adquiere la santa libertad. Estas cosas mejor es no confesarlas porque así se vence al demonio y se adquiere el tesoro de la paz.

Por esta vía interior se llega al punto de no sentir ni experimentar inquietud alguna, como si se tratase de un cuerpo muerto. Entonces es imposible todo pecado.

Este camino interior nada tiene que ver con la confesión ni los confesores, ni con los casos de conciencia... Las almas perfectas no tienen por qué confesarse, pues Dios suple en ellas el efecto del sacramento, dándoles directamente y por sí su divina gracia.

El exorcista, después de estudiar detenidamente cada una de las proposiciones de Miguel de Molinos, vio que la Iglesia no sólo las había condenado justamente como heréticas y escandalosas, entre otras calificaciones, sino también como *christianae disciplinae relaxativae* (relajadoras de la moral cristiana). Y esto le pareció lo más grave de doctrina tan seductora.

Ya con todos estos datos, aunque nada concluyentes, se decidió a informar a monseñor Graziani, y se citaron para verse en el despacho vaticano de monseñor Amantini. El cuarto, después de tantos días cerrado, olía a polvo y humedad. Abrieron las ventanas de par en par y se sentaron a la mesa. El padre Cugnoni ardía en deseos de hablar.

—Usted dirá —le dio la palabra el cardenal.

Cuando acabó de contarle detenidamente toda la historia, desde su entrevista con el capellán Ostiani hasta sus propias investigaciones sobre Miguel de Molinos, su eminencia se quedó cavilando un buen rato, como si estuviese atando cabos.

—Efectivamente, como usted bien la ha definido, la doctrina de Molinos es diabólicamente seductora. De ahí que tantos se dejasen atrapar en sus redes... Y puede que tenga algo que ver con el caso de las embarazadas de Panisperna... —

Después de una pausa, le preguntó—: ¿Ha averiguado si Miguel de Molinos, en su etapa valenciana, fue capellán o confesor de aquel monasterio de Santa Tecla? ¿No apareció en ese convento románico, cuajado de obscenidades, una cripta con cadáveres de infantes alrededor de una estatua de Jaldabaoth?

Como el exorcista no recordase con detalle los hechos demoníacos relacionados con aquel monasterio, volvieron a la *Clavis nigra* donde se guardaban todos esos documentos.

Dos historias y muertes misteriosas se superponían en el relato escalofriante que desde Valencia se remitió a la Santa Sede. A medida que iban repasando los hechos, saltaban las concomitancias y similitudes con los últimos acontecimientos de Roma.

—Allí apareció el fenómeno de las monjas embarazadas, que las autoridades eclesiásticas valentinas zanjaron precipitadamente, echándole las culpas al pobre capellán que se ahorcó. En ese mismo monasterio, durante el siglo XVII, habitaron las famosas beatas... Su piedad y estilo de vida, ¿no le recuerdan las doctrinas de Miguel de Molinos, que usted acaba de exponer? —Y sin esperar a que le contestara, siguió —: Por eso le preguntaba antes si Miguel de Molinos tuvo alguna relación con el monasterio de Santa Tecla...

Releyó una vez más las descripciones de las obscenidades esculpidas en el claustro y en la iglesia de las bernardas; la *desorientación* del templo; el descubrimiento de la cripta *ab orto lucis sidere*, donde aparecieron cadáveres de niños de pecho alrededor de una estatua de Jaldabaoth, testimonio mudo de antiguas ceremonias satánicas; las muertes misteriosas del arquitecto, el deán, el archivero y todos los que tuvieron que ver en la investigación...

—¡Dios mío! —exclamó el exorcista, echándose las manos a la cabeza—. Desde que el cáliz de la cena se le quebró al arzobispo de Valencia, Jaldabaoth aparece por todas partes. Hasta aquí ha llegado con lo del obelisco... y no dudo de que también esté implicado en todo este asunto del monasterio de Panisperna. Demasiadas casualidades, ¿no le parece?

—No es cuestión de lo que a mí o a usted nos parezca, si no de investigar, paso a paso y con rigor. Desde luego no debemos precipitarnos en sacar conclusiones. Por el momento, tenemos muchos caminos abiertos, muchas *casualidades*, como usted dice.

—Ya veremos si estas casualidades no acaban siendo causalidades... —reprochó veladamente su incredulidad.

Como primera medida, cursaron un oficio urgente y secreto al arzobispo de Valencia, rogándole que remitiera una información puntual y completa sobre la vida y los movimientos de Miguel de Molinos, natural de Muniesa de Aragón, especificando en qué conventos de monjas fue capellán mientras residió en la ciudad. Como suponían que tal informe referido a una persona y hechos del siglo XVII sorprendería al prelado, le explicaron el probable nexo que aquellos acontecimientos demoníacos,

a través de los siglos, pudieran tener con lo acontecido en el monasterio valenciano de las bernardas en los años cuarenta. Para mayor aclaración le citaban la fecha en que el penitenciario mayor de entonces remitió a la Santa Sede el expediente reservado, del cual sin duda obraría copia en los archivos secretos de la curia valentina.

Mientras llegaba la averiguación solicitada, el padre Cugnoni volvió de nuevo al monasterio de via Panisperna a efectuar una inspección más profunda y en toda regla, entrevistando una a una a todas las religiosas, estuviesen o no embarazadas. Quiso empezar por la misteriosa sor Paolina Rutelli, la monja *endemoniada* que tanto impactó a monseñor Amantini, según él mismo lo había dejado escrito en la *Clavis nigra*.

—Está fuera —le dijo la madre abadesa—. Nuestras hermanas de Turín me la reclamaron, y allí la dejé ir. Todos los monasterios de la orden se la disputan, quieren verla y oírla. ¡Qué cosas tan hermosas dice! Es una mujer extraordinaria, de una gran vida interior y una piedad profunda. El Señor la visita con frecuencia y la honra con revelaciones y gracias sobrenaturales, aunque ella, humilde, discreta y reservada, lo niega todo...

Porque le cortó el decir, si no la madre abadesa aún estaría cantando las alabanzas de la ausente. Tales elogios y enaltecimientos contradecían lo que el padre Cugnoni sabía por otra parte, lo cual le desconcertó aún más. ¿Era sor Paolina Rutelli una endemoniada, como ella misma confesó a monseñor Amantini, o un ángel de Dios, como aseguraba, convencida, la abadesa? Fuera como fuese, en aquel monasterio estaban sucediendo cosas muy raras y difícilmente explicables.

No fue fácil llevar a cabo la investigación, pues las monjas o eran muy hábiles o eran tontas, pero ninguna, ni siquiera las preñadas, supo darle razón de los hechos. A fuerza de insistir una y otra vez, sacó en claro que el joven y guapo confesor, contra el pronóstico del padre Ostiani, no había tenido arte ni parte en ello; al menos, las implicadas lo negaban rotundamente. En los interrogatorios, sin embargo, la que aparecía constantemente era sor Paolina, y sus misteriosas visitas a las celdas de sus hermanas.

—Su sola presencia me encandilaba y con sólo besarme en la boca quedaba arrebatada y transida de un amor tan profundo que nunca antes sentí cosa igual. Al recordarlo, se me pone la carne de gallina... —le confesó una de la monjas.

Ésta era la experiencia que, al menos alguna vez, habían probado todas las del convento. Por mucho que indagó, no le quedó claro si las prácticas lesbianas llegaron a mayores, ni si las religiosas tenían plena conciencia de ello; más bien parecían estar convencidas de que se trataba de fenómenos místicos con que Dios las regalaba. ¿También los embarazos eran una bendición divina? Porque el médico de la comunidad había certificado que tres novicias estaban preñadas, aunque las

interesadas no supieran cómo y de quién. ¿Sería sor Paolina Rutelli una embaucadora que *preparaba* a las otras monjas para que el director espiritual, sin advertirlo ellas, entrase en sus celdas y las poseyera carnalmente? Esta hipótesis no le parecía concluyente por falta de pruebas, pero ¿quién si no podía haber sido...?

Cuando había terminado con la última novicia, alguien llamó a su puerta. Era el padre Ostiani, que venía a convidarlo a una singular correría a la que él, a su vez, acababa de ser invitado.

—¿No estamos un poco viejos para subirnos a los andamios? —le contestó remolón, pero sin ánimo de echarse atrás.

En vista del Jubileo del año 2000, se estaba lavando la cara a las iglesias de Roma y a algunas no solamente por fuera. La del monasterio de Panisperna poseía, a decir de los estudiosos, pinturas valiosísimas en su cúpula, que con el paso del tiempo, los humos y la desidia, habían quedado renegridas, irreconocibles. También les había llegado su hora. Hacía casi un año, un equipo de expertos trabajaba día y noche, incansable, por restituir las a su estado primigenio. Un lienzo enorme, sin resquicio, cubría completamente la cúpula e impedía desde abajo apreciar los resultados. Aquel día, el director técnico invitó al padre Ostiani a que le acompañase antes de que se retirara el andamiaje.

—Nunca tendrá una ocasión como ésta de ver tan de cerca las maravillosas pinturas que han aparecido.

La curiosidad fue más fuerte que sus ochenta años y pensó que al padre Albertino, de inspección en el monasterio en aquel momento, también le gustaría agregarse a la visita.

—No todos los días podemos pasearnos por una cúpula. Y se señaló a sí mismo para desvanecer los reparos de edad y achaques que aducía su colega.

El montacargas los subió hasta el tambor, y desde allí pasaron a los entablados. Al levantar la cabeza, se tropezaron con un fuego tan vivo y de tales resplandores que les pareció entrar dentro del sol mismo. Un pantocrátor insólito ocupaba el centro de la composición.

—Nunca había visto un pantocrátor con un cetro en su mano —observó, todavía deslumbrado, el capellán.

Cuando los ojos se fueron acostumbrando, vieron en torno a ellos una enorme multitud de imágenes de vivísimos colores. El restaurador, profesor Bonechi, les proporcionó una silla a cada uno y permaneció mudo, dejando que sus invitados disfrutasen de aquella visión.

—¡Pero esto no es el cielo! —exclamó, defraudado, escandalizado, el padre Cugnoni, cuando advirtió qué personajes y qué escenas tenía delante.

Alrededor del Sol, aparecía el paraíso terrenal como un inmenso círculo, donde una multitud de hombres y mujeres desnudos, solos, emparejados o en grupos,

danzaban y se entremezclaban en centenares de actitudes y posiciones promiscuas. Todo lo pecaminoso tenía lugar allí... La pintura patentizaba que era el pantocrátor solar quien producía aquel torbellino de voluptuosidad, aquella transgresión gozosa, aquella orgía de todos los placeres y todos los sentidos...

Si el padre Cugnioni hubiese conocido las pinturas de El Bosco, inmediatamente le hubiese venido al pensamiento *El jardín de las delicias*. En la cúpula estaba representada la gigantesca concha, alegoría del sexo femenino, aprisionando entre sus valvas a una pareja entrelazada; la esfera de vidrio, símbolo de la fragilidad del amor carnal; el desmesurado hongo *ithyphallus impudicus*, con su sombrero en el extremo superior, imagen inequívoca del falo y la homosexualidad; la fuente de la eterna juventud; el estanque de la voluptuosidad, donde unas mujeres desnudas se bañaban a la espera de que los jinetes de la ronda del deseo, que montaban caballos desbocados y otras bestias, las poseyesen... Y si se hubiese fijado bien, hubiera advertido que aquella cúpula, nefanda, abominable, según él, era una combinación, una mezcla de ese cuadro y de aquel otro: *La mesa de los Pecados Capitales*.

El Cristo vigilante, con la inscripción *Cave, cave, Dominus videt* (Ten cuidado, el Señor te ve), que en el cuadro de los *Pecados Capitales* ocupa la pupila del ojo simbólico, había sido reemplazado por un pantocrátor inquietante, enigmático... ¿O era un animal?

—¡Jaldabaoth! —exclamó estupefacto, al identificarlo con las descripciones que de él había leído en la *Clavis nigra*.

En aquella cúpula el exorcista no veía el ojo omnisciente de Dios que vigila y alerta al hombre contra la práctica de los siete pecados capitales, sino al mismísimo Jaldabaoth, pupila del Sol esplendoroso, que alentaba y movía con extraordinaria energía el mundo de los seres humanos, convertido por obra y gracia suya en original y alucinante *Jardín de las delicias*.

Al reparar en la cara transmutada y pálida que se le había puesto, le preguntaron qué le había impresionado tanto y quién era el tal Jaldabaoth. En medio de la conmoción que todavía le embargaba, les contó cómo aquel pantocrátor, que los especialistas aún andaban retocando, coincidía con las descripciones de un demonio aparecido en Valencia, muchos años atrás, y que dijo llamarse de ese modo.

—¿No ven en ese pantocrátor a un ser antropomorfo, con cabeza de carnero, con manos de garra y pezuñas en los pies? —les gritó, agitado, inquieto, turbado—. ¿No ven cómo nos miran sus ojos, enormemente grandes, llenos de odio y furor, o son alucinaciones mías? Y ese enorme cetro que lleva en su mano, ¿acaso no es un pene en erección?

El profesor Bonechi, que durante tanto tiempo había permanecido mudo, intervino al escuchar aquella interpretación.

—Cierto. No se trata de un pantocrátor —les confirmó—. Al principio, también

nosotros lo creímos, pero a medida que afloraba la imagen, vimos aparecer una figura temible, espeluznante, impropia del Dios Creador... Y cuál no sería nuestra perplejidad al descubrir que lo que empuñaba su diestra no era un cetro sino su propio pene enhiesto...

El padre Ostiani sintió que se mareaba y pidió bajar. Lo hicieron los tres y se sentaron en un banco.

El profesor Bonechi, al ver el interés y la curiosidad que mostraba el anciano Cugnoni, les contó todo lo que sabía sobre aquella cúpula.

—Cuando aparecieron esas escenas de desnudos, eróticas, licenciosas, depravadas o como se las quiera llamar, todos nosotros pensamos en El Bosco. En el aspecto fantástico, inquietante y extraño de su pintura. En sus hombres bestiales y animales antropomorfos, que representa con una crudeza realista. En su interés moralizador, equívoco y confuso... Todo era un trasunto de su *Jardín de las delicias*. —Se dio cuenta de que sus interlocutores no conocían suficientemente al pintor y sus cuadros y dejó de insistir—. Pero fuimos de sorpresa en sorpresa. En primer lugar, las pinturas de la cúpula, según los expertos, pertenecen al siglo XIII. ¿Las conoció El Bosco? ¿Se inspiró en ellas? ¿Copió de aquí? Éste es un dato oscuro, incomprensible, si, como parece, el pintor nunca estuvo en Italia. Otra incógnita: ¿quién concibió y plasmó las pinturas de esta cúpula y para quién? Una hipótesis, de las que estamos barajando, relacionaría este fresco con la secta de los *cazzari*, que, como ustedes saben, consiguieron arraigar en Italia. En el siglo XI aparecen en Monteforte y Piamonte; en el siglo XII, en Orvieto, Calabria, Sicilia, Cerdeña y Roma. Del XIII, siglo de su apogeo, es precisamente esta cúpula. A finales de ese siglo dejan de existir. Sólo quedarán pequeños grupos diseminados hasta el siglo XV...

El capellán no quedó muy convencido de la relación que el profesor acababa de establecer.

—¿Cómo iban los cátaros a levantar semejante monumento a la lascivia cuando ellos pretendían pasar por los *puros* por excelencia? ¿No execraban la sexualidad y condenaban toda comunicación entre los sexos?

Los cátaros, herederos en la Edad Media de la doctrina dualista que en siglos anteriores habían seguido novacianos, maniqueos, priscilianistas, paulicianos, creían en el doble principio universal: el Bien, creador del mundo invisible y espiritual; el Mal, creador del mundo material. Consecuentes con esa ideología practicaban un ascetismo severo, no tocaban a la mujer y rechazaban todo lo relacionado con el sexo.

El profesor Bonechi no supo qué responderle.

—Si he dicho lo de los cátaros —se justificó—, es porque ésa fue la conclusión a la que llegaron los teólogos del Vaticano que estuvieron por aquí. Para ellos fue fundamental el encabezamiento del libro que el pantocrátor lleva en su mano derecha.

Desde allí abajo era imposible leer la inscripción, aun en el supuesto de que no lo

hubiera impedido la tela que ocultaba la cúpula.

—¿Qué dice el libro? —preguntó intrigado el padre Albertino.

El profesor Bonechi recapacitó un momento.

—*Ego sum Satana-El* (Yo soy Satanael) —respondió pensando cada una de las palabras.

Para muchas de las sectas en que se dividían y subdividían los cátaros, Satana-El fue uno de los dos hijos de Dios, dotado de poder creador. Un buen día, se rebeló contra el Padre, y fue expulsado del cielo con sus ángeles. Satana-El creó, por su cuenta, un segundo cielo y una segunda tierra; y al hombre para que la habitase... Jesucristo o Miguel, el otro hijo de Dios, fue enviado para salvar al hombre y, con el fin de evitar la contaminación de la materia, no se encarnó, sino que entró por un oído de la Virgen y salió por el otro. Fue, pues, hombre tan sólo en apariencia. Jesucristo o Miguel venció a Satana-El, que perdió sus atributos divinos y quedó convertido en Satán...

—Satana-El, ¿eso es lo que está escrito? —prorrumpió angustiado el exorcista—. No cabe la menor duda de que nos encontramos en un templo dedicado a Satán, lugar sin duda endemoniado desde el día que lo erigieron... —Y dirigiéndose a su colega, le increpó—: ¿Qué pruebas quiere más?

—No eche por la tremenda, por favor —intentó calmarle el padre Ostiani—. Sólo he dicho que esos herejes rechazaban de pleno el sexo y la pasión carnal, hasta el punto de desaconsejar el matrimonio e imponer la castidad perpetua... Su doctrina y la severa ascesis que practicaban difícilmente son compatibles con el desenfreno carnal y lascivo que aparece en esta cúpula.

El profesor Bonechi no conocía las doctrinas cátaras, y callaba, escuchando a los dos eclesiásticos, que en cambio sí parecían dominarlas lo suficiente para meterse en discusiones.

—Ésa es precisamente la paradoja de los cátaros, como la de tantos místicos. Y usted tiene el ejemplo palpable de Miguel de Molinos —dijo el padre Cugnoni, retrayendo lo hablado días atrás—. Fustigan los vicios... y se dejan arrastrar a los más graves y desordenados pecados de la carne, seguros de que lo importante es el hombre espiritual... Una doble moralidad: he ahí la grandísima patraña de Satana-El o de Jaldabaoth...

Un estruendo inesperado e inexplicable, como el de un trueno que hubiese estallado a sus pies, les asustó e hizo dar un salto.

—¿Qué pasa ahí arriba? —gritó el profesor a sus operarios.

Y a gritos le contestaron:

—Estábamos echando la plomada desde los ojos del pantocrátor, por ver qué objeto del suelo miraba, como usted nos ordenó, cuando se nos ha caído de las manos...

La plomada con un agujijón en su punta había impactado en una losa, no lejos de donde estaban. El estrépito inicial, como un fragor que se refractase, fue muriendo poco a poco. Se acercaron a ver. La pesa había desaparecido, tragada por el mismo boquete que había producido. El orificio era limpio, pulido; un experto artesano no lo hubiese hecho con más perfección. Se miraron maravillados, sin saber qué explicación tenía aquel fenómeno.

—Ahora, al menos, sabemos adónde mira el pantocrátor —dijo el doctor Bonechi, sin darse cuenta de que sus palabras ponían mayor misterio al suceso.

—Si no fuera porque su mirada atraviesa el suelo... —comentó, muy afectado, el capellán.

—*Porta, per hanc, invenitur coeli* —dijo el padre Cugnioni, con la solemnidad de quien recita una fórmula mágica.

Los otros se le quedaron mirando, esperando mayor aclaración.

—Aquí debajo hay una cripta secreta, puede que desconocida durante siglos, y creo que sé dónde está la puerta de entrada —afirmó convencido, dejándose llevar de su intuición.

El padre Ostiani cayó inmediatamente en la cuenta, y puso en antecedentes al profesor. Fueron los tres al zaguán. Después de inspeccionar minuciosamente el arco tapiado, pasaron al exterior...

—En efecto —aseguró el doctor Bonechi—. Este arco no abre directamente a la iglesia, por eso no se encuentra en ella vestigio alguno. Yo diría que da a una caja de escalera, perfectamente camuflada en el contrafuerte, y esa escalera baja a la cripta o sala subterránea...

La cúpula esotérica y los ojos del maligno Jaldabaoth atravesando las losas de la iglesia les habían impresionado. Aunque no lo confesasen abiertamente, el miedo les atenazaba el alma; pero su curiosidad era aún mayor. Detrás del portillo, condenado durante siglos, ¿qué había?, ¿qué enigmas o misterios se ocultaban? Allí mismo decidieron, guardando el mayor sigilo, echar abajo las piedras que obstruían el paso y *descender* al cielo. Eso, al menos, escribieron quienes alguna vez traspusieron aquella puerta.

—Debemos llevar esta acción en el secreto más estricto —insistió machaconamente el profesor—. Los del Vaticano, después de la polvareda que ha levantado la controvertida rehabilitación de la fachada de Maderno, y las críticas que les han llovido de todos los sectores, están muy suspicaces. Y muy alarmados por lo de esta cúpula... Nos han ordenado retocar las pinturas para dar una visión menos desvergonzada e irreverente, en una palabra: más ortodoxa... No quieren polémicas ni escándalos, ni que alguien venga hurgando... ¡Sólo les faltaría ahora lo de la cripta! Se me puede caer el pelo. ¿Me comprenden ustedes?

Durante los días siguientes el padre Cugnioni no pudo dormir enteramente una

sola noche; cuando lograba conciliar el sueño, se veía inmerso en terribles pesadillas. Como el profesor Bonechi tanto les había hablado de El Bosco, procuró documentarse sobre él y estudiar las reproducciones de todos sus cuadros. Sí; no le cabía la menor duda de que el pintor de Aquisgrán también estuvo tocado de catarismo, y todas sus pinturas, aparentemente moralizantes, no eran sino una incitación persuasiva a gozar de los placeres de la vida. Lo vio claro en *El jardín de las delicias*, en *Las tentaciones de San Antonio* y, de manera palpable, en una de sus composiciones más felizmente concebidas: *El carro de Heno*. La obra, al parecer, era una atrevidísima transposición del profeta Isaías: *Toda carne es heno y toda gloria es hierba de los campos*; pero el mensaje verdadero no era el del profeta sino el del Eclesiastés: puesto que la carne y sus placeres son efímeros y el tiempo fugaz... *Comamos y bebamos que mañana moriremos*. ¿No es eso lo que decía ese faz de sonrisa enigmática, sibilina, que, desde uno de sus cuadros, se vuelve hacia el espectador? ¿No podía ser ésa una de las infinitas caras de Jaldabaoth? Ese rostro, blancuzco, liviano, le surgía en medio de sus sueños, ensueños o alucinaciones, haciéndole burla...

Un día por la tarde, el padre Ostiani le telefoneó.

—La puerta está despejada y libre; y el señor Bonechi impaciente por bajar —le comunicó conciso, como si le transmitiese un mensaje cifrado.

El padre Albertino apenas le contestó con un *vale*, tan breve como poco entusiasta. A decir verdad, tenía miedo. No podía quitarse de la cabeza sus sueños inquietantes, turbadores, y menos, al doctor Guillem Lodares de Valencia que, como ellos iban a hacer ahora, bajó un día a una cripta endemoniada y nunca más volvió a salir. No, no se trataba de un juego, de una aventura, como parecía tomarlo el profesor; ni de un divertimento curioso, sin mayores consecuencias, como creía el capellán...

Antes de bajar por aquella escalera helicoidal que se abría a sus pies, les advirtió el exorcista de lo peligroso de su excursión.

—Es una incógnita lo que ahí abajo nos aguarda —dijo, echando un sermón—. Pero, a juzgar por lo que nos rodea y por lo que mi propia experiencia me dice, vamos a penetrar en un lugar que aún puede que esté impregnado de energías diabólicas...

—No nos asuste, padre Albertino —le cortó el capellán—. Me parece que es de los vivos y no de los muertos de los que tenemos que cuidarnos.

—No vamos a enfrentarnos ni con los vivos ni con los muertos, sino con Jaldabaoth. Y nadie le desafía impunemente y en vano. Yo sé muy bien lo que digo... No estará de más que vayamos bien pertrechados. —Y dio a cada uno un puñado de sal bendecida, callándose lo poco que le valió al canónigo Lodares.

Se santiguaron los tres, y tomaron las potentes lámparas eléctricas que se habían

procurado para la ocasión. El profesor Bonechi iba delante, le seguía el capellán y el exorcista cerraba la fila. Comenzó el descenso. La escalera, garganta de lobo por lo estrecha y oscura, apenas se iluminó con sus luces.

—*Dominus regit me, et nihil mihi deerit... Nam et si ambulavero in medio umbrae mortis, non timebo mala: quoniam Tu mecum es* (El Señor es mi pastor, nada me faltará... Aunque caminase en medio de la sombra de la muerte, no temeré nada: porque Tú estás conmigo) —recitó el exorcista súbitamente y con voz tan recia, al observar que la densa tiniebla de la escalera no desaparecía, que asustó a los otros.

—Por favor, padre Albertino —le recriminó el capellán, aún con el susto anudado en su garganta—, si ha de rezar, hágalo para sus adentros.

Descendían lentamente, tentando cada uno de los ajustados y resbaladizos peldaños. A medida que avanzaban, la oscuridad se hacía más espesa y sus luces apenas alumbraban más allá de sus propias narices. Los tres advirtieron el extraño fenómeno, pero nadie se atrevió a comentarlo.

—Esta escalera parece no tener fin —dijo con voz trémula, poco alentadora, el señor Bonechi.

—Tres tramos de seis escalones cada uno he contado yo —contestó el capellán, y bien se advertía que no era su intención puramente contable, sino hablar por disipar el miedo.

—Seis, seis, seis. He ahí el número de la Bestia, según el Apocalipsis de San Juan —sacó como conclusión el padre Albertino.

Tres tramos y dieciocho escalones en total no constituían una profundidad excesiva, pero en medio de aquella noche oscura y del espeso silencio, en el que sus pasos, casi ingrátidos, resonaban como tumbas abiertas, parecían marcar el descenso al abismo. Habían llegado al fondo y permanecían apelonados, sin que nadie se atreviese a avanzar. Dirigían sus lámparas en todas direcciones y sus luces no tropezaban con pared u obstáculo alguno.

—Nunca me imaginé que la oscuridad pudiera ser tan densa —dijo el padre Ostiani, después de un carraspeo para aclararse la voz.

—Es imposible que esta cripta no tenga fin. Lógicamente sus proporciones deben de ser más reducidas que la iglesia, que es pequeña —añadió el profesor.

—La lógica, siempre la lógica. Como si el mundo, y los mundos que hay dentro del mundo, necesariamente debieran caber en la cabeza de Descartes... —rezongó el anciano Cugnoni.

Nadie le replicó, pues tenían conciencia de estar inmersos en no sabían qué sitio, donde los parámetros de la ciencia convencional habían dejado de funcionar. Estaban desorientados, en cualquiera de las acepciones que se quisiera interpretar esa palabra; el miedo, que los atenazó desde el principio, les crecía por momentos. Tampoco nadie quería ser el primero en dar la vuelta y correr escaleras arriba...

—Miren allá —señaló el profesor, como si su dedo fuese visible.

Bien sea por el tiempo transcurrido, bien por otras causas desconocidas, sus ojos se habían acomodado a la oscuridad, aunque no llegaban a abarcar totalmente el espacio.

—¡Es la plomada! —chilló el capellán, sin poder reprimir el atisbo de alegría que le daba ver en aquel misterio envolvente un objeto conocido.

La pesa cilíndrica, de bronce, resplandecía como un ascua de oro suspendida en medio de la tinieblas; sólo al acercarse pudieron comprobar que estaba clavada sobre un altar de mármol, negro como el ébano.

—Un enigma más. ¿De dónde le viene ese resplandor? —comentó el anciano Cugnoni, metiendo instintivamente su mano en el bolsillo y palpando la sal bendecida.

El doctor Bonechi, encandilado, seducido, fue atraído como la polilla hacia la llama.

—¡Cuidado, no la toque, puede ser peligrosa! —le advirtió, demasiado tarde ya, el exorcista.

La plomada, en sus manos, volvió a la oscuridad y a ser lo que era: un peso, un metal. Pero en el altar continuó reverberando un círculo luminoso, como si el Sol se asomara a través de un boquete abierto en la bóveda.

Con recelo y mucha cautela se acercaron los demás. Delante tenían el haz solar, vertical, dorado como un cabello de ángel, que chocaba contra el ara. Su curiosidad los impulsó a levantar la vista, persiguiendo su origen.

—¡Jaldabaoth! —exclamó aterrorizado el padre Cugnoni, apartando los ojos, como si la visión le hubiese cegado.

Los otros, en cambio, quedaron mirando. A través del agujero que, días antes, hiciese la plomada al caer, veían la cúpula como un cielo abierto, lleno de luz... El pantocrátor, cuyos ojos encendidos caían perpendicularmente sobre el altar, relucía lujurioso en medio del Sol, y todas las figuras de personas y animales danzaban y se movían en un torbellino sexual inimaginable.

—¡Apártense!, ¡apártense! —se desgañitó el exorcista, tirándoles de las ropas—. El demonio de la lujuria puede poseerles para siempre... ¿No ven que ése es el cielo donde los demonios copulan con los humanos, engendrando así los monstruos que nos destruyen?

Y mientras lo intentaba, casi inútilmente porque sus amigos habían quedado hipnotizados, dio voces a san Miguel y a todos los santos, esparciendo como pudo la sal que llevaba en su bolsillo.

Los granos bendecidos, arrojados a boleo, brillaron como diminutas estrellas en la noche oscura, y su contacto con las fuerzas del mal desataron una terrible tormenta de relámpagos y truenos ensordecedores como la del día de Pentecostés... El padre

Albertino pensó que se había abierto el infierno... ¿Cuánto duró todo aquello? ¿Sucedió físicamente o sólo en su cabeza?

Al despertar se encontraron echados por el suelo, maltrechos; y ahora sí, pudieron ver con horror todo lo que les rodeaba. Un ayyy histérico se ahogó antes de salir de sus gargantas. Incontables momias en distinto grado de descomposición, de pie, vestidas con tocas monacales, los contemplaban con unas cuencas sin ojos y una risa burlona, gélida, que las bocas descarnadas convertían en macabra.

¿Qué había sucedido, en tiempos remotos, en aquella cueva satánica? Aunque el padre Ostiani y el profesor Bonechi se hicieron la pregunta más tarde, pasado el susto, prefirieron olvidar lo ocurrido; sin esclarecer siquiera si lo que les acaeció fue o no real. Tapiaron nuevamente el arco, y su inscripción de *porta coeli* quedó como recuerdo de una broma diabólicamente pesada. El padre Cugnioni, en cambio, no pudo echar tierra sobre el asunto. ¿Estaban celebrando aquellas monjas alguna ceremonia satánica, cuando una muerte súbita las momificó de aquel modo? Y la comparación con la misa negra, descrita en la *Clavis nigra*, le venía a la cabeza. Después de darle muchas vueltas, estructuró una hipótesis sobre la escena que le pareció verosímil. En las misas satánicas, que indudablemente se celebraron en el monasterio de Panisperna, la novicia, elegida para la ceremonia, era tendida en el altar, de tal modo que el rayo de luz cayese sobre sus ojos. Mientras veía, alucinada, cómo los ángeles y los humanos rodaban en el cielo superior, copulando de mil modos y formas, el sacerdote la penetraba físicamente, y ella sentía en su cuerpo el poder y goce de Jaldabaoth...

No dejaba de ser una teoría. Sin embargo, el hecho oscuro, embrollado, de las novicias embarazadas estaba ahí, aún sin resolver... ¿Sería el director espiritual el instrumento de Satana-El?

Antes de endosar al demonio aquel asunto, pensó que había llegado el momento de escuchar detenidamente la versión del joven sacerdote, por mucho que las preñadas lo eximiesen de toda responsabilidad. Y lo citó para la semana siguiente. La entrevista, no obstante, nunca llegaría a celebrarse. El confesor apareció ahorcado.

Cuando el padre Albertino fue conducido a su habitación, el cuerpo del desdichado aún pendía de la cuerda, con una silla derribada a sus pies. La escena le recordó inmediatamente aquella otra de Alejandro Ras Suero, capellán de las bernardas, que también fue encontrado del mismo modo. Según había leído en los documentos de la *Clavis nigra*, el doctor Lodaes estuvo plenamente convencido de que el fenómeno de las embarazadas de Valencia se debió a la intervención de impúdicos espíritus malignos y no a la del capellán, como defendían los demás canónigos. Sin embargo, nunca pudo esclarecer los hechos, pues murió trágicamente en el misterioso terremoto que asoló el claustro y la iglesia *desorientada* de Santa Tecla...

El miedo se apoderó de él, temeroso de acabar como el infortunado sacerdote que tenía delante, o como el deán Lodaes, o como tantos y tantos otros que habían querido escudriñar las huellas de Jaldabaoth y seguir su rastro. Se persignó y rezó un breve responso, acompañado en la plegaria por la hermana portera, que lo había guiado hasta allí.

—¿Usted qué piensa de todo esto, hermana? —le preguntó después del último *requiescat in pace*.

—El padre era muy bueno, un santo. No creo que se haya suicidado.

—¿Entonces? —Y como permaneciese muda—: ¿Quiere decir que alguien lo ha asesinado?

—Yo nunca vi con buenos ojos a sor Paolina...

—Pero, hermana, sor Paolina está lejos de aquí, en Turín...

Por mucho que insistió, la religiosa se encerró en su hermético mutismo, y él quedó más confuso aún.

A partir de la visita que el cardenal Graziani y el reverendo Cugnoni le hicieron en su residencia de Borgo Santo Spirito, el jesuita Figueroa Rosso, cargado de años y de achaques, parecía más animado y rejuvenecido. Y no era cuestión de meras apreciaciones. El doctor Gonella, que lo trataba, lo pudo verificar en sus rutinarios controles clínicos. En un principio lo atribuyó a la acertada medicación prescrita, mas pronto se dio cuenta de que la notable mejoría de su salud tenía otras causas.

—¿Está tomando agua de Lourdes? —le preguntó muy en serio un día, después de un exhaustivo reconocimiento.

El médico, antiguo alumno jesuita y viejo amigo de la casa, pertenecía al Cuerpo Consultor de la Sagrada Congregación de los Santos, prestigioso cuadro de sabios doctores que estudian y dictaminan sobre los milagros que se producen en aquel santuario.

—La explicación es mucho más simple, querido profesor. Llevo entre manos un asunto del demonio que me apasiona, y eso me da vida.

—No sabía que el demonio le interesase. Tenía entendido que usted era escéptico a ese respecto.

—Digamos más bien que soy agnóstico. Sin embargo, estoy estudiando un caso complejo, inexplicable...

Y mire por dónde, ese reto es el que ha producido este *milagro*. —Se señaló a sí mismo—. Contradictorio y absurdo, ¿no es cierto? Pero ésa es la realidad.

Como el profesor Gonella mostrase gran curiosidad por el tema, su paciente le puso en antecedentes, pensando que tal vez en algún momento también podría necesitar de sus conocimientos.

Cinco semanas habían pasado desde que su eminencia le hiciera llegar el pequeño papiro encontrado en el piramideón del obelisco vaticano; tiempo que tardaron los laboratorios en facilitarle los informes solicitados. Tan pronto como tuvo los resultados en sus manos, convocó al cardenal y al anciano reverendo. También para éstos las cinco semanas habían estado cargadas de acontecimientos. Encontraron a un jesuita lleno de vitalidad, bien distinto del que habían dejado, aunque continuaba en su silla de ruedas. Estaba sentado a su mesa de trabajo, inspeccionando por enésima vez los jeroglíficos del misterioso papiro. Tenía tantas cosas que decirles y tan importantes, que apenas perdió un instante en los saludos. Inmediatamente entró en materia.

—Ya tengo aquí la traducción de los jeroglíficos del papiro.

Sin esperar a que le preguntasen qué decían, les leyó la cuartilla donde lo había anotado cuidadosamente.

—¿No es el mismo texto de Vasari? ¿Se trata, pues, de los mismos jeroglíficos del

obelisco vaticano? —se adelantó el anciano Cugnoni.

—Son los mismos jeroglíficos, pero no una copia de los del obelisco —afirmó el jesuita, satisfecho de la confusión que les creaba—. Estos jeroglíficos no fueron copiados del obelisco y metidos en el cofrecillo de plata del piramideón, como cabría suponer... Nada más absurdo. —Se detuvo un momento para preparar la batería de argumentos que desmontaban tal hipótesis—. Si tenemos en cuenta que fue Sixto V quien, como ustedes saben y está muy bien documentado, mandó raspar los jeroglíficos del obelisco, ¿cómo iba a meter en el cofre una réplica de ese texto pagano junto al *lignum Crucis*? Por otra parte, ¿qué sentido tenía guardar un escrito extraño, inextricable, que nadie en aquellos tiempos, ni el propio Vasari, sabía lo que decía?

Los otros se quedaron expectantes.

—¿Entonces? —le apremió el cardenal.

—Precisamente, por lo raro de ese papiro y por lo no menos raro del lugar en que fue encontrado, lo mandé a analizar a los laboratorios de arqueología... —Suspendió por un momento el relato para cargarlo de mayor emoción, disfrutando al ver la tensión con que los otros seguían sus explicaciones—. ¿Saben cuál ha sido el resultado?

Se detuvo, y buscó por encima de la mesa hasta que dio con un sobre del instituto de arqueología.

—No hace falta que nos lea el dossier entero. Díganos de una vez cuáles han sido las conclusiones de los análisis —se impacientó su eminencia.

—El papiro, según las distintas pruebas a las que ha sido sometido, puede datarse con toda seguridad hacia el año 1700 antes de nuestra era, y del mismo tiempo es la pictografía que contiene.

Se entretuvo explicándoles las sofisticadas técnicas que se habían empleado, cosa que no pareció interesar mucho a sus interlocutores. Volvió luego a leerles el contenido de los jeroglíficos.

Cuando la humanidad comenzó a multiplicarse sobre la faz de la tierra, Jaldabaoth, el más reluciente, y sus ángeles vieron que las hijas de los hombres eran hermosas y, habiéndose prendado de ellas, descendieron al mundo y se unieron a las que prefirieron; y las mujeres les dieron hijos, que pronto llenaron la tierra de maldad y violencia...

—Este papiro, y ahí está lo sorprendente, se fabricó y se escribió 700 años antes de que el obelisco vaticano fuese tallado y grabado; y muchos siglos antes que la Biblia. No sé si han caído en la cuenta de que los Patriarcas hebreos estuvieron en Egipto, precisamente, alrededor de 1700, en la época de los hicsos; y que José, según nos cuenta el Génesis, emparentó con la nobleza más rancia de Egipto... No es descabellado suponer que los israelitas escucharon ese relato en tiempos de su

estancia en Egipto, y que luego lo incorporasen al Génesis... Tampoco me cabe la menor duda de que el texto pertenece a alguno de los libros de teología del templo de Heliópolis, del que el suegro de José, por cierto, fue sacerdote... Muchas coincidencias, ¿no es verdad?

El cardenal y el padre Albertino quedaron sorprendidos de sus explicaciones, y así se lo expresaron.

—Claro que las cosas, en la misma medida que se nos aclaran, parece que se nos complican más —puntualizó el exorcista.

—No es raro, y nadie se escandaliza hoy, de que la Biblia copiase e introdujera en sus páginas relatos sagrados de otros pueblos y culturas —dijo el cardenal, refiriéndose a la exégesis del jesuita—. Lo que a mí verdaderamente me gustaría saber es quién puso este papiro, al parecer tan antiguo, dentro de la arqueta en la que, según todos los datos que poseemos, sólo se depositaron unos granos de incienso, una astilla de la vera cruz y el pergamino protocolario del acto. Por cierto, el pergamino firmado por Sixto V no ha aparecido por parte alguna...

—Ciertamente yo también me hago esa pregunta. Pero, hoy por hoy, no tenemos respuesta. —Así de escueta fue la contestación del padre Figueroa.

—Otra más sin respuesta —apostilló el padre Albertino, y dirigiéndose al jesuita, le dijo—: ¿Qué piensa usted de todo esto?

Como la interpelación era tan amplia e inespecífica, el otro tampoco concretó demasiado.

—Por el momento —divagó—, no tengo indicios ni elementos evidentes para establecer una hipótesis. Simplemente constato unos hechos... Tampoco estoy muy seguro de que podamos encontrar una contestación satisfactoria.

—Prescindiendo por el momento de quién, cómo y por qué encerró este papiro en el cofre del obelisco —trató de ser más preciso el anciano Cugnoni—, ¿qué piensa usted del texto en sí? ¿Se trata de una leyenda? ¿Una fábula? ¿O es el relato de un hecho verdadero, ocurrido en un momento dado de la historia?

El padre Figueroa Rosso había sido fumador, aunque llevaba años apartado del tabaco. Tenía sobre la mesa, metidas en un tarro de cerámica, una colección de pipas: algunas con cazoletas de formas extrañas; todas, con su propia historia o anécdota, que él estaba muy predispuesto a contar con tal que alguien insistiera un poco. Tomó una, negra como el ébano, y se entretuvo jugueteando con ella mientras conversaba.

—¿Qué pienso yo de este texto? ¿Refiere un hecho histórico? —repitió las preguntas—. Es muy difícil hablar de historia. Digamos que es una leyenda que se pierde en la memoria de los tiempos; aunque, como toda leyenda, algún sustrato histórico debe de tener...

—¿Encarnaciones diabólicas? —quiso puntualizar el reverendo Cugnoni, siempre tan a punto de llevar el agua a su molino.

—Si usted quiere llamarlas así...

—¿Qué sino son esos ayuntamientos carnales entre los ángeles de Jaldabaoth y los seres humanos?

El profesor no quiso discutir sobre la historicidad y literalidad del texto, pero tampoco soslayarlo.

—La verdad es que este papiro, misterioso por el modo y las circunstancias en que ha aparecido, creo que debe interpretarse en el contexto religioso de la teología egipcia del dios Amón —contestó prudente.

Encima de la mesa el jesuita tenía también un artilugio flexible con una potente lupa, a través de la cual examinaba los escritos antiguos que necesitaban ser estudiados con mayor precisión y detalle. Lo apartó hacia un extremo para poder mirar a sus interlocutores sin estorbo alguno. Dando por supuesto que sus amigos no eran unos expertos en egiptología, intentó ser sencillo y muy didáctico en su exposición. Comenzó hablándoles de los *Textos de las pirámides*, del *Libro de los muertos* y de otros descubrimientos recientes.

—Todos ellos importantes documentos en materia religiosa, teológica y litúrgica —les dijo.

El cardenal y el ayudante del exorcista siguieron atentamente sus explicaciones, que bien se veía que no estaba improvisando, sino que eran el resultado de largo y profundo estudio.

Se centró luego en Heliópolis, nombre que los griegos dieron a la antigua ciudad de On, situada en el vértice del Delta, cuyo templo, consagrado al dios Atum, alcanzó su máximo esplendor hacia 1175, en tiempos de Ramsés III, y llegó a tener en esa época 12.693 personas a su servicio...

—De ese templo procede el obelisco de la plaza de San Pedro —interrumpió el cardenal, para aportar su grano de erudición.

—Efectivamente —corroboró el jesuita—. Si les hablo del templo de Heliópolis y de su dios Atum, frecuentemente mencionado en la Biblia, es, precisamente, por la intrínseca relación que todo ello guarda con el relato del papiro encontrado en el cofre y con el mismo obelisco... —Y hecha una breve pausa para que sus interlocutores recogieran estos cabos que, al fin, habrían de atar con otros, continuó su lección—. La escuela teológica de Heliópolis ejerció gran influencia sobre el pensamiento egipcio. Según se dice, sus sacerdotes fueron los maestros de Solón, Tales y Platón. Herodoto también habla de la gran sabiduría de estos sacerdotes...

En tiempos de Estrabón, a principios de nuestra era, el templo y sus sacerdotes todavía estaban en activo...

Aunque se había propuesto ser sumamente conciso, le fue imposible callar acerca de ciertos dioses egipcios implicados en el tema. Así les habló del dios Atum, *el que está completo en sí mismo*; del dios de Tebas, Amón, *el que está oculto*; y de Khepri,

que podía traducirse por *dios naciente*...

—Los egipcios, que tenían un concepto del principio de identidad distinto e infinitamente más amplio que el nuestro —les aclaró—, acabaron superponiéndolos. Los tres dioses no eran sino manifestaciones o atributos de un mismo y único ser. Según la teología del clero de Heliópolis, Amón, *dios oculto*, se manifestaba en Khepri, *dios naciente*, y ambos en Atum, *el dios creador, que se ha completado a sí mismo*... ¿Me siguen? No es fácil, en unos minutos, hacer un resumen de una religión complejísima, elaborada durante miles de años, arribada hasta nosotros a través de textos escasos, enrevesados, problemáticos, que nadie puede estar seguro de haber interpretado correctamente.

Hechas estas advertencias, repitió de nuevo su pregunta.

—Pero ¿ustedes me siguen?

—Más o menos —confesó el cardenal. Viéndole la cara, quedaba claro que había comprendido menos que más. Y añadió—: Pero ¿adónde nos quiere llevar?

—Ya les dije al principio que era necesario atar muchos cabos si queríamos entender un poco el enigma del papiro y el obelisco...

—¿No se olvida del demonio? —añadió el anciano Cugnoni.

—Tiene usted razón. Todo resulta *endemoniadamente* enrevesado. Que él esté, de verdad, en todos estos acontecimientos, lo dejo en sus manos. Eso ya no es de mi incumbencia.

Tras estos incisos, el jesuita retomó el hilo de su discurso.

—En oposición al griego, el egipcio nunca definirá la realidad de forma analítica, tratará de abarcarla desde el exterior, mediante imágenes. Así, para sugerir la providencia de un dios, lo describirá como *pastor*. Para manifestar su fuerza y poderío, nos dirá que es un *toro*...

Hizo una pausa, echó atrás su silla de ruedas, separándola de la mesa, y por unos instantes estuvo callado, con la mano en el mentón, como si anduviese perfilando el modo más exacto y escueto de expresar su pensamiento. Los otros, ni que decir tiene, eran todo oídos.

—El toro es la imagen del poder. Y cuando se le representa en erección, también puede ser símbolo de fortaleza genética. —Lo subrayó con la voz y el índice alzado, y continuó—. Los sacerdotes de Heliópolis nos describen la temible omnipotencia de Atum como toro en erección. Esta imagen nos da la realidad que nos quieren transmitir del dios... —De nuevo hizo otra pausa, y miró fijamente a sus interlocutores, que no acababan de captar aquel rompecabezas, a pesar de su esfuerzo y buena voluntad—. Atum es el dios completo y único, dios creador y eterno, sin principio ni fin... Pero no era de eso de lo que les quería hablar, sino de la creación, tal como la entendían los sacerdotes de Heliópolis.

El profesor se dio cuenta de que, sin querer, se desviaba de su objetivo,

perdiéndose en disquisiciones teológicas que más que aclarar podían entorpecer su discurso. Se detuvo de nuevo e intentó reestructurarlo mentalmente.

—Si Atum es el dios completo en sí mismo, eternamente solo y único, ¿cómo pudo crear a los demás seres que pueblan el cielo, la tierra y el universo entero? — Lanzó la pregunta no para que se la respondieran, sino más bien para establecer un clima de expectación, como tanto le gustaba.

Sus contertulios, exasperados porque no veían qué relación guardaban tales explicaciones con el contenido del papiro y el obelisco, objetivo que a ellos les importaba, se removieron en sus sillas. El jesuita acusó el hecho y se propuso abreviar.

—La imagen de toro en erección, que se atribuye al dios Atum, ¿no les sugiere nada? —Como continuaran sin aventurar hipótesis alguna, prosiguió—: Atum creó todas las cosas mediante una automasturbación originaria. —Como el cardenal y el exorcista torcieran el ceño ante un término que les pareció soez e inapropiado para aplicárselo a dios, aunque fuese pagano, aclaró—: No vean en esta descripción nada inmoral, sino la expresión, aunque torpe y primaria, de un pensamiento profundo sobre la creación *ex nihilo* (de la nada). Muchos investigadores han visto en la teología y religión egipcias una creencia muy elevada de Dios único y creador.

El padre Cugnoni enrojó al oírlo. ¿De indignación? ¿De cólera?

—Toda religión fálica y sexual es contraria a la verdadera concepción de Dios, y ha sido inspirada y urdida por el demonio para la perdición de los humanos. Me parece que en estas cosas hay que hablar claro y no andarse con paliativos — pronunció sus palabras con tono recriminatorio.

El padre Figueroa Rosso, que no se esperaba ese exabrupto, trató de tranquilizarlo, diciéndole que se había limitado a exponer unos conocimientos puramente antropológicos, que podían clarificar lo del pergamino y el obelisco, y que en ningún momento había intentado entrar en otras valoraciones. El cardenal, que había captado el planteamiento del profesor, intervino también para serenar al padre Albertino. Pronto volvieron las aguas a su cauce.

—Como ustedes pueden fácilmente deducir —prosiguió el jesuita, yendo directamente al grano—, hay una relación intrínseca entre el dios Atum y los obeliscos, que no son sino representaciones de su masturbación originaria. Los papas sembraron la ciudad de Roma con los monumentos itifálicos de esa *falsa* religión. —Recalcó la palabra, para evitar cualquier mal entendido—. Ni la plaza de San Juan de Letrán ni la de San Pedro se libraron de ellos... Centrándonos en el obelisco vaticano, que es el que nos interesa, yo me pregunto: ¿Era consciente el papa Sixto V, al erigirlo en la plaza de San Pedro, que levantaba el ídolo del dios Atum en el ombligo mismo de la cristiandad?

El cardenal y el padre Albertino quedaron pensativos, comenzando a atar cabos.

Fue el exorcista quien primero habló.

—Luego el obelisco vaticano es la representación del falo del dios Atum, de cuya masturbación originaria proceden todas las cosas creadas... ¡Y ese falo diabólico está clavado en el corazón de la cristiandad!

—Ciertamente —convino el jesuita.

—Jaldabaoth y sus huestes, los hijos de Dios de que habla la Biblia, al unirse con los humanos en ayuntamiento carnal, intentaron ser como Dios, cometiendo con ello, a la vez, pecado de lujuria y soberbia —sacó su primera conclusión.

—Eso ya es una deducción suya. Aunque algunos Padres de la Iglesia interpretaron en un sentido parecido el capítulo seis del Génesis.

El exorcista, concentrado en sus propios pensamientos, elucubraba sobre los datos que aquella tarde se habían puesto sobre la mesa, reflexionando en voz alta, sin prestar atención a las observaciones del padre Figueroa.

—También podría ser que el texto originariamente grabado en el obelisco, borrado por Sixto V, transcrito por Vasari, reaparecido ahora de manera misteriosa en los jeroglíficos del papiro, se refiriese al intento perenne de Jaldabaoth y sus demonios de engendrar seres demoníacos que les ayuden a esparcir por este mundo las semillas del mal... El obelisco vendría a ser el memorial de aquel hecho original y el punto en que se apoyan ahora en su combate contra Dios...

—Sea como fuere —le cortó el cardenal, intentando hacer un resumen—, el obelisco sería el testimonio fehaciente de una perversión sexual que tuvo su origen al principio de los tiempos. Y puede que también esté impregnado de una maléfica energía...

—¡Claro, claro! —saltó el padre Albertino, como si su eminencia le acabase de dar la idea que él buscaba—. ¡Los zigurats, la escala de Jacob, los obeliscos...!

El jesuita y el cardenal, extrañados, se le quedaron mirando con cierta preocupación, a la que daba pie sus ojos de alucinado. Como viera que ninguno de los dos caían en la cuenta, se apresuró a darles la explicación:

—Al igual que la escala que vio Jacob en sueños servía para que los ángeles subieran y bajaran, los obeliscos no son sino escaleras por donde suben y bajan los demonios. Son como los pararrayos que atraen sobre la tierra su diabólica energía. ¿No habitaban Jaldabaoth y sus huestes en el quinto cielo, y eran los rectores de todo el universo, y conocían a la perfección la complicada maquinaria celeste? ¿No eran ellos los que regulaban los movimientos de los astros, guardaban los depósitos de lluvias y vientos? ¿Acaso no conservan todo su poder y, desde el segundo cielo, donde ahora están desterrados, son capaces de utilizar toda su ciencia contra el hombre? ¿Quieren decirme ustedes qué es lo que pasó el día de Pentecostés? —Y sin darles opción ni tiempo a que intervinieran, contestó su propia pregunta—: El día de Pentecostés, Jaldabaoth, o su energía diabólica, es quien descendió por ese obelisco

que tenemos ahí enfrente. Él fue quien desató el caos, quien asesinó a dom Gabriele, quien destruyó la cruz, quien, una vez más, nos ha recordado su horrendo plan... Sixto V borró los jeroglíficos del obelisco, pero él ha vuelto a clavar su papiro a las puertas mismas de la cristiandad.

El padre Albertino hablaba como un iluminado y los otros le escuchaban atentamente, sin querer interrumpirle. El jesuita tenía los ojos bajos, apoyada su mirada sobre una de sus extrañas pipas, que representaba un dios espeluznante, terrible. Monseñor Graziani acariciaba su cruz pectoral.

—Todo lo que aquí se ha dicho a propósito del dios Atum y el papiro de Jaldabaoth —prosiguió el padre Cugnoni, que apenas hizo una pausa mínima, imprescindible, para que sus pulmones recobraran aire y él nuevo arresto— me confirma que es este ser diabólico el autor de la teofanía obscena del convento de las bernardas de Valencia y de sus aberrantes desviaciones sexuales, así como de los embarazos de las monjas de via Panisperna, y de las doctrinas místicas de los cátaros y de Molinos...

—No sé de qué está hablando —el jesuita interrumpió al exorcista que, enrojecido de indignación, se envalentonaba como profeta que acaba de recibir la luz de la inspiración.

Vuelto a la realidad del despacho y a los moderados cánones de la conversación, le puso al corriente de los documentos que monseñor Amantini tenía guardados en su caja fuerte, refiriéndole pormenorizadamente todas las misteriosas historias, diabólicas historias, le puntualizó, que contenía la carpeta de la *Clavis nigra*. Le habló del profesor Mínguez y de sus estudios sobre demonología, de su extraña muerte y de la profecía sobre Jaldabaoth que dejó escrita. Del cáliz de la Cena, de su inscripción misteriosa, que el propio jesuita había colaborado a descifrar. Recalcó ahora, como alumno aplicado a quien corresponde resumir las enseñanzas del maestro, que el cáliz del Señor, que se le rompió al arzobispo de Valencia, procedía de Heliópolis, como el obelisco vaticano y el papiro del cofre. ¡Sorprendente coincidencia!, subrayó, con burlona ironía. Que el dios Atum no era sino la encarnación del mismo Jaldabaoth, quien, a través de aquella falsa religión y de sus ídolos, esparcidos por todo el mundo, ejercía su diabólico poder. Le relató la historia de las monjas embarazadas de Santa Tecla y las esculturas obscenas del monasterio valenciano, y de las demoníacas orgías sexuales que debieron de celebrarse en la cripta de su iglesia; de las discusiones que sobre sexualidad, religión y Dios habían mantenido el arquitecto Escandell y el deán Guillem Lodaes; del reverendo Crespí, el canónigo archivero; y de cómo todos ellos, que andaban en averiguaciones sobre Jaldabaoth, murieron de forma violenta y extraña. Pasó por alto, por ser recientes y sobradamente conocidos, los fenómenos acaecidos el día de Pentecostés, y la muerte atroz de monseñor Amantini. Por último, le reveló lo que éste había escrito sobre sor

Paolina Rutelli. Le habló del monasterio de via Panisperna, callando lo relativo a su cúpula y cripta, por no comprometer al profesor Bonechi, y de los embarazos de las tres novicias descubiertos en él, monstruosidad demoníaca tan afín a la de Valencia...

—Parece que se está nublando —dijo el cardenal. Y todos se quedaron contemplando el retazo de cielo de la ventana, recelosos, escamados, aunque nadie dijo nada.

Después de su larga perorata, a veces atropellada, el padre Cugnioni pasó a desentrañar, como si los otros fuesen legos en la materia, las doctrinas místicas de Miguel de Molinos.

—Tres cosas tengo muy claras a este respecto. —Compendió su pensamiento en tres lacónicas proposiciones que enunció, eso sí, con acento solemne—. Que las doctrinas místicas de Molinos proceden de algún modo de esas doctrinas lascivas de Egipto o, si prefieren, que unas y otras fueron inspiradas por el mismo Jaldabaoth. Que las monjas embarazadas de los monasterios de Valencia y Roma, y quiera Dios que no haya muchos más, han estado inficionadas, consciente o inconscientemente, de esas falsas creencias. Y que esa perversión de la sexualidad forma parte de las tácticas empleadas por Jaldabaoth para destruir la Iglesia.

El mismo cardenal, que últimamente hablaba con el padre Albertino largo y tendido, casi a diario, se quedó sorprendido de sus afirmaciones tan rotundas y estremecedoras. Bien es verdad que Jaldabaoth intentaba dañar a la Iglesia, según se desprendía de los documentos de la *Clavis nigra* y lo corroboraba el cumplimiento de las profecías. Pero de ahí a formular conclusiones tan categóricas...

—¿Por qué no se explica? —le sugirió, pensando que podría calmarlo si le dejaban explayarse a gusto.

—Hoy son pocos los sacerdotes que se sientan en el confesonario. ¿Se han preguntado por qué?

El padre Figueroa Rosso hizo un gesto extraño y le dio a las ruedas de su silla en un amago de irse.

—¿A qué viene ahora eso? —Hizo un gran esfuerzo para no subirse de tono.

Aunque el jesuita no la pronunciase, el padre Cugnioni adivinó que detrás de esa pregunta se ocultaba la que de verdad hubiese querido formular: «¿Qué tontería es ésta?».

—No se trata de una tontería —le respondió, leyendo su pensamiento—. Detrás de ese hecho hay una gravísima realidad: los sacerdotes han dejado de creer en la *potestas clavium* (el poder de las llaves). Y eso es obra de Jaldabaoth... Nadie en la Iglesia ha levantado el grito para advertir de ese terrible mal —se quejó con tono dramático, para reemprender luego, con mayor acaloramiento aún, la defensa de su tesis—. ¿Qué es la Iglesia sin ese poder de atar y desatar conciencias, perdonar o no los pecados, abrir o cerrar el infierno? Hacer dejación de esa potestad, que Cristo

confirió a Pedro y a los apóstoles, es perder el fundamento de toda nuestra autoridad. ¡Eso es lo que está sucediendo! Ya quisieran los estados y los gobernantes de este mundo contar con un poder como el nuestro, que llega hasta la sustancia misma del hombre... ¿La permanencia de nuestra institución a través de los siglos no se debe al ejercicio de la *potestas clavium*? ¿No lo creen ustedes así? Por eso digo que, sin el confesonario, la organización eclesial, con toda su jerarquía, queda amenazada de muerte; es el principio del fin... *Cui prodest*? (¿A quién aprovecha?) —atronó, aunque su escuchimizada figura deslució su voz apocalíptica—. ¿Quién tiene el máximo interés de que eso suceda? ¿No será éste uno de los síntomas de que el milenio de Jaldabaoth ha comenzado?

Tanto el cardenal como el jesuita tuvieron la impresión de que el padre Albertino desbarraba cada vez más.

—*Et portas inferi non prevalebunt adversus eam* (las puertas del infierno no prevalecerán contra ella). —El jesuita, por ver si lo tranquilizaba, le citó la sentencia de Jesús, que la Iglesia siempre ha interpretado como garantía de su perennidad a través de los tiempos.

El exorcista, demasiado absorto en sus propias ideas, la pasó por alto.

—Por otra parte —continuó su manifiesto—, Jaldabaoth, valiéndose de medios sutiles, trata de pervertir el sentido de pecado, diluirlo hasta hacerlo desaparecer. Expande las diabólicas doctrinas de que el pecado no existe. Y si no hay pecado, ¿para qué queremos la *potestas clavium*? Sin pecado, el poder de la Iglesia resulta superfluo... He ahí otro frente, donde Jaldabaoth trabaja con denuedo... ¿No es ése, en definitiva, el mensaje *espiritual* de Miguel de Molinos y el de tantos otros que, de una u otra manera, están predicando lo mismo? Si el sentido de pecado se desvirtúa y el del sexo, que es el pecado por antonomasia, no existe, si no hay que resistirse a ninguna tentación de la carne, si no hay que confesarlo... ¿qué necesidad tenemos de la Iglesia y de sus enseñanzas, y de sus mandamientos? ¿No es ésa la doctrina mística de Molinos que ayer causó estragos y que hoy, de una u otra forma, revive en ese hedonismo pansexual que invade el mundo y la Iglesia? ¿Se hubiesen podido dar esos embarazos diabólicos en los monasterios, si el demonio no hubiese pervertido antes las conciencias? Toda esa confusión sobre el sexo ¿no será la tapadera utilizada por Jaldabaoth para copular él mismo? ¿Cuántas semillas diabólicas habrá esparcido por los conventos y cenobios de monjas? ¿Cuántos monstruos, engendrados por él, no estarán ya trabajando con audacia y brío para destruir la Iglesia? ¿No saben que el Anticristo no es Satán propiamente dicho, sino *hombres inicuos* nacidos de él, cuya venida irá acompañada de todas las seducciones de la Maldad, como leemos en la Segunda de Tesalonicenses? ¿Han olvidado que la ideología del Anticristo no será rara, extravagante, ostentosa, sino inocente, dulce, terrenal? ¿Que su táctica para destruir la Iglesia no consistirá en ataques frontales, sino en dulces e imperceptibles

lametones a los cimientos de la fe, que se disolverán poco a poco, como azucarillo en el agua? ¿No advierten en todo esto que les digo que Jaldabaoth no duerme, que está actuando con gran sigilo y astucia? ¿No ven que está asesinando a aquéllos que han intentado levantar la voz y advertir de su presencia? ¿Vamos a permanecer nosotros mano sobre mano, en inútiles discusiones?

—Me parece que está sacando las cosas de quicio —le respondió el jesuita, alterado y muy nervioso—. Aunque no va desencaminado en la interpretación del molinosismo, porque la perversión de la sexualidad...

Sin saber cuál era el rumbo que iba a tomar, o tal vez porque lo presentía, el anciano exorcista abundó sobre sus propias tesis.

—¿Y qué me dice de la *desorientación* del templo de las bernardas? —dijo retrotrayéndose a aquel fenómeno que había aludido momentos antes—. ¿No confirma suficientemente que las obscenidades aparecidas en su claustro e iglesia son una teofanía diabólica del sexo? Además, usted mismo acaba de decirnos que Sixto V levantó el obelisco, falo de un dios pagano, en el ombligo mismo de la cristiandad. ¿No se habrá cumplido la Sagrada Escritura que nos habla de la instalación de *la abominación de la desolación* en medio del templo? El Maligno actuará a placer, se engreirá y se exaltará, prosperará y proferirá cosas inauditas contra Dios... ¿Hasta cuándo lo permitirá el Señor? ¿Cuándo se colmará la Ira divina, y se revolverá contra el Desolador?

Después de su intervención, larga e intensa, puesto en pie en ocasiones para expresar mejor lo que sentía, el padre Cugnoni se dejó caer derrengado en la silla. Exhausto. Los otros, aunque no comulgasen plenamente con sus convicciones, se habían quedado mudos, pensativos.

—Ciertamente, Daniel habló del *ídolo del opresor* levantado en medio del Templo —reconoció el cardenal, cada vez más perplejo y desconcertado. Y citó de memoria el texto—: *Allí permanecerá durante setenta y dos semanas basta que venga de nuevo el Mesías salvador a destruirlo. Su fin será en un cataclismo, en medio de guerras y desastres...* Puede que ahora se repita la misma profecía del profeta...

—No es preciso, eminencia, remontarse al profeta Daniel, el mismo Jesús nos habló del *ídolo repugnante puesto en el lugar santo*.

El jesuita, desde que oyó hablar de la *desorientación* del templo de las bernardas, que, según aseguraba el padre Albertino, hizo mudar de parecer al arquitecto Escandell, un hombre muy equilibrado y nada proclive a fantasías, había puesto sobre la mesa su brújula de arqueólogo, y sin que los demás se apercibieran, estuvo *jugando* con ella.

—¿*Desorientación*, ha dicho usted?

Entonces fue cuando se dieron cuenta de que el padre Rosso tenía abierta ante sí

la cajita de ese instrumento. Se quedaron expectantes, picados de curiosidad. ¿Qué hacía con la brújula?

—¿Qué les parece si les digo que el templo de San Pedro también está completamente *desorientado*?

Y sin esperar respuesta alguna, puso la cajita sobre sus piernas, le dio a las ruedas de su silla y se acercó al ventanal. El cardenal y el exorcista lo siguieron. A la vista de la brújula, puesta en el alféizar, pudieron comprobar de mil modos y maneras que, efectivamente, el ábside de la basílica daba a poniente, y la fachada de Maderno, y la gran explanada, ¡y el obelisco! a oriente.

—Nunca me había dado cuenta de este detalle —comentó el jesuita, sin querer darle más importancia.

—¡Dios mío, San Pedro, la iglesia de todas las iglesias de la cristiandad, *desorientada*! ¿Todavía dudan ustedes de que Jaldabaoth está aquí? ¡Está más cerca de lo que creemos! ¿Qué contempló León XIII, en aquella visión que tuvo? ¿No fueron miríadas de diablos merodeando por el Vaticano lo que vio? ¿O acaso lo que se le mostró fueron los engendros de Jaldabaoth, hombres nacidos de su cúpula con mujeres, que un día podían sentarse en la silla de Pedro? ¿Han pensado ustedes en esa diabólica posibilidad? ¡Destruir la Iglesia desde dentro!

Abandonaron la ventana, a través de la cual se veía, sobre un cielo que poco a poco se iba nublando, el obelisco desmochado que la Santa Sede, negligencia incomprensible, aún no había reparado. No obstante, el obelisco aparecía soberbio, majestuoso, desafiante... ¿Sería para siempre el obelisco demoníaco? Al menos, misterioso e impenetrable. Puede que en aquel momento los tres pensasen en lo mismo: el gran nubarrón de Pentecostés.

El padre Figueroa Rosso, a pesar de mostrarse recalcitrante, no podía dejar de sopesar una y otra vez los hechos que él mismo, personalmente, había presenciado. Por mucho que se había esforzado en encontrarles una explicación absolutamente racional, no la había hallado. ¿Tendría razón, o parte de ella, el padre Cugnoni?

—Los templos de Egipto, tierra, según la Biblia, donde los demonios se dejan adorar —dijo, una vez que se colocó con su silla de ruedas tras su mesa de despacho—, desempeñaron un papel relevante; y aunque las divinidades que allí se adoraron cambiaron con el tiempo, han continuado siendo los lugares preferidos de las potencias invisibles. Dígase lo mismo de los obeliscos. ¿Fue la gran tormenta de Pentecostés el momento en que Jaldabaoth descendió de los cielos, llenándolo todo de su energía negativa? —dejó la interrogante abierta, dando a entender con un gesto ambiguo de sus hombros su escepticismo, su duda o simplemente que no tenía respuesta—. Lo cierto y documentado es que los egipcios, en un deseo de hacer eterno el culto a sus dioses, transmitieron a la posteridad, grabadas en piedra, muchas de sus divinas revelaciones y proezas, que de otro modo se hubiesen perdido. Una de

ellas es, precisamente, la que, según testimonio de Vasari, estaba esculpida en el obelisco vaticano, hasta que Sixto V la borró; y que ahora, de manera inexplicable, nos ha aparecido en ese papiro misterioso. Me refiero al relato de Jaldabaoth y sus ángeles copulando con las mujeres...

Durante toda su vida, el jesuita había procurado ser lo más racional y lógico posible. Tenía la cabeza bien puesta y los pies en el suelo, como él mismo solía decir. Sin embargo, no era un racionalista cerrado, obtuso, que excluyera a priori los fenómenos que no comprendía. Sabía que la inteligencia humana y sus instrumentos de conocimiento tienen sus límites, y que más allá podían existir otras realidades... Pero era tan peligroso moverse en ese campo inaccesible... se había abusado tanto de las ciencias infusas, revelaciones, milagros, apariciones... El padre Figueroa Rosso era un hombre agnóstico, en la medida que podía serlo un creyente y un sacerdote. Para entendernos, y sin entrar en mayores disquisiciones filosóficas, digamos que era un agnóstico sui géneris. Todo aquello de Jaldabaoth y de las historias siniestras de la *Clavis nigra* le resultaba sumamente embarazoso, pero no podía rechazarlo con un manotazo, como se aparta una mosca molesta. Por eso trataba de echar mano de sus conocimientos, amplios y diversos, por ver si aclaraba algo.

—Se me ha ido el santo al cielo —les confesó con entera naturalidad.

El padre Cugnoni estaba demasiado atento para que se le hubiese perdido una sola palabra. Fue él quien se adelantó a hablar, deseoso de oír sus explicaciones, que ahora le parecían las de un converso.

—Decía que los obeliscos son lugares donde se posan las potencias diabólicas, y que sobre éste —señaló hacia el Vaticano— descendió Jaldabaoth el día de Pentecostés.

Tanto el profesor como el cardenal se miraron con sorpresa al escuchar el resumen distorsionado. Sin dar mayor importancia al hecho, retomó aquél el hilo.

—De Egipto, la tierra de los demonios, nos vino este obelisco, donde se posaba el sol levante...

Un relámpago vivísimo, resplandeciente, seguido de un fragor descomunal, explotó sobre sus cabezas. Corrieron hacia la ventana.

—¡El obelisco de Jaldabaoth! —musitó el exorcista lleno de miedo, contagiándolo a los otros.

Una tormenta, posiblemente la última del verano, caía sobre Roma. Estuvieron contemplándola en silencio, con gran respeto y temor. A poco volvió a lucir el sol, cuya luz parecía posarse sobre el desmochado monolito. Sonó el teléfono, estridente, destemplado, sobresaltándolos.

—Pronto —dijo el jesuita, pasándole el auricular—. Es para usted, eminencia.

—Mi coche me está esperando a la puerta —se despidió precipitadamente el cardenal.

La tormenta aparatosa que viera desde la ventana y que, al tomar su automóvil, parecía completamente disipada, reapareció apenas abandonó el palacio de la Compañía. A través de la ventanilla observaba las rachas de viento, a veces huracanadas, que azotaban los cristales, dificultando la conducción. Los limpiaparabrisas no daban abasto a apartar tanta agua, y el coche tenía que ralentizar la marcha. Cerraba los ojos y con ello no hacía sino trasladar a su interior la tarde plagada de fantasmas y negros augurios. El obelisco vaticano, con el sol poniente posado en su cima desmochada, le surgía constantemente en el pensamiento; y si cerraba los ojos, allí estaba... Sentía miedo, por mucho que quisiera sugestionarse y racionalizar las cosas. ¿Dónde quedaba su indiferencia, su escepticismo? Lo que esa tarde habían hablado en la habitación del padre Rosso le venía a la cabeza de una manera terca y tediosa; las palabras del padre Cugnoni, sobre todo. Para distraerse intentó charlar con el conductor, pero los monosílabos secos, tajantes, con que le correspondía, redujeron la conversación a un monólogo aburrido e insostenible...

El obelisco, otra vez. Clavado en medio de la plaza de San Pedro. ¿No era ese lugar adonde los antiguos romanos iban a festejar el natalicio del Sol? ¿No venía de oriente, concretamente de Egipto, ese culto pagano que luego cristianizó Constantino? ¿Cómo, pues, no iba a rebosar de energía demoníaca la colina vaticana, y todo lo que en ella había, si desde siempre había estado consagrada a dioses paganos? Y para mayor abundamiento, ¡el Papa había levantado el falo del dios Atum! A todos estos hechos que en otro tiempo no hubiesen pasado de ser meras curiosidades literarias les daba ahora una lectura bien distinta. Los dioses antiguos ya no eran mitos, fábulas, invenciones humanas, sino verdaderos demonios que se hicieron adorar en esos lugares sagrados y ahora reivindicaban de nuevo sus antiguos derechos. ¿Cómo lo permitía Dios?

Llegó a su casa, a las afueras de Roma, ya de noche. Monseñor Graziani se había esforzado por aparentar entereza, sin embargo estaba roto interiormente, y tan pronto cerró la puerta de sus aposentos, se derrumbó. Su cabeza estaba a punto de estallar de tan inmensa confusión como tenía. Se despojó de la cruz pectoral, del anillo, del alzacuello y, con la sotana a medio desabrochar, se echó sobre la cama. Cerró los ojos para reposar y sosegarse. Cuando volvió a abrirlos, tenía a sus pies a Jaldabaoth. Allí estaba, de pie, terriblemente feo, desafiante...

El tren llegó puntualmente. La estación modernista, con su espacioso hangar, sus columnas recubiertas de azulejos de vistosos colores, su verja de hierro forjado, sus farolas... todo lo encontró poco más o menos como lo recordaba. Sólo echó a faltar las viejas locomotoras de vapor rebufando en los andenes, y sus silbidos estridentes antes de partir. ¿Cuánto tiempo había pasado fuera de Valencia? No hizo el cálculo preciso, pero eran muchos, muchísimos años.

María de los Ángeles Fernández depositó su equipaje, escaso, en la consigna, y se dejó llevar por el río de gente que los trenes de cercanías iban abocando sin descanso. En un abrir y cerrar de ojos se encontró en la plaza del ayuntamiento. Los edificios circundantes más significativos continuaban en pie, no así la plaza de piedra, que había desaparecido, rebajada a ras de suelo. Le pareció vulgar, como tal vez lo fue siempre. De allí pudo orientarse con facilidad hacia la catedral... ¿Qué habrá quedado del convento de Santa Tecla después del terremoto?, se interrogó curiosa.

Sin preguntar a nadie, dejándose llevar de su olfato, entró por una de las calles estrechas que rodean la Seo. Aquí debió de estar, se dijo, internándose en un parterre apacible y bien cuidado, donde unas palomas picoteaban el agua de una fuente. Un sacerdote, seguramente un canónigo, terminados los oficios del coro, deambulaba tranquilamente, compaginando con gran habilidad el paseo con la lectura de su periódico. Levantó la vista y, sin detenerse, miró a la mujer. Conocía bien al vecindario y a los asiduos visitantes del recoleto jardín, para advertir inmediatamente que se trataba de una forastera que se había perdido. Joven, hermosa, elegante; las prendas de *sport* resaltaban aún más las líneas perfectas de su cuerpo.

—¿Le puedo ayudar en algo? —se ofreció amable, quizá excesivamente servicial.

—Buscaba el convento de las bernardas.

Le extrañó que una joven tan atractiva como aquélla, con acento italianizante, según le pareció, anduviese averiguando tal cosa; a no ser, recapacitó, que se tratase de una arqueóloga.

—Pues sí, aquí estuvo —afirmó, doblando el periódico y poniéndoselo bajo el brazo, dispuesto a echarle una mano—. Precisamente nosotros estamos en lo que fue el claustro. Y donde se encuentra la fuente, estuvo el pozo...

Y sin que ella se lo hubiese pedido, el solícito eclesiástico le fue ubicando, una a una, todas las dependencias del desaparecido monasterio.

—¿Qué interés puede encerrar para una joven como usted ese convento? ¿Acaso viene con intención de desenterrar sus ruinas? —Buscó con toda urgencia esas preguntas para distraer sus malos pensamientos.

—Yo nací en él —contestó con naturalidad.

—¿Cómo pudiste nacer en este convento, si hace más de cincuenta años que un

terremoto acabó con él? —La tuteó familiarmente, sin advertirlo—. Posiblemente te equivocas de sitio.

El canónigo pensó que la joven bromeaba, pues en ningún momento le calculó más de una treintena de años. Se sentaron en un banco a conversar. María de los Ángeles, para demostrar lo que decía, sacó a colación las historias de las monjas de Santa Tecla, describiéndole luego, con fingida naturalidad, todas las esculturas libertinas que ornaban la iglesia y el claustro. Se las refirió una a una, con desenvoltura y crudeza, que bien se veía que lo hacía a propósito.

Si no se había criado en ese monasterio, como el canónigo así lo seguía creyendo, ¿cómo conocía las misteriosas y turbias historias que allí ocurrieron? Alguien se las tuvo que haber contado, porque no era posible que las hubiese aprendido en libro alguno, que no se había escrito. ¿Quién facilitó a la joven extranjera información tan detallada y precisa del monasterio de Santa Tecla, cuyos rastros físicos y documentales había borrado la Iglesia con tanto cuidado? Estas cuestiones no le impidieron que sus ojos se le fuesen detrás de la muchacha, recorriéndola de arriba abajo; con mucho disimulo, desde luego. A María de los Ángeles Fernández no se le escapó aquel punto de lujuria, y adivinó, halagada, los esfuerzos inútiles que estaba haciendo el clérigo para vencer su pasión pecaminosa. Le devolvió una mirada cómplice en el mismo instante que el otro la deseó abiertamente. Con el pretexto de hablar con mayor comodidad sobre el asunto de las bernardas, que tanto parecía interesarle, se la llevó a su casa...

A las cinco de la tarde, en un tren de cercanías, llegó al pueblo de sus padres. La gente del andén se quedó mirándola. ¿Qué tenía de sorprendente que tanta curiosidad despertaba? Quizá nadie hubiese podido responder, o lo hubiese hecho con palabras vagas e imprecisas. Tiene ángel, hubiesen dicho algunos, o una extraña belleza que te atrae, o un no sé qué diabólico que irremediablemente te seduce... Preguntó al jefe de la estación por un hotel donde poder hospedarse. No los había, pues, estando tan cerca la ciudad, no era frecuente que nadie pernoctase allí.

—Aquí mismo, a la salida, a mano izquierda, tiene una fonda.

El establecimiento que le habían indicado, donde más que hospedaje se daban comidas, se llamaba Casa Ezequiel. El propietario, de ese nombre, la atendió personalmente. Llevaba en el negocio desde niño, aunque el empeño de su madre fue hacerlo cura. Enviudó el mismo día que nació Margarita, su hija pequeña, con la que vivía. Extravertido como era, éstas fueron las primeras historias suyas que le refirió, posiblemente para dar pie a que la otra le contase qué le traía por su casa.

—Porque tu acento es de extranjera... —dejó el ovillo a punto.

—No sé muy bien si nací o no en este pueblo. Pero mis padres eran de aquí.

María de los Ángeles Fernández llevaba al cuello una cadena de oro con una piedrecita negra, que se le deslizaba por el canalillo y pendulaba hacia uno y otro

lado, contribuyendo aún más a atraer hacia allí las miradas. Desde el primer momento, Ezequiel quedó hipnotizado por aquellos hermosos pechos. Sólo al hablar ella de sus padres fue cuando reparó en aquel colgante.

—Tú debes de ser la hija de Adela Fernández —aseguró con convicción.

—Ciertamente así se llamaba mi madre; al menos eso es lo que siempre me dijeron las monjas —se alegró la joven—. ¿Cómo me ha reconocido?

—Pero no puede ser —rectificó inmediatamente.

Ezequiel estaba desconcertado. La piedra negra, engarzada en una cadena inconfundible, cuyos eslabones eran diminutas manecitas entrelazadas, ahora lo recordaba muy bien, la había visto cientos de veces, tantas como cuantas sostuvo debajo de la barbilla de Adela la bandeja de la comunión. Pero de eso hacía muchísimos años, cuando él era monaguillo, y ahora tenía ya sesenta y tres. La hija de Adela, si es que la tuvo, tendría cincuenta y cuatro, calculó; y María de los Ángeles apenas rebasaría los veinticinco... No le cuadraban las fechas. Sin embargo, ¿cómo explicar que el colgante, singular, inconfundible, estuviese en aquel cuello? ¿Era la joven una impostora o uno de esos prodigios de la cirugía estética? Ezequiel tenía ahora una buena razón para continuar mirando los pechos de la joven, como si allí fuera a encontrar la solución de sus incógnitas.

—¿De dónde sacaste ese colgante?

—Las monjas siempre me dijeron que era de mi madre. ¿La conoció usted?

Eso precisamente es lo que se rumoreó entonces por el pueblo: que Adela, embarazada, se había marchado a dar a luz a un convento de Valencia. Se reavivó en él el miedo que durante mucho tiempo embargó a la gente de allí.

—¿Qué has venido a buscar? —le preguntó inquisitivo, sin que sus ojos pudiesen desprenderse de aquella carne tan diabólicamente apetecible.

—Quería conocer mis raíces.

Sus palabras le parecieron sinceras; o así, al menos, quiso creerlo. Sea lo que fuere, pensó, pronto quedaría descifrado el enigma. Aquella noche, le dio la mejor habitación que tenía, contigua a la suya, con baño compartido en medio. No pudo resistir la tentación y, a través de un agujero, la estuvo contemplando a sus anchas. No era un orificio casual sino hecho a propósito, ni tampoco la primera vez que lo utilizaba que, aunque viudo, se sentía joven y de libido ardiente. Quizá porque ella lo sospechaba, se entretuvo más de la cuenta, desnudándose con lentitud y mirándose voluptuosamente al espejo. Aquel cuerpo, y él pondría la mano en el fuego, no había pasado por ningún quirófano; y si había pasado, no había dejado huella alguna. Su corazón palpitaba, galopaba tan fuerte que tuvo miedo de que sus latidos le delataran. Abría la boca, respiraba hondo, sin apartar el ojo.

—Dios mío, ¿qué no daría yo por gozar de una mujer así?

Al día siguiente, durante el desayuno, conversando con mayor detenimiento,

Ezequiel le contó la historia de Adela. De cómo se murmuró, y el médico parecía ser también de esa opinión, que estaba poseída por un demonio, y cómo el vicario logró sacárselo del cuerpo mediante un exorcismo. De cómo, al poco tiempo, desapareció del pueblo, según unos, para ingresar en religión; según lenguas maledicientes, para dar a luz. A este respecto, también había diversidad de opiniones: que si fue el cura quien la preñó, que si el vicario, que si, al fin, resultó ser un aborto... La autopsia de su muerte arrojó una certeza indiscutible: Adela había estado embarazada.

—Y usted, Ezequiel, ¿qué opina de todo esto?

No le pasó inadvertida la serenidad, o tal vez frialdad, con que María de los Ángeles preguntaba y escuchaba, sin que su rostro expresase sus sentimientos, como si todo aquello no fuese con ella. Más parecía una periodista en el desempeño de su oficio que una hija.

—Yo era entonces un chiquillo. Monaguillo, como ya te dije. Estaba todo el día enredando en la iglesia, y escuché y vi muchas cosas. —Y con el índice de la mano derecha se golpeó repetidas veces la cabeza, para subrayar lo bien que se le grabaron—. Si entonces no entendí nada, después... Pero creo que es mejor no removerlas.

Insistió María de los Ángeles, tomándole la mano para reforzar su súplica. Apenas hacía unas horas que se conocían y ella usaba de una familiaridad que nadie que los viera podría aprobar. Ese contacto le produjo un escalofrío que le recorrió la columna vertebral de arriba abajo. Fue tan fuerte que, a pesar de los convencionalismos, no la retiró.

—Si Adela tuvo un aborto o un hijo vivo, creo que, viéndote a ti, ya no se puede dudar. —La miró como si estuviera tratando de encontrar en ella los rasgos de su progenitora, aunque para esa comprobación no hacía falta tanto celo y minuciosidad.

—Pero ¿quién fue mi verdadero padre?

—El cura, sin duda —afirmó sin pestañear—. Tu madre era tan guapa como tú, y muy joven, apenas unos años mayor que yo. Don Antolín, que así se llamaba aquel párroco, se aprovechó de ella como de otras, valiéndose del confesonario... Lo que pasa es que con tu madre le salió mal: la dejó embarazada... Y eso de que estuviese *posesa* me parece que fue una treta suya para echar la culpa del embarazo, primero, al demonio, luego al vicario...

—¿Y cómo *terminó* mi madre? —No puso interés en esa pregunta, como si ella ya supiera, de antemano, el fin trágico que tuvo.

—Se suicidó, cuando supo que el padre Enrique había muerto.

La historia resultaba intrincada, y difícil de encajar cada una de las piezas. Ezequiel trataba de suplir con imaginación sus propias lagunas. Así que le dio como verdadera lo que no era sino una versión verosímil de los hechos:

—En aquellos tiempos, después de la guerra, la gente tenía mucho miedo y veía fantasmas y demonios por todas partes. La predicación del cura fomentaba aún más

ese clima de terror y sobresalto. El vicario debió de percatarse de que en la parroquia pasaban cosas raras, y trató de aclararlas... Un día apareció muerto. Yo mismo lo encontré sentado debajo de un naranjo entoldado. Se corrió la voz de que se había suicidado... Y fue el cura quien, sin haber ido al huerto ni haberle visto la cara, divulgó esa versión. Curioso, ¿no?

María de los Ángeles había seguido atentamente el relato de Ezequiel. Como supuso que su última frase era una invitación para que participase en lo que no era sino un monólogo, metió una cuña.

—¿Cree usted que fue el cura quien lo mató?

—Él fue quien mató al vicario y a tu madre, aunque no de manera directa.

Y continuó contándole cómo, muchos años después, un hombre, que había participado en las orgías secretas organizadas por el cura, confesó en el lecho de muerte que aquella noche el vicario les había descubierto, que salieron todos corriendo para alcanzarle y que fue él, instigado por el cura, el que puso la vasija del cianuro...

—Tu madre estaba enamorada del vicario como lo puede estar una chiquilla. — Hizo un inciso en el relato para introducir su comentario—. Tal vez encontró en él un amigo a quien poder confiarle todo lo que le estaba pasando... Cuando volvió al pueblo, después de varios meses de ausencia, y se enteró de su muerte, se suicidó. ¿Por qué? Puede que de pena, porque le quería de veras. Puede que se sintiese culpable. ¡Quién sabe!

—Según usted, ¿fui concebida yo en una de aquellas orgías?

—¿Una hija de Satanás? ¡Dios nos libre! Se persignó sin contestarle la pregunta.

De la mesa del desayuno se fueron a dar una vuelta por el pueblo. Ezequiel la llevó a la casa donde había vivido su madre. Después de tantos años, un nuevo edificio de varias plantas se había levantado en el mismo sitio.

—Los vecinos —le comentó el hospedero— piensan que este lugar está endemoniado, y algunas veces, sobre todo por las noches de invierno, continúan oyendo los gritos estremecedores que daba tu madre. Los curas de ahora, que no creen en el demonio ni vivieron todo aquello, no les dan crédito alguno. Y aunque se lo han pedido reiteradas veces, se han negado a realizar ningún tipo de exorcismo...

De allí marcharon a la parroquia: Ezequiel le señaló el lugar donde su madre solía arrodillarse para oír misa; el balconcillo de los aposentos del padre Enrique, que daban justo a la capilla de la comunión; el confesonario de don Antolín, donde Dios sabe qué turbios negocios se tramaron...

Aquella misma tarde fueron al cementerio, situado a las afueras del pueblo. A Adela Fernández, por haberse quitado la vida, se le negó en su día la tierra sagrada, y había sido enterrada en un huertecillo inmundo. Aunque ahora, derribada la tapia que los separaba, el cementerio cristiano y el civil se comunicaban, sobre éste continuaba

pesando el olvido; la maleza cubría las pobres sepulturas que había. Un gato panzudo y lerdo tomaba el sol sobre una de ellas. Justo al lado, sin cruz para mayor oprobio, una lápida, pagada por alguna alma piadosa, señalaba el lugar donde descansaban los restos de su madre. María de los Ángeles ahuyentó al gato y depositó un ramo de flores sobre la tierra reseca. Luego buscaron en el camposanto de al lado el nicho del padre Enrique.

—Si al menos éste hubiese sido mi padre...

Ezequiel no supo descifrar el verdadero sentido de una frase que le pareció sumamente ambigua; tampoco creyó oportuno pedirle que la aclarara.

Por la noche, cuando su hija Margarita y los pocos huéspedes que pernoctaban en la fonda se retiraron a descansar, Ezequiel repitió la misma operación del agujero. Allí estaba María completamente desnuda, hermosa y resplandeciente, dándose crema por todo su cuerpo como si estuviese preparándose para un combate voluptuoso. Se apagó la luz del baño, pero la imagen seductora continuó clara y luminosa en su mente. Trató de dormir, y todo fue dar vueltas y más vueltas en la cama. Su deseo crecía por momentos hasta convertirse en un tormento insoportable. Cuando estuvo seguro de que los de la casa dormían, se levantó con cuidado. La habitación de María de los Ángeles estaba a oscuras, ¡y vacía! ¿Se habría marchado sin avisar? Recorrió el pasillo donde daban las otras habitaciones y, en la de su hija, vio luz por debajo de la puerta. Arrimó el oído y no oyó nada sino gemidos amortiguados, sofocados a duras penas. Conocía bien aquel tipo de quejidos que no los produce precisamente el dolor... Jamás le había pasado por la cabeza que su hija pudiera caer un día en brazos de un hombre. Miró por el ojo de la cerradura. A la luz de la lamparilla de la mesita de noche vio lo que nunca esperaba ver. Su hija estaba retozando con un joven. El muchacho le pareció muy bien formado, esbelto, guapo; le recordó una de esas estatuas griegas que se ven en los libros. La sorpresa le trastornó. ¿Quién podía ser, si los dos huéspedes de aquella noche eran gente mayor? No pudo contener su indignación y rabia, y entró sin llamar ni hacer ruido, cerrando la puerta tras de sí. Los otros no advirtieron nada, tal debía de ser el éxtasis en que se encontraban, y continuaron, jadeantes, con sus abrazos y caricias. Ezequiel quedó paralizado, deslumbrado por algo especial que salía de aquellos cuerpos... ¿Qué mezcla explosiva de sentimientos contradictorios experimentó? ¿Le corroía la envidia? En un momento determinado, el joven, extenuado, se dejó caer sobre la cama, los ojos mirando al techo, los brazos y las piernas extendidos, en busca de un instante de reposo... El que yacía con su hija, quien retozaba con ella, no era un joven, sino María de los Ángeles... Ezequiel enloqueció, aquello no cabía en su esquema mental. ¿Sintió celos? ¿Odio? ¿Se le desbocó su propia pasión? Su cabeza se nubló de ideas confusas y dispares. Pensó en Adela y todas las viejas historias. Vio en aquella mujer hermosa, indolentemente tendida, la belleza seductora del diablo. Fuera de sí, cogió

lo primero que le vino a la mano, un jarrón de bronce, macizo, pesado, y aplastó la cabeza de la bestia.

Tras larga demora, por fin llegó al Vaticano el correo de Valencia que tanto se esperaba. Los del arzobispado alegaron, como excusa, que los asuntos motivo de consulta eran espinosos y muy intrincados.

En lo concerniente a Miguel de Molinos y sus perversas enseñanzas, corregían a los de Roma, diciendo que tales doctrinas no fueron de su invención, como se creía, sino que las había aprendido en el monasterio de Santa Tecla, del que no fue capellán ni confesor pero sí persona muy asidua, sobre todo de su priora, una tal Gerónima Aliaga. Los teólogos y doctores valencianos que habían investigado este asunto no se ponían de acuerdo de dónde les vinieron a aquellas beatas iletradas del siglo XVII sus teorías, tan dañinas para la Iglesia. ¿Habría que remontarse al gnosticismo de los primeros siglos cristianos? Ni la Santa Inquisición, que en su día las había apurado en este punto, sacó nada en claro. Sin embargo, todos se inclinaban a pensar que fueron inspiradas directa y personalmente por el propio demonio. Sus huellas, evidentes e incontestables, habían quedado grabadas en el monasterio de las bernardas de Santa Tecla, cuyas monjas, frailes y sacerdotes amigos, arrinconando los rezos y las devociones tradicionales, se entregaron a todo desenfreno carnal, como único y más seguro camino de llegar a Dios. Las doctrinas del doctor Molinos, que el Papa y la Sagrada Congregación habían condenado, no eran, pues, sino la copia, corregida y aumentada, de las que se seguían y practicaban en dicho cenobio, y que él trasladó a Roma.

Respecto de si los huesos encontrados en la cripta de la iglesia de Santa Tecla fueron de abortos o de niños sacrificados al ángel Jaldabaoth en las orgías sexuales que, desde tiempo inmemorial, según parece, se venían celebrando allí, poco podían añadir al informe que en su día ya remitiera el penitenciario mayor. Un cataclismo, enigmático e incomprensible, inexplicado hasta el presente, acabó con el monasterio, no quedando de él rastro ni señal externa. Su lugar lo ocupaba actualmente un jardín. Así que sería necesario hacer excavaciones si se quería estudiar las ruinas.

De los embarazos de las monjas bernardas y partos subsiguientes, ocurridos en los años cuarenta, no habían podido esclarecer mucho. En ningún archivo de los consultados, y todos lo habían sido de modo exhaustivo, aparecía vestigio alguno. Sólo podían agregar que era muy difícil y problemático seguirles la pista, ya que, según la costumbre de la época, a las religiosas preñadas se las dispersaba para evitar el escándalo, llevándolas a conventos recónditos donde secretamente daban a luz. A los hijos de monja, si eran varones, se les encauzaba desde su más tierna edad hacia el sacerdocio, entrando muy jóvenes en el seminario. En el supuesto de que las bernardas no hubiesen sido excepción de esta regla, lo más seguro es que alguno de sus niños fuese ya canónigo u obispo. No querían crear sobresaltos innecesarios a la

Sede Apostólica, pero juzgaban que era su deber ineludible ponerla al corriente de pesquisas de última hora, inconclusas todavía, según las cuales probablemente alguna de aquellas embarazadas fue a parar a la Ciudad Eterna...

Con este dossier amplio y minucioso, los burócratas de la curia de Valencia remitían otro, más extenso y detallado si cabe, sobre la enigmática María de los Ángeles Fernández, misteriosamente vinculada al monasterio de Santa Tecla en cuestión.

Para no repetir toda la historia de esta mujer, adjuntaban los autos judiciales incoados al respecto. Aunque pertenecían al secreto del sumario, el juez instructor, buen católico y amigo del arzobispo, se los había facilitado. Les extrañaba mucho que esta joven, que luego resultó no serlo tanto, tuviese pasaporte diplomático, expedido por la Ciudad del Vaticano. El juez, con el fin de evitar especulaciones y escándalos que pudiesen comprometer a la Santa Sede, no lo había incluido en las diligencias abiertas, quedándose sólo con su documento de identidad español.

Durante casi una semana, el cardenal Graziani tuvo sobre la mesa la montaña de papeles que, a través de la Secretaría de Estado, le llegaron de Valencia. El asunto le había tenido ocupado y preocupado noche y día. Sus ojeras eran cada vez más acusadas, y no reflejaban sólo fatiga e insomnio, sino la honda turbación que padecía su espíritu. Bien es verdad que el padre Cugnoni le ayudaba mucho en las tareas de investigación, pero sus incesantes y repetitivos sermones sobre el demonio y sus patéticas lamentaciones aumentaban su confusión y desasosiego.

Estaba en el despacho de los palacios apostólicos reservado al exorcista del Papa. Desde la muerte de monseñor Amantini, el puesto continuaba vacante, bien porque el vicario de Roma no hubiese provisto el cargo, bien, casi lo más seguro, porque ningún sacerdote se atrevía a aceptarlo. Le acompañaba en aquel momento el inseparable padre Albertino.

Monseñor Graziani, a medida que iba leyendo los folios del interminable expediente valenciano, se los pasaba. De vez en cuando, uno u otro interrumpía el silencio para hacer cualquier comentario o llamar la atención sobre algún dato de interés. Por el momento, las investigaciones de Valencia no añadían nada nuevo a los documentos contenidos en la *Clavis nigra*; todo lo más, ratificaban lo ya sabido o esclarecían algún punto oscuro.

De repente, el cardenal perdió el color, se quedó sin habla, con el pasaporte diplomático en la mano.

—¡Sor Paolina Rutelli! —dijo al fin, entregándoselo al anciano Cugnoni.

Éste, en un primer momento, identificó la fotografía de la credencial con la de la monja del monasterio de Panisperna, a la que ambos sólo conocían a través del recorte de prensa que dom Gabriele guardaba en su agenda, pero no alcanzaba a comprender el sobresalto de su eminencia.

—Efectivamente, es ella —corroboró, remirando la foto, esperando a que diese mayores explicaciones.

—Pero ¿se ha percatado a nombre de quién está expedido ese pasaporte? —más que preguntar, su eminencia le recriminaba su descuido.

—¡Dios mío! —exclamó el anciano Cugnoni, dándose una palmada en la frente—. ¡María de los Ángeles Fernández! —Y soltó el pasaporte sobre la mesa, como si le quemase—. Así que Paolina Rutelli y María de los Ángeles Fernández son una única y misma persona...

Ni uno ni otro acababan de creérselo, y durante un buen rato permanecieron en silencio, atando cabos sin duda.

El cardenal había hojeado la credencial diplomática, sin haber leído aún el dossier que la acompañaba. Conocía, evidentemente, la historia de Adela y su exorcismo, pero ahora tenía la versión de Ezequiel. No obstante, dada su corta edad cuando ocurrieron los hechos, su testimonio había que tomarlo con ciertas reservas. No fue eso precisamente lo que le erizó los cabellos... Y pidiendo la atención de su colaborador, se dispuso a leerle algunos párrafos del dictamen forense.

—Tres médicos fueron los que intervinieron en el examen del cadáver —enfaticó.

Según aquel escrito, el primer punto que desconcertó a los facultativos fue el de la edad de la víctima. Si bien en su cédula de identidad constaba como fecha de nacimiento el 5 de mayo de 1946, a simple vista no se le calculaban más de veinticinco o treinta años, extremo que no pudo precisarse con mayor rigor científico, ya que las pruebas realizadas con tegumento, piezas dentarias y otras partes de su organismo, resultaron nulas todas las veces. ¿Tenían ante sí un caso *de juventud biológica*? Los médicos sabían muy bien que hoy día, con la ayuda de cosméticos y múltiples técnicas quirúrgicas, era relativamente fácil poseer un cuerpo joven, aunque sólo fuese en su aspecto externo; lo que aún no se había conseguido era retrasar el envejecimiento por dentro, es decir, mantener un corazón resistente, unos músculos fuertes, un cerebro ágil... Y ahí radicaba lo extraordinario del caso de María de los Ángeles Fernández. Su cuerpo, independientemente de su edad cronológica, no se había deteriorado. Desde el principio de los tiempos, el hombre siempre quiso ser inmortal y fue en busca de la eterna juventud. ¿Se encontraban ante un ser humano que la había alcanzado? ¿Había conseguido, al menos, retardar, aplazar, detener el envejecimiento celular? Los forenses estaban al corriente de los estudios e investigaciones, con resultados prometedores, que se llevaban a cabo en el campo de la biogerontología, pero no tenían constancia de que los experimentos hubiesen pasado más allá de los ratones de laboratorio. Dejaron sin resolver esta inquietante y sorprendente incógnita.

La otra cuestión, no menos conspicua, fue la relativa a su sexualidad. Ezequiel juraba que era una mujer con todos los atributos propios de su sexo, aunque esta

confesión supuso para él descubrir sus aficiones de *voyeur*. En cambio, el cadáver que los testigos de la fonda vieron fue el de un hombre, aunque, eso sí, puede que demasiado bello para varón, como alguno subrayó. En la autopsia los forenses descubrieron un caso de hermafroditismo...

—¿Hermafroditismo? —exclamó el padre Albertino.

El cardenal no supo discernir muy bien si la exclamación se debía a la sorpresa del hecho o a la ignorancia del concepto. Por si acaso, se detuvo a explicarle las cuatro ideas que él había averiguado, echando mano de una enciclopedia.

—Como bien sabe, el hermafroditismo verdadero consiste en el desarrollo simultáneo de *glándulas sexuales* masculinas y femeninas en una misma persona. El hermafroditismo, en ese sentido estricto, es muy raro y objeto de muchas discusiones. Incluso científicos célebres se muestran reticentes en admitirlo. Lo más frecuente es el pseudohermafroditismo, es decir, que en un mismo sujeto haya glándulas de un solo sexo y la presencia de *caracteres* del otro. Y en este supuesto, hay variedades... En el asunto de Paolina Rutelli, los forenses, sin menoscabo de ulteriores exámenes y pronunciamientos más precisos, han llegado por el momento a una conclusión mínima. Se trata de un androginoide —concluyó, pero como el anciano sacerdote se hubiese quedado sin entender muy bien, continuó—: María de los Ángeles Fernández o Paolina Rutelli era, en realidad, un hombre, un individuo del sexo masculino que también tenía órganos genitales de apariencia femenina. A este fenómeno se debe, por un lado, que haya vivido siempre entre monjas sin levantar sospechas, y por otro, que haya dejado embarazadas ¡a Dios sabe a cuántas...!

—¡María de los Ángeles de Santa Tecla y Paolina Rutelli de Panisperna, la misma persona! ¡Y hermafrodita! —Suspiró el padre Albertino, fascinado, al término de la explicación—. Atum, el dios egipcio, ¿no era también hermafrodita? —Después de un breve momento de reflexión, como si de los datos apuntados se pudiera deducir alguna conclusión evidente, añadió—: No me dirá ahora, su eminencia, que lo de Jaldabaoth es pura patraña, y lo de la cópula de demonios con mujeres fábulas inventadas por pueblos incultos...

El cardenal advirtió en sus palabras el retintín sarcástico con que se las restregaba por la cara. Se echó hacia atrás, sosteniendo entre sus manos los últimos folios. Un nuevo dato, que acababa de leer, le sumió todavía más en aquella vorágine demoníaca que no había parado de crecer desde que abriese por primera vez la carpeta de la *Clavis nigra*. Los del arzobispado de Valencia no parecían concederle mucha importancia, y puede que, después de todo lo que antecedió, no la tuviera. Entre las pertenencias de María de los Ángeles Fernández se había encontrado un cuadernillo con anotaciones muy breves; no se trataba propiamente de un diario.

—¡Escuche! —interrumpió el sermón del padre Albertino, que barruntaba largo y lleno de regañinas—. *Si alguien, algún día, quiere saberlo, yo fui quien asesinó al*

capellán de las bernardas de Santa Tecla y a los de las monjas de Panisperna. Nada tenía yo en contra de ellos, pero sí ellos en contra de Jaldabaoth, que siempre será mi patrón.

—¿Cómo dice? ¿Los de las monjas de Panisperna...? —se extrañó el anciano Cugnoni—. Debe de haber alguna equivocación de traducción. Se referirá *al* confesor de Panisperna, que es quien se ahorcó, porque con el capellán Ostiani he hablado yo esta misma mañana...

¿Un error de traducción o un enigma más? ¿Le quedaba al cardenal algún resquicio para la sorpresa? Echó sobre la mesa las hojas, extenuado, embotado, como quien arroja la toalla y se da por perdido.

—Jaldabaoth es más fuerte que nosotros —afirmó, levantando la voz con la esperanza de que el demonio le oyese y le dejase ya en paz—. ¿Qué hombre puede luchar contra la potencia de un ángel?

—No se equivoque, eminencia. Aunque usted se rinda, él no dará por acabada la batalla, y continuará hostigando hasta el último día. Su tiempo es el de un milenio, y éste acaba de empezar.

La actitud con que cada uno se enfrentaba al fenómeno Jaldabaoth era bien distinta. El cardenal había interiorizado el problema, de ahí sus dudas y angustias; el padre Albertino, en cambio, lo tenía mucho más claro.

—Jaldabaoth —continuó el anciano con su sermón— es, antes que nada, un enemigo de la Iglesia: como cualquier hereje lo fue para la Inquisición. El enfrentamiento con él no se establece, primera y esencialmente en la conciencia, sino en un ámbito mucho más amplio: en el mundo. Se trata de una lucha de reinos: el Reino de Dios contra el Reino del demonio.

—Usted establece el enfrentamiento entre Dios y el diablo como una lucha entre poderes, o por el poder... En ese caso, será muy difícil discernir, en cada momento, en qué bando estamos militando.

El padre Cugnoni no dio síntomas de haber captado la sutileza. Tampoco el cardenal se esforzó en explicarse. Estaba agotado. No era cansancio físico, sino agobio del alma. Cerró los ojos por un momento. Un episodio pretérito, intrascendente, le vino a la memoria.

Dos años antes, dom Gabriele Amantini, el exorcista papal que murió en la plaza de San Pedro, le había visitado en su palacio arzobispal de Turín. Poca cosa conocía de ese personaje del Vaticano, a quien el Papa parecía profesar tanta estima, mientras su entorno más directo lo ignoraba despectivamente. Le molestó que se hubiese presentado de improviso, como si su calidad de comensal del Papa fuera título bastante para abrirle las puertas y le dispensara de las más elementales reglas de cortesía. Lo recibió después de obligarle a hacer una innecesaria antesala, y con la premeditación de concederle escasa atención y tiempo.

—¿Qué le trae por aquí? —le preguntó muy frío.

—Soy Gabriele Amantini, exorcista de la diócesis de Roma —se presentó.

Al cardenal le chocó que utilizase ese título, aunque más le hubiese sorprendido que utilizase el de comensal, que a fin de cuentas tenía mucho mayor peso.

—¿Y en qué puedo serle útil?

—¿Me permite, eminencia, que tome asiento? Es por mi reuma, ¿sabe?

Se ruborizó el cardenal, pues ahora era él quien se había excedido en la descortesía. Le señaló un sillón, junto al suyo, y le invitó a hablar.

—Habíamos pensado en Turín para celebrar el primer simposium sobre «El Diablo y los exorcismos». —Empleó, puede que intencionadamente, un plural ambiguo, que no se sabía muy bien si se refería sólo a su persona o, por el contrario, era mucho más amplio y mayestático.

Monseñor Amantini habló de aquel simposium como si fuese lo más natural del mundo; a su eminencia, en cambio, le había sonado a una broma de mal gusto. Se le quedó mirando fijamente: ¿Habré entendido bien?, parecía decirle en silencio.

—Ya sé que le extrañará. Pero como sabe, Turín es, precisamente, una de las ciudades italianas más castigadas por el demonio... —Recalcó las palabras con seguridad y convencimiento.

Su eminencia estaba al corriente, por los medios de comunicación de aquellos días, que Turín había sido escogida como sede de un congreso sobre demonología y ciencias ocultas, a lo que prestó escasa atención. Pero veía con asombro que el Vaticano se ocupase de ello. ¿Vendría monseñor a título personal, o detrás de él estaría el propio Santo Padre?

—Lo que me choca —le contestó— no es el *endemoniamiento* que usted hace de mi ciudad, o de mi diócesis, si no quiere quedarse corto. Lo que verdaderamente me desconcierta es que a estas alturas me esté hablando de un simposium de exorcistas. ¿De verdad que lo cree imprescindible?

El que se asombró ahora era el exorcista.

—En estos tiempos en que el demonio renace, y su poder diabólico se aviva y se expande por todo el mundo de mil modos y maneras, ¿dejaremos a los fieles sin defensa? ¿No cree llegado el momento de que la Iglesia eche mano de ese ministerio sagrado que durante los últimos tiempos tiene arrinconado, olvidado?

Dom Gabriele llegaba con la lección bien aprendida, y se veía, a todas luces, que no era la primera vez que cantaba la cartilla. El cardenal permaneció callado. No convenía hablar mucho, y menos delante de un monseñor que muy a menudo, si no todos los días, comía con el Papa.

—¿No comenzó Jesús su ministerio público con un exorcismo? —Continuó con una retahíla de considerandos—. ¿Acaso no fue precisamente eso lo que le dio fama y autoridad? ¿No confió a los apóstoles, antes de ascender a los cielos, la misión de

exorcizar hasta el fin del mundo? ¿No es el exorcismo, precisamente, uno de los signos del advenimiento del Reino de Dios y señal de la verdadera Iglesia?

Monseñor Graziani vio que dom Gabriele estaba bien pertrechado de argumentos, difícilmente rebatibles pero posiblemente inoportunos. Se cuidó de hacerle semejante observación.

—¿Cree usted que acudirán muchos exorcistas a la convocatoria de su simposium? Porque yo, si he de serle sincero, no tengo cubierto ese cargo en mi diócesis. Y como yo, puede que haya otros muchos obispos...

El padre Amantini sabía de sobra, porque en el Vaticano se llevan muy al día todas las estadísticas, que el cardenal tenía razón. Tampoco ocultó que el congreso perseguía precisamente relanzar ese ministerio tan menospreciado.

Se celebró el congreso de los exorcistas simultáneamente con el de los brujos, nigromantes, magos, cartománticos, adivinos, cabalistas, médiums, hechiceros, videntes, astrólogos, arúspices, espiritistas, ensalmadores, quirománticos y representantes de sectas satánicas más o menos negras o peligrosas. Mientras éstos llenaron todos los hoteles de la capital y los alrededores, aquéllos apenas fueron cinco. Un fracaso rotundo que entristeció sobremanera a dom Gabriele. Cuando volvió a palacio para despedirse, el cardenal tuvo la delicadeza de no interesarse por las actas del congreso. Fue monseñor quien le hizo el resumen.

—El demonio es un signo de contradicción —le dijo entre apesadumbrado e incomprendido—. Mientras proliferan las iglesias y sectas satánicas, nosotros lo hemos reducido a simple mito. Los teólogos de moda dicen que es un producto de nuestra psicología. La mayoría de los obispos hablan del Maligno como de algo evanescente y despersonalizado... En esta descreencia generalizada, ¿qué necesidad hay de exorcistas? Sin embargo el demonio existe —afirmó con rotundidad, como si lo estuviese viendo de pie, detrás mismo del cardenal—. Y hoy está más vivo que nunca, precisamente porque nadie cree en él. Baudelaire lo expresó de una manera poética: *el más bello de los ardidés del Diablo es persuadimos de que no existe*.

La frase del poeta francés, que dom Gabriele había hecho suya, no le parecía ya, después de los acontecimientos de Pentecostés y los secretos de la *Clavis nigra*, que poco a poco se desvelaban, una frase inocua, sutil, ingeniosa...

—¿Qué le parece si preparamos un dossier de todo lo averiguado y pedimos audiencia al Santo Padre? —sugirió al anciano Cugnioni, después de esos breves instantes de descanso—. Tengo ganas de sacarme de encima un trabajo que me resulta cada día más gravoso y abrumador.

Al refunfuñón de su colaborador le pareció bien. Aquella misma tarde se pusieron a confeccionar el protocolo.

A diferencia de la otra vez, que fue recibido en los aposentos pontificios, ahora monseñor Domenico Graziani fue invitado a almorzar con el Papa. Pensó, extrañado,

que el comedor de palacio no era el lugar más idóneo para tratar tales asuntos. Guardó para sí su opinión y acudió el día previsto, en compañía del padre Albertino Cugnoni.

—No se preocupe, eminencia —le tranquilizó discretamente el secretario personal del pontífice, que le vio turbado, incómodo—. Su Santidad tiene una agenda tan repleta que utiliza para despachar las comidas y sus escasas horas de asueto. Además, esta deferencia la reserva sólo para los íntimos.

Monseñor Graziani no hizo caso de este cumplido, ni se sintió halagado; sabía que la adulación y el chismorreó era moneda corriente en el Vaticano... y ¿dónde no?

El cardenal y el padre Cugnoni, los primeros en llegar con exagerada puntualidad, esperaron la hora en el salón contiguo. Tiempo tuvieron, sobre todo su eminencia, para escudriñar con disimulo el entorno. Desde que los del Opus Dei invadieron los palacios apostólicos, por todas partes se veían los toques y retoques característicos de su mano delicada y exquisita. Se respiraba ese aire fresco, elegante, mundano, que monseñor Escriba Albás supo imprimir a las casas de su congregación, como sello peculiar e inconfundible de su espiritualidad. De las paredes habían desaparecido las sedas de color púrpura, sustituidas por otras de colores mucho más delicados y sutiles. Los cuadros de mártires retorcidos y sanguinolentos fueron descolgados y reemplazados por otros menos agresivos y de mejor gusto. Su eminencia se detuvo ante uno de los nuevos lienzos: un ángel portador de una grandiosa bandeja repleta de frutos exóticos, paradisiacos. Le pareció un ángel sumamente simple y bobalicón.

—Había que darle un aire nuevo a todo esto —oyó detrás de sí.

El portavoz de la Santa Sede, un laico sesentón y con la desenvoltura propia de quien se mueve como pez en el agua, le había abordado inesperadamente. El cardenal se volvió, viéndose forzado a sonreírle.

—Las sedas rojas y moradas de las paredes resultaban demasiado solemnes, sofocantes, ¿no cree, su eminencia? —continuó dándole explicaciones, como cicerone aplicado que adivina y contesta antes de que se le pregunte—. Estos colores, en cambio, son psicológicamente suaves, relajantes, positivos... Sobraban santos atormentados, sombríos. Había que dar al entorno del Papa un aspecto, un ambiente... ¿cómo diría yo?, alegre, como de Pascua.

—Una atmósfera de Pascua de Resurrección. Nada de Viernes Santo... —recalcó con sorna el cardenal.

—Eso.

Se abrió una de las puertas de la antesala y apareció Su Santidad en una silla de ruedas, que empujaba su secretario, el padre polaco Stanislaw. En otra silla de ruedas le acompañaba su amigo íntimo el cardenal Deskur, también polaco. Cada vez más aislado, el Papa se había rodeado de una camarilla íntima de clérigos de su Polonia natal. Todos se inclinaron respetuosos a su paso. Al otro extremo, perfectamente

cronometrado, criados de librea abrían las puertas del regio comedor.

—*À table!, à table!* —exclamó desabrido el Papa, cuando algunos de los presentes intentaron besarle la mano.

—A estas horas es lógico que Su Santidad tenga apetito. No ha parado desde las cinco de la madrugada, y en su cuerpo tan sólo lleva un frugal desayuno... —comentó, en explicación exculpatoria, el portavoz al cardenal.

Aquel día compartían mesa con Su Santidad, además de sus amigos polacos y el inseparable portavoz, el prefecto del Santo Oficio monseñor Hoting, que llegaba en aquel preciso momento.

El comedor era amplio y luminoso, con una mesa ovalada en el centro y pocos muebles: regio, principesco. El cardenal de Turín, que lo pisaba por primera vez, lo escudriñó con disimulo. Trató de imaginar cómo habría sido esa misma estancia en tiempos de Pío XII, ese Papa teatral, misántropo y aburrido. Vio la mesa enorme, que ahora ocupaban ellos, vacía; y al Papa, tieso, enhiesto como una categoría trascendente, comiendo solo; y a sor Pascualina, la monja que los cardenales despidieron a cajas destempladas apenas muerto el pontífice, sirviéndole los platos, malcriándole morbosamente como una madre, diciéndole las cosas con la mirada por no romper el silencio; y a los pajaritos, sueltos, revoloteando de aquí para allá, posándose en la egregia cabeza, bebiendo el agua de su vaso, picoteando las migajas del mantel... Su mirada tropezó con la del portavoz, y le hizo un guiño de aprobación.

El Papa se sentó a la cabecera. A su derecha, el secretario personal: no porque le correspondiese por protocolo, sino para asistir al pontífice cuyas manos eran cada vez más torpes, a causa del Parkinson; a continuación, el cardenal Deskur y el cardenal Hoting; a su izquierda, el portavoz, monseñor Graziani, y el padre Cugnoni, pegado a éste como apéndice natural.

En la audiencia general celebrada aquella misma mañana en el auditorio de Pablo VI, el Sumo Pontífice, de vuelta de sus vacaciones de Castelgandolfo, decidió hacer unas matizaciones sobre la doctrina de los *novísimos*.

No era Dios, catequizaba el Santo Padre a los fieles, quien, al final de los tiempos, se sentaba a celebrar el Juicio Final, premiando a los buenos y castigando a los malos... Ni el cielo era el *lugar* donde los buenos vivían con Dios eternamente felices; ni el infierno, el *lugar* donde los malos, apartados de Dios, sufrían penas eternas. No se trataba de *lugares* sino de *estados*... El *Cielo* podía continuar llamándose la casa de Dios, a condición de que se entendiese en un sentido metafórico, simbólico, imaginario. Era, más bien, el *estado* de felicidad suprema, eterna y definitiva de que gozan los bienaventurados... El *Infierno* tampoco era un horno abrasador, el fuego eterno, sino la *situación personal* en la que se encontraban quienes de manera voluntaria y libre decidían apartarse definitivamente de Dios,

fuente de toda felicidad. El Infierno era una posibilidad real, pero su existencia no debía atribuirse a la iniciativa divina, por ser incompatible con el amor inmenso con que Él nos había creado; tampoco podíamos conocer si había afectados y quiénes eran...

La mayoría de los cristianos, anclados en las enseñanzas que aprendieron cuando niños, se echaron las manos a la cabeza, como si el Papa hubiese dado un repaso *revolucionario* a los dogmas. Puede que más que los fieles, fuesen los periodistas quienes, faltos de noticias en aquel *ferragosto*, lanzaran las campanas al vuelo. Lo cierto es que a esa hora los faxes del Vaticano no hacían sino vomitar papel.

Monseñor Hoting informaba al Santo Padre de estas cosas, que en un santiamén se habían convertido en noticia de máxima actualidad. Al fin y al cabo, él era quien había sugerido y preparado la catequesis del escándalo.

—Vivimos en una realidad voluble, tornadiza, a la que debemos adaptarnos, como se acomodan las algas a la bravura del mar... Si queremos que todo perdure y siga igual, es necesario que *algo* cambie. Giuseppe de Lampedusa expresó en ese aforismo, conciso y afortunado, nuestra *philophosia perennis*. De nosotros la aprendió, no me cabe la menor duda —dijo ufano, al término de su explicación.

Por la nula reacción que suscitó, puede que a los presentes les pasase por alto el alcance de la cita que, por ignorancia o a propósito, había mencionado mal.

—Ni planificándolo con todo cuidado, hubiésemos logrado una resonancia publicitaria tan grande y amplia. ¡Y encima, gratis! —comentó el portavoz.

El Papa detuvo el tenedor que su secretario le acercaba a la boca, y desde su cabeza caída sobre el pecho, le dirigió una mirada de complicidad.

Monseñor Graziani y el padre Albertino, éste menos que aquél, no estaban habituados a almuerzos de tanta prosopopeya, de criados con librea y manos enguantadas, quitando y poniendo platos o escanciando vinos. Todavía les extrañó más la naturalidad con que los comensales habituales de Su Santidad pasaban de unos temas a otros, mezclando las discusiones teológicas con los vinos y sus añadas... Observaban callados, limitándose a escuchar lo que decían el portavoz o el cardenal Hoting, que eran los únicos que no paraban de hablar.

Oyéndoles expresarse con aquella desenvoltura, el cardenal Graziani pudo constatar hasta qué punto era cierto lo que se decía en los mentideros vaticanos. El Papa, a medida que se deterioraba su salud, iba perdiendo el control de la Iglesia. Estaba demasiado débil para gobernarla. Lo estaban manipulando, y ponían en su boca pronunciamientos que no eran suyos... El pontífice, que en breve cumpliría ochenta años, pasaba la mayor parte del día descansando y a las seis de la tarde ya estaba en la cama... Todo esto había provocado un vacío de poder en el Vaticano cuyos asuntos eran ahora coto del Opus Dei, que controlaba como mínimo tres departamentos clave, entre ellos la congregación que nombra los obispos de todo el

mundo y la potente oficina de prensa...

¿Se acordaría Su Santidad de cuál era el motivo por el que les había invitado a su mesa? Lo dudaba.

Cuando se acercaba la hora de los postres y el cardenal de Turín ya desesperaba de que le diesen la palabra, monseñor Stanislaw hizo una escucha al Papa, y éste le preguntó:

—¿Qué hay del demonio, monseñor Graziani?

Lo dijo, o al menos así lo percibió el cardenal, con el mismo tono desgano, apático, que un momento antes había empleado al opinar sobre los caldos de Burdeos. Indudablemente, como le habían dicho, el Papa sufría crisis en las que estaba como aturdido, ausente, y se le enredaba la lengua al hablar. No es capaz de mantener una conversación. Ni presta atención ni se comunica, pensó entristecido.

—En nuestros días —habló, en nombre del Papa, el cardenal Hoting—, el demonio se presenta de forma muy atrayente, seduciendo las mentes y los corazones hasta hacer perder el sentido mismo del mal y el pecado.

El Santo Padre dormitaba sin poderlo remediar, quizá a causa de la medicación que le administraban. Las palabras del cardenal Hoting complacieron al padre Cugnoni que, sin pedir venia ni esperar a que se la dieran, intervino.

—Pervertir el sentido del mal y el pecado, he ahí, en esencia, la estrategia que ha empleado Jaldabaoth...

Como previera el cardenal Graziani que su colaborador se iba a embalar y disponían de poco tiempo, pues había llegado ya la hora de la sobremesa, y Su Santidad se amodorraba más... le cortó. Desapasionadamente y con objetividad, evitando en todo momento expresar cualquier juicio de valor o su propia opinión, relató a los presentes los hechos investigados más significativos: el exorcismo de Adela, la concepción extraña de María de los Ángeles y su identidad con sor Paolina Rutelli, los oscuros embarazos de las monjas de Valencia y de Roma (¿encarnaciones satánicas?), las nefastas doctrinas de Miguel de Molinos, las muertes misteriosas... Se centró, al fin, en el acontecimiento de Pentecostés, en el obelisco del circo de Nerón, que presidía ahora la plaza de San Pedro, en la desorientación de la basílica vaticana, en la profecía sobre los mil años de Jaldabaoth... No pudo evitar que su colaborador le interrumpiera en este punto.

—Santidad, puede que ese milenio —dijo con la clarividencia de Nostradamus— deba contarse a partir de 1586, que es la fecha en que su predecesor Sixto V lo erigió, y no el año en curso. En ese supuesto, el milenio de Jaldabaoth acabaría el año 2586.

El Santo Padre, que se aguantaba la cara con la mano derecha, abrió un ojo y le miró impávido, inexpresivo, a través de sus dedos. El prefecto del Santo Oficio y el portavoz se cruzaron una mirada de estupefacción.

—¿Desorientación de la basílica de San Pedro, dice su eminencia? —intervino

con escepticismo y frialdad monseñor Hoting, y añadió por curiosidad—: ¿Jaldabaoth es el nombre del demonio? Nunca oí hablar de tales cosas ¿En qué consistirá ese milenio?

Monseñor Graziani dejó que fuese su colaborador, que tantas ansias mostraba, el que contestase las preguntas.

—Tiempo de lujuria desenfrenada. Pérdida del sentido del mal y el pecado... Jaldabaoth se valdrá de esa confusión y abandono de valores para hacer lo que él y sus huestes siempre hicieron desde el principio: copular con las mujeres y engendrar monstruos que siembren la tierra de violencia y maldad... Intentará que esos engendros malditos lleguen al solio de San Pedro, si es que todavía no se han sentado en él... ¿Acaso no fue ésa la visión que tuvo León XIII?

Al cardenal Hoting no le gustaron nada las últimas palabras del anciano Cugnoni, y lo miró de manera altanera, despectiva. Ninguno de los exorcistas que había conocido le mereció confianza alguna, pensaba que eran unos charlatanes. Tampoco comprendía cómo el Santo Padre había dejado ese asunto, de la entera competencia de su dicasterio, en las manos inexpertas del cardenal de Turín y de su visionario colaborador.

—*C'est la femme, c'est la femme. Toujours la femme* —exclamó el portavoz, mientras calentaba en su mano una copa de coñac francés, añejo, exquisito, que, para evitarle escrúpulos de conciencia, le servían de una botella sin etiqueta.

Monseñor Graziani no alcanzó a entender por qué el portavoz había utilizado esa lengua para expresar el desprecio misógino que les profesaba. Puede que el alcohol, sin más, le hubiese contagiado su nacionalidad.

—El demonio existe, me lo dijo el padre Pío —despabiló súbitamente Su Santidad, y dirigiéndose a monseñor Graziani, dijo—: Ahora comprenderá, *caro amico*, por qué siempre me he opuesto rotundamente a la ordenación sacerdotal de la mujer...

Se refería a una carta apostólica suya, fechada en la fiesta de Pentecostés de 1994. ¡Qué coincidencia!, pensó el arzobispo de Turín. Con el fin de alejar toda duda sobre esa cuestión, el Papa declaraba que la Iglesia no tenía la facultad de conferir la ordenación sacerdotal a las mujeres, y que su dictamen debía ser considerado definitivo.

El cardenal Graziani no era bisoño en el oficio y pensaba conocer a fondo a los hombres de Iglesia, pero aquel ágape le había desconcertado. Percibía en el ambiente algo así como un descreimiento en el demonio, ahora que él había experimentado su presencia, o eso creía... El secretario personal de Su Santidad, que durante la comida no abrió la boca, pendiente en todo momento del pontífice, le hizo una seña con los ojos y los dos se acercaron por detrás de la silla del Papa.

—Monseñor Graziani, el Santo Padre cree firmísimamente en el demonio, no le

quepa la menor duda —le dijo en un susurro—. Otra cosa es el modo y la conveniencia de administrar esa doctrina... Ahora, en el Vaticano, prevalece la teología de los *mass media*. ¿O no se ha enterado? —Y miró de reojo al portavoz.

A punto de que se recitase la oración de acción de gracias y se diese por finalizada la comida de trabajo, se abrió estrepitosamente una de las puertas del comedor y entró un joven sacerdote ensotinado, con su fajín rojo descompuesto de tanto correr. Hasta los criados de librea lo fusilaron con sus miradas. Se acercó al Papa y le habló al oído.

—¡Lo que nos faltaba! —o algo así, farfulló Su Santidad.

Como éste no podía expresarse con facilidad, le dijo al joven reverendo que explicase en voz alta lo ocurrido. Sin dejarle acabar, todos los presentes, con la anuencia del Santo Padre, salieron presurosos hacia la basílica de San Pedro.

Ante el altar mismo de la Confesión, bajo la cúpula gigantesca de Miguel Ángel, yacía un anciano en un charco de sangre: delgado, de estatura mediana y cabellos blancos, con los brazos y las piernas extendidos en forma de aspa. Vestía traje negro de buen corte y zapatos nuevos. Todo hacía pensar que se trataba de un sacerdote, como luego se confirmó por la documentación que llevaba encima. Miles de curiosos se habían agolpado alrededor. Tan pronto como el prefecto del Santo Oficio vio el horrendo espectáculo, ordenó que se despejase el templo y se cerrasen sus puertas.

Ya solos, los guardias de seguridad, cada uno desde su perspectiva, le dieron la visión de lo acaecido.

—Oímos un gran ruido, que retumbó por las naves. Al principio, no supimos qué era; estábamos desorientados. Al ver correr a la gente hacia el altar, pensamos que alguien se había arrojado desde la cúpula y a eso se debía el estruendo...

—¿Se arrojó o le empujaron? —preguntó monseñor Hoting mirando hacia arriba, tratando de localizar el punto exacto de donde pudo lanzarse o lo lanzaron.

Toda la galería que rodea el interior de la cúpula, visitada diariamente por miles de turistas, está cerrada por un enrejado de seguridad de dos metros de altura. ¿Cómo pudieron salvar esa valla inaccesible quienes lo arrojaron? Más inexplicable resultaba aún la hipótesis de que un anciano de ochenta años hubiese podido hacerlo por sí mismo.

—¿Lo han identificado? —añadió, sin esperar respuesta a su anterior pregunta que a él mismo pareció superflua, ya que nadie había presenciado la escena.

Uno de los guardias trató de registrar al muerto, escarbando en el bolsillo de su chaqueta; como le fuese difícil, le dio la vuelta. Un rostro destrozado, de ojos sanguinolentos, les miró desde el suelo. Colgaba de su cuello una especie de cartel, manuscrito con letra temblorosa. Días después certificarían los peritos calígrafos que la escritura coincidía plenamente con otros escritos del muerto.

—*Cui nomen erat Jaldabaoth* (Tenía por nombre Jaldabaoth) —leyó, turbado, el

cardenal Hoting, y miró temeroso, asustado, hacia sus acompañantes, como quien pide ayuda.

El guardia estuvo hojeando los documentos de identidad del muerto, sin apercibirse de la escena aterradora, alucinante, que vivían los eclesiásticos.

—Pietro Ostiani —leyó maquinalmente.

—¿Pietro Ostiani? No me suena.

Al prefecto de la Doctrina de la Fe aquel nombre no le decía nada; sin embargo, durante la comida con el Papa, había salido a relucir un par de veces.

—¿Cómo ha dicho? —preguntaron al unísono monseñor Graziani y el padre Albertino, despavoridos.

—Pietro Ostiani —repitió el guardia, sorprendido de ver el miedo y estremecimiento que el nombre producía.

No daban crédito a lo que oían.

—¡Se ha cumplido lo escrito por María de los Ángeles! —sentenció monseñor Graziani, profundamente conmovido.

El viejo exorcista, no pudiendo reprimir sus sentimientos, cayó de rodillas, levantando hacia lo alto las manos implorantes, sus ojos llenos de terror y lágrimas. Ningún pintor barroco hubiese sido capaz de plasmar aquel retorcimiento dramático.

—*Sancte Michaël, princeps militiae caelestis* —invocó a gritos la ayuda del arcángel—, *Jaldabaoth aliosque spiritus malignos, divina virtute, in infernum detrude* (San Miguel, príncipe de la celestial milicia, con el poder divino, lanza al infierno a Jaldabaoth y a los otros espíritus malignos).

Al cardenal Graziani, que había estado todo el tiempo luchando por controlarse, le dio un ataque de nervios y se vino al suelo, desvanecido. Apenas repuesto, una angustia espantosa, que le corroía el estómago, le produjo unas arcadas incontenibles, como si le estuviesen arrancando el alma. Delante de sí le pareció ver a Jaldabaoth burlándose de él a carcajadas...

Al día siguiente *L'Osservatore Romano* publicó un comunicado sobre lo sucedido, facilitado por la oficina de prensa de la Santa Sede. Decía así:

Como quiera que el luctuoso hecho, acaecido ayer tarde en el interior de la basílica de San Pedro, no ha constituido un acto blasfemo, impío o injurioso contra la santidad del lugar, el templo no ha quedado profanado ni violado gravemente, por lo que no se ha juzgado necesario aplicar los ritos de reconciliación previstos en el Código de Derecho Canónico.

En ese comunicado, conciso y seco, el portavoz del Vaticano nada decía de la identidad del fallecido, de la causa de su muerte, del cartel que llevaba escrito... El nombre de Jaldabaoth había sido intencionadamente silenciado.

Algemesí, 8 de septiembre de 1999

AGRADECIMIENTOS

Como dice un aforismo latino: *Ex nihilo, nihil* (no hay creación de la nada). Aunque la historia que cuento, la trama, los personajes, el estilo..., el libro en resumidas cuentas, son míos, me he servido de muy diversos materiales. De ningún modo de alguna novela anterior. No doy nombres ni pongo entrecomillados porque destrozaría la naturaleza y el hechizo propios de la novela. Además, generalmente han sido reelaborados, alterados, troceados, tergiversados, según las necesidades de su nuevo uso. Quiero dejar constancia de ello; y dar las gracias a: Jean Daniélou (*Théologie du Judeo-Christianisme*); René Laurentin (*El Demonio, ¿símbolo o realidad?*); Gabriele Amorth (*Habla un exorcista*); Pilar Salarrullana (*Las sectas satánicas*); Francisco Pons (*Místicos, beatas y alumbrados*); Antonio Beltrán (*El Santo Cáliz*); Ángel del Olmo García y Basilio Varas Verano (*Románico erótico en Cantabria*); Agustín Romero Redondo, Luz M.^a Luzón Núñez de Arenas, Isidoro M.^a Anguita Fontecha (*Monasterio cisterciense de Santa María de Huerta*); Hervé Rousseau (*Le Dieu du mal*); Joaquín Yarza (*El Bosco, un artista inquietante*); Luis García Gallo (*De las mentiras de la egiptología a las verdades de la gran pirámide*); François Daumas (*Los dioses egipcios*); Espasa-Calpe (*Molinos, Molinosismo*); Vicente Conejero (*La primavera llegó tarde*); y a otros más.



FRANCISCO ASENSI (Algemesí, Valencia, 1936), es conocido por sus novelas históricas de ambientación eclesíástica. El propio Asensi fue sacerdote durante una década, dedicado en su mayor parte a dirigir un Colegio Mayor. Cursó estudios de humanidades, filosofía y teología y se licenció en historia por la Universidad de Valencia. En 1996 publicó su primera novela *La Sibila de Delfos (Asesinato en el cónclave)* y, posteriormente, en 1999, *Sombras sobre el Vaticano*, que constituyó su gran éxito de ventas. Publicó también *El diablo tiene nombre* (2001) y *El secreto de Sant Angelo* (2006). Acaba de publicar *Sangre* (2012), una mirada crítica sobre el Opus Dei, cinco años después de que viera la luz en Alemania, Polonia y Rumanía.